

Annotation

Una joven madre recibe consuelo inesperado por la muerte de sus tres hijos, otra mujer reacciona de forma insólita ante la humillación a la que la somete un hombre; otros cuentos describen la crueldad de los niños y los huecos de soledad que se crean en el día a día de la vida de pareja. Como broche de oro, en el último cuento acompañamos a Sofia Kovalevski, una matemática rusa que realmente vivió a mediados del siglo XIX, en su largo peregrinaje a través de Europa en busca de una universidad que admitiera a mujeres como profesoras, y viviremos con ella su historia de amor con un hombre que hizo lo que supo por decepcionarla. Anécdotas en apariencia banales se transforman en las manos de Munro en pura emoción, y su estilo muestra estas emociones sin dificultad, gracias a un talento excepcional que arrastra al lector dentro de las historias casi sin preámbulos. "Esta mujer es desde luego

una de las mejores narradoras de hoy. ¡Lean a Alice Munro!"Jonathan

- Dimensiones
- Ficción

Franzen.

- El filo de Wenlock
- Pozos profundos
- Radicales libres
- Cara
- Algunas mujeres
- Juego de niños
- <u>Madera</u>
- <u>Demasiada felicidad</u>
- Agradecimientos

ALICE MUNRO

DEMASIADA FELICIDAD

Traducción de Flora Casas

Lumen/FUTURA

Título original: *Too Much Happiness* Primera edición: noviembre de 2010 © 2009, Alice Munro ©2010, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona © 2010, Flora Casas, por la traducción

Agradecemos a The Society of Authors el permiso para reproducir «Away», de *The Complete Poems of Walter de la Mare*, Faber, Londres, 1969. Reproducido con permiso de The Society of Authors.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el

tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a

CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-264-1843-2 Depósito legal: B-38.787-2010 Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Litografía SIAGSA c/Joaquín Vayreda, 19 08911 Badalona Encuadernado en Baró Siglo XXI

H 4 1 8 4 3 2



Dimensiones

esperaba el de London, donde volvía a esperar el autobús urbano que la llevaba a las instalaciones. Empezaba la excursión el domingo a las nueve de la mañana. Debido a los ratos de espera entre un autobús y otro eran casi las dos de la tarde cuando había recorrido los ciento sesenta y pocos kilómetros. Sentarse en los autobuses o en las terminales

no le importaba. Su trabajo cotidiano no era de los de estar sentada.

Doree tenía que coger tres autobuses, uno hasta Kincardine, donde

Era camarera del Blue Spruce Inn. Fregaba baños, hacía y deshacía camas, pasaba la aspiradora por las alfombras y limpiaba espejos. Le gustaba el trabajo, le mantenía la cabeza ocupada hasta cierto punto y acababa tan agotada que por la noche podía dormir. Rara vez se encontraba con un auténtico desastre, aunque algunas de las mujeres con

las que trabajaba contaban historias de las que ponen los pelos de punta. Esas mujeres eran mayores que ella y pensaban que Doree debía intentar mejorar un poco. Le decían que debía prepararse para un trabajo cara al público mientras fuera joven y tuviera buena presencia. Pero ella se conformaba con lo que hacía. No quería tener que hablar con la gente.

Ninguna de las personas con las que trabajaba sabía qué había pasado. O, si lo sabían, no lo daban a entender. Su fotografía había aparecido en los periódicos, la foto que él había hecho, con ella y los tres niños: el recién nacido, Dimitri, en sus brazos, y Barbara Ann y Sasha a cada lado, mirándolo. Entonces tenía el pelo largo, castaño y ondulado, con rizo y color naturales, como le gustaba a él, y la cara con expresión dulce y tímida, que reflejaba menos cómo era ella que cómo quería verla él.

Desde entonces llevaba el pelo muy corto, teñido y alisado, y había adelgazado mucho. Y ahora la llamaban por su segundo nombre, Fleur.

Era la tercera vez que hacía la excursión. Las dos primeras, él se había negado a verla. Si se negaba otra vez, ella dejaría de intentarlo. Aunque aceptara verla, a lo mejor no volvería durante una temporada. No quería pasarse. En realidad, no sabía qué haría.

En el primer autobús no estaba muy preocupada; se limitaba a mirar

Además, el trabajo que le habían encontrado estaba en un pueblo bastante

el paisaje. Se había criado en la costa, donde existía lo que llamaban primavera, pero aquí el invierno daba paso casi sin solución de continuidad al verano. Un mes antes había nieve, y de repente hacia calor

como para ir en manga corta. En el campo había charcos deslumbrantes, y la luz del sol se derramaba entre las ramas desnudas.

En el segundo autobús empezó a ponerse un poco nerviosa, y le dio

alejado de donde vivía antes.

aparentar que iban a la iglesia. Las mayores tenían aspecto de asistir a iglesias estrictas, anticuadas, donde había que llevar falda, medias y sombrero o algo en la cabeza, mientras que las más jóvenes podrían haber formado parte de una hermandad más animada, que permitía los trajes pantalón, los pañuelos de vivos colores, los pendientes y los cardados.

Doree no encajaba en ninguna de las dos categorías. Durante el año y medio que llevaba trabajando no se había comprado ropa. En el trabajo

por intentar adivinar qué mujeres se dirigían al mismo sitio. Eran mujeres solas, por lo general vestidas con cierto esmero, quizá para

medio que llevaba trabajando no se había comprado ropa. En el trabajo llevaba el uniforme, y en los demás sitios, vaqueros. Había dejado de maquillarse porque él no se lo consentía, y ahora, aunque podría hacerlo, no lo hacía. El pelo de punta de color maíz no pegaba con su cara lavada y huesuda, pero no importaba.

En el tercer autobús encontró un asiento junto a la ventanilla e intentó mantener la calma leyendo los rótulos, los de los anuncios y los de las calles. Tenía un truco para mantener la cabeza ocupada. Cogía las letras de cualquier palabra en la que se fijara e intentaba ver cuántas palabras nuevas podía formar con ellas. De «cafetería», por ejemplo, le

aunque llevara tiempo, sin forzar las cosas. Ella decía que lo estaba haciendo bien, que estaba descubriendo poco a poco su propia fortaleza. —Ya sé que te dan ganas de matar a quien te dice esas palabras, pero es verdad —dijo. Se sonrojó al oírse decir aquello, «matar», pero no quiso empeorarlo

tentativas y probablemente tampoco le hablaría de esta. Según la señora Sands, a quien veía los lunes por la tarde, había que seguir adelante,

Doree no le había hablado a la señora Sands de sus dos últimas

salían «te», «té», «fea», «cara», «cafre», «rifa», «cate» y..., un momento..., «aire». Las palabras no escaseaban a la salida de la ciudad, pues el autobús pasaba por delante de vallas publicitarias, tiendas gigantescas, aparcamientos e incluso globos amarrados a los tejados con

anuncios de rebajas.

disculpándose.

Cuando Doree tenía dieciséis años —de eso hacía siete— iba a ver a su madre al hospital todos los días al salir del colegio. Su madre se

recuperaba de una operación en la espalda, que al parecer era grave pero no peligrosa. Lloyd era celador. Tenía algo en común con la madre de Doree: los dos habían sido hippies, aunque Lloyd era unos años más joven. Siempre que tenía tiempo Lloyd entraba a charlar con ella sobre los conciertos y las manifestaciones de protesta a los que habían asistido, la gente estrambótica que habían conocido, los viajes y colocones que los

habían dejado hechos polvo y cosas así. Lloyd caía bien a los pacientes, por sus bromas y porque transmitía seguridad y fuerza. Era fornido, de hombros anchos, y lo suficientemente serio para que a veces lo tomaran por médico. (No le hacía ninguna gracia; opinaba que gran parte de la medicina era una mentira y que

pelo claro y la mirada insolente. Un día besó a Doree en el ascensor y le dijo que era una flor en el desierto. Después se rió de lo que había dicho y añadió:

muchos médicos eran unos gilipollas.) Tenía la piel rojiza y sensible, el

—¿Has visto lo original que puede llegar a ser uno? —Es que eres poeta, pero no lo sabes —dijo Doree, por cortesía.

La madre de Doree murió una noche, de repente, de una embolia.

Tenía muchas amigas, que habrían recogido a Doree —de hecho, se quedó con una de ellas una temporada—, pero ella prefería a su nuevo

amigo, Lloyd. Antes de su siguiente cumpleaños estaba embarazada, y poco después casada. Lloyd no se había casado nunca, aunque tenía al

menos dos hijos, de cuyo paradero no sabía gran cosa. De todos modos, ya serían mayores. Con la edad, Lloyd había adoptado otra filosofía de vida: creía en el matrimonio y en la fidelidad, pero no en el control de la natalidad. Y le pareció que la península de Sechelt, donde vivían Doree y él, estaba en aquella época demasiado llena de gente: viejos amigos,

viejas maneras de vivir, antiguas amantes. Al poco Doree y él se trasladaron a la otra punta del país, a un pueblo que eligieron por el nombre mirando un mapa: Mildmay. No se instalaron en el pueblo; alquilaron una casa en el campo. Lloyd encontró trabajo en una fábrica de helados. Plantaron un jardín. Lloyd sabía mucho de jardinería; también de carpintería, y de cómo encender una estufa de leña y mantener bien un coche viejo. Nació Sasha.

—Es muy natural —comentó la señora Sands.

—¿Sí? —dijo Doree.

Doree siempre se sentaba en una silla de respaldo recto ante una mesa, no en el sofá, con tapicería de flores y cojines. La señora Sands movió su silla hacia un lado de la mesa, para poder hablar sin ninguna barrera entre las dos.

—Casi me lo esperaba —dijo—. Creo que yo a lo mejor habría hecho lo mismo en tu lugar.

La señora Sands no habría dicho eso al principio. Hace un año, sin ir más lejos, habría sido más prudente, consciente de que Doree se habría sublevado ante la idea de que alguien, algún ser viviente, pudiera ponerse en su lugar. Ahora sabía que Doree se lo tomaría como una manera, una manera humilde incluso, de intentar comprender. La señora Sands no era como algunas de las demás. No era

dinámica, ni delgada, ni guapa. Ni tampoco demasiado mayor. Tenía más o menos la edad que tendría la madre de Doree, pero no el aspecto de una antigua hippy. Llevaba el pelo entrecano muy corto y tenía una verruga en lo alto de un pómulo. Vestía zapatos planos, pantalones holgados y blusas de flores. Aunque fueran de color frambuesa o turquesa, las blusas

no transmitían una verdadera preocupación por la ropa; más bien parecía

que alguien le había dicho que tenía que arreglarse un poco y ella, obediente, había ido a comprarse algo que pensaba que podía servirle. La amable, impersonal y sincera sobriedad de la señora Sands despojaba aquellas prendas de todo entusiasmo agresivo, de toda ofensa.

—Pues las dos primeras veces ni lo vi —dijo Doree—. No quiso salir.

—¿Y esta vez sí? ¿Salió? —Sí, pero apenas lo reconocí.

—¿Había envejecido? —Supongo. Supongo que ha adelgazado un poco. Y esa ropa. De

uniforme. Nunca lo había visto así.

—¿Te pareció una persona diferente?

 $-N_0$

diferencia. Estaba tan quieto... Doree nunca lo había visto tan quieto. Ni siquiera pareció darse cuenta de que tenía que sentarse enfrente de ella.

Lo primero que le dijo Doree fue: «¿No te vas a sentar?».

Y él contestó: «¿Estará bien?».

—Parecía ausente —dijo Doree—. ¿Lo tendrán drogado? —Quizá le dan algo para mantenerlo estable. Pero la verdad, no lo

Doree se mordió el labio superior, intentando pensar cuál era la

sé. ¿Entablasteis una conversación? Doree pensó si de verdad había sido una conversación. Le había era pasear.) —Tienes que tomar el aire —le dijo Doree. —Es verdad —le dijo Lloyd. Doree estuvo a punto de preguntarle si tenía amigos. Como le preguntas a tu hijo por el colegio. Como se lo preguntarías a tus hijos, si

hecho unas cuantas preguntas, normales, absurdas. ¿Qué tal estaba? (Bien.) ¿Le daban suficiente de comer? (Él creía que sí.) ¿Había algún sitio donde pudiera ir a pasear si le apetecía? (Con vigilancia, sí. Él suponía que podía decirse que era un sitio. Suponía que podía decirse que

fueran al colegio. —Sí, sí —dijo la señora Sands, empujando suavemente la oportuna caja de kleenex.

A Doree no le hacía falta, tenía los ojos secos. El problema estaba en la boca del estómago. Las náuseas.

La señora Sands se limitó a esperar. Era lo bastante lista para no meterse en más honduras.

Y, como si hubiese adivinado lo que Doree estaba a punto de decir, Lloyd le había contado que había un psiquiatra que iba a verlo para hablar

con él cada dos por tres. —Yo le digo que está perdiendo el tiempo —añadió Lloyd—. Yo sé tanto como él.

Fue el único momento en que a Doree le pareció que volvía a ser el de antes. Durante toda la visita el corazón le latió con fuerza. Pensó que igual se desmayaba o se moría. Le cuesta tanto trabajo mirarlo, encajar en su campo de visión a aquel hombre delgado y canoso, inseguro pero

frío, que se mueve mecánicamente pero sin coordinación... No le había contado nada de eso a la señora Sands. La señora Sands

podría haber preguntado —con mucho tacto— de quién tenía miedo. ¿De él o de sí misma?

Pero Doree no tenía miedo.

Cuando Sasha tenía un año y medio nació Barbara Ann, y cuando

Barbara Ann tenía dos años, tuvieron a Dimitri. Habían elegido el nombre de Sasha entre los dos, y después hicieron un pacto: él elegiría los nombres de los niños y ella los de las niñas.

Dimitri fue el primero con cólicos. Doree pensó que a lo mejor no

tenía suficiente leche, o que su leche no era lo bastante nutritiva. ¿O era demasiado nutritiva? Lloyd llevó a una señora de la Liga de La Leche

para que hablara con Doree. Pase lo que pase, no le dé ningún biberón complementario, dijo la señora. Eso sería el principio del fin, porque dentro de poco el niño rechazaría el pecho.

No sabía la señora que Doree ya le estaba dando biberones complementarios. Y parecía verdad que el niño los prefería; cada día

estaba más tiquismiquis con el pecho. Al cabo de tres meses solo tomaba biberón, y entonces ya no hubo forma de ocultárselo a Lloyd. Doree le

dijo que se había quedado sin leche y que había tenido que empezar a darle el complemento. Lloyd le apretujó un pecho y después el otro con frenética determinación, y logró sacarle unas tristes gotitas de leche. La llamó mentirosa. Se pelearon. Él le dijo que era una puta, como su madre. Dijo que las hippies esas eran todas unas putas.

Pronto hicieron las paces. Pero siempre que Dimitri se quejaba de algo, o estaba resfriado, o le daba miedo el conejito que tenía algún niño por mascota, o cuando seguía agarrándose a las sillas a la edad en que su hermano y su hermana ya andaban solos, salía a relucir el fracaso en lo de

darle de mamar.

La primera vez que Doree fue al despacho de la señora Sands, una de las otras mujeres le dio un folleto. En la cubierta había una cruz dorada y varias palabras en morado y oro. «Cuando tu pérdida parece insufrible...»

Dentro había una imagen de Jesucristo en colores pálidos y unos caracteres más menudos que Doree no llegó a leer.

Sentada ante la mesa, aferrando el folleto, Doree se echó a temblar.

La señora Sands se lo tuvo que arrancar de la mano.

—¿Te lo ha dado alguien? —preguntó la señora Sands.

Doree dijo:

—Esa. —Y señaló con la cabeza la puerta cerrada.

—¿No te interesa? —Cuando estás fatal es cuando intentan pillarte —dijo Doree, y

entonces cayó en la cuenta de que era algo que había dicho su madre cuando fueron a verla al hospital unas señoras con un mensaje parecido —. Se creen que vas a ponerte de rodillas y que todo irá estupendamente.

La señora Sands suspiró.
—Bueno, en realidad no es tan sencillo —dijo.

—Ni siquiera posible —añadió Doree.

—Quizá no.

él, si podía evitarlo, y si no podía pensaba en él como si fuera un terrible accidente de la naturaleza.

—Aunque creyera en esas cosas —dijo, refiriéndose a lo que había

Nunca hablaban de Lloyd en aquellos días. Doree nunca pensaba en

en el folleto—, solo sería para...

Lo que quería decir era que creer en eso le resultaría muy práctico,

pues así podría imaginarse a Lloyd ardiendo en el infierno o algo por el estilo, pero fue incapaz de continuar, porque le parecía una estupidez hablar de algo así. Y porque se lo impedía algo ya muy conocido, una especie de martilleo en la tripa.

Lloyd era partidario de que sus hijos estudiaran en casa. No por

razones religiosas —como no creer en los dinosaurios, los hombres de las cavernas, los monos y todas esas cosas—, sino porque quería que estuvieran junto a sus padres y que se adentrasen en el mundo poco a

estuvieran junto a sus padres y que se adentrasen en el mundo poco a poco y con cuidado, no que los lanzaran a él de golpe. «Es que da la casualidad de que pienso que son mi hijos —decía—. O sea, nuestros hijos, no los hijos del Departamento de Educación.»

Doree no estaba muy segura de poder manejar aquello, pero resulta que el Departamento de Educación tenía sus directrices y sus planes de estudios, que podían encontrarse en la escuela del pueblo. Sasha era un tema a medida que surgían las preguntas. Sasha enseguida se adelantó a los planes de estudios de la escuela, pero Doree iba a recogerlos de todos modos y lo ponía a hacer los ejercicios a tiempo para cumplir con la ley.

Había otra madre del barrio que también educaba a los niños en casa. Se llamaba Maggie y tenía una furgoneta pequeña. Lloyd necesitaba el coche para ir a trabajar y Doree, que no había aprendido a conducir, se alegró cuando Maggie se ofreció a llevarla una vez a la semana para

entregar los ejercicios terminados y recoger los nuevos. Naturalmente, se llevaban a todos los niños. Maggie tenía dos chicos. El mayor sufría tantas alergias que la madre tenía que vigilar estrechamente todo lo que

chico inteligente que prácticamente aprendió a leer solo, y los otros dos eran demasiado pequeños para aprender gran cosa. Por las noches y los fines de semana Lloyd le enseñaba a Sasha geografía, el sistema solar, la hibernación de los animales y cómo funciona un coche, tratando cada

comía; por eso le daba clase en casa. Y después Maggie pensó que el pequeño también podía quedarse allí. El niño quería estar con su hermano, y además tenía problemas de asma.

Qué agradecida se sintió Doree, al compararlos con los tres suyos, tan sanos. Lloyd decía que era porque los había tenido de joven, mientras que Maggie había esperado hasta llegar casi a la menopausia. Lloyd

que Maggie había esperado hasta llegar casi a la menopausia. Lloyd exageraba la edad de Maggie, pero era cierto que había esperado. Maggie era optometrista. Su marido y ella habían sido compañeros de trabajo y no tuvieron familia hasta que ella pudo dejar la consulta y encontraron una casa en el campo.

Maggie tenía el pelo entrecano, muy corto y pegado al cráneo. Era alta, de pecho plano, jovial y de ideas fijas. Lloyd la llamaba la Lesbi.

alta, de pecho plano, jovial y de ideas fijas. Lloyd la llamaba la Lesbi. Solo a sus espaldas, claro. Bromeaba con ella por teléfono pero a Doree le decía, solo moviendo los labios: «Es la Lesbi». A Doree no le importaba mucho, Lloyd llamaba lesbis a muchas mujeres, pero le daba miedo que a Maggie las bromas le parecieran demasiado amistosas,

inoportunas o al menos una pérdida de tiempo.

—¿Quieres hablar con mi señora? Sí. Aquí la tengo, dándole a la tabla de lavar. Sí, soy un auténtico negrero. ¿No te lo ha contado?

Doree y Maggie adquirieron la costumbre de ir juntas a la compra

después de recoger los papeles en el colegio. Luego a veces se llevaban unos cafés de Tim Hortons e iban con los niños al Riverside Park. Se

sentaban en un banco mientras Sasha y los hijos de Maggie echaban carreras o se subían a los aparatos, Barbara Ann se columpiaba enérgicamente y Dimitri jugaba en el cajón de arena. O se sentaban en la furgoneta, si hacía frío. Hablaban sobre todo de los niños y de lo que cocinaban, pero de algún modo Doree averiguó que Maggie se había

pateado media Europa antes de estudiar optometría, y Maggie se enteró de lo joven que era Doree cuando se casó. También de la facilidad con la que se había quedado embarazada al principio, de que ya no le resultaba tan fácil, y de que eso despertaba las sospechas de Lloyd, que registraba los cajones del tocador de Doree en busca de píldoras anticonceptivas,

—O sea, me parecería una cosa terrible, sin decírselo a él. Es una

—¿Y lo haces?

Doree se quedó horrorizada. Dijo que ni se le ocurriría.

pensando que debía de estar tomándolas a escondidas.

especie de broma lo que hace cuando las busca.

—Ah —dijo Maggie.

Y en una ocasión Maggie preguntó:

—¿Te va todo bien? O sea, en tu matrimonio. ¿Eres feliz?

Doree dijo que sí, sin dudarlo. Después empezó a tener más cuidado

con lo que contaba. Comprendió que había ciertas cosas a las que ella estaba acostumbrada que otra persona quizá no entendería. Lloyd veía las cosas de una manera especial; era su forma de ser. Ya era así cuando lo

cosas de una manera especial; era su forma de ser. Ya era así cuando lo conoció en el hospital. La enfermera jefe era muy estirada, y él la llamaba señora Malbicho en lugar de por su apellido, Mitchell. Lo decía tan deprisa que costaba trabajo darse cuenta. Pensaba que tenía sus favoritos y que él no era uno de ellos. Ahora, en la fábrica de helados,

hacía broma de sus enemigos, como si se riera de sí mismo. Incluso le permitía a Doree reírse también, siempre y cuando no fuera ella quien empezara. Doree esperaba que Lloyd no se pusiera en ese plan con Maggie. A

Lloyd, pero de nada valía contradecirlo. Quizá los hombres necesitaban tener enemigos, como necesitan gastar sus bromitas. Y a veces Lloyd

detestaba a una persona a quien llamaba Louie Chupapalos. Doree no sabía cómo se llamaba en realidad aquel hombre, pero al menos eso

Doree estaba segura de que esa gente no era tan mala como creía

demostraba que no eran solo las mujeres quienes lo irritaban.

veces tenía miedo de que la mujer se viera venir algo así. Si él no la dejara ir en el coche al colegio y a la compra con Maggie sería un fastidio, y grande. Pero peor sería la vergüenza. Tendría que inventarse alguna mentira absurda para explicarlo. Pero Maggie se daría cuenta; como mínimo se daría cuenta de que Doree mentía y lo interpretaría

alguna mentira absurda para explicarlo. Pero Maggie se daría cuenta; como mínimo se daría cuenta de que Doree mentía y lo interpretaría como que estaba peor de lo que realmente estaba.

Y Doree se preguntó por qué tenía que importarle lo que Maggie pensara. Maggie era una extraña, ni siquiera se sentía a gusto con ella.

Fue Lloyd quien lo dijo, y tenía razón. La verdad de las cosas entre ellos, su vínculo, no era algo que pudiera entender nadie y no era asunto de nadie. Si Doree podía mantener su lealtad, todo iría bien.

Todo empeoró, poco a poco. Ninguna prohibición directa, pero sí

más críticas. Lloyd dejaba caer la teoría de que las alergias y el asma de los hijos de Maggie podían ser culpa de la madre. Muchas veces el motivo es la madre, decía. Lo había visto en el hospital. Una madre demasiado dominante, normalmente demasiado culta.

—Algunos niños simplemente nacen con algo —dijo Doree, imprudente—. No puedes decir que siempre es la madre.

—Ah. ¿Y por qué no puedo?

—No quiero decir tú. No quiero decir que no puedes. O sea, ¿no pueden nacer con cosas?

- —¿Desde cuándo eres una eminencia médica?—Yo no he dicho que lo sea.
- —No. Es que no lo eres.

—¿Quién? ¿Maggie?

- De mal en peor. Lloyd quería saber de qué hablaban, Maggie y ella.
- —No sé. De nada en particular.
- —Qué curioso. Dos mujeres en un coche. La primera vez que lo oigo, que dos mujeres no hablen de nada. Lo que quiere es separarnos.
 - —Conozco a esa clase de mujeres.
 - —¿Qué clase?
 - —Su clase.
 - —No seas tonto.
 - —Cuidadito. No me llames tonto.
 - —¿Para qué querría hacer algo así?
- —¿Y yo cómo lo voy a saber? Solo quiere hacerlo. Espera y verás. Irás a su casa llorando a mares por lo hijo de puta que soy. Un día de

lrás a su casa llorando a mares por lo hijo de puta que soy. Un día de estos.

Y así ocurrió, tal y como él había dicho. Al menos eso debió de parecerle a Lloyd. Doree se vio una noche en la cocina de la casa de

Maggie, alrededor de las diez, sonándose y tomando una infusión. El marido de Maggie dijo: «¿Qué demonios...?» cuando llamó a la casa; Doree lo oyó desde detrás de la puerta. El no sabía quién era Doree. Ella dijo: «Siento muchísimo molestar...» mientras él se quedaba mirándola, con las cejas enarcadas y los labios apretados. Y entonces apareció

Maggie.

Doree había ido hasta allí andando en la oscuridad, primero por la pista de gravilla junto a su casa, después por la carretera. Cada vez que se acercaba un coche se apartaba hasta la cuneta, y eso la retrasó

considerablemente. Echaba un vistazo a los coches que pasaban, pensando que en uno de ellos podía ir Lloyd. No quería que la encontrase, todavía no, no hasta que se hubiera asustado de su propia locura. Otras

—Venga, cállate —dijo Maggie, en tono serio pero amable—.
¿Quieres una copa de vino?
—Yo no bebo.
—Entonces mejor que no empieces ahora. Voy a prepararte una infusión. Te relajará. Manzanilla y frambuesa. No es por los niños, ¿verdad?

veces ella había sido capaz de atemorizarlo, llorando, dando alaridos, incluso golpeándose la cabeza contra el suelo mientras salmodiaba: «No es verdad, no es verdad, no es verdad». Al final él se echaba atrás. Decía: «Vale, vale. Te creo. Tranquila, cariño. Piensa en los niños. Te creo, en

Pero esa noche Doree se había plantado aun antes de empezar el

El marido de Maggie, que no parecía muy contento con la situación,

número. Se puso el abrigo y salió por la puerta mientras él gritaba: «¡No

se había ido a la cama mientras Doree no paraba de decir: «Lo siento. Lo

siento mucho, presentarme así en tu casa a estas horas de la noche».

serio. Déjalo ya».

fuera tan desleal.

lo hagas! ¡Te lo advierto!».

—No.
Maggie le quitó el abrigo y le dio un montón de kleenex para la nariz y los ojos.

No me cuentes nada todavía. Enseguida te tranquilizarás.
Ni siquiera cuando se calmó un poco Doree quiso soltar toda la

verdad y dejar que Maggie se enterase de que ella era el meollo del problema. Además, no quería tener que explicar nada de Lloyd. Por muy agotada que la dejara, él seguía siendo la persona a quien estaba más unida en el mundo y Doree tenía la sensación de que todo se vendría

Dijo que Lloyd y ella habían retomado una antigua discusión y que estaba tan harta de todo que lo único que quería era salir de allí. Pero ya se le pasaría, dijo. A los dos.

abajo si se atreviese a contarle a alguien cómo era él exactamente, si le

Muy bien. Vale. La llevaré a casa por la mañana. Ningún problema. Vale. Buenas noches. »Era él —dijo—. Supongo que lo has oído. —¿Cómo hablaba? ¿Parecía normal? Maggie se echó a reír. —Bueno, yo no sé cómo habla cuando está normal, ¿no? Pero no parecía borracho. —El tampoco bebe. En casa no tenemos ni café. —¿Quieres una tostada? Maggie la llevó a casa por la mañana temprano. El marido de Maggie todavía no se había ido a trabajar y se quedó con los niños. Como Maggie tenía prisa por volver, se limitó a decir: «Adiós. Llámame si necesitas hablar», mientras daba la vuelta con la furgoneta en el jardín. Era una mañana fría de principios de primavera, aún había nieve en el suelo, pero Lloyd estaba sentado en las escaleras, sin chaqueta. —Buenos días —dijo en voz alta, en tono sarcástico y cortés—. Y Doree le dio los buenos días, fingiendo que no había notado su retintín.

—A todas las parejas les ocurre alguna vez —dijo Maggie.

—Sí. Está bien. Solo quería dar un paseo para desahogarse un poco.

Entonces sonó el teléfono y Maggie contestó.

El no se apartó para dejarla pasar.

—Lloyd —dijo Doree—. ¡Lloyd!

Doree decidió no tomárselo en serio.

—¿Ni siquiera si lo pido por favor? Por favor.

—No puedes entrar.

—Será mejor que no entres.
—No le he contado nada, Lloyd. Siento haberme marchado. Supongo que necesitaba respirar un poco.

Lloyd la miró pero no contestó. Sonrió con los labios apretados.

—Mejor que no entres.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde están los niños?

Lloyd movió la cabeza, como cuando Doree decía algo que no le gustaba, una pequeña ordinariez, por ejemplo «me cago en...».

—Lloyd. ¿Dónde están los niños?

Lloyd se apartó un poco, justo para que Doree pudiera pasar si quería.

Dimitri todavía en la cuna, tumbado de costado. Barbara Ann en el suelo, al lado de su cama, como si se hubiera caído o la hubieran sacado a

empujones. Sasha junto a la puerta de la cocina; había intentado escapar. Era el único con moretones en el cuello. La almohada se había encargado de los otros dos.

—Cuando llamé por teléfono anoche, ¿sabes? —dijo Lloyd—, cuando llamé ya había ocurrido. Tú te lo buscaste. Lo declararon demente y no pudieron juzgarlo. Era un delincuente

psicótico, había que llevarlo a una institución segura.

Doree había salido corriendo de la casa e iba dando traspiés por el jardín, apretándose el estómago con los brazos como si la hubieran

abierto de un tajo e intentara que no se le salieran las tripas. Esa fue la escena que vio Maggie cuando regresó. Había tenido un presentimiento y al llegar a la carretera dio la vuelta. Lo primero que pensó es que a Doree su marido le había dado un puñetazo o una patada en el estómago. No supo interpretar los gemidos de Doree. Pero Lloyd, que seguía sentado en las escaleras, se apartó cortésmente para dejarla pasar, sin pronunciar

encontrarse. Llamó a la policía. Doree se pasó un buen rato metiéndose en la boca cuanto tenía a mano. Después de la tierra y la hierba, sábanas, toallas y su propia ropa.

palabra, y ella entró en la casa y se encontró con lo que ya esperaba

Como si intentara ahogar no solo los alaridos, sino la escena que veía en su cabeza. Le pusieron una invección de algo, cada cierto tiempo, para calmarla, y funcionó. Lo cierto es que se quedó muy tranquila, aunque no

La señora Sands dijo que si Doree quería seguir visitando a Lloyd era cosa suya. —Yo no estoy aquí para autorizar o desautorizar. ¿Te sentiste bien al verlo? ¿O mal?

Doree no era capaz de explicar que en realidad tenía la sensación de

catatónica. Dijeron que se mantenía estable. Cuando salió del hospital y la trabajadora social la llevó a otro sitio, la señora Sands se hizo cargo de ella, le encontró una casa donde vivir y un trabajo, e impuso la rutina de hablar con ella una vez a la semana. Maggie habría ido a verla, pero era la única persona a la que Doree no soportaba ver. La señora Sands aseguraba que ese sentimiento era natural, que era la asociación. También

holgada de colores claros, zapatos que no hacían ruido, probablemente zapatillas. Le daba la impresión de que se le había caído un poco de pelo, su pelo abundante, ondulado, del color de la miel. Parecía haber perdido la anchura de los hombros, el hueco de la clavícula donde ella apoyaba la

que no lo veía a él. Era casi como ver un fantasma. Tan pálido. Con ropa

cabeza. Lo que Lloyd dijo después a la policía —y apareció textualmente en

los periódicos— fue lo siguiente: «Lo hice para evitarles el sufrimiento».

¿Qué sufrimiento? «El sufrimiento de saber que su madre los había abandonado.»

decía que Maggie lo comprendería.

—No lo sé.

A Doree esas palabras se le habían quedado grabadas en el cerebro, y quizá cuando decidió intentar verlo fue con la idea de obligarlo a

retirarlas. Hacerle ver, y reconocer, qué había ocurrido en realidad.

«Me dijiste que o dejaba de contradecirte o me marchaba de casa.

Así que me marché. Solo pasé una noche en casa de Maggie. Tenía

intención de volver. No había abandonado a nadie.»

Doree recordaba perfectamente cómo había empezado la discusión. Había comprado una lata de espaguetis con una ligera abolladura. Por eso que era muy lista. Sin embargo, no se lo dijo a Lloyd cuando empezó a interrogarla. Por alguna razón pensó que era mejor fingir que no se había dado cuenta. Cualquiera se habría dado cuenta, dijo él. Podríamos habernos

estaba de oferta, y Doree se puso muy contenta de haber ahorrado. Pensó

intoxicado todos. Pero ¿qué le pasaba? ¿O era eso lo que tenía en mente? ¿Quería probarlo con los niños o con él? Doree le dijo que si se había vuelto loco.

Lloyd dijo que no era él quien estaba loco ¿Quién sino una mujer

loca compraría veneno para su familia? Los niños se quedaron observando desde la puerta del salón. Esa fue la última vez que Doree los vio con vida.

De modo que ¿eso era lo que Doree estaba pensando, que al final

podría hacerle comprender quién de los dos estaba loco? Cuando se dio cuenta de lo que le pasaba por la cabeza, Doree debería haberse bajado del autobús. Podría haberse bajado incluso ante la

verja, con las pocas mujeres que subían lentamente por el camino. Podría haber cruzado la carretera y esperar el autobús para volver a la ciudad.

Probablemente había gente que lo hacía. Iban allí de visita y de repente decidían que no. La gente seguramente lo hacía a menudo.

Pero quizá había sido mejor seguir adelante y verlo tan raro y destrozado. No era yo una persona a la que merece la pena culpar de algo.

Ni siquiera una persona. Era como un personaje de un sueño. Doree tenía sueños. En uno de los sueños huía de la casa después de

haberlos encontrado y Lloyd se echaba a reír como antes, con su risa

fácil. Después oía a Sasha riéndose detrás de ella y entonces caía en la cuenta, encantada, de que todos estaban gastándole una broma.

—¿Me preguntó usted que si me había sentido bien o mal al verlo?

¿La última vez que me lo preguntó?

—Sí —dijo la señora Sands. —Tuve que pensármelo.

—Sí.

—Llegué a la conclusión de que me sentí mal. Así que no he vuelto.

Con la señora Sands nunca se sabía, pero que asintiera con la cabeza dio a entender cierta satisfacción o aprobación.

Así que cuando Doree decidió volver a pesar de todo, pensó que sería mejor no hablar del asunto. Y como resultaba difícil no hablar de cualquier cosa que le ocurriera —porque la mayoría de las veces era tan poco—, llamó y canceló la cita. Dijo que se iba de vacaciones. Empezaba

el verano y las vacaciones eran lo normal. Con una amiga, dijo.

—No llevas la misma chaqueta que la semana pasada. —No fue la semana pasada.

—;No?

—Fue hace tres semanas. Ahora hace calor. Esta es más fina, pero la verdad es que no la necesito. No hace falta chaqueta. Él le preguntó por el viaje, qué autobuses tenía que coger desde

Mildmay. Ella le contó que ya no vivía allí. Le dijo dónde vivía y lo de los tres autobuses.

—Es un buen trecho. ¿Te gusta vivir en un sitio más grande?

—Allí es más fácil encontrar trabajo.

—¿Así que trabajas?

La última vez le había contado dónde vivía, lo de los autobuses, dónde trabajaba.

—Trabajo en un motel, limpiando habitaciones —dijo Doree—. Te lo conté.

—Ah, sí. Se me había olvidado. Perdona. ¿Has pensado en volver a la escuela? ¿A la escuela nocturna?

Doree dijo que sí lo pensaba pero que nunca lo bastante en serio para hacer nada. También que no le importaba trabajar de limpiadora.

Y después se quedaron como si no se les ocurriera nada más que decir.

—Perdona —dijo—. Perdona. Supongo que no estoy acostumbrado a una conversación. —¿Y cómo pasas el tiempo? —Pues leo. Medito. De todo un poco. —Ah. —Te agradezco que vengas. Significa mucho para mí. Pero no pienses que tienes que seguir. O sea, hazlo cuando quieras. Si pasa algo, y si te apetece... Lo que quiero decir es que el solo hecho de que quizá vengas, aunque vinieras una sola vez, es mucho para mí. ¿Me entiendes? Doree dijo que sí, que eso creía. Él dijo que no quería entrometerse en su vida. —No lo haces —contestó ella. —¿Era eso lo que ibas a decir? Pensaba que ibas a decir otra cosa. En realidad, Doree había estado a punto de decir: ¿qué vida? No, en serio, nada más, dijo Doree. —Bien Tres semanas más tarde la llamaron por teléfono. Era la señora Sands, no una de las mujeres de la oficina. —Ah, Doree. Pensaba que a lo mejor no habías vuelto. De las vacaciones. ¿Así que ya has vuelto? —Sí —dijo Doree, intentando pensar dónde diría que había estado. —Pero aún no te ha dado tiempo de concertar otra cita, ¿no? —No. Todavía no. —No importa. Solo quería estar segura. ¿Estás bien? —Sí, estov bien. —Estupendo. Ya sabes dónde estoy si me necesitas. Si quieres charlar un rato. —Sí. —Bueno, cuídate. No mencionó a Lloyd, no preguntó si habían continuado las visitas.

Lloyd suspiró.

contado una mentira o si habría soltado la verdad. Lo cierto era que había vuelto el domingo siguiente de que él le dijera, más o menos, que no importaba que fuera a verlo o no. Lloyd estaba resfriado. No sabía cómo lo había pillado. A lo mejor ya lo tenía la última vez que la vio y por eso había estado tan taciturno, dijo.

Bueno, por supuesto, Doree dijo que no habían seguido, pero a la señora Sands normalmente se le daba muy bien percatarse de lo que pasaba. Y también se le daba muy bien callarse cuando comprendía que con preguntar no llegaría a ninguna parte. Doree no sabía qué habría contestado si le hubiera preguntado, si habría dado marcha atrás y habría

«Taciturno.» Ahora Doree casi nunca se relacionaba con gente que empleara una palabra así, y le pareció raro. Pero Lloyd siempre había tenido la costumbre de utilizar palabras como esa, y por supuesto antes a Doree no le impresionaban tanto como ahora.

—¿Te parezco una persona distinta? —preguntó Lloyd. —Bueno, eres distinto —dijo Doree con prudencia—. ¿Yo no?

—Tú estás preciosa —dijo él con tristeza.

Doree se ablandó un poco, pero se resistió. —¿Te sientes distinta? —preguntó Lloyd—. ¿Te sientes una persona

distinta? Ella dijo que no lo sabía.

—¿Y tú?

—Totalmente —dijo él.

Días más tarde, esa misma semana, a Doree le dieron un sobre en el

trabajo. Llevaba la dirección del motel e iba dirigido a su atención.

Dentro había varias hojas, escritas por las dos caras. Al principio no

pensó que fuera de Lloyd; tenía la idea de que en la cárcel no se permitía escribir cartas. Pero claro, él era otra clase de preso. No era un

delincuente, era un delincuente psicótico. En el escrito no había fecha, ni siquiera un «Querida Doree».

La gente anda buscando la solución. Tienen la mente irritada (de tanto buscar). Hay tantas cosas que los zarandean, que les hacen daño... En sus caras se ven todos sus dolores y sus heridas. Están preocupados.

Empezaba hablándole de tal manera que Doree pensó que sería una

especie de invitación religiosa.

Van de un sitio a otro. Tienen que ir de compras y a la lavandería y a cortarse el pelo y ganarse la vida o recoger el cheque del paro. Los pobres tiene que hacer eso y los ricos tienen que buscar con todas sus fuerzas la mejor manera de gastarse el dinero. Eso también es trabajo. Tienen que

construir las mejores casas con grifos de oro para el agua caliente y la fría. Y sus Audi y los cepillos de dientes mágicos y todos los artilugios

imaginables y las alarmas antirrobo para protegerse de las matanzas y ni (ve) viejos ni jóvenes, pobres o ricos, tienen paz de espíritu. Iba a escribir «vecinos» en lugar de viejos, ¿por qué sería? Aquí no tengo vecinos. Donde estoy al menos la gente ha superado mucha confusión. Saben lo que poseen y siempre poseerán y ni siquiera tienen que comprar la comida ni cocinar. Ni elegirla. Toda posibilidad de elección queda eliminada.

Lo único que podemos conseguir los que estamos aquí es lo que

saquemos de nuestra mente. Al principio en la cabeza solo tenía perturvación (¿se escribe así?).

Era una continua tormenta y me daba golpes contra el cementó con la esperanza de librarme de ella. Parar mi sufrimiento y mi vida. Y me impusieron castigos. Me redujeron con una manguera, me ataron y me introdujeron drogas en el torrente sanguíneo. No es que me queje, porque tenía que aprender que de eso no se saca ningún provecho. Ni tampoco

hay diferencia con el llamado mundo real, donde la gente bebe, monta escándalos y comete crímenes para eliminar los pensamientos dolorosos. Y muchas veces se los llevan y los encarcelan pero no es suficiente para

que salgan al otro lado. ¿Y qué es eso? Es la demencia absoluta o la paz. La paz. Yo he alcanzado la paz y sigo cuerdo. Supongo que al leer me hubiera convertido a alguna religión. No. No cierro los ojos y me siento elevado por ningún Poder Superior concreto. La verdad es que no sé qué quieren decir con todo eso. Lo que hago es Conocerme a Mí Mismo. Conócete a Ti Mismo es una especie de Mandamiento de algún sitio, probablemente de la Biblia, así que al menos he seguido el

Cristianismo. También Sé Fiel a Ti Mismo, eso lo he intentado si es lo que también está en la Biblia. No dice a qué partes, las buenas o las

esto pensarás que voy a decir algo de Jesucristo o quizá de Buda como si

malas, ser fiel, o sea, que no se trata de una guía de moralidad. Tampoco Conócete a Ti Mismo tiene relación con la moralidad como la entendemos en Conducta. Pero la Conducta en realidad no me preocupa porque me han juzgado correctamente como persona en la que no se puede confiar para que juzgue cómo debería comportarse y esa es la razón por la que estoy aquí.

Volvamos a la parte del Conocer del Conócete a Ti Mismo. Puedo

decir con toda seriedad que me conozco a mí mismo y sé lo peor de lo que soy capaz y sé que lo he hecho. El Mundo me considera un Monstruo y no tengo nada en contra de eso, aunque de paso podría decir que a los que sueltan bombas o queman ciudades o matan de hambre o asesinan a cientos de miles de personas normalmente no se los considera Monstruos sino que les llueven medallas y honores, pues solo los actos contra pocas personas se consideran malos y terribles. Lo cual no es una excusa sino

personas se consideran malos y terribles. Lo cual no es una excusa sino una simple observación.

Lo que Conozco de Mí Mismo es mi propia Maldad. Ese es el secreto de mi consuelo. Quiero decir que conozco lo Peor de mí. Puede que sea peor que lo peor de otras personas, pero la verdad es que no tengo

que sea peor que lo peor de otras personas, pero la verdad es que no tengo que pensar ni preocuparme por eso. No hay excusas. Estoy en paz. ¿Soy un Monstruo? El Mundo dice que sí y si lo dice yo estoy de acuerdo. No obstante, también digo que el Mundo no tiene ningún significado real para mí. Yo soy Yo y no tengo posibilidades de ser otro Yo. Podría decir que entonces estaba loco, pero ¿qué significa eso? Loco. Cuerdo. Yo soy

Doree, si has seguido levendo hasta aquí, hay algo especial que

Yo. No podía cambiar mi yo entonces y no puedo cambiarlo ahora.

quiero contarte pero que no puedo escribir. Si tienes pensado volver aquí alguna vez, a lo mejor lo haré. No pienses que soy cruel. No es que no quisiera cambiar las cosas si pudiera, es que no puedo.

Voy a enviarte esto a tu trabajo, pues lo recuerdo y recuerdo el nombre del pueblo, así que mi cerebro funciona bien en algunos aspectos.

Ella pensó que tendrían que hablar de esa carta la próxima vez que

se vieran y la leyó varias veces, pero no se le ocurrió nada que decir. De lo que realmente quería hablar era de lo que él decía que no podía poner por escrito. Pero cuando volvió a verlo, él actuó como si no le hubiera

escrito nada. Ella, por sacar un tema de conversación, le contó que un cantante de folk, famoso en su momento, se había alojado en el motel. Le sorprendió que él supiera más cosas que ella sobre la trayectoria del

cantante. Resulta que tenía televisión, o que al menos podía verla, y solía ver algunos programas y, por supuesto, las noticias. Eso les dio algo más de lo que hablar, hasta que Doree ya no pudo reprimirse más. —¿Qué es eso que solo puedes contarme personalmente?

preparados para hablar de ello. Y entonces a Doree le dio miedo de que fuera algo que no pudiera

Lloyd dijo que ojalá no se lo hubiera preguntado. No sabía si estaban

controlar, algo insufrible, como que él seguía amándola. No soportaba oír la palabra «amor».

—Vale —dijo—. Quizá no lo estamos. —Y añadió—: De todos modos, será mejor que me lo cuentes. Si al salir de aquí me atropellara un

coche nunca lo sabría, y tú ya no tendrías otra oportunidad de contármelo. —Es verdad —dijo él.

—Bueno, ¿qué es? —El próximo día. El próximo día. A veces no puedo hablar. Quiero

hablar, pero me quedo en blanco.

Doree, he estado pensando en tí desde que te marchaste y lamento

El Cielo existe.

Esa es una forma, pero no está bien porque yo nunca he creído en el Cielo y el Infierno, etc. Para mí todo eso eran gilipolleces, así que debe de parecer muy raro que saque a relucir el tema.

De modo que lo único que voy a decir es que he visto a los niños.

haberte decepcionado. Cuando estás sentada enfrente de mí me emociono más de lo que quizá demuestro. No tengo derecho a emocionarme delante de ti, puesto que tú tienes más derecho que yo y tú siempre te controlas. Así que voy a invertir lo que dije porque he llegado a la conclusión de

que en realidad me cuesta menos escribirte que hablarte.

A ver por dónde empiezo.

Los he visto y he hablado con ellos.

Ya está. ¿Qué piensas en este momento? Estarás pensando: bueno, este está como una auténtica cabra. O: es un sueño y no sabe distinguir un

sueño, no entiende la diferencia entre estar dormido y estar despierto. Pero quiero decirte que entiendo la diferencia y que sé que existen. Digo que existen, no que están vivos, porque vivos significa en nuestra misma Dimensión, y no estoy diciendo que estén aquí. La verdad es que creo que

no. Aunque existen y debe de ser que hay otra Dimensión o a lo mejor innumerables Dimensiones, pero lo que sé es que yo he llegado a la que

están ellos. Posiblemente lo he conseguido porque paso tanto tiempo solo y tengo que pensar y pensar y porque tengo tanto en que pensar. Así que después de este sufrimiento y soledad hay una Gracia que ha visto la manera de darme una recompensa. A mí, precisamente el que menos la

merece según el modo de pensar del mundo. Bueno, si has seguido leyendo hasta aquí y no has roto esto en mil

pedazos, querrás saber algo. Cómo están, por ejemplo. Están bien. Son muy felices y muy listos. No parecen tener ningún recuerdo de nada malo. A lo mejor están un poco mayores que antes pero

es difícil saberlo. Parecen comprender a diferentes niveles. Sí. A Dimitri le notas que ha aprendido a hablar, cosa que antes no podía hacer. Están

veces no hablan por separado, al menos yo no puedo distinguir sus voces, pero sus personalidades son muy claras y debo decir que muy alegres. Por favor, no llegues a la conclusión de que estoy loco. Ese es el miedo que me impidió contártelo antes. Estuve loco una época pero créeme que me he librado de mi antigua locura como el oso muda el pelaje. O quizá debería decir como la serpiente muda la piel. Sé que si no

lo hubiera hecho no se me habría concedido esta capacidad para reconectar con Sasha, Barbara Ann y Dimitri. Ojalá también te la dieran a ti, porque, si es una cuestión de méritos, tú me sacas ventaja. Puede que a ti te cueste más trabajo porque vives mucho más en el mundo que yo,

en una habitación que reconozco en parte. Es como nuestra casa pero más espaciosa y bonita. Les pregunté qué tal los cuidaban y se rieron y dijeron algo como que podían cuidarse solos. Creo que fue Sasha quien lo dijo. A

pero al menos puedo darte esta información, la Verdad, y al decirte que los he visto espero que te animes. Doree se preguntó qué diría o pensaría la señora Sands si le leía esta carta. Naturalmente, la señora Sands tendría cuidado. Procuraría no emitir un veredicto rotundo de locura, sino que encauzaría con cautela y delicadeza a Doree en esa dirección.

O quizá se podría decir que no la encauzaría, sino que despejaría la confusión para que Doree tuviera que enfrentarse con una conclusión a la que parecería haber llegado ella sola. Tendría que quitarse de la cabeza esos disparates peligrosos (así hablaría la señora Sands).

Por eso Doree no quería ni verla.

Doree tenía la certeza de que Lloyd estaba loco. Y en lo que había escrito había indicios de su antigua chulería. Ella no le contestó. Pasaron los días, las semanas. No cambió de opinión, pero siguió guardando en secreto sus escritos. Y de vez en cuando, mientras estaba pulverizando el

líquido limpiador en el espejo de un cuarto de baño o estirando una sábana, la embargaba una emoción. Durante casi dos años no se había fijado en las cosas que solían alegrar a la gente, como el buen tiempo o

pensamiento relacionado con los niños, sacárselo inmediatamente de la cabeza como un cuchillo clavado en el cuello. No podía pensar en sus nombres, y si oía un nombre parecido a los de sus hijos, también tenía que arrancárselo. Incluso tenía que echar las voces de los niños, sus chillidos y el chapoteo de sus pies cuando entraban y salían de la piscina del motel por una especie de puerta que ella era capaz de

cerrar de golpe para dejar de oír. En cambio ahora tenía un refugio al que

Sands, con tantas horas que había pasado ante la mesa con los kleenex

¿Y quién se lo había proporcionado? Desde luego, no la señora

Desde que pasó lo que pasó siempre había tenido que librarse de

proporcionaba una sensación de tranquilidad, no de dolor.

las flores o el olor de una panadería. Aún no experimentaba esa sensación espontánea de felicidad, no la sentía, pero sí había algo que le recordaba cómo era. No tenía nada que ver con el tiempo que hiciera ni con las flores. Era la idea de que los niños estaban en lo que él llamaba su Dimensión lo que se adentraba furtivamente en ella y por primera vez le

discretamente a mano. Se lo había proporcionado Lloyd. Lloyd, esa persona terrible, esa persona aislada y demente. Demente, por llamarle de alguna manera. Pero ¿no cabía la

posibilidad de que lo que decía fuera verdad, de que hubiera salido al otro lado? ¿Y quién podía asegurar que las visiones de una persona que había hecho tal cosa y tal viaje no significaran algo?

Esa idea se coló en su cerebro y allí se quedó.

Jamás lo diría. Jamás lo haría.

podía acudir en cuanto la acechaban esos peligros.

Junto al pensamiento de que quizá Lloyd fuera la única persona con quien debería estar. ¿Para qué otra cosa serviría ella en el mundo —le parecía estar diciéndoselo a otra persona, probablemente a la señora

Sands—, para qué estaba allí si no era al menos para escucharlo?

No he dicho «perdonar», le contó mentalmente a la señora Sands.

Nadie que lo supiera me querría a su lado. Lo único que hago es recordarle a la gente lo que nadie puede soportar que le recuerden.

Era imposible disfrazarse, francamente. Esa corona de pinchos

Pero a ver. ¿No me rechazan a mí tanto como a él por lo que pasó?

amarillos daba lástima.

Y un día se vio otra vez en el autobús, por la carretera. Recordó

aquellas noches después de la muerte de su madre, cuando se escapaba para ver a Lloyd, mintiéndole a la amiga de su madre, la mujer con quien vivía, sobre adonde iba. Recordaba el nombre de la amiga, el nombre de la amiga de la madre. Laurie.

color de sus ojos? Cuando tenía que hablar de ellos la señora Sands los llamaba «tu familia» y los metía a todos en el mismo saco.

En aquella época, cuando iba a ver a Lloyd, cuando mentía a Laurie,

¿Quién sino Lloyd recordaría ahora los nombres de los niños, o el

no se sentía culpable; solo tenía una sensación de fatalidad, de sumisión. Tenía la impresión de que la habían puesto en la tierra únicamente para que estuviera con él e intentara comprenderlo.

Pues ya no era así. Ya no era lo mismo.

Iba sentada en el asiento delantero, al otro lado del conductor. Tenía una buena vista por la ventana. Y por eso fue la única pasajera del autobús, la única persona aparte del conductor, que vio una camioneta saliendo de una carretera lateral sin siguiera disminuir la velocidad, que

saliendo de una carretera lateral sin siquiera disminuir la velocidad, que la vio enfrente de ellos al otro lado de la carretera, vacía aquel domingo por la mañana, dar sacudidas y caer en la cuneta. Y la única que vio algo aún más extraño: al conductor de la camioneta volando por los aires de

una manera que pareció al mismo tiempo rápida y lenta, absurda y digna. Aterrizó en la grava, junto a la acera.

Los demás pasajeros no sabían por qué el conductor había frenado y había parado de forma tan brusca y desabrida. Al principio lo único que pensó Doree fue: ¿cómo ha salido? El joven o el chaval, que debía de haberse quedado dormido al volante. ¿Cómo había salido volando de la

asombro, entre el respeto y el temor—. Se ha estrellado contra la cuneta. Continuaremos en cuanto podamos, pero mientras tanto, por favor, no bajen del autobús.

pasajeros. Intentaba hablar alto, con calma, pero su voz temblaba de

—Ese tipo se nos ha puesto delante —les dijo el conductor a los

camioneta y se había lanzado con tanta elegancia al aire?

Como si no lo hubiera oído, o como si tuviera un derecho especial a ser útil, Doree bajó detrás del conductor. Él no la reprendió.
—Si será gilipollas... —dijo el conductor mientras cruzaban la

carretera. En su voz solo había rabia e indignación—. Gilipollas de chaval. Pero ¿usted ha visto?

El chico estaba tumbado de espaldas, con las piernas y los brazos extendidos, como si hiciera el ángel en la nieve. Sin embargo, a su alrededor había grava, no nieve. No tenía los ojos completamente

cerrados. Era muy joven, un niño que había dado el estirón antes de

—Como a kilómetro y medio de Bayfteld, en la Veintiuno, el lado

empezar a afeitarse. Posiblemente sin carné de conducir. El conductor hablaba por teléfono.

Un hilillo de espuma rosa salía por debajo de la cabeza del chico, junto a la oreja. No parecía sangre, sino la espuma que se retira de las fresas cuando se hace mermelada.

Doree se agachó junto a él. Le puso una mano en el pecho. No se movía. Doree acercó una oreja. Le habían planchado la camisa hacía poco; desprendía ese olor.

No respiraba.

este de la carretera.

Pero los dedos de Doree encontraron pulso en el cuello terso del chico.

Recordó algo que le habían contado. Se lo había contado Lloyd, por si uno de los niños tenía un accidente y él no estaba. La lengua. La lengua puede impedir la respiración si se ha desplazado al fondo de la garganta.

arriba, para despejar la laringe. Una inclinación leve pero firme. Si seguía sin respirar, Doree tendría que insuflarle aire. Le pellizca las aletas de la nariz, aspira una bocanada de aire, sella la boca del chico con sus labios y espira. Espirar dos veces y comprobar. Espirar dos veces y comprobar. Otra voz masculina, no la del conductor. Debía de haberse parado un automovilista. «¿Le pongo esta manta debajo de la cabeza?» Doree negó

Puso los dedos de una mano sobre la frente del chico y dos dedos de la otra mano bajo la barbilla. Apretar la frente, presionar la barbilla hacia

con un leve movimiento de cabeza. Acababa de recordar otra cosa, que no hay que mover a la víctima para no lesionar la médula espinal. Cubrió la boca del chico. Apretó su piel cálida, lozana. Espiró y esperó. Espiró y volvió a esperar. Y le pareció que una ligera humedad le ascendía a la

cara. El conductor dijo algo pero Doree no podía levantar la vista. Entonces lo notó, sin lugar a dudas: de la boca del chico salía aliento. Extendió una mano sobre la piel del pecho y al principio no sabía si subía o bajaba porque ella estaba temblando.

Sí, sí. Era aliento de verdad. La laringe estaba abierta. Respiraba él solo.

Estaba respirando. —Póngasela encima —le dijo Doree al hombre de la manta—. Para

que no se enfríe.

—¿Está vivo? —preguntó el conductor, inclinándose sobre ella.

Doree asintió. Sus dedos volvieron a encontrar el pulso. La

espantosa sustancia rosa había dejado de manar. A lo mejor no era nada

importante, no salía del cerebro.

—No puedo retener el autobús para esperarla —dijo el conductor—.

Ya vamos con retraso.

El automovilista dijo: —Está bien. Ya me encargo yo. necesario que hubiese silencio, que el mundo entero tenía que concentrarse alrededor del cuerpo del chico, ayudarlo a no perder de vista su obligación de respirar.

Tímidos soplidos, pero regulares, una mansa obediencia bajo el

Callaos, callaos, habría querido decirles Doree. Le parecía que era

pecho. Sigue, sigue.
—¿Lo ha oído? Este hombre dice que se queda a vigilarlo —insistió el conductor—. Los de la ambulancia van a venir lo más rápidamente posible.

—Usted siga —dijo Doree—. Iré con ellos al pueblo y lo alcanzaré a usted cuando vuelva esta noche.

El conductor tuvo que inclinarse para oírla. Doree había hablado con desdén, sin levantar la cabeza, como si su respiración fuera la que estuviera en juego.

estuviera en juego. —¿Seguro? —dijo el conductor. Seguro.

—¿No tiene que ir a London?

No.

Ficción

1

Lo mejor del invierno era volver a casa en el coche, después de todo

el día dando clases de música en los colegios de Rough River. Ya había oscurecido, y en la parte alta del pueblo quizá estaba nevando mientras la lluvia azotaba el coche por la carretera de la costa. Joyce dejó atrás ios límites del pueblo y se internó en el bosque, y aunque era un bosque de

límites del pueblo y se internó en el bosque, y aunque era un bosque de verdad, con grandes abetos de Douglas y cedros, cada cincuenta metros más e manas babía una casa babitada. Algunas parsonas tanían buertos:

más o menos había una casa habitada. Algunas personas tenían huertos; otras, ovejas o caballos, y había empresas como la de Jon, que restauraba y hacía muebles. También ofrecían servicios que se anunciaban junto a la

se habían construido casas, con tejado de paja y extremos de troncos, y otros, como Jon y Joyce, estaban restaurando viejas casas de labranza. Había algo especial que a Joyce le encantaba ver mientras volvía a

carretera y en especial en esa parte del mundo: cartas del tarot, masajes con hierbas, resolución de conflictos. Algunos vivían en caravanas; otros

casa y entraba en su finca. En esa época mucha gente, incluso algunos habitantes de las casas con techo de paja, estaban instalando lo que llamaban puertas de patio, aun cuando, como Jon y Joyce, no tenían patio. No solían ponerles cortinas, y los dos rectángulos de luz parecían ser

indicio o promesa de comodidad, de seguridad y abundancia. Por qué era así, más que con las ventanas corrientes, Joyce no lo sabía. Quizá se debiera a que la mayoría no servía solamente para asomarse sino que se abrían directamente a la oscuridad del bosque y a que exhibían el refugio del hogar con tanta ingenuidad. Gente cocinando o viendo la televisión,

de cuerpo entero; escenas que la seducían, aunque sabía que las cosas no

serían tan especiales dentro. Lo que Joyce veía cuando entraba en el sendero de su casa, sin compra o el correo que tenía que llevar a casa, Joyce era feliz incluso por tener que recorrer ese último trecho hasta la puerta, en medio de la oscuridad, el viento y la lluvia fría. Se sentía como si se librase del trabajo cotidiano, agobiante e inseguro, harta de ofrecer música a indiferentes y sensibles por igual. Mucho mejor trabajar con la madera

pavimentar y encharcado, era el par de puertas de aquellas que había colocado Jon enmarcando el interior resplandeciente y a medio hacer. La escalera de mano, las estanterías de la cocina sin acabar, las escaleras al descubierto, la cálida madera iluminada por la bombilla que Jon colocaba para enfocar donde quisiera, dondequiera que estuviera trabajando. Se pasaba el día trabajando en su cobertizo, y cuando empezaba a oscurecer dejaba libre a la aprendiza y se ponía con las obras de la casa. Al oír el coche de Joyce volvía la cabeza hacia ella un momento, a modo de saludo. Normalmente tenía las manos demasiado ocupadas para saludar con la mano. Sentada allí, con los faros del coche apagados, recogiendo la

crías humanas. A Jon no le contaba nada de eso. No le gustaba oír a los que hablaban de lo básico, delicado y respetable que era trabajar la madera.

solo —no tenía en cuenta a la aprendiza— que con las impredecibles

Qué integridad, qué dignidad tenía.

Qué gilipollez, decía él. Jon y Joyce se habían conocido en un instituto de una zona industrial

de la ciudad. Todos esperaban que ella llegara a ser una brillante violinista —antes de que abandonara el violín por el violoncello— y él, científico impresionante, dedicado a unas tareas difícilmente comprensibles en el mundo común y corriente.

de Ontario. Joyce tenía el segundo coeficiente intelectual más alto de su clase; Jon, el coeficiente intelectual más alto del colegio y probablemente

En el primer año de universidad dejaron de ir a clase y se escaparon juntos. Encontraron trabajitos aquí y allá, recorrieron el continente en autobús, vivieron durante un año en la costa de Oregón, se reconciliaron a tomaban drogas, vestían de forma conservadora, aunque un tanto desastrada, y Jon se empeñaba en afeitarse y en que Joyce le cortara el pelo. Con el tiempo se cansaron de sus trabajos temporales y mal pagados y pidieron dinero prestado a sus decepcionadas familias para especializarse en algo y poder ganarse mejor la vida. Jon aprendió carpintería y ebanistería y Joyce se sacó un título para dar clase de

música en los colegios.

distancia con sus padres, para quienes se había apagado una luz en el mundo. A esas alturas ya no se los podía llamar hippies, pero así era como los llamaban sus padres. Ellos no se consideraban tales. No

Plantaron un jardín y empezaron a relacionarse con los vecinos, algunos de los cuales seguían siendo auténticos hippies que cultivaban pequeñas plantaciones de marihuana en pleno monte y hacían collares de cuentas y sobrecitos de hierbas para vender.

A los vecinos les caía bien Jon, que seguía siendo flaco, de ojos relucientes y egoísta pero siempre dispuesto a escuchar. Y era una época

casa en ruinas a un precio de risa e iniciaron una nueva fase de su vida.

El trabajo que encontró estaba en Rough River. Compraron aquella

relucientes y egoísta pero siempre dispuesto a escuchar. Y era una época en que la gente empezaba a acostumbrarse a los ordenadores, que Jon comprendía y era capaz de explicar con paciencia. Joyce no gozaba de tantas simpatías. Sus métodos para enseñar música se consideraban demasiado apegados a las normas.

tantas simpatías. Sus métodos para enseñar música se consideraban demasiado apegados a las normas.

Joyce y Jon preparaban juntos la cena y bebían vino casero. (Jon tenía un procedimiento para elaborar vino muy estricto y logrado.) Joyce hablaba de las frustraciones y las situaciones cómicas del día. Jon no

hablaba de las frustraciones y las situaciones cómicas del día. Jon no hablaba mucho; le interesaba más cocinar. Pero cuando llegaba la hora de cenar a lo mejor le hablaba a Joyce de un cliente que había llegado, o de su aprendiza, Edie. Se reían de algo que había dicho Edie, pero no con desprecio; Edie era como una mascota, pensaba a veces Joyce. O como una niña. Aunque si hubiera sido una niña, su hija, y hubiera sido como

ella, estarían demasiado confusos y quizá demasiado preocupados para

reírse. ¿Por qué? ¿En qué sentido? Edie no era imbécil. Jon decía que no era precisamente un genio de la carpintería pero que aprendía y recordaba

para con la sociedad.

lo que le enseñaban. Y sobre todo no era una charlatana. Eso era lo que más temía cuando se planteó el asunto de contratar un aprendiz. Había un nuevo programa del gobierno, según el cual a él le pagarían cierta cantidad por enseñar a una persona, y esa persona cobraría lo suficiente para vivir mientras aprendía. Aunque al principio Jon no parecía muy dispuesto, Joyce lo convenció. Ella pensaba que tenían una obligación

de recuperación. Nunca decimos que nos hemos recuperado, porque nunca llegamos a hacerlo. No te recuperas, en toda tu vida. Tengo una hija de nueve años, y como nació sin padre es responsabilidad únicamente mía y mi intención es criarla como es debido. Quiero aprender carpintería para mantener a mi hija y mantenerme a mí misma. Pronunciaba este discurso sentada al otro lado de la mesa de la

entrevista—. Soy de Alcohólicos Anónimos y soy alcohólica en proceso

Edie a lo mejor no hablaba mucho, pero cuando hablaba era rotunda.

—Me abstengo de drogas y alcohol —les dijo en la primera

cocina, mirándolos fijamente, primero al uno después al otro. Era una joven baja y robusta, que no parecía ni lo bastante mayor ni lo bastante deteriorada para tener un pasado de gran disipación. Hombros anchos, flequillo tupido, cola de caballo apretada, ni la más mínima posibilidad de una sonrisa.

—Y otra cosa —añadió.

Se desabrochó y se quitó la blusa de manga larga. Debajo llevaba

una camiseta. Tenía los brazos, la parte superior del pecho y —cuando se dio la vuelta— la parte superior de la espalda decorados con tatuajes. Parecía que su piel se hubiese transformado en un traje, o quizá en un tebeo con caras lascivas y tiernas al mismo tiempo, acosadas por dragones, ballenas y llamas, demasiado intrincado o tal vez demasiado

Lo primero que te preguntabas era si todo su cuerpo se habría transformado de la misma manera. —Es alucinante —dijo Joyce en el tono más neutro posible.

—Pues no sé si es alucinante, pero si hubiera tenido que pagarlo

habría costado un montón de dinero —contestó Edie—. Estuve metida en eso durante un tiempo. Si se lo enseño es porque a algunas personas les molestaría. O supongamos que hace calor en el cobertizo y tengo que trabajar en camisa.

—A nosotros no —dijo Joyce mirando a Jon, que se encogió de hombros. Joyce le preguntó a Edie si le apetecía un café.

—No, gracias. —Edie se estaba poniendo la camisa—. Hay un montón de gente en Alcohólicos Anónimos que parece vivir a base de café. Y yo les digo, les digo: «¿Por qué cambiáis un mal hábito por otro?».

—Es increíble —comentó Joyce más tarde—. Te da la sensación de

que digas lo que digas te soltará un sermón. No me he atrevido a preguntar por la partenogénesis. —Es fuerte —dijo Jon—. Eso es lo fundamental. Me he fijado en

sus brazos. Cuando Jon dice «fuerte» se refiere simplemente a lo que esa

palabra significaba antes. Se refiere a que Edie puede levantar una viga.

Jon escucha CBC Radio mientras trabaja. Música, pero también noticias, comentarios, llamadas de los radioventes. A veces habla de las

opiniones de Edie sobre lo que han oído. Edie no cree en la evolución.

horripilante para comprenderlo.

(En un programa con participación del público varias personas se oponían a lo que se enseñaba en los colegios.)

¿Por qué no? —Bueno, porque en esos países de la Biblia —dijo Jon, y a

-Eso no importa. Ni lo intentes. ¿Es que no conoces la primera norma para discutir con Edie? No importa y cállate la boca. Edie también estaba convencida de que las grandes compañías farmacéuticas conocían la cura del cáncer pero tenían un acuerdo con los

continuación adoptó el tono firme y monótono de Edie—, en esos países de la Biblia hay un montón de monos y los monos estaban venga a bajarse de los árboles y por eso a la gente se le metió en la cabeza la idea de que los monos se bajaron de los árboles y se transformaron en

médicos para guardarse la información por el dinero que ganaban ellas y los médicos. Cuando ponían el «Himno a la alegría» en la radio Edie obligaba a Jon a apagarla porque era espantoso, como un funeral.

debían dejar botellas de vino a la vista en la mesa de la cocina. —¿Y se tiene que meter en eso? —Pues al parecer, eso cree.

Además, pensaba que Jon y Joyce —bueno, en realidad Joyce— no

—¿Cuándo inspecciona la mesa de nuestra cocina?

—Tiene que pasar por allí para ir al baño. No va a hacer pis entre las matas.

—Pero no acabo de entender por qué tiene que meterse en...

—Y a veces entra a preparar unos bocadillos para los dos...

—¿Y qué? Es mi cocina. Nuestra cocina.

—Pero para empezar... —dijo Joyce.

—Es que se siente amenazada por la priva. Es muy frágil todavía. Es

personas.

algo que ni tú ni yo podemos entender.

Amenaza. Priva. Frágil.

¿Cómo era posible que Jon empleara esas palabras? Joyce debería haberlo entendido en aquel preciso instante, aunque el

mismo Jon estaba muy lejos de saberlo. Jon estaba empezando a enamorarse.

momento o el segundo en que te enamoras. Ahora Jon no está enamorado de Edie. Tic, tac. Ahora lo está. Eso no se podía considerar probable ni posible de ninguna manera, a menos que pensaras en que de repente te parte un rayo, en una desgracia inesperada. El revés del destino que deja a una persona impedida, la broma terrible que transforma unos ojos claros en ojos ciegos. Joyce se propuso convencerlo de que estaba equivocado. Jon tenía

abandono; pero también se puede tomar como una aceleración, el

Empezar a enamorarse. Eso sugiere cierto paso del tiempo, cierto

adulterio era algo enrevesado y destructivo. Entonces Joyce se lo planteó: ¿debería Jon haber tenido líos con otras mujeres? Jon había pasado los oscuros meses de invierno encerrado en su taller, expuesto a los efluvios de convencimiento de Edie. Era como

tan poca experiencia con las mujeres... Ninguna, salvo con ella. Siempre habían pensado que experimentar con diversas parejas era pueril, que el

ponerse enfermo por falta de ventilación. Edie lo volvería loco, si Jon seguía adelante y se la tomaba en serio.

—Ya lo había pensado —dijo Jon—. Quizá ya me he vuelto loco.

Joyce contestó que eso eran tonterías de adolescente, y lo hizo sentirse desconcertado e impotente.

—Pero ¿quién te has creído que eres, un caballero de la Tabla Redonda? ¿O crees que te han dado una poción mágica?

Después dijo que lo sentía. Lo único que podían hacer era tomárselo como un programa compartido, añadió. El valle de las sombras, que

algún día verían como un simple problema técnico en el curso de su matrimonio.

—Nosotros sabremos solucionarlo —dijo Joyce. Jon la miró con frialdad, pero con cierta gentileza.

—No hay ningún «nosotros» —replicó.

¿Cómo podía haber ocurrido algo semejante? Joyce se lo plantea a

eclipsado a Joyce, con sus piernas largas, su cintura fina y su larga trenza de pelo oscuro y sedoso. Con su inteligencia, su música y el segundo coeficiente intelectual más alto. —Creo que sé qué pasó —dice Joyce. Esto es más adelante, cuando los días se han alargado y los

Jon, a sí misma y después a los demás. Una aprendiza de carpintero torpe de andares y de ideas, con pantalones anchos y camisas de franela y —en invierno— un jersey grueso y sin gracia moteado de serrín. Una cabeza que pasa lenta e inexorable de una estupidez o un lugar común a otro y eleva cada paso a la categoría de ley universal. Una persona así ha

contoneos de los crinums refulgen junto a las cunetas. Cuando iba a dar clase de música con gafas oscuras para ocultar unos ojos hinchados de llorar y beber y en lugar de volver a casa después del trabajo iba a Willingdon Park, donde esperaba que Jon fuera a buscarla, temiendo que se suicidara. (Jon fue, pero solo una vez.)

—Creo que fue porque había hecho la calle —dijo—. Las prostitutas se hacen tatuajes por el negocio, los hombres se excitan con esas cosas. No me refiero a los tatuajes, aunque, bueno, también, claro que también se excitan con eso; me refiero al hecho de que se hayan vendido. Tanta

disponibilidad y tanta experiencia... Y encima reformadas. Una María Magdalena de mierda, eso es lo que es. Y Jon es tan crío sexualmente...

Te dan ganas de vomitar. Ahora tiene amigas con las que puede hablar así. Todas tienen algo que contar. A algunas las conocía de antes, pero no como ahora. Hablan en confianza, beben y se ríen hasta llorar. Dicen que no se lo pueden creer. Los hombres. Las cosas que hacen. Es asqueroso, absurdo.

Increíble.

Y por eso es verdad.

Hablando así Joyce se siente bien, realmente bien. Dice que incluso hay momentos en que le está agradecida a Jon, porque se siente más viva que antes. Es terrible pero maravilloso. Un nuevo comienzo. La verdad desnuda. La vida desnuda.

iluminando los chismes mexicanos de la otra profesora. Macetas con cactos, colgantes de ojo de gato, mantas de rayas del color de la sangre seca. Toda la perspicacia de la borrachera y toda la euforia expulsadas como un vómito. Aparte de eso, no tenía resaca. Al parecer era capaz de beberse ríos de alcohol y despertarse seca como el cartón, aplanada.

Su vida acabada. Una catástrofe como tantas otras.

Lo cierto era que seguía borracha, aunque se sintiera completamente sobria. Corría el peligro de meterse en el coche e ir a la casa. No de

caerse a una cuneta, porque en tales ocasiones conducía tranquila y despacio, sino de aparcar en el jardín frente a las oscuras ventanas y

Sin embargo, al despertarse a las tres o las cuatro de la madrugada

no sabía dónde estaba. No en su casa. Ahora en la casa estaba Edie. Edie y su hija y Jon. Era un cambio que la propia Joyce había apoyado, pensando que a lo mejor Jon entraría en razón. Se mudó a un apartamento de la ciudad, cuya dueña era una profesora que se había tomado un año sabático. Se despertó en plena noche con las oscilantes luces rosas del letrero del restaurante de enfrente que destellaban por la ventana,

gritarle a Jon que tenían que acabar con aquello. Se acabó. No está bien. Dile que se marche.

vacas estaban pastando a nuestro alrededor y no nos habíamos dado cuenta de que ya estaban allí por la noche? ¿Te acuerdas de que nos lavábamos en el arroyo helado? Recogíamos setas en la isla de Vancouver, volvíamos en avión a Ontario y los vendíamos para pagarnos el viaje cuando tu madre estaba enferma y creíamos que se moría. Y

¿Te acuerdas de cuando dormíamos en el prado y al despertarnos las

una misión de amor filial.

Salió el sol y los espantosos colores mexicanos empezaron a agredirla, intensificados, y al cabo de un rato se levantó, se lavó, se dio

decíamos, qué cosas, si ni siquiera somos drogatas, si solo cumplimos

aspecto llamativo ni por los coqueteos, jamás había pensado que era eso lo que hacía atractiva a Joyce. Cuando viajaban, en muchas ocasiones se las arreglaban con la misma ropa para los dos: calcetines gruesos, vaqueros, camisas oscuras, cazadoras. Otro cambio. Incluso con los chicos más jóvenes o más torpes a los que daba

clase, Joyce había adoptado un tono acariciador, desbordante de risas y picardía; resultaba irresistiblemente estimulante. Estaba preparando a sus

un toque de colorete en las mejillas, se tomó un café, espeso como el barro, y se puso ropa nueva. Se había comprado blusas ligeras, faldas ondulantes y pendientes adornados con plumas multicolores. Iba a dar clase de música a los colegios como una bailarina gitana o una camarera. Se reía de todo y coqueteaba con todo el mundo. Con el hombre que le preparaba el desayuno en la cafetería de abajo, con el chico que le echaba gasolina al coche y con el empleado de Correos que le vendía sellos. Tenía la vaga idea de que Jon se enteraría de lo guapa, lo atractiva y lo feliz que estaba, de que todos los hombres iban detrás de ella. En cuanto salía del apartamento se ponía a actuar, y Jon era el espectador principal, si bien a distancia. Aunque Jon nunca se había dejado deslumbrar por un

alumnos para el concierto de fin de curso. Hasta entonces no le entusiasmaba esa tarde de actuación en público; pensaba que obstaculizaba el avance de los alumnos con aptitudes, que los empujaba a una situación para la que no estaban listos. Tanto esfuerzo y tanta tensión solo podían crear valores falsos. Pero aquel año se entregó a todas y cada una de las facetas del espectáculo. El programa, la iluminación, las presentaciones y, por supuesto, las actuaciones. Debería ser divertido,

aseguraba. Divertido para los estudiantes y divertido para el público. Naturalmente, contaba con quejón asistiera. La hija de Edie era uno de los intérpretes, de modo que Edie iría. Y Jon tendría que acompañar a

Edie. La primera aparición de Jon y Edie como pareja ante el resto del Había un período necesario de curiosidad antes de que las cosas volvieran a su sitio y la gente se acostumbrase a la nueva unión. Como hacían ellos, y entonces se veía a la pareja recién creada en las tiendas hablando, o al menos saludando, a los abandonados.

Pero ese no era el papel que se imaginaba Joyce que desempeñaría observada por Jon y Edie —bueno, en realidad por Jon— la tarde del concierto.

mundo. Su declaración. No podían eludirlo. Los cambios como el suyo no eran insólitos, sobre todo entre la gente que vivía al sur de la ciudad, pero ellos no eran precisamente gente común. El hecho de que tales reajustes no escandalizaran a nadie no significaba que no llamaran la atención.

¿Qué se imaginaba? Sabe Dios. No se le pasó por la cabeza que fuera a causarle a Jon tan buena impresión que él entraría en razón cuando apareciera para recibir los aplausos del público al final del espectáculo. No pensó que Jon fuera a morirse de la pena por su estupidez cuando la viera feliz y deslumbrante, dominando la situación, y no hecha un trapo y

capaz de definir a pesar de que en el fondo lo esperaba.

Fue el mejor concierto de todos los años. Todo el mundo lo dijo.

Decían que había tenido más fuerza. Más entretenido, pero con mayor intensidad. Los chicos con un vestuario que armonizaba con la música

con ganas de suicidarse, pero sí algo no muy diferente, algo que no era

que interpretaban. Sus rostros maquillados de tal manera que no parecían tan asustados ni abnegados.

Cuando Joyce salió al final llevaba una camisa larga de seda negra

que lanzaba destellos de plata al moverse. También pulseras y brillos de plata en el pelo suelto. Con los aplausos se mezclaron varios silbidos.

Jon y Edie no estaban entre el público.

,

Joyce y Matt van a dar una fiesta en su casa de North Vancouver. Es para celebrar que Matt cumple sesenta y cinco años. Matt es neuropsicólogo y un buen violinista aficionado. Así conoció a Joyce,

violoncelista profesional y su tercera esposa. —Mira a toda esa gente —no para de decir Joyce—. Desde luego,

son la historia de toda una vida.

Es una mujer delgada e inquieta con una mata de pelo del color del estaño y una ligera joroba, debido a tanto mimar su gran instrumento o simplemente a su costumbre de ser una amable oyente y siempre dispuesta conversadora.

Están los colegas de universidad de Matt, por supuesto, los que él considera amigos íntimos. Es un hombre generoso pero sincero, de modo

que lógicamente no todos los colegas entran en esa categoría. Está su primera esposa, Sally, acompañada por su cuidadora. Sally sufrió daños cerebrales en un accidente de tráfico cuando tenía veintinueve años, de modo que es prácticamente imposible que sepa quién es Matt o quiénes son sus tres hijos, ya mayores, o que esa es la

casa donde vivía cuando era joven y estaba casada. Pero mantiene

intactos sus agradables modales y le encanta conocer gente, aunque ya la haya conocido hace quince minutos. Su cuidadora es una mujercita escocesa muy arreglada que cada dos por tres explica que no está acostumbrada a las fiestas ruidosas como esa y que no bebe mientras trabaja. Doris, la segunda esposa de Matt, vivió con él menos de un año,

aunque estuvo casada con él durante tres. Ha ido con su pareja,

Louise, mucho más joven que ella, y la hija de ambas, a quien Louise había dado a luz unos meses antes. Doris ha seguido siendo amiga de Matt y sobre todo del hijo menor de Matt y Sally, Tommy, que era lo

bastante pequeño para quedar a su cuidado cuando estaba casada con su padre. También están presentes los dos hijos mayores de Matt, con sus hijos y las madres de sus hijos, aunque una de ellas ya no está casada con el padre. Él va acompañado por su actual pareja y el hijo de esta, que se está peleando con uno de los hijos de la misma línea por ver a quién le toca subirse al columpio.

Tommy ha llevado por primera vez a su amante, Jay, que de momento no ha dicho nada. Tommy le ha dicho a Joyce que Jay no está acostumbrado a las familias.

—Lo compadezco —dice Joyce—. En realidad, antes yo tampoco lo estaba.
Se ríe; apenas para de reírse mientras explica la situación de los

miembros oficiales y distantes de lo que Matt llama el clan. Ella no tiene

hijos, pero sí un ex marido, Jon, que vive en una ciudad fabril de la costa que pasa por una mala racha. Lo había invitado a la fiesta, pero no podía asistir. Bautizaban al nieto de su tercera esposa el mismo día. Naturalmente, Joyce también había invitado a la esposa, que se llama Charlene y regenta una panadería. Ella había escrito la amable nota sobre el bautizo que llevó a Joyce a decirle a Matt que le resultaba increíble

—Ojalá hubieran podido venir —dice tras explicarle todo esto a un vecino. (Han invitado a los vecinos para que no se quejen del ruido)—. Así yo también habría participado en estas complicaciones. Hubo una segunda esposa, pero no tengo ni idea de adonde ha ido a parar y creo que él tampoco.

que Jon se hubiera metido en la religión.

Hay un montón de comida, que han cocinado Matt y Joyce y que ha llevado la gente, y un montón de vino y de ponche de frutas para los niños y de auténtico ponche que Matt ha preparado especialmente para la ocasión, en recuerdo de los viejos tiempos, dice, cuando la gente sabía beber de verdad. Asegura que lo habría metido en un cubo de basura bien fregado, como hacían entonces, pero que hoy en día a todo el mundo le daría aprensión bebérselo. De todos modos, la mayoría de los adultos

jóvenes ni lo tocan.

El jardín es grande. Hay criquet, para quien quiera jugar, y está el disputado columpio de su infancia que Matt ha sacado del garaje. Muchos de los niños solo han visto columpios en los parques y módulos de plástico en los jardines traseros. Sin duda Matt es una de las últimas

desaparecer, y un par de monstruosidades ocuparán su lugar. Joyce no se imagina su vida con Matt en otro sitio. Aquí siempre pasan tantas cosas... Gente que viene y va, se deja cosas (niños incluidos) y las recoge más tarde. El cuarteto de cuerda de Matt en el estudio los domingos por la tarde, la reunión de la Hermandad Unitaria en el salón los domingos por la noche, la planificación de la estrategia del Partido Verde en la cocina. El grupo de lectura de teatro dramatiza en la parte

personas de Vancouver que tiene un columpio de su infancia y que vive en la casa en que se crió, una casa en Windsor Road, en la ladera de Grouse Mountain, donde antes estaba la linde del bosque. Ahora las viviendas no paran de amontonarse ladera arriba, la mayoría como castillos con garajes gigantescos. Esta casa tendrá que desaparecer un día de estos, dice Matt. Los impuestos son espantosos. Tendrá que

sitios). Matt y unos colegas de la facultad negocian la estrategia en el estudio con la puerta cerrada. Joyce comenta con frecuencia que Matt y ella raramente están juntos a solas, salvo en la cama.

delantera de la casa mientras alguien desgrana los detalles del drama de la vida real en la cocina (la presencia de Joyce se requiere en ambos

—Y él levendo algo importante.

Mientras ella lee algo sin importancia.

Da igual. A Matt lo animan una cordialidad y un entusiasmo que ella podría necesitar. Incluso en la universidad —donde se relaciona con estudiantes de posgrado, colaboradores, posibles enemigos y detractores

— da la impresión de moverse en un torbellino difícil de controlar. En su

momento a Joyce todo aquello le había parecido reconfortante, y probablemente se lo seguiría pareciendo, si tuviera tiempo para verlo

desde fuera. Probablemente se envidiaría a sí misma, desde fuera. Quizá la gente la envidiaba, o al menos la admiraba, pensando que encajaba tan bien con él, con todos sus amigos, obligaciones y actividades, y naturalmente por su propia trayectoria profesional. Al verla nadie después Matt la sacó del pozo. En este momento está atravesando el césped con un chal en el brazo para la anciana señora Fowler, la madre de Doris, la segunda esposa y lesbiana tardía. La señora Fowler no puede estar sentada al sol, pero a la

sombra tiene escalofríos. Y en la otra mano lleva un vaso de limonada recién hecha para la señora Gowan, la cuidadora de Sally. A la señora

pensaría en que cuando llegó a Vancouver se sentía tan sola que accedió a salir con el chico de la tintorería, diez años demasiado joven para ella. Y

Gowan le parece demasiado dulce el ponche para los niños. No le permite a Sally que beba nada; podría derramárselo sobre el bonito vestido o tirárselo a alguien si le da por ponerse traviesa. A Sally no parece importarle que la priven de eso.

En el trayecto por el césped Joyce sortea un grupo de jóvenes sentados en círculo. Tommy, su nuevo amigo, otros amigos a los que ha visto con frecuencia en la casa y algunos a los que cree no haber visto nunca. Ove decir a Tommy:

-No, no soy Isadora Duncan.

Todos se echan a reír.

Joyce comprende que deben de estar jugando a ese juego complicado y esnob, tan de moda hace unos años. ¿Cómo se llamaba? Cree que empezaba por B. Habría pensado que actualmente la gente era demasiado antielitista para dedicarse a semejante pasatiempo.

Buxtehude. Lo ha dicho en alto.

—Estáis jugando al Buxtehude.

—Por lo menos has adivinado la B —dice Tommy, riéndose de ella

para que los demás también puedan reírse—. No, si mi belle mere no es tonta. Pero es música. ¿No era músico Buxtahoody?

—Buxtehude recorrió ochenta kilómetros a pie para oír a Bach tocar el órgano —responde Joyce con cierto mal humor—. Sí. Era músico.

—Joder —dice Tommy.

Una chica del círculo se pone en pie y Tommy la llama.

—Oye, Christie. Christie. ¿No vas a seguir jugando? —Ahora vuelvo. Voy a esconderme un rato entre los arbustos con mi

repugnante cigarrillo.

La chica lleva un vestido negro, corto y con volantes, que recuerda una prenda de lencería o un camisón, y una chaquetita negra, austera pero escotada. Pelo escaso y descolorido, rostro esquivo y descolorido, cejas invisibles. A Joyce le desagrada inmediatamente. Una de esas chicas cuya

misión en la vida consiste en hacer que la gente se sienta incómoda, piensa. Colándose —Joyce presume que debe de haberse colado— en una fiesta en casa de unas personas a las que no conoce pero a las que se cree con derecho a despreciar. Por su espontaneidad y alegría (¿superficiales?)

y su hospitalidad burguesa. (¿Se sigue diciendo «burgués»?) No es que los invitados no puedan fumar donde les apetezca. No hay ningún cartelito latoso, ni siquiera dentro de la casa. Joyce nota que le

arrebatan gran parte de su alegría. —Tommy —dice bruscamente—. Tommy, ¿te importaría llevarle este chal a la abuela Fowler? Parece que tiene frío. Y la limonada es para

No viene mal recordarle ciertas relaciones y responsabilidades. Tommy se pone en pie rápidamente y con gesto cortés.

la señora Gowan. Ya sabes. La persona que está con tu madre.

—Botticelli —dice, aliviándola del chal y el vaso.

—Perdón. No quería interrumpir el juego.

—De todos modos no se nos da nada bien —dice un chico a quien Joyce conoce. Justin—. No somos tan listos como erais vosotros antes.

---Eso es. Antes ---dice Joyce. Momentáneamente perdida, sin saber qué hacer ni adonde ir.

Están fregando los platos en la cocina. Joyce, Tommy y el nuevo amigo, Jay. La fiesta ha terminado. La gente se ha marchado entre abrazos, besos y alboroto, algunos con bandejas de comida para las que Joyce no tiene sitio en la nevera. Han tirado ensaladas mustias, tartas de

nata y huevos picantes. De todos modos, pocos huevos picantes han

comido. Trasnochados. Demasiado colesterol. —Una lástima, con el trabajo que han dado. A lo mejor a la gente le han recordado las cenas de la iglesia —dice Joyce vaciando un plato entero en el cubo de la basura.

—Mi abuela los hacía —dice Jay. Son las primeras palabras que le ha dirigido a Joyce, y ella ve la expresión agradecida de Tommy. Ella también está agradecida, a pesar de

que Jay la haya incluido en la categoría de su abuela. -Nosotros hemos comido unos cuantos y estaban buenos -dice

Tommy. Jay y él llevan al menos media hora trajinando con Joyce, recogiendo los vasos, platos y cubiertos que había diseminados por la

hierba, la galería y toda la casa, incluso en los sitios más curiosos, como en las macetas y bajo los cojines del sofá. Los chicos —ella los considera chicos— han llenado el lavaplatos con más maña de la que habría tenido ella, rendida como está, y han llenado los fregaderos, uno con agua caliente y jabón y el otro con agua

—Podríamos dejarlos para cuando pongamos en marcha el lavaplatos otra vez —ha dicho Joyce, pero Tommy se ha negado.

fría para enjuagar los vasos.

—No se te ocurriría meterlos en el lavaplatos si todo lo que has tenido que hacer hoy no te hubiera hecho perder el juicio.

Jay friega, Joyce seca y Tommy recoge. Aún recuerda dónde va cada cosa en esa casa. En el porche Matt mantiene una enérgica conversación con un señor del departamento. Al parecer no está tan borracho como

hace un rato. -Es posible que haya perdido el juicio -dice Joyce-. De momento lo que me pide el cuerpo es librarme de todo esto y comprarlo

daban a entender los múltiples abrazos y Ias prolongadas despedidas de

de plástico. —El síndrome posfiesta —asegura Tommy—. Lo conocemos muy bien. —¿Y quién es esa chica del vestido negro? —pregunta Joyce—. La que ha dejado de jugar. —¿Christie? Debes de referirte a Christie. Christie O'Dell. Es la

mujer de Justin, pero conserva su apellido. Conoces a Justin, ¿no? —Claro que conozco a Justin. Lo que no sabía es que estuviera casado.

—Hay que ver qué mayores se hacen todos —dijo Tommy, burlón —. Justin tiene treinta años —añade—. Probablemente ella es mayor.

—Tiene un aspecto interesante esa chica —dice Joyce—. ¿Cómo es? —Es escritora. Está bien.

—Mucho mayor, desde luego —dice Jay.

Inclinándose sobre el fregadero, Jay hace un ruido que Joyce no sabe

interpretar. —Es muy dada a mantener las distancias —dice Tommy dirigiéndose a Jay—. ¿O me equivoco? ¿A ti qué te parece?

—Se cree la hostia —contesta Jay con toda claridad. —Bueno, acaba de publicar su primer libro —dice Tommy—. No me acuerdo del título. Es como de manual de instrucciones. No me parece

buen título. Cuando sacas tu primer libro, supongo que eres la hostia por una temporada. Al pasar ante una librería de Lonsdale unos días más tarde, Joyce ve

la cara de la chica en un cartel. Y allí está su nombre, Christie O'Dell.

Lleva sombrero negro y la misma chaquetita negra de la fiesta. Entallada, austera, muy escotada. Aunque prácticamente no tiene nada de lo que presumir en esa zona. Mira directamente a la cámara, con su mirada sombría, herida, vagamente acusadora.

¿Dónde la ha visto Joyce? En la fiesta, claro. Pero incluso entonces, con su rechazo probablemente injustificado, tuvo la sensación de que conocía aquella cara.

¿Una alumna? Había tenido tantos alumnos en sus tiempos...

vivir. Sin signos de interrogación. La mujer que se lo ha vendido dice: «Y si lo trae el viernes por la tarde, entre las dos y las cuatro, la autora estará aquí para firmárselo. No arranque la etiqueta dorada para que se vea que lo ha comprado aquí». Joyce nunca ha llegado a comprender eso de hacer cola para ver

Entra en la librería y compra un ejemplar del libro. Cómo hemos de

unos momentos al autor y después marcharse con el nombre de un desconocido escrito en tu libro. Así que murmura algo cortésmente, sin dar a entender ni sí ni no.

Ni siguiera sabe si leerá el libro. De momento tiene a medias un par de buenas biografías que sin duda son más de su gusto.

Cómo hemos de vivir es una colección de relatos, no una novela. Eso ya supone una decepción. Parece mermar la autoridad del libro, da la impresión de que la autora se queda a las puertas de la literatura en lugar de encontrarse acomodada dentro.

Sin embargo, Joyce se lleva el libro a la cama esa noche y consulta el índice con diligencia. En mitad de la lista le llama la atención un título.

—« Kindertotenlieder».

Mahler. Terreno conocido. Más tranquila, va a la página indicada. Alguien, probablemente la autora, ha tenido el sentido común de poner una traducción.

«Canciones a la muerte de los niños.»

Matt resopla a su lado.

Joyce sabe que no está de acuerdo con algo de lo que lee y que le

gustaría que ella le preguntara qué es. Así que se lo pregunta.

—Por Dios. Menudo imbécil.

Joyce deja Cómo hemos de vivir boca abajo sobre su pecho y hace unos ruiditos para demostrar que le está prestando atención a Matt.

En la contracubierta del libro aparece la misma foto de la autora, en esta ocasión sin sombrero. Igualmente adusta, y huraña, pero un poco apoyar el libro sobre ellas y leer las pocas frases de la nota biográfica de la cubierta. Christie O'Dell se crió en Rough River, un pueblo de la costa de la Columbia Británica. Cursó el Programa de Escritura Creativa de la

menos pretenciosa. Mientras Matt habla, Joyce mueve las rodillas para

Universidad de la Columbia Británica. Vive en Vancouver, Columbia Británica, con su marido, Justin, y su gato, Tiberius.

Después de explicarle en qué consiste la imbecilidad de su libro, Matt levanta la vista para mirar el libro de Joyce y dice:

—Esa chica estuvo en nuestra fiesta. —Sí. Se llama Christie O'Dell. Es la mujer de Justin.

—¿Y ha escrito un libro? ¿De qué?

—De ficción.

—Ah.

Matt reanuda la lectura pero al cabo de un momento con un dejo de arrepentimiento, le pregunta: —¿Está bien?

—Todavía no lo sé. «Ella vivía con su madre —lee Joyce—, en una

casa entre las montañas y el mar...»

Nada más leer esas palabras se siente demasiado incómoda para seguir leyendo. O para seguir leyendo con su marido al lado. Cierra el

libro v dice:

—Creo que me voy abajo un rato.

—¿Te molesta la luz? Estaba a punto de apagarla.

—No. Creo que me apetece un té. Ahora te veo.

—Probablemente me quedaré dormido.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Joyce le da un beso y coge el libro.

Ella vivía con su madre en una casa entre las montañas y el mar.

siempre eran demasiados. Los pequeños dormían en una cama en medio de la habitación y los mayores en catres a ambos lados de la cama para que los pequeños no se cayeran. Sonaba una campana para despertarlos por la mañana. La señora Noland se quedaba en la puerta y tocaba la

campana. Cuando volvía a tocarla tenías que haber hecho pis, haberte lavado y estar vestido y listo para desayunar. Después los mayores debían ayudar a los pequeños a hacer las camas. A veces los pequeños del centro

Antes había vivido con la señora Noland, que tenía una casa de acogida. El número de niños que había en la casa cambiaba de vez en cuando, pero

habían mojado la cama porque les costaba trabajo salir a cuatro patas por encima de los mayores. Algunos mayores se chivaban pero otros eran más amables y se limitaban a tirar de las sábanas y a dejarlas secar, y a veces cuando volvías a la cama por la noche no estaban del todo secas. Eso era casi todo lo que recordaba de la casa de la señora Noland.

Después se fue a vivir con su madre, y todas las noches su madre la

llevaba a una reunión de Alcohólicos Anónimos. Tenía que llevarla porque no había nadie con quien dejarla. En Alcohólicos Anónimos había una caja de Lego para que jugaran los niños pero a ella no le gustaban mucho los Lego. Cuando empezó a estudiar violín en el colegio la madre se llevaba el violín a Alcohólicos Anónimos. Aunque allí no le permitían tocar, no podía perderlo de vista porque era del colegio. Si la gente se ponía a hablar muy alto ella ensayaba bajito.

Las clases de violín eran en el colegio. Si no querías tocar un instrumento podías tocar el triángulo, pero la profesora prefería que tocaras algo más potente. La profesora era una mujer alta de pelo castaño que normalmente llevaba recogido en una larga trenza que le caía por la

que normalmente llevaba recogido en una larga trenza que le caía por la espalda. No olía como las demás profesoras. Algunas se ponían perfume, pero ella nunca. Olía a madera o a estufa o a árboles. Más adelante la niña pensó que el olor era a cedro machacado. Cuando la madre de la niña empezó a trabajar para el marido de la profesora olía a lo mismo, pero no exactamente igual. La diferencia parecía consistir en que su madre olía a

madera y la profesora olía a la madera de la música. La niña no estaba muy dotada pero trabajaba mucho. No lo hacía

porque le gustara la música. Lo hacía por amor a la profesora, nada más.

Joyce deja el libro en la mesa de la cocina y vuelve a mirar el retrato de la autora. ¿Tiene algo de Edie esa cara? Nada. Nada, ni en los rasgos ni en la expresión.

Se levanta y coge el brandy; se pone un poco en el té. Intenta hacer memoria del nombre de la hija de Edie. Christie no, desde luego. No recordaba que Edie la hubiera llevado nunca a la casa. En el colegio había

entonces varios niños que estudiaban violín. La niña no debía de carecer por completo de aptitudes, pues Joyce la habría derivado hacia algo menos difícil que el violín. Pero no estaría

muy dotada —bueno, eso es lo que pasaba, no estaba dotada— de lo

contrario a Joyce se le habría quedado su nombre. Un rostro sin expresión. Una borrosa puerilidad femenina. Aunque

había algo que Joyce reconoció en el rostro de la chica, la mujer, adulta. Era probable que hubiese ido a la casa si Edie estaba ayudando a Jon un sábado. O incluso en aquellos días en los que Edie se presentaba como una especie de visita, no para trabajar sino para ver cómo iba el trabajo,

echar una mano en caso necesario. Plantificarse a mirar lo que quiera que estuviera haciendo Jon y meterse en cualquier conversación que pudiera tener con Joyce en su valioso día libre.

Christine. Claro. Eso era. Fácil de cambiar por Christie.

Christine debía de estar de alguna manera al tanto del noviazgo; Jon debía de pasarse por el apartamento, al igual que Edie se pasaba por la casa. Quizá Edie había sondeado a la niña.

¿Qué te parece Jon? ¿Qué te parece la casa de Jon?

¿No estaría bien irse a vivir a casa de Jon?

Mamá y Jon se gustan mucho, y cuando dos personas se gustan

se gustan tanto como mamá y Jon, así que mamá, Jon y tú viviréis en casa de Jon y tu profesora de música se irá a vivir a un apartamento. Todo eso era absurdo; Edie jamás soltaría semejantes chorradas, reconócelo.

mucho quieren vivir en la misma casa. Tu profesora de música y Jon no

Joyce cree saber qué sesgo tomará la historia. La niña hecha un lío con los asuntos y los engaños de los adultos, zarandeada de acá para allá.

Pero cuando vuelve a coger el libro descubre que apenas se menciona el cambio de vivienda.

Todo gira alrededor del amor de la niña por la profesora.

El jueves, el día de la clase de música, es el día memorable de la semana; su felicidad o desdicha depende del éxito o el fracaso de la interpretación de la niña y de la atención que la profesora preste a la interpretación. Ambas cosas son casi insoportables. Aunque la voz de la profesora fuera controlada, bondadosa y bromista para disimular su desánimo y su decepción. La niña se siente fatal. O la profesora de

—Muy bien. Muy bien. Hoy sí que has dado la talla.

Y la niña se siente tan feliz que tiene retortijones en las tripas.

Luego llega el jueves en que la niña tropieza en el patio del recreo y se hace un arañazo en la rodilla. La profesora limpiando la herida con un paño húmedo y templado, con voz repentinamente dulce asegurando que

eso se merece algo especial al tiempo que se acerca al cuenco de los Smarties con que anima a los niños más pequeños.

—¿Cuál prefieres?

La niña, abrumada, dice:

repente parece contenta y de buen humor.

—Cualquiera.

¿Es el comienzo de un cambio? ¿Es por la primavera, los preparativos del concierto?

La niña se siente única. Va a ser solista. Eso significa que tiene que quedarse después de clase los jueves para ensayar, así que no puede coger si está nerviosa por el concierto.

Un poco.

Pues entonces, dice la profesora, tiene que acostumbrarse a pensar

el autobús escolar para salir de la ciudad hasta la casa donde viven su madre y ella. La lleva la profesora en su coche. Por el camino le pregunta

prefiere?
Otra vez las preferencias. La niña no puede pensar, no puede pensar en ningún pájaro. Y suelta:

en algo muy bonito. Como un pájaro cruzando el cielo. ¿Qué pájaro

—¿Un cuervo?

La profesora se ríe.

—Vale. Vale. Piensa en un cuervo. Justo antes de empezar a tocar piensa en un cuervo.

Después, quizá para contrarrestar la risa, al percibir la humillación de la niña, la profesora propone que vayan a Willingdon Parle a ver si el puesto de helados está abierto para el verano.

—¿No se preocupan si no vuelves enseguida a casa?

—Saben que estoy con usted.

—Saben que estoy con usted. El puesto de helados está abierto, pero tiene una oferta muy

limitada. Todavía no han llevado los sabores más fascinantes. La niña elige la fresa; esta vez tenía la respuesta preparada con gran agitación y dicha. La profesora escoge la vainilla, como muchos adultos. Sin embargo, bromea con el dependiente y le dice que como no se dé prisa en

llevar ron con pasas empezará a caerle mal.

Quizá sea entonces cuando se produce otro cambio. Al oír a la profesora hablar de esa manera, con descaro, casi como hablan las chicas mayores, la niña se tranquiliza. A partir de aquel momento se siente

menos atenazada por la adoración, pero completamente feliz. Van en el coche hasta el muelle para ver los botes amarrados, y la profesora dice que siempre ha querido vivir en una casa flotante. A que sería divertido,

dice, y naturalmente, la niña le da la razón. Señalan la que escogerían. Es

viajes en coche, vuelve a surgir el tema con frecuencia. La niña cuenta que le gusta tener un dormitorio para ella sola pero no le gusta lo oscuro que está fuera. A veces cree oír animales salvajes cerca de su ventana. —¿Qué animales salvajes? Osos, pumas. Su madre dice que están en el bosque y que nunca

actualmente la niña, la casa donde vivía la profesora. Y después, en sus

de factura casera, y está pintada de azul claro, con una hilera de

Eso las lleva a una conversación sobre la casa donde vive

llegan hasta allí. —¿Te metes corriendo en la cama de tu madre cuando los oyes?

—Se supone que no debo. —¡Dios mío! ¿Por qué? —Está Jon.

ventanitas en las que hay macetas de geranios.

—¿Qué dice Jon de los osos y los pumas? —Dice que solo son ciervos.

-No.

—¿Se enfadó con tu madre por lo que ella te había dicho?

—Me imagino que no se enfada nunca.

—Una vez se enfadó un poco. Cuando mi madre y yo le tiramos todo su vino al fregadero.

La profesora dice que es una lástima tener siempre miedo del bosque. Se puede pasear por allí, dice, sin que te molesten los animales salvajes, sobre todo si haces algún ruido, cosa que normalmente haces.

Ella conoce los senderos más resguardados y los nombres de todas las

Violetas moradas y colombinas. Lirios de chocolate. —Creo que se llaman de otro modo, pero a mí me gusta llamarlas

flores silvestres que están a punto de salir. Violetas de perro. Trilios.

lirios de chocolate. Es un nombre delicioso. No tiene nada que ver con el sabor, por supuesto, sino con el aspecto. Parecen de chocolate con un trocito morado, como moras machacadas. No abundan pero yo sé dónde hay unos cuantos.

presiente el horror que se avecina. La niña inocente, la adulta enfermiza y astuta, esa seducción. Debería haberlo sabido. Todo muy de moda hoy en día, algo prácticamente obligatorio. Los bosques, las flores de primavera.

Joyce vuelve a dejar el libro. Ahora, ahora comprende el giro,

Aquí era donde la autora injertaba su odiosa ficción en la gente y la situación que había sacado de la vida real, demasiado perezosa para inventar pero no para difamar.

Porque una parte era verdad, desde luego. Joyce recuerda cosas que

había olvidado. Llevar a Christine a casa con el coche, sin pensar jamás

en ella como Christine sino como la hija de Edie. Recuerda que no podía entrar en el jardín para dar la vuelta, que siempre dejaba a la niña junto a la carretera y que después seguía unos trescientos metros para buscar un sitio donde girar. No recuerda nada del helado. Pero había una casa flotante exactamente como la que estaba amarrada en el muelle. Incluso las flores, y el artero interrogatorio a la niña; eso podía ser verdad.

Joyce tiene que continuar. Le gustaría servirse más brandy, pero tiene ensayo a las nueve de la mañana.

tiene ensayo a las nueve de la mañana.

Nada por el estilo. Ha vuelto a equivocarse. Los bosques y los lirios

de chocolate desaparecen del relato, el concierto apenas se menciona. El

colegio acaba de terminar. Y la mañana del domingo de la última semana la niña se despierta temprano. Oye la voz de la profesora en el jardín y se acerca a la ventana de su habitación. La profesora está en su coche, con la ventanilla bajada, hablando con Jon. El coche lleva un pequeño remolque. Jon va descalzo, con el torso desnudo, solamente con los vaqueros. Llama a la madre de la niña, que sale por la puerta de la cocina y da unos pasos por el jardín, pero no llega hasta el coche. Lleva una camisa de Jon a

modo de bata. Siempre lleva manga larga para ocultar los tatuajes.

La conversación es sobre algo del apartamento que Jon promete

coche y el remolque. La niña ya está corriendo escaleras abajo en pijama, aunque sabe que la profesora no está de humor para hablar con ella. —Acaba de irse —dice la madre de la niña—. Tenía que coger el ferry. Se ove un bocinazo, Jon levanta una mano. Después cruza el jardín y le dice a la madre de la niña: «Ya está». La niña pregunta si la profesora va a volver y Jon dice:

recoger. La profesora le lanza las llaves. Después, quitándose la palabra de la boca el uno al otro, Jon y la madre de la niña insisten para que se lleve otras cosas. Pero la profesora se ríe desabridamente y dice: «Todo vuestro». Enseguida Jon dice: «Vale. Hasta pronto», y la profesora repite: «Hasta pronto», y la madre de la niña no dice nada audible. La profesora se ríe como antes y Jon le indica cómo dar la vuelta en el jardín con el

—No creo.

Lo que ocupa otra media página es la cada vez más clara comprensión de la niña de lo que ha ocurrido. A medida que se hace

llama Jon) y su madre. ¿A qué hora se levantaban por la mañana? ¿Qué les gustaba comer? ¿Cocinaban juntos? ¿Qué oían en la radio? (Nada. Habían comprado una televisión.)

mayor recuerda ciertas preguntas, el sondeo en apariencia casual. Información —en realidad bastante inútil— sobre Jon (a quien ella no

¿Qué se proponía la profesora? ¿Esperaba oír cosas desagradables? ¿O solo anhelaba oír lo que fuera, estar en contacto con alguien que dormía bajo el mismo techo, comía en la misma mesa, estaba junto a esas

dos personas a diario? Eso es lo que la niña nunca sabrá. Lo que sí sabe es lo poco que importaba ella, cómo se había manipulado su cariño, hasta qué punto era

una pobre inocentona. Y eso la llena de amargura, claro que sí. De amargura y orgullo. Se considera una persona a la que jamás volverán a tomar el pelo.

Sin embargo, ocurre algo. Y he aquí el final inesperado. Su opinión

encantadores de las flores del bosque que nunca llegó a ver.

El amor. Lo agradecía. Casi parecía que tuviera que producirse un ahorro aleatorio y, por supuesto, injusto en los gastos emocionales del mundo, como si la gran felicidad de una persona —aunque fuera pasajera y endeble— pudiera derivar de la gran infelicidad de otra.

Pues sí, piensa Joyce. Sí.

sobre la profesora y esa época de su infancia cambia un buen día. No sabe ni cómo ni cuándo, pero se da cuenta de que ya no cree que esa época fuera una mentira. Piensa en la música que tan dolorosamente aprendió a tocar (por supuesto la dejó, incluso antes de la adolescencia). El empuje de sus esperanzas, las rachas de felicidad, los nombres curiosos y

El viernes por la tarde Joyce va a la librería. Lleva su libro para que se lo firmen, y también una caja pequeña de Le Bon Chocolatier. Se pone en la cola. Le sorprende un poco ver cuánta gente ha ido. Mujeres de su edad, mujeres mayores y más jóvenes. Unos cuantos hombres, todos más jóvenes, algunos acompañando a sus novias.

La señora que le vendió el libro la reconoce.

Globet ¡Caray!

Joyce está aturdida, incluso tiembla un poco. Le cuesta trabajo

—Me alegro de volver a verla —dice—. ¿Ha leído la crítica del

Joyce está aturdida, incluso tiembla un poco. Le cuesta trabajo hablar.

La señora pasa junto a la cola, explicando que la autora solo puede firmar los ejemplares comprados en esa librería, que no aceptan cierta antología en la que aparece uno de los relatos de Christie O'Dell y que lo

Joyce tiene delante una señora alta y ancha y no consigue ver a

Christie O'Dell hasta que la mujer se inclina para poner el libro sobre la mesa de firmas. Entonces ve a una joven completamente distinta de la chica del cartel y de la chica de la fiesta. Ha desaparecido el conjunto negro, también el sombrero negro. Christie O'Dell lleva una chaqueta de

algo. La dependienta vuelve a hablar. —¿Ha abierto el libro por la página donde quiere la firma? Joyce tiene que dejar la caja para hacerlo. Nota una palpitación en la

brocado de seda rosa oscuro, con diminutas cuentas doradas cosidas a las solapas. Debajo, una delicada camisola rosa. Lleva el pelo recién teñido de dorado, aros de oro en las orejas y una cadena de oro fina como un cabello alrededor del cuello. Sus labios brillan como pétalos de flor y los

En fin..., ¿quién querría comprar un libro escrito por un quejica o un

Joyce no tiene pensado qué va a decir. Confía en que se le ocurra

garganta. Christie O'Dell levanta la vista y la mira, le sonríe; una sonrisa de refinada cordialidad, de distanciamiento profesional.

—¿Cómo se llama? —Joyce. Con eso vale.

párpados están sombreados de ocre.

fracasado?

El tiempo pasa con mucha rapidez.

—¿Nació usted en Rough River? —No —dice Christie O'Dell un tanto fastidiada o al menos más

apagada—. Viví allí una temporada. ¿Pongo la fecha? Joyce recupera su caja. En Le Bon Chocolatier vendían flores de chocolate, pero no lirios. Solamente rosas y tulipanes. Así que había

comprado tulipanes, que en realidad no son tan distintos de los lirios. Ambos son bulbos.

—Quiero darle las gracias por «Kindertotenlieder» —dice tan precipitadamente que casi se traga la larga palabra—. Para mí significa

mucho. Le he traído un regalo.

—Una historia preciosa, ¿verdad? —La dependienta coge la caja—.

Voy a guardar esto. —No es una bomba —dice Joyce riéndose—. Son lirios de tulipanes. Creo que son lo que más se les parece.

Se da cuenta de que la dependienta ya no sonríe, sino que la mira con dureza.

—Gracias —dice Christie O'Dell.

chocolate. Tulipanes, en realidad. Como no tenían lirios he traído

El rostro de la chica no expresa ni pizca de reconocimiento. La chica

convierta en objeto de interés para la policía.

no conoció a Joyce hace años en Rough River ni hace dos semanas en la fiesta. Ni siquiera parece que haya reconocido el título de su propio relato. Se diría que no tiene nada que ver con él. Como si fuera algo de lo

que se hubiera librado y hubiera dejado tirado en la hierba.

Christie O'Dell sigue sentada y escribe su nombre como si fueran las únicas palabras escritas de las que pudiera hacerse responsable en este mundo.

—Ha sido un placer charlar con usted —dice la dependienta, aún mirando la caja que la chica de Le Bon Chocolatier ha adornado con una

cinta amarilla enroscada.

Christie O'Dell ha levantado la vista para saludar a la siguiente persona de la cola y Joyce al fin tiene la sensatez de marcharse, antes de convertirse en el hazmerreír de la gente y de que su caja, quién sabe, se

Andando por Lonsdale Avenue, cuesta arriba, se siente hundida, pero poco a poco va recuperando la calma. Todo aquello incluso podría acabar como una historia divertida que algún día contaría. No le sorprendería nada.

El filo de Wenlock

justo en la frente. Llevaba las manos y las uñas limpias como el agua, y tenía las caderas un poco rellenitas. Yo lo llamaba —cuando no estaba él delante— Earnest Bottom. Tenía muy mala idea. Yo creía que no le hacía daño a nadie. Casi ningún daño. Tras la

 ${f M}$ i madre tenía un primo soltero que solía venir a vernos a la

granja una vez al año, en verano. Llevaba a su madre, la tía Nell Botts. Se llamaba Ernie Botts. Era un hombre alto, rubicundo, de expresión bonachona, cara grande y cuadrada y pelo rubio y rizado que le nacía

muerte de la tía Nell Botts Ernie no volvió a venir, pero enviaba una

tarieta de Navidad. Cuando empecé a ir a la universidad de Londres —me refiero al Londres de Ontario—, donde él vivía, adquirió la costumbre de llevarme a cenar fuera un domingo sí otro no. A mí me daba la impresión de que lo

hacía por ser yo de la familia y que ni siquiera tenía que pararse a pensar

si encajábamos para pasar un rato juntos. Siempre me llevaba al mismo sitio, un restaurante llamado Oíd Chelsea, que estaba en un segundo piso y daba a Dundas Street. Tenía cortinas de terciopelo, manteles blancos, lamparitas de pantalla rosa en las mesas. Probablemente costaba más de lo que Ernie podía permitirse, pero yo no pensaba en eso, pues como chica de pueblo tenía la idea de que los hombres que vivían en las ciudades, llevaban traje todos los días y hacían gala de unas uñas tan limpias habían alcanzado un nivel de prosperidad en el que los lujos como aquel eran algo normal.

Yo escogía el plato más exótico de la carta, como vol au vent de pollo o pato h l'orange, mientras que Ernie siempre tomaba rosbif. Llevaban los postres hasta la mesa en un carrito. Solía haber una tarta de coco muy alta, tartaletas de crema con fresas aunque no fuera temporada,

mucho en decidirme, como una niña de cinco años con los sabores del helado, y el lunes tenía que ayunar todo el día para compensar semejante atracón.

Ernie parecía demasiado joven para ser mi padre. Yo esperaba que

cornetes cubiertos de chocolate y rellenos de nata montada. Yo tardaba

no nos viera nadie de la universidad y fuera a pensar que era mi novio.

Preguntaba por mis estudios y asentía con gesto serio cuando le

decía, o le recordaba, que estaba en inglés avanzado y filosofía. No abría los ojos como platos ante semejante información, como hacía la gente del

pueblo. Me decía que respetaba mucho la formación y que lamentaba no haber tenido medios para continuar con la suya después del instituto. En cambio, encontró trabajo en los ferrocarriles de la Canadian National, vendiendo billetes. Actualmente era revisor.

Le gustaba la lectura seria, aunque eso no podía sustituir a los estudios universitarios.

estudios universitarios. Yo estaba segura de que lo que él consideraba lectura seria eran los libros resumidos del Reader's Digest, y para apartarlo del tema de mis

libros resumidos del Reader's Digest, y para apartarlo del tema de mis estudios le hablaba de mi casa de huéspedes. En aquellos tiempos la universidad no tenía residencia de estudiantes; vivíamos todos en casas de huéspedes, en apartamentos baratos o en hermandades masculinas o

femeninas. Mi habitación era el desván de un edificio antiguo, muy amplio y de techo no demasiado alto, pero como había sido el alojamiento de la criada tenía cuarto de baño. En la segunda planta estaban las habitaciones de otras dos becarias, que estudiaban el último curso de lenguas modernas. Se llamaban Kay y Beverly. En las habitaciones de abajo, de techos altos pero divididas, vivían un estudiante

estaban las habitaciones de otras dos becarias, que estudiaban el ultimo curso de lenguas modernas. Se llamaban Kay y Beverly. En las habitaciones de abajo, de techos altos pero divididas, vivían un estudiante de medicina, que apenas paraba en casa, y su esposa Beth, que pasaba allí casi todo el día porque tenía dos hijos muy pequeños. Beth era la encargada de la casa y quien cobraba los alquileres, y con frecuencia se desataban disputas entre ella y las chicas de la segunda planta porque estas lavaban la ropa en el cuarto de baño y la tendían allí. Cuando el

habían prometido que podrían tener su propio cuarto de baño. Esas eran las cosas que decidí contarle a Ernie, que se sonrojaba y decía que deberían haberlas puesto por escrito. Kay y Beverly me decepcionaron. Dedicaban muchos esfuerzos a

estudiante de medicina estaba en casa a veces tenía que ir a ese cuarto de baño porque los chismes de los niños estaban en el de abajo, y Beth decía que no tenía por qué vérselas con medias dándole en la cara y otras pamplinas íntimas. Kay y Beverly replicaban que cuando se instalaron les

estudiar lenguas modernas, pero su conversación y sus preocupaciones apenas se distinguían de las de las chicas que a lo mejor trabajaban en un banco o una oficina. Se rizaban el pelo y se pintaban las uñas los sábados, porque por la noche era cuando quedaban con sus novios. Los domingos tenían que aplicarse loción en la cara para aliviar las rozaduras que les hacían sus novios con la barba. A mí los novios no me parecían nada

y que con un poco de suerte se casarían. Me dieron unos consejos que yo no había pedido. Había encontrado trabajo en la cafetería de la universidad. Iba con

las Naciones Unidas, pero ahora suponían que darían clase en el instituto

Decían que tiempo atrás se les ocurrió la locura de ser traductoras de

un carrito recogiendo platos sucios de las mesas y limpiando las mesas cuando se quedaban vacías. Y sacaba la comida a las estanterías para que la cogieran.

Me dijeron que ese trabajo no era una buena idea.

atractivos y me preguntaba cómo a ellas sí.

—Los chicos no te invitarán a salir si te ven trabajando ahí.

Se lo conté a Ernie, que dijo: —¿Y tú qué dijiste?

Le conté que les había dicho que yo no querría salir con alguien que

tuviera semejante opinión, así que ¿a mí qué me importaba?

Había acertado. Ernie se puso a dar manotazos al aire, radiante.

—Tienes toda la razón —dijo—. Esa es la actitud adecuada. El

quien no le guste, vas y le dices que se aguante. Este discurso suyo, la rectitud y la complacencia que iluminaban su ancha cara, la brusquedad y el entusiasmo de sus movimientos

trabajo honrado. No escuches nunca a quien quiera rebajarte por trabajar honradamente. Tú sigue adelante y ni caso. Mantén la cabeza alta. A

despertaron en mí las primeras dudas, la primera y pesimista sospecha de que la advertencia podía tener cierto sentido. Había una nota debajo de mi puerta que decía que Beth quería hablar

conmigo. Me temí que fuera por haber dejado secar el abrigo colgado en la barandilla, o por hacer demasiado ruido con los pies en las escaleras cuando su marido Blake (a veces) y los niños (siempre) tenían que dormir de día. La puerta se abrió a la amargura y la confusión en que Beth parecía

pasar todos los días de su vida. De unas vigas del techo colgaba ropa

húmeda —pañales y apestosas prendas de lana infantiles—, en un esterilizador sobre la estufa borboteaban y repiqueteaban unos frascos. Las ventanas estaban empañadas y en las sillas había tirados paños empapados o muñecos de peluche sucios. El niño mayor estaba aferrado a los barrotes del parque soltando un alarido acusador —saltaba a la vista que Beth lo había dejado allí— y el pequeño, sentado en la trona con

barbilla. Beth asomó la nariz por entre todo aquello con una tirante expresión de superioridad en su cara pequeña y aplastada, como diciendo que no mucha gente podía soportar semejante pesadilla tan bien como ella,

papilla de color calabaza extendida como una erupción por la boca y la

aunque el mundo fuera demasiado mezquino para reconocérselo. —Ya sabes que cuando te instalaste aquí —dijo, y alzó la voz para competir con el niño mayor—, cuando te instalaste aquí te dije que ahí

arriba había sitio suficiente para dos, ¿no?

No en cuestión de altura, estuve a punto de decir, pero ella continuó

martes a viernes. Asistiría como oyente a algunas clases de la universidad. —Blake subirá el sofá cama esta noche. La chica no ocupará mucho

sin pausa para informarme de que otra chica iba a alojarse allí. Estaría de

sitio. No creo que traiga mucha ropa... Vive en la ciudad. Has tenido todo el sitio para ti durante seis semanas y seguirás teniéndolo los fines de semana. No mencionó una reducción del alquiler.

movía con discreción; nunca se golpeaba la cabeza con las vigas, como yo. Pasaba mucho tiempo sentada con las piernas cruzadas en el sofá cama, con el pelo rubio oscuro sobre la cara, un quimono japonés suelto encima de su infantil ropa interior blanca. Tenía una ropa preciosa: un abrigo de pelo de camello, jerséis de cachemira, una falda escocesa con un gran imperdible plateado. El tipo de ropa que saldría en una revista

La verdad es que Nina no ocupaba mucho sitio. Era menuda y se

con el siguiente encabezamiento: «El equipo de una jovencita para su nueva vida en la universidad». Pero en cuanto volvía de la universidad sustituía ese vestuario por el quimono. No solía molestarse en colgar nada. Yo seguía con la costumbre del colegio de quitarme la ropa, pero en mi caso era para no arrugar la falda y mantener la blusa o el jersey relativamente limpios, así que lo colgaba todo cuidadosamente. Por las tardes me ponía una bata de lana. Había cenado temprano en la

universidad; estaba incluido en mi paga. Nina también parecía haber cenado, aunque yo no sabía dónde. Quizá su cena era lo que iba comiendo

durante la tarde: almendras, naranjas y un surtido de pequeñas chocolatinas envueltas en papel de plata rojo, dorado o morado.

Le pregunté si no tenía frío con aquel quimono tan ligero.

—Uhuh —dijo. Me cogió una mano y la apretó contra su cuello—.

Siempre tengo calor —añadió, y era verdad.

Su piel tenía incluso aspecto de estar caliente, pero ella dijo que era

presencia de Nina era muy llevadera. Pelaba las naranjas y las chocolatinas, hacía solitarios. Cuando tenía que estirarse para mover una carta a veces hacía un ruidito, un gemido o gruñido, como si se quejara de esa leve adaptación del cuerpo, aunque de todos modos lo disfrutaba. Por lo demás, parecía contenta y se dormía acurrucada con la luz encendida cuando le apetecía. Y como no teníamos ninguna obligación ni una especial necesidad de hablar, pronto empezamos a hablar y a contarnos

nuestra vida.

siguiente:

me costaría más trabajo leer con alguien en la habitación, pero la

Yo solía leer algún libro hasta bien entrada la noche. Pensaba que

solamente el bronceado, y que se le estaba yendo. Ese calor de la piel iba acompañado por un aroma especial, de frutos secos o especias, no desagradable pero tampoco el propio de un cuerpo que se baña y se ducha continuamente. (Yo tampoco iba demasiado limpia, debido al único baño semanal impuesto por Beth. Entonces mucha gente solo se bañaba una vez a la semana, y tengo la impresión de que había más olores humanos por todas partes, a pesar del talco y de los desodorantes de crema áspera.)

En primer lugar, se había preñado (así lo expresó) y se casó con el padre, que no era mucho mayor que ella. Eso fue en un pueblo cerca de

Nina tenía veintidós años y desde los quince le había ocurrido lo

Chicago. El pueblo se llamaba Laneyville, y los únicos trabajos que había allí eran en el almacén de cereales o arreglando maquinaria para los chicos, o de dependientas en las tiendas para las chicas. Nina aspiraba a

siempre había vivido en Laneyville, que era donde vivía su abuela. Ella vivía con su abuela porque su padre murió y su madre volvió a casarse y su padrastro la echó de casa. Tuvo otro hijo, otro niño, y como a su marido al parecer le habían

ser peluquera, pero para eso había que salir fuera a prepararse. No

prometido un puesto de trabajo en otra ciudad, se marchó. Iba a ir a buscarla, pero no lo hizo. Ella dejó a los dos niños con su abuela y cogió el autobús de Chicago. En el autobús conoció a una chica llamada Marcy que, como ella, iba a Chicago. Marcy conocía a alguien en la ciudad, el dueño de un

necesitaban después de cerrar el local.

restaurante, que les daría trabajo. Pero cuando llegaron a Chicago y localizaron el restaurante, resultó que aquel hombre no era el dueño, sino que solo era un empleado y se había marchado hacía tiempo. El dueño tenía una habitación vacía en el piso de arriba y les dejó quedarse a cambio de que limpiaran el local todas las noches. Tenían que utilizar el servicio de señoras del restaurante, pero no podían estar mucho rato durante el día porque era para las dientas. Lavaban la ropa que

Nina. Antes atendía al nombre de June. Se fue a vivir a la casa del señor Purvis en Chicago. Nina esperó el momento adecuado para sacar a colación el asunto de sus hijos. Había tanto sitio en la casa del señor Purvis que pensaba que podrían vivir allí con ella. Sin embargo, cuando lo sacó a relucir el señor

Apenas dormían. Se hicieron amigas de un camarero —marica pero

simpático— de un local al otro lado de la calle que les daba gaseosa de jengibre gratis. Allí conocieron a un hombre que las invitó a una fiesta y a partir de aquel día las llevaron a más fiestas, y fue en esa época cuando Nina conoció al señor Purvis. En realidad fue él quien empezó a llamarla

Purvis le dijo que detestaba a los niños. No quería que se quedara embarazada, nunca jamás, pero se quedó embarazada, y el señor Purvis y

ella fueron a Japón para que abortara. Hasta el último momento eso era lo que iba a hacer, y al final decidió que no, que seguiría adelante y tendría el niño.

De acuerdo, dijo él. Le pagaría el billete de vuelta a Chicago, y desde entonces estaba sola.

Ya sabía desenvolverse un poco y fue a un sitio donde se hacían cargo de ti hasta que nacía el niño y podías darlo en adopción. Tuvo una niña y Nina le puso Gemma y decidió quedarse con ella.

había quedado con él, y esa chica y ella llegaron a un acuerdo para trabajar por turnos, vivir juntas y criar a sus hijos. Encontraron un apartamento que podían pagar y un empleo —Nina en una sala de fiestas — y todo iba bien. Un día, justo antes de Navidad —por entonces Gemma

Conocía a otra chica que había tenido un niño en aquel sitio y se

tenía ocho meses—, al volver a casa Nina se encontró a la otra madre medio borracha y tonteando con un hombre, y a la niña, Gemma, ardiendo de fiebre y demasiado enferma hasta para llorar.

Nina la abrigó, cogió un taxi y la llevó al hospital. Había grandes atascos por culpa de la Navidad y cuando al fin llegaron le dijeron que ese no era el hospital adonde tenía que ir y la mandaron a otro, y por el camino a Gemma le dio una convulsión y se murió.

Nina quería un entierro de verdad para Gemma, no que la metieran con cualquier indigente que hubiera muerto (había oído que eso era lo que hacían con los cadáveres de los niños cuando no tenías dinero), así que recurrió al señor Purvis. Fue más amable de lo que Nina esperaba y

pagó hasta el ataúd y la lápida con el nombre de Gemma, y una vez acabado todo se llevó a Nina con él. Hicieron un largo viaje, a Londres y a París y a un montón de sitios, para animarla. Cuando volvieron, el señor

Purvis cerró la casa de Chicago y se mudó aquí. Tenía propiedades cerca, en el campo; tenía caballos de carreras. Le preguntó a Nina si le gustaría estudiar, y ella dijo que sí. El señor

Purvis le dijo que debía asistir como oyente a algunas asignaturas para ver qué carrera le gustaría. Ella le dijo que por un tiempo le gustaría llevar la vida de los estudiantes normales y corrientes, vestir como ellos

y estudiar como ellos, y él dijo que pensaba que podía organizarse.

La vida de Nina hacía que me sintiera como una tontorrona.

Le pregunté el nombre de pila del señor Purvis. —Arthur.

—¿Y por qué no lo llamas así?

—No parecería natural.

acontecimientos concretos de la universidad, como una obra de teatro, un concierto o una conferencia. En teoría tenía que comer y cenar en la universidad. Aunque, como ya he dicho, no sé si alguna vez lo hacía. Para desayunar tomaba Nescafé en nuestra habitación, con donuts del día anterior que yo me llevaba de la cafetería. Al señor

En teoría Nina no debía salir por la noche, salvo para asistir a ciertos

Purvis no le hacía ninguna gracia, pero lo aceptaba como parte de la

imitación de la vida estudiantil de Nina. Con tal de que hiciera una comida como es debido al día y de que se tomara una sopa y un bocadillo en la otra comida se daba por satisfecho, y eso era lo que creía que hacía. Nina miraba lo que ofrecía la cafetería para poder contarle que había elegido las salchichas o los filetes rusos, o el emparedado de salmón o de

—Entonces, ¿cómo se va a enterar si sales?

Nina se puso de pie, con ese ruidito tan suyo, como de protesta o de placer, y se acercó silenciosamente a la ventana.
—Ven —dijo—. Ponte detrás de la cortina. Mira. ¿Lo ves?

- ven — dijo—. I onte detras de la cortina. Mira. ¿Lo ves:

Un coche negro, aparcado no justo enfrente, sino unas casas más allá. La luz de una farola se reflejaba en el pelo blanco de la conductora.

—La señora Winner —dijo Nina—. Se quedará ahí hasta medianoche. O hasta más tarde, quién sabe. Si saliera me seguiría a donde fuera y volvería a seguirme hasta aquí.

—¿Y si se quedara dormida?

ensalada con huevo.

—¿Ella? Ni hablar. O si se durmiera y yo intentara hacer algo, se despertaría de golpe.

Solo para que la señora Winner practicara un poco, como dijo Nina, una tarde salimos de la casa y cogimos un autobús hasta la biblioteca municipal. Por la ventanilla del autobús fuimos observando el coche negro, que tenía que reducir la velocidad e ir a paso de tortuga en cada

esquemas de historia.

Nina había comprado los libros de texto de las asignaturas que estudiaba como oyente. Había comprado cuadernos y plumas —las mejores plumas estilográficas de la época— de colores a juego. Rojo para

Civilizaciones precolombinas de Mesoamérica, azul para Poetas románticos, verde para Novelistas ingleses Victorianos y georgianos, amarillo para Cuentos desde Perrault hasta Andersen. Asistía a todas las

parada y después acelerar para alcanzarnos. Había que andar una manzana hasta la biblioteca, y la señora Winner nos adelantó y aparcó pasada la entrada principal. Nos vigilaba —eso nos pareció— por el

necesitaba para una de mis asignaturas. No podía comprármelo, y todos los ejemplares de la biblioteca de la universidad estaban prestados. Además se me había ocurrido sacar un libro para Nina, uno de esos con

Yo quería ver si podía sacar un ejemplar de *La letra escarlata* que

retrovisor.

clases y se sentaba en la última fila porque pensaba que era el lugar que le correspondía. Hablaba como si disfrutara al recorrer el edificio de letras con el tropel de estudiantes, buscar su asiento, abrir el libro por la página indicada, sacar la pluma. Pero sus cuadernos seguían vacíos.

A mi modo de ver, el problema consistía en que no tenía dónde

apoyarse. No sabía qué significaba *Victoriano*, ni *romántico*, ni *precolombino*. Había estado en Japón, en Barbados y en muchos países de Europa, pero habría sido incapaz de encontrar esos sitios en un mapa. No sabía si la Revolución francesa había tenido lugar antes o después de la

Primera Guerra Mundial.

Yo me preguntaba cómo le habrían elegido aquellas asignaturas. ¿Le gustaba cómo sonaban los nombres y el señor Purvis había pensado que podía dominarlas, o tal vez las había elegido él con cinismo, para que se

hartase enseguida de ser estudiante?

Mientras buscaba el libro que quería, vi a Ernie Botts. Iba cargado de novelas de misterio que había cogido para un viejo amigo de su madre.

Le estrechó la mano a Nina y dijo que estaba encantado de conocerla, e inmediatamente preguntó si podía acercarnos a casa. Yo estaba a punto de decir no, gracias, cogeremos el autobús, cuando Nina le preguntó dónde tenía aparcado el coche.

Me había contado que solía hacerlo, también que los sábados por la mañana siempre jugaba a las damas con un amigóte de su padre del

Le presenté a Nina. Le había contado que vivía en mi casa, pero

—Atrás —dijo Ernie. —¿Tiene puerta trasera?

Hogar de Veteranos de Guerra.

naturalmente, nada de su vida anterior ni actual.

—Sí, sí. Es un turismo.

—No, si no me refería eso —dijo Nina con amabilidad—. Quiero

decir la biblioteca. El edificio. —Sí, sí tiene —contestó Ernie aturullándose—. Perdón, creía que te

referías al coche. Sí, sí. Hay una puerta trasera en la biblioteca. Yo he entrado por ahí. Perdón.

De repente se sonrojó, y habría seguido pidiendo disculpas de no ser porque Nina lo interrumpió con una carcajada cariñosa, incluso halagadora.

—Bueno, entonces podemos salir por la puerta de atrás —dijo Nina —. Solucionado. Gracias.

Ernie nos llevó a casa. Nos preguntó si nos apetecía dar un rodeo y

pasar por su casa a tomar un café o un chocolate caliente. —Lo sentimos, pero tenemos un poco de prisa —dijo Nina—.

Aunque gracias de todos modos.

—Supongo que tendréis deberes.

—Deberes. Sí, claro —dijo Nina.

Yo estaba pensando en que Ernie nunca me había invitado a su casa.

El decoro. Una chica sola, no. Dos, sí. Ningún coche negro al otro lado de la calle cuando dimos las gracias Una mañana no se levantó de la cama. Dijo que tenía la garganta irritada y fiebre.

—Tócame.

—A mí siempre me parece que estás caliente.

—Hoy estoy más caliente.

de vez en cuando, sin previo aviso, desde que descubrió que tengo

Entonces dio un saltito y se puso a hacerme cosquillas, como hacía

y las buenas noches. Ningún coche negro cuando miramos por la ventana del desván. Al poco rato sonó el teléfono, para Nina, y la oí decir en el descansillo: «No, no, solo hemos ido a la biblioteca a por un libro y hemos vuelto directamente a casa en el autobús. Había uno justo al lado,

—La señora Winner se ha metido en un buen lío esta noche.

sí. Estoy bien. Por supuesto que sí. Buenas noches».

muchísimas cosquillas.

Subió las escaleras balanceándose y sonriendo.

Era viernes. Me pidió que llamara al señor Purvis para decirle que quería quedarse en casa el fin de semana.

—Me dejará... No soporta tener a alguien enfermo a su lado. Es muy maniático para eso.

El señor Purvis dijo que tal vez debería avisar a un médico. Nina lo había previsto, y me había advertido que le dijera que solo necesitaba desenvez y que ella la llamaría por taláfona e la llamaría y esta desenvez y que ella la llamaría por taláfona e la llamaría y esta desenvez y que ella la llamaría por taláfona e la llamaría y esta desenvez y ella la llamaría por taláfona e la llamaría y esta desenvez y ella la llamaría por taláfona e la llamaría y esta desenvez y ella la llamaría por taláfona e la llamaría y esta desenvez y ella la llamaría por taláfona e la llamaría y ella llamaría por taláfona e la llamaría y ella llamaría por taláfona e la llamaría y ella llamaría por taláfona e la llamaría por taláfona e llamaría por taláfona e la llamaría por taláfona e llamaría por taláfona e la llamaría por taláfona e llamaría por taláfona e llamaría

descansar y que ella lo llamaría por teléfono, o lo llamaría yo, si empeoraba. Bueno, pues dile que se cuide, contestó el señor Purvis, y me dio las gracias por llamar y por ser tan buena amiga de Nina. Y entonces, cuando ya había empezado a despedirse, me preguntó si me gustaría

cenar con él el sábado. Dijo que le resultaba muy aburrido comer solo.

Nina también había previsto eso.

—Si te pide que vayas a cenar mañana con él, ¿por qué no vas? Los cébados por la poche ciempre hay algo rico, especial

sábados por la noche siempre hay algo rico, especial.

Los sábados cerraban la cafetería. La posibilidad de conocer al señor Purvis me inquietaba y me interesaba.

—¿De verdad debería ir si me lo pide?

Así que me fui arriba, tras acceder a tomar la cena con el señor Purvis —así lo había dicho: «tomar la cena»— y le pregunté a Nina qué debía ponerme.

—¿Y por qué te preocupas ahora? No es hasta mañana por la noche. Desde luego. ¿Por qué preocuparse? Solo tenía un vestido como es

debido, el de crepé turquesa que me había comprado con una parte del dinero de la beca para cuando di el discurso de despedida en la ceremonia de graduación del instituto.

—Y además da igual —dijo Nina—. Ni se fijará.

rubio platino, un color que para mí acreditaba un corazón de piedra, unas relaciones inmorales, un trayecto largo y accidentado por los sórdidos callejones de la vida. Sin embargo, bajé la manija de la puerta delantera para sentarme a su lado, porque pensé que era lo más decente y democrático. Me dejó hacerlo, de pie junto a ella, y a continuación abrió enérgicamente la puerta de atrás

Vino a buscarme la señora Winner. No tenía el pelo blanco, sino

democrático. Me dejó hacerlo, de pie junto a ella, y a continuación abrió enérgicamente la puerta de atrás.

Yo pensaba que el señor Purvis viviría en una de las feas mansiones rodeadas de hectáreas de césped y tierras sin cultivar del norte de la ciudad. Probablemente lo pensaba por lo de los caballos de carreras. En

cambio nos dirigimos al este por calles acomodadas pero no señoriales, frente a casas de ladrillo y de estilo Tudor de imitación con las luces encendidas en las primeras horas del anochecer y las bombillas navideñas parpadeando entre los arbustos coronados de nieve. Torcimos por un estrecho camino entre setos altos y aparcamos delante de una casa que reconocí como moderna por el tejado plano, la larga hilera de ventanas y porque parecía hecha de cemento. Ninguna luz navideña, ninguna luz de ninguna clase.

Y ni rastro del señor Purvis. El coche se deslizó hasta un sótano, subimos un piso en el ascensor y salimos a un vestíbulo débilmente

tenía que hacerlo, para indicarme por dónde debía seguir. Llevaba un peine en el bolsillo y me habría gustado arreglarme el pelo, pero no con ella observándome. Y no vi ningún espejo.

—Y ahora lo demás.

colgué el abrigo. La señora Winner se quedó conmigo. Me imaginé que

Me quité las botas, metí los mitones en los bolsillos del abrigo y

Me miró directamente a los ojos para ver si la comprendía, y como

—Aquí es donde se deja la ropa —dijo la señora Winner.

iluminado y amueblado como un salón, con sillones tapizados y mesitas de madera brillante, espejos y alfombras. La señora Winner me hizo una seña con la mano para que pasara delante de ella por una de las puertas del vestíbulo que se abría a una habitación sin ventanas con un banco y perchas en las paredes. Era como el guardarropa de un colegio, salvo por

la cera de la madera y la moqueta.

le pareció que no (aunque en cierto sentido sí la comprendí, pero esperaba que se tratase de un error) dijo:

—No se preocupe. No pasará frío. Toda la casa tiene calefacción.

Seguí sin intención de obedecer y ella me habló con indiferencia, como si no se dignara ni despreciarme.

—Espero que no sea ninguna niña.

Yo podría haber cogido mi abrigo al llegar a ese punto. Podría haber exigido que me llevaran a la casa de huéspedes. Si se hubieran negado, podría haber vuelto sola, andando. Recordaba por dónde habíamos venido y aunque hacía frío para caminar, habría tardado menos de una hora.

No creo que la puerta principal estuviera cerrada con llave, ni que hubieran hecho ningún esfuerzo para retenerme.

—Pero, bueno, —dijo, la señora Winner al ver que seguía sin

—Pero bueno —dijo la señora Winner al ver que seguía sin moverme—. ¿Es que te crees distinta de las demás? ¿Te crees que no he visto ya lo que tenéis?

Fue en parte su desprecio lo que me hizo quedarme. En parte. Eso y mi orgullo.

medias. Me levanté y tiré del vestido con el que había pronunciado el discurso de despedida que terminaba con unas palabras en latín. Ave atque vale. Aún relativamente cubierta con la combinación, eché los brazos hacia atrás para desabrocharme los corchetes del sujetador, y conseguí

Me senté. Me quité los zapatos. Me desabroché y me bajé las

despojarme de él con un solo movimiento, bajándolo por los brazos y llevándolo hasta delante. A continuación el liguero y las bragas (una vez quitadas las enrollé y las escondí debajo del sujetador). Volví a meter los pies en los zapatos.

impresión de que la aburría demasiado mencionar la combinación, y después de volver a quitarme los zapatos, repitió—: Descalza. ¿Conoces el significado de esa palabra? Descalza. Me saqué la combinación por la cabeza y me dio un frasco de loción,

—Descalza —dijo la señora Winner, suspirando. Me dio la

al tiempo que decía: —Frótate con esto.

Olía como Nina. Me puse un poco en los brazos y los hombros, las únicas partes que podía tocarme con la señora Winner allí delante vigilando, y después salimos al vestíbulo; mis ojos evitaron los espejos; la señora Winner abrió otra puerta y entré sola en la siguiente habitación.

No se me había pasado por la cabeza que el señor Purvis estuviera esperando tan desnudo como yo, y no lo estaba. Llevaba blazer azul oscuro, camisa blanca, pañuelo ascot (yo no sabía que se llamaba así) y pantalones grises. Era apenas un poco más alto que yo, delgado y viejo,

casi calvo, y se le hacían arrugas en la frente al sonreír. Tampoco se me había pasado por la cabeza que desnudarme fuera el preludio de una violación, ni de ninguna ceremonia salvo la cena. (Y

desde luego que no iba serlo, a juzgar por los apetitosos aromas de la habitación y las fuentes con tapa de plata que había en el aparador.) ¿Por qué no se me había ocurrido una cosa así? ¿Por qué no estaba más me avergüenza ni más ni menos que la desnudez de mis dientes. Por supuesto, no era verdad y me había puesto a sudar, pero no por temor a ninguna deshonra.

El señor Purvis me estrechó la mano, sin demostrar que hubiera advertido que yo no llevaba ropa. Dijo que era un placer conocer a la amiga de Nina. Como si yo fuera una compañera de colegio que Nina

Aquí estoy, podría haber dicho, a cuerpo descubierto, algo que no

preocupada? Tenía algo que ver con cómo me imaginaba a los hombres mayores. Pensaba que no solo estaban incapacitados, sino también demasiado agotados, demasiado dignificados —o deprimidos— por diversos padecimientos y experiencias y su propio declive físico, tan desagradable, para que les quedara el menor interés. No era tan tonta para pensar que estar sin ropa no tenía nada que ver con la utilización sexual de mi cuerpo, pero me lo tomé más como un desafío que como los preliminares de una ofensiva, y si seguía adelante era más por la insensatez del orgullo, como ya he dicho, tenía más que ver con una

Lo que en cierto modo era verdad.

hubiera llevado a casa.

especie de endeble temeridad que por ninguna otra cosa.

Un estímulo para Nina, eso dijo que era yo.

—Te admira muchísimo. Pero bueno, tendrás hambre, ¿no? ¿Vemos qué nos han preparado?

Levantó las tapas y se puso a servirme. Gallinas de Cornualles, que yo tomé por pollitos, arroz al azafrán con pasas y, al lado, varias verduras finamente cortadas y dispuestas en abanico, que conservaban su color con

más fidelidad que las verduras que yo veía normalmente. Una fuente de pepinillos en una salsa turbia y otra de encurtido rojo oscuro.

—De esto no demasiado —dijo el señor Purvis refiriéndose al encurtido y los pepinillos—. Un poquito picante para empezar.

Me llevó otra vez hasta la mesa, volvió de nuevo al aparador y se sirvió con frugalidad; luego se sentó.

tocó beber agua. Servirme vino en su casa probablemente se consideraría un pecado mortal, dijo el señor Purvis. Me llevé una pequeña decepción porque nunca había tenido la oportunidad de tomar vino. Cuando íbamos al Oíd Chelsea, Ernie siempre se declaraba satisfecho de que no se

En la mesa había una jarra de agua y una botella de vino. A mí me

sirviera vino ni bebidas alcohólicas de ninguna clase los domingos. No solamente rechazaba la bebida, los domingos o cualquier otro día, sino que le desagradaba ver a otros bebiendo. —Pues Nina me ha contado —dijo el señor Purvis—, Nina me ha

contado que estás estudiando filosofía inglesa, pero supongo que será inglés y filosofía, ¿no es así? Porque no creo que haya tanta oferta de filósofos ingleses, ¿no?

A pesar de su advertencia, había tomado un poco de encurtido y estaba demasiado aturdida para responder. Él esperó cortésmente mientras yo bebía un trago de agua.

—Empezamos con los griegos. Es un curso de carácter general.

—Ah, claro. Grecia. Bueno, y después de ver a los griegos, ¿cuál es tu preferido?... No, un momento. Así será más fácil de separar. Entonces hizo una demostración de cómo cortar y apartar la carne de

los huesos de una gallina de Cornualles, con amabilidad, sin condescendencia, casi como una broma que podíamos compartir.

—¿Tu preferido?

—Todavía no hemos llegado, estamos con los presocráticos —dije

—. Pero es Platón.

—Platón es tu preferido. O sea que te adelantas, no te limitas a

seguir las clases, ¿no? Platón. Sí, podría habérmelo imaginado. ¿Te gusta

la caverna?

—Sí.

—Sí, claro. La caverna. Es una maravilla, ¿verdad?

Sentada, la parte más escandalosa de mi cuerpo quedaba fuera de la vista. Si hubiera tenido los pechos diminutos y ornamentales, como los

—Y después Creta... ¿Conoces la civilización minoica?
—Sí.
—Claro, claro. Cómo no. ¿Y sabes cómo vestían las señoras minoicas?
—Sí.

era, la esencia misma del Peloponeso.

de Nina, en lugar de henchidos, con pezones grandes y de una clara utilidad, quizá me habría sentido casi cómoda. Intenté mirar al señor Purvis mientras hablaba, pero en contra de mi voluntad me sobrevenían oleadas de rubor. Entonces me daba la impresión de que la voz del señor Purvis cambiaba ligeramente, adoptaba un tono tranquilizador y de afable satisfacción. Como si en un juego hubiera dado un paso hacia la victoria. Pero seguía hablando, ameno y ágil, de su viaje a Grecia. Delfos, la Acrópolis, la célebre luz que no podías creer que fuera de verdad pero lo

En esta ocasión lo miré a la cara, a los ojos. Estaba decidida a no avergonzarme, ni siquiera cuando notaba el calor que me subía por el cuello.

—Qué bonito, ese estilo —dijo, casi con tristeza—. Muy bonito. Es

curioso la de cosas diferentes que se esconden en diferentes épocas. Y las cosas que se exhiben.

De postre hubo natillas con nata montada, con trocitos de bizcocho, y frambuesas. Él solo tomó unos bocaditos. Pero como yo no había

y frambuesas. Él solo tomó unos bocaditos. Pero como yo no había conseguido tranquilizarme lo suficiente como para disfrutar del primer plato, estaba decidida a no perderme nada dulce y sustancioso, y concentré mi apetito y mi atención en cada cucharada.

Él sirvió café en unas tacitas y dijo que lo tomaríamos en la biblioteca.

Mis nalgas hicieron un chasquido cuando me separé de la lustrosa tapicería de la silla del comedor, que quedó prácticamente silenciado por el repiqueteo de las delicadas tazas de café sobre la bandeja en las temblorosas manos del viejo.

Una vez sentada en la silla que me indicó, me dio mi taza. No resultaba tan fácil sentarse allí, al descubierto, como a la mesa del comedor. La silla del comedor estaba forrada de una suave seda de rayas, pero esta tenía una tapicería oscura y afelpada, que me picaba. En mi interior se instaló la inquietud.

La luz de esta habitación era más brillante que la del comedor, y los

mío, sino el de todo el mundo— es la parte más asquerosa del cuerpo.

Yo solo había oído hablar de las bibliotecas particulares en los

libros. A esa se entraba por un panel de la pared del comedor. El panel se abrió de golpe sin el menor ruido cuando el señor Purvis lo tocó con el pie. Se excusó por ir delante de mí; tenía que hacerlo puesto que él llevaba el café. Para mí fue un alivio. Pensé que el trasero —no solo el

La luz de esta habitación era más brillante que la del comedor, y los libros que recubrían las paredes tenían un aspecto más perturbador y recriminatorio que el del sombrío comedor, con sus cuadros de paisajes y los paneles que absorbían la luz.

Mientras íbamos de una habitación a otra me vino a la cabeza una

historia —una historia que yo había oído pero que muy pocas personas

tenían la oportunidad de leer— en la que la habitación denominada biblioteca resultaba ser un dormitorio, con luces tenues, almohadones mullidos y toda suerte de sedas y terciopelos. No me dio tiempo a pensar qué haría en tales circunstancias, porque la habitación en la que estábamos era lisa y llanamente una biblioteca. Las lámparas de lectura, los libros en las estanterías, el estimulante olor del café. El señor Purvis

sacando un libro, hojeándolo hasta encontrar lo que buscaba.
—¿Serías tan amable de leerme algo? Por la noche se me cansa la vista. ¿Conoces este libro?

a. ¿Conoces este noro? Un muchacho de Shropshire.

Lo conocía. Es más; me sabía de memoria muchos poemas. Le dije que leería.

—Y por favor, podría pedirte… ¿podría pedirte que no cruzaras las piernas?

Me temblaban las manos cuando cogí el libro. —Sí —dijo—. Sí. Eligió una silla delante de la estantería, frente a mí.

—Bueno...

—«En el filo de Wenlock el bosque está en apuros...»

Las palabras y los ritmos conocidos me calmaron. Se adueñaron de mí. Poco a poco empecé a sentirme más tranquila.

El vendaval doblega los arbolillos,

sopla muy fuerte, y pronto pasará. Hoy el romano y sus cuitas

son cenizas bajo Uricón.

¿Dónde está Uricón? ¿Quién sabe?

No es que me olvidara realmente de dónde estaba ni de con quién estaba ni de las condiciones en que me encontraba, pero había llegado a

sentirme un tanto distante y filosófica. Tenía la sensación de que todo el

mundo iba en cierto modo desnudo. El señor Purvis iba desnudo, aunque llevaba ropa. Todos éramos seres tristes, despojados, escindidos. La

poema y luego otro, y otro, y me gustaba el sonido de mi voz. Hasta que, para mi sorpresa y casi decepción —aún quedaban páginas célebres—, el

señor Purvis me interrumpió. —Ya basta. Es suficiente —dijo—. Ha sido muy bonito. Gracias. Tu acento rural es muy apropiado. Es hora de acostarme.

vergüenza fue desvaneciéndose. Me limité a pasar las páginas, a leer un

Dejé el libro. El volvió a colocarlo en la estantería y cerró las puertas de cristal. Lo del acento rural era una novedad para mí.

—Y sintiéndolo mucho, creo que es hora de llevarte a casa.

Abrió otra puerta, que daba al vestíbulo que había visto hacía ya mucho rato, al principio de la noche, pasé junto a él y la puerta se cerró

cuando salí. Quizá le dijera adiós. Es posible que incluso le diera las gracias por la cena y que él me dirigiera unas palabras secas (de nada, gracias por tu compañía, has sido muy amable, gracias por haber leído a En ningún momento me tocó. El mismo guardarropa débilmente iluminado. La misma ropa de antes. El vestido turquesa, las medias, la combinación. Apareció la señora

Housman) con voz repentinamente cansada, vieja, cascada, indiferente.

Winner mientras me abrochaba las medias. Solo me dijo una cosa, cuando yo estaba a punto de salir.

—Te olvidabas la bufanda.

En efecto, allí estaba la bufanda que había tejido en la clase de economía doméstica, lo único que tejería en toda mi vida. Y yo casi la abandoné allí, en aquella casa.

Mientras me bajaba del coche, la señora Winner dijo:

puedes recordárselo...

Pero Nina no estaba esperando para recibir el recado. La cama

—Al señor Purvis le gustaría hablar con Nina antes de acostarse. Si

estaba hecha. Habían desaparecido sus botas y su abrigo. En el armario seguían colgadas varias prendas suyas.

Beverly y Kay se habían ido a pasar el fin de semana a casa, así que

bajé corriendo a ver si Beth sabía algo.
—Lo siento —dijo Beth, a quien nunca había visto pidiendo perdón por nada—. No puedo estar pendiente de vuestras idas y venidas. —Y

mientras me daba la vuelta—: Te he pedido varias veces que no hagas tanto ruido en las escaleras. Por fin he conseguido que Sally-Lou se duerma.

Todavía no había decidido, cuando llegué a casa, qué le diría a Nina. ¿Le preguntaría si la obligaron a estar desnuda en aquella casa, si sabía perfectamente lo que me aguardaba aquella noche? ¿O esperaría sin decir gran cosa a que ella me preguntara? Aun así, podía explicar, toda

gran cosa a que ella me preguntara? Aun así, podía explicar, toda inocente, que había comido gallina de Cornualles y arroz al azafrán, y que estaba muy bueno. Que había leído poemas de *Un muchacho de Shropshire*.

Podía dejar que le diera vueltas a la cabeza. Ahora que se había marchado eso ya no importaba. El centro de

atención había cambiado. La señora Winner llamó por teléfono pasadas las diez —quebrantando otra de las normas de Beth— y cuando le conté que Nina no estaba dijo:

—¿Seguro que no?

Y lo repitió cuando le dije que no tenía ni idea de adonde había ido Nina.

—¿Seguro que no?

Le pedí que no volviera a llamar hasta la mañana siguiente, por las normas de Beth y el sueño de los niños, y respondió:

—Pues no sé, porque esto es grave.

Cuando me levanté por la mañana el coche estaba aparcado al otro lado de la calle. Más tarde la señora Winner llamó al timbre y le dijo a

enmudeció ante la señora Winner, que subió las escaleras sin reproches ni advertencias de nadie. Después de mirar por nuestra habitación buscó en el baño y el armario, e incluso sacudió un par de mantas dobladas que había en el fondo. Yo estaba todavía en pijama, haciendo un trabajo sobre *Sir Gawairt*

Beth que la enviaban a inspeccionar la habitación de Nina. Incluso Beth

y el Caballero Verde y tomando Nescafé. La señora Winner dijo que había tenido que llamar a los hospitales, para ver si Nina se había puesto enferma, y que el señor Purvis había ido

personalmente a varios sitios más para comprobar si estaba allí.

—Si sabes algo, será mejor que nos lo cuentes —dijo—. Cualquier cosa. —Después, cuando empezó a bajar las escaleras, se volvió y en un tono menos amenazante preguntó—: ¿Tiene algún amigo en la

universidad? ¿Alguien que conozcas?

Le dije que me parecía que no.

Yo solamente había visto a Nina en la universidad un par de veces.

Una iba andando por el corredor de abajo del edificio de letras en medio

de aquella vida, en cuanto comprendiera en qué consistían. Por la tarde empezó a nevar. El coche aparcado al otro lado de la calle tuvo que marcharse para dejar paso a la quitanieves. Cuando entré en el baño y vi el revoloteo del quimono de Nina en su percha sentí lo que

había estado reprimiendo: auténtico miedo por ella. Me la imaginaba desorientada, llorando, con el pelo suelto, deambulando por la nieve con su ropa interior blanca y no con el abrigo de pelo de camello, aunque

de la aglomeración entre clases. Otra vez en la cafetería. En ambas ocasiones estaba sola. No era nada raro ir solo cuando tenías que correr de una clase a otra, pero resultaba un poco extraño quedarte a solas en la cafetería con un café a eso de las cuatro menos cuarto de la tarde, cuando aquel sitio estaba prácticamente desierto. Nina estaba sentada con una sonrisa en el rostro, para dar a entender lo encantada y privilegiada que se sentía de estar allí, dispuesta y preparada para responder a las exigencias

Sonó el teléfono justo cuando estaba a punto de salir para ir a la primera clase el lunes por la mañana.

—Soy yo —dijo Nina precipitadamente, alarmada, pero en tono un tanto triunfal—. Escucha. Por favor. ¿Podrías hacerme un favor?

—¿Dónde estás? Te están buscando. —¿Quién?

sabía perfectamente que se lo había llevado.

—El señor Purvis. La señora Winner.

—Pues no se lo tienes que contar. No les cuentes nada. Estoy aquí.

—En casa de Ernest.

—¿De Ernest? —dije—. ¿De Ernie?

—Chist. ¿Te ha oído alguien?

—¿Dónde?

-No.

—Oye, por favor, por favor, ¿podrías coger un autobús y traerme el

marrón. ¿Sigue el coche fuera?
Fui a mirar.
—Sí.
—Vale. Entonces deberías coger el autobús hasta la universidad,

resto de mis cosas? Necesito el champú. Necesito el quimono. Voy con el albornoz de Ernest. Tendrías que verme. Parezco un perro de lanas

como haces normalmente. Y después el autobús para el centro. Ya sabes dónde tienes que bajarte. Campbell esquina con Howe. Luego continúa andando. Carlisle Street. El trescientos sesenta y tres. Sabes dónde, ¿no?

—¿Está Ernie ahí?
—No, boba. Está trabajando. Tiene que mantenernos, ¿no?
¿Mantenernos? ¿Iba a mantenernos Ernie a Nina y a mí?

No. A Ernie y Nina. Ernie y Nina.

—Ven, por favor —dijo Nina—. No tengo a nadie más.

— ven, por ravor — dijo Nina—. No tengo a nadie mas.

Hice lo que me había indicado. Cogí el autobús de la universidad,

gélido. La luz me hacía daño en los ojos y la nieve reciente crujía bajo mis pies.

Después media manzana hacia el norte, por Carlisle Street, hasta la

después el del centro. Me bajé en la esquina de Campbell con Howe y seguí andando hacia el oeste hasta Carlisle Street. Había dejado de nevar; el cielo estaba despejado; era un día luminoso, sin viento, realmente

casa donde Ernie había vivido con su madre y su padre, luego con su madre y al final solo. Y de repente —¿cómo era posible?— con Nina.

La casa seguía igual que cuando yo había ido con mi madre, un par de veces. Una casa de una planta, de ladrillo, con un jardín minúsculo, la

de veces. Una casa de una planta, de ladrillo, con un jardín minúsculo, la ventana del salón en forma de arco con el cristal de arriba de colores.

Reducida y cursi.

Nina iba envuelta en una bata de hombre de lana marrón con borlas, tal como se había descrito, con el olor masculino pero inocente de Ernie a

tal como se había descrito, con el olor masculino pero inocente de Ernie a espuma de afeitar y jabón Lifebuoy.

Me cogió las manos, agarrotadas de frío dentro de los guantes. Las

dos habían agarrado el asa de sendas bolsas de la compra.

—Están congeladas —dijo—. Ven, vamos a ponerlas en agua caliente.

—No están congeladas —dije—. Simplemente congeladas.
Pero se empeñó y me cogió las cosas, me llevó a la cocina, llenó de

agua una palangana y mientras la sangre me volvía dolorosamente a los dedos me contó que Ernest (Ernie) había ido a la casa de huéspedes el sábado por la noche. Llevaba una revista con un montón de fotografías de ruinas, castillos y cosas que él creía que podían interesarme. Nina se levantó de la cama y fue al piso de abajo, porque, por supuesto, Ernie no podía subir, y al ver lo enferma que estaba, Ernie dijo que tenía que irse a casa con él para que la cuidara. Y lo había hecho tan bien que ya casi no le dolía la garganta y no tenía nada de fiebre. Después decidieron que se quedara allí. Nina se quedaría con él y no volvería a donde había vivido

hasta entonces.

Ni siquiera parecía dispuesta a pronunciar el nombre del señor
Purvis

Purvis.

—Pero tiene que ser un secreto enorme —dijo—. Tú eres la única que puede saberlo. Porque eres nuestra amiga y nos conocimos gracias a

ti. —Estaba preparando café—. Mira esto —dijo señalando el armario abierto—. Fíjate en cómo tiene las cosas. Los tazones aquí. Las tazas y

los platitos aquí. Cada taza en su gancho. ¿A que está muy arreglado? Y toda la casa igual. Me encanta. Nos conocimos gracias a ti —repitió—. Si

tenemos un hijo y es niña, puede que le pongamos tu nombre.

Apreté la taza entre las manos, aún notaba que me latían los dedos.

Había unas violetas africanas en el alféizar de la ventana, encima del

fregadero. El orden de la madre de Ernie en los armarios, las plantas de interior de su madre. El gran helecho probablemente seguiría en la ventana del salón, y los tapetes en los sillones. Lo que Nina había dicho, respecto a Ernie y ella, parecía muy descarado y —sobre todo al pensar en el papel de Ernie— sobradamente desagradable.

estar casados —dijo Nina agachando la cabeza con gesto picaro. —¿Con Ernie? —dije—. O sea, ¿con Ernie? -Oye, ¿y por qué no? Ernie es simpático -contestó Nina-. Y además, yo lo llamo Ernest. Se arrebujó en el albornoz. —¿Y el señor Purvis? —¿Qué pasa con él? —Pues que si ya está pasando algo, ¿no podría ser suyo? Nina cambió por completo. Se le puso una expresión malvada y avinagrada. —Él —dijo con desprecio—. ¿Por qué quieres hablar de él? El no habría sido capaz. —¿Cómo? —exclamé, y estaba a punto de preguntar por Gemma cuando Nina me interrumpió. —¿Para qué quieres hablar del pasado? Me pone mala. Todo eso se acabó. A mí y a Ernest no nos importa. Ahora estamos juntos. Ahora estamos enamorados. Enamorada. De Ernie. De Ernest. Ahora. —Vale. —Perdona por haberte gritado. ¿Te he gritado? Perdona. Tú eres nuestra amiga, has traído mis cosas y te lo agradezco. Eres prima de Ernest, v nuestra familia. Se deslizó a mi espalda, sus dedos se metieron bajo mis axilas y se puso a hacerme cosquillas, al principio despacio, después frenéticamente. —¿A que sí? ¿A que sí? Intenté liberarme, pero no pude. Me dio un ataque de risa insoportable y me retorcí y grité, rogándole que parase. Lo hizo, cuando

—Bueno, nunca se sabe, podríamos haber empezado con eso sin

—¿Vais a casaros?

—Has dicho si tenéis un hijo.

—Bueno...

ya me tenía indefensa y las dos jadeábamos.

—Eres la persona con más cosquillas que he conocido en mi vida.

Tuve que esperar el autobús un buen rato, dando patadas en la acera.

Tendría que haber sacado los emparedados y las ensaladas a las

Pensé en lo que me habían dicho Beverly y Kay, que iba a

Cuando llegué a la universidad ya habían acabado la primera y la segunda clase y empecé a trabajar tarde en la cafetería. Me puse el uniforme de algodón verde junto al armario de la limpieza y me recogí la mata de pelo negro (el peor pelo del mundo que podía aparecer en la comida, según me había advertido el encargado) con una redecilla de algodón.

estanterías antes de que abrieran las puertas para el almuerzo, pero tuve que hacerlo ante una cola que me observaba con impaciencia y que me hizo sentir torpe. Llamaba mucho más la atención que cuando iba con el carrito por entre las mesas recogiendo los platos sucios. Entonces la gente solo estaba pendiente de la comida y la conversación. Ahora no paraban de mirarme.

desperdiciar oportunidades si me distinguía por lo que no debía. En aquellos momentos me pareció que quizá tenían razón.

Cuando terminé de limpiar las mesas de la cafetería me puse otra

vez la ropa normal y fui a la biblioteca de la universidad a seguir con mi trabajo. Era la tarde en que no tenía clases.

Un túnel llevaba del edificio de letras a la biblioteca, y a la entrada

del túnel había pegados anuncios de películas, restaurantes, bicicletas y máquinas de escribir usadas, así como de obras de teatro y conciertos. El departamento de música anunciaba un recital gratis de canciones sobre los poemas de los poetas rurales ingleses para una fecha ya pasada. Yo había visto el anuncio y no me hizo falta volver a mirarlo para recordar los nombres de Herrick, Housman, Tennyson.

Y tras unos pasos por el túnel los versos me asaltaron.

En el filo de Wenlock el bosque está en apuros.

tapicería en mis nalgas desnudas. La vergüenza pegajosa, irritante. Ahora me parecía más vergonzoso que entonces. Él me había hecho algo, al fin y al cabo.

Desde lejos, desde el crepúsculo y la mañana

Jamás volvería a pensar en esos versos sin sentir el picor de la

y el cielo de los doce vientos, la materia de la vida para tejerme sopló aquende... y aquí estoy. No.

¿Quéson esas azules colinas recordadas, qué chapiteles, qué granjas son esas?

No, jamás.

Blanco bajo la luna el largo camino que me aleja de mi amor.

No. No. No. Siempre me recordarían lo que había accedido a hacer. Nadie me

había obligado, nadie me lo había ordenado, ni siquiera me habían convencido. Yo accedí.

Nina tenía que saberlo. Aquella mañana estaba demasiado

Nina tenía que saberlo. Aquella mañana estaba demasiado preocupada por Ernie para decir nada, pero llegaría el día en que se reiría. No con crueldad, sino como se reía de tantas cosas. Y quizá hasta se

burlaría de mí por aquello. Sus burlas serían un poco como cuando me hacía cosquillas, algo insistente, obsceno.

Nina y Ernie. En mi vida a partir de entonces.

La biblioteca de la universidad era un espacio alto y precioso,

sobresaliente. Seguiría haciendo trabajos y sacando sobresalientes porque era capaz de hacerlo. La gente que concedía becas y que construía universidades y bibliotecas seguiría soltando dinero para que yo pudiera hacerlo.

Estaba haciendo un buen trabajo. Probablemente me pondrían un

proyectado, construido y costeado por personas que creían que quienes se sentaban a las mesas alargadas ante los libros abiertos —incluso los que estaban con resaca, adormilados, resentidos o perplejos— debían tener espacio por encima de sus cabezas, paneles de madera oscura y reluciente a su alrededor, ventanas altas bordeadas de admoniciones en latín por las que mirar el cielo. Debían disfrutar de eso durante unos años antes de meterse a dar clases o en los negocios o de empezar a criar hijos. Ahora

Pero no era eso lo que importaba. Eso no iba a evitar que me hicieran daño.

Nina no se quedó con Ernie ni siquiera una semana. Al poco tiempo un día él volvió a casa y vio que se había ido. Se habían ido su abrigo y

sus botas, su preciosa ropa y el quimono que yo le había llevado. Se habían ido su pelo de caramelo, su manía de hacer cosquillas, el calor

especial de su piel y sus «uhuh» mientras se movía. Todo se había ido sin ninguna explicación, ni una sola palabra en un papel. Ni una sola palabra. Sin embargo, Ernie no era de los que se encerraba a llorar. Eso dijo

cuando me llamó por teléfono para contarme la noticia y saber si yo estaba libre para la cena del domingo. Mientras subíamos las escaleras

del Oíd Chelsea comentó que sería nuestra última cena antes de las vacaciones de Navidad. Me ayudó a quitarme el abrigo y noté el olor de Nina. ¿Aún estaba pegado a la piel de Ernie?

No. Su procedencia se desveló cuando me dio una cosa, como un pañuelo grande.

—Guárdatelo en el bolsillo del abrigo —dijo.

me tocaba a mí y yo también debía disfrutarlo.

Sir Gawain y el Caballero Verde.

No era un pañuelo. El tejido era más duro, con un pequeño canalé. Una camiseta.
—No quiero tenerla por ahí —añadió, y por su tono de voz se podría

haber pensado que lo que no quería tener por ahí era ropa interior, sin importarle que fuera de Nina ni que oliera a Nina.

Pidió rosbif y lo cortó y masticó con la eficacia y la educación

habituales. Le conté las novedades de casa, que como de costumbre en esa época del año consistían en la cantidad de nieve acumulada, el número de carreteras bloqueadas, los estragos invernales que nos distinguían.

Al cabo de un rato Ernie dijo:
—Fui a su casa. No había nadie.

¿A casa de quién?

Del tío de Nina, dijo. Sabía qué casa era porque Nina y él habían pasado frente a ella, de noche. No había nadie, repitió; habían hecho las maletas y se habían marchado. A fin de cuentas, lo había decidido ella.

—Es el privilegio de la mujer —dijo—. Como se suele decir, es privilegio de la mujer cambiar de idea.

Al mirarlos con atención vi que sus ojos tenían una expresión seca, ansiosa; a su alrededor la piel estaba oscura y arrugada. Frunció los labios, dominando un temblor, y siguió hablando con un aire de intentar yer todos los aspectos, de intentar comprender

ver todos los aspectos, de intentar comprender.

—No podía dejar a su anciano tío. No tuvo valor para abandonarlo.

Le dije que podíamos traérnoslo, porque estoy acostumbrado a la gente

mayor, pero ella dijo que sería mejor cortar. Y después supongo que le faltó valor.

—Es mejor no esperar demasiado. Supongo que hay cosas que

—Es mejor no esperar demasiado. Supongo que hay cosas que simplemente no se pueden tener.

Al pasar junto a los abrigos cuando iba al lavabo saqué la camiseta del bolsillo. La dejé con las toallas usadas.

Arranqué la página del cuaderno, cogí la pluma y me marché. En el rellano a la salida de la biblioteca había un teléfono público y una guía de teléfonos colgada al lado. Miré la guía y apunté dos números en el papel

Aquel día fui incapaz de seguir con sir Gawain en la biblioteca.

que llevaba. No eran números de teléfono, sino direcciones. Henfryn Street 1648.

El otro número, que solo tuve que comprobar, porque lo había visto recientemente y en sobres de tarjetas navideñas, era Carlisle, 363. Volví por el túnel al edificio de letras y entré en la tiendecita que

había enfrente de la sala de estudiantes. Llevaba suficiente dinero suelto en el bolsillo para comprar sobre y sello. Arranqué el trozo de papel con la dirección de Carlisle Street y lo metí en el sobre. Cerré el sobre y escribí el otro número, más largo, el nombre del señor Purvis y la dirección de Henfryn Street. Todo en mayúsculas. Después pasé la lengua

por el sello y lo pegué. Creo que en aquella época debía de ser un sello de

cuatro centavos. Justo al salir de la tienda había un buzón. Eché el sobre dentro, en el ancho corredor subterráneo del edificio de letras, mientras la gente pasaba a mi lado camino de las clases, camino de fumarse un cigarrillo o

quizá de una partida de bridge en la sala de estudiantes. Camino de acciones de las que no se sabían capaces.

Pozos profundos

llevarlos de merienda, por lo liosos que son). Emparedados de jamón, ensalada de cangrejo, tartaletas de limón (también difíciles de empaquetar). Kool-Aid para los niños y media botella de champán Mumm para Alex y ella. Ella solo tomaría un sorbito, porque todavía

Sally guardó los huevos duros con salsa picante (detestaba

estaba dando el pecho. Había comprado copas de champán de plástico para la ocasión, pero cuando Alex la vio preparándolas, sacó las de verdad — un regalo de boda— de la vitrina de la porcelana. Sally protestó, pero él se empeñó y se encargó de todo, de envolverlas y guardarlas.

—La verdad es que papá es una especie de *gentilhomme* burgués —

que podía permitirse soltar palabras en francés por la casa.

—No te rías de tu padre —replicó Sally mecánicamente.

—No me río. Es solo que la mayoría de los geólogos tienen tal pinta

le diría Kent a Sally años después, cuando era un adolescente que sobresalía en todo en el colegio. Tan seguro de que iba a ser científico

de guarros...

La merienda era para celebrar que Alex había publicado su primer artículo en solitario en *Zeitschrift für Geomorpkology*. Iban a los riscos de Osler porque se hablaba mucho de ellos en el artículo y porque Sally y los niños nunca habían estado allí.

Recorrieron unos tres kilómetros por un camino rural lleno de baches —tras dejar un camino rural pasable y encontraron un sitio donde se podía aparcar, sin coches de momento. La señal estaba toscamente pintada en una tabla y le hacía falta un retoque.

PRECAUCIÓN. POZOS-PROFUNDOS

¿Por qué el guión? Pero ¿a quién le importa?, pensó Sally. La entrada al bosque parecía normal e inofensiva. Por supuesto,

Sally sabía que aquellos bosques estaban en la cima de unos altos riscos, y se esperaba un panorama imponente. Lo que no se esperaba encontrar era lo que tuvieron que evitar casi justo enfrente de ellos.

Cavidades profundas, algunas tan grandes como ataúdes, otras incluso más, como habitaciones cortadas en la roca. Corredores que zigzagueaban entre ellas y helechos y musgo que crecían a los lados. Sin embargo, no había suficiente vegetación para formar un colchón sobre el cascajo, que parecía quedar muy abajo. El sendero serpenteaba entre ellas, por la tierra endurecida o unos bancos de piedra no completamente

—¡Oooh! —se oyó gritar a los chicos, Kent y Peter, de nueve y seis años, que se habían adelantado.

planos.

—¡Nada de corretear por aquí! —gritó Alex—. Nada de chulerías, ¿entendido? ¿Me oís? Contestad.

Gritaron que vale, y Alex continuó, con la cesta de la merienda y al

parecer convencido de que no hacían falta más advertencias paternales. Sally avanzaba dando traspiés, más deprisa de lo que podía, cargada con la bolsa de pañales y la niña, Savanna. No pudo aflojar el paso hasta que divisó a sus hijos, y los vio trotando, lanzando miradas de reojo a las

cavidades negras, emitiendo ruidos de terror exagerados pero discretos. Iba casi llorando de agotamiento e inquietud, con una especie de furia ya conocida que la iba calando.

El panorama no apareció hasta que hubieron recorrido aquellos

caminos de tierra y piedra, a lo largo de lo que a Sally le pareció un kilómetro y probablemente era la mitad. De repente se produjo un destello, una intrusión del cielo, y su marido se detuvo delante. Dio un grito para celebrar la llegada y la vista, y los chicos silbaron, verdaderamente asombrados. Al salir del bosque, Sally se los encontró en

fda en un afloramiento de roca por encima de las copas de los árboles —

—Sí, pero tiene hambre otra vez. Sally aferró a Savanna con una mano y con la otra abrió la cesta de la merienda. Naturalmente, Alex no había planeado las cosas así, pero soltó un suspiro jovial, desenvolvió las copas de champán que llevaba en los bolsillos y las colocó de costado en una pequeña mancha de hierba.

—Gluglú, yo también tengo sed —dijo Kent, y Peter lo imitó al

por encima de varios niveles de copas de árboles—, mientras los sembrados del verano se extendían debajo con un resplandor verde y

En cuanto la dejaron en su mantita, Savanna se echó a llorar.

—Creía que ya había comido en el coche —dijo Alex.

—Tiene hambre —dijo Sally.

—Gluglú, yo también gluglú.

—Cállate —dijo Alex. —Peter, cállate —dijo Kent.

amarillo.

momento.

—¿Qué les has traído de beber? —le dijo Alex a Sally. -Kool-Aid, en la jarra azul. Y los vasos de plástico están en la

servilleta de abajo.

Por supuesto, Alex estaba convencido de que Kent había empezado con esas tonterías no solo porque teía sed de verdad sino porque, hablando en plata, lo excitaba ver el pecho de Sally. Pensaba que ya iba

siendo hora de que Savanna se pasara al biberón (tenía casi seis meses). Y también pensaba que Sally se lo tomaba demasiado a la ligera cuando andaba por la cocina haciendo cosas con una mano mientras la criatura chupeteaba. Kent miraba a hurtadillas y Peter hablaba de las jarras de

leche de mamá. Eso era ocurrencia de Kent, dijo Alex. Kent era un

chivato y un liante, y estaba en posesión de una mente calenturienta. —Pues yo tengo que seguir haciendo esas cosas —dijo Sally.

—Dar de mamar no es una de las cosas que tienes que hacer. Podrías empezar con el biberón mañana mismo.

—Dentro de poco. No mañana mismo, pero pronto.

Pero ahí sigue, dejando que Savanna y las jarras de leche presidan la merienda.

Se sirve el Kool-Aid y después el champán. Sally y Alex

entrechocan las copas, con Savanna en medio. Sally toma un sorbito y piensa que ojalá pudiera tomar más. Sonríe a Alex para transmitirle ese deseo, y tal vez el deseo de estar a solas con él. Alex se toma el champán

y, como si el sorbito y la sonrisa de ella hubieran bastado para apaciguarlo, ataca la merienda. Ella le explica qué emparedados llevan la mostaza que le gusta y cuáles la mostaza que les gusta a Peter y a ella y cuáles son para Kent, a quien no le gusta ninguna clase de mostaza.

Mientras tanto, Kent se las ingenia para ponerse detrás de Sally y

acabarse su champán. Peter ha debido de verlo, pero por alguna extraña razón no se chiva. Sally descubre lo ocurrido al cabo de un rato y Alex no llega a enterarse, porque se olvida enseguida de que a ella le quedaba algo en la copa y la guarda cuidadosamente con la suya mientras les habla a los chicos de la dolomita. Ellos le prestan atención, es de suponer, mientras se zampan los emparedados e ignoran los huevos con salsa

La dolomita, dice Alex. Eso es la voluminosa roca de recubrimiento que ven. Por debajo es esquisto, arcilla transformada en roca, granulada muy, muy finamente. El agua atraviesa la dolomita y cuando llega a la arcilla se queda allí, no puede traspasar los delgados estratos, el fino grano. De modo que la crosión, la dostrusción de la dolomita, problem

picante y la ensalada de cangrejo y se abalanzan sobre las tartaletas.

grano. De modo que la erosión —la destrucción de la dolomita— vuelve a abrirse paso hasta el venero, vuelve a abrirse camino, y la roca de recubrimiento desarrolla junturas verticales; ¿saben qué significa vertical?

—Arriba y abajo —dice Kent con displicencia.

—Junturas verticales débiles, que se inclinan y dejan grietas y al cabo de millones de años acaban por romperse y se caen ladera abajo.

—Tengo que irme —dice Kent.

—Irte, ¿adonde?

—Tengo que mear.

—¡Venga, vete!

—Yo también —dice Peter.

Sally se muerde la lengua para no dar la mecánica orden de que tengan cuidado. Alex la mira y aprueba que se muerda la lengua. Se sonríen levemente.

sonríen levemente.

Savanna se ha quedado dormida, con los labios despegados del pezón. Sin los chicos por allí es más fácil separarla. Sally puede hacerla eructar y colocarla en su manta sin preocuparse por el pecho al

descubierto. Si a Alex le resulta repugnante esa visión —ella sabe que sí, que le desagrada la asociación de sexo y alimentación, los pechos de su

esposa transformados en ubres— puede desviar la mirada, y eso es lo que hace.

Mientras se abrocha se oye un grito, no agudo sino distante, apagado, y Alex se pone de pie antes que ella y echa a correr por el sendero. Luego un grito más fuerte que se acerca. Es Peter.

—Kent se ha caído. Kent se ha caído.

—¡Ya voy! —chilla su padre. Sally siempre tendrá el convencimiento de que lo supo enseguida, de

que incluso antes de oír la voz de Peter ya sabía lo que había ocurrido. Si alguien tenía que sufrir un accidente no sería su hijo de seis años, que era valiente pero no imaginativo, no un fanfarrón. Sería Kent. Podía ver exactamente cómo. Meando en un agujero, manteniendo el equilibrio en el borde, burlándose de Peter, burlándose de sí mismo.

Estaba vivo. Estaba tendido al fondo de la grieta, en el cascajo, pero movía los brazos, debatiéndose por incorporarse. Debatiéndose débilmente. Con una pierna debajo del cuerpo y la otra doblada de una manera extraña.

—¿Puedes llevarte a la niña? —le dijo a Peter—. Vuelve a donde está la merienda, acuéstala y vigílala. Así me gusta. Qué fuerte es mi

chico. Alex estaba bajando al agujero, resbalando, diciéndole a Kent que no se moviera. Llegar hasta abajo sano y salvo era posible. Lo complicado

sería sacar a Kent. ¿Debía ir al coche a ver si había una cuerda?, se preguntó Sally. Atar la cuerda al tronco de un árbol. A lo mejor atarla al cuerpo de Kent para que ella tirase mientras Alex lo levantaba.

suplicante grito de dolor. Alex se lo colocó sobre los hombros, con la cabeza colgando a un lado y las piernas inmóviles —una sobresaliendo de una forma rara— al otro. Se levantó, dio unos pasos a trompicones y sin soltar a Kent cayó de rodillas. Había decidido ir a gatas y estaba avanzando —Sally lo entendió en aquel momento— hasta el cascajo que

No había cuerda. ¿Por qué iba a haber una cuerda?

Alex había llegado junto a Kent. Se inclinó y lo aupó. Kent soltó un

rellenaba una parte del otro extremo de la grieta. Alex le ordenó algo a gritos sin levantar la cabeza, y aunque ella no distinguió ni una palabra lo entendió. Se levantó —¿por qué estaba de rodillas?— y se abrió paso entre unos arbolillos hasta el saliente adonde llegaba el cascajo, como a un metro de la superficie. Alex seguía gateando con Kent colgando de sus hombros como un ciervo muerto. —¡Ya estoy aquí! ¡Ya estoy aquí! —gritó Sally. El padre tuvo que izar a Kent y la madre tirar de él hasta el saliente de roca. Era un chico flacucho que todavía no había dado el primer estirón, pero pesaba como un saco de cemento. Los brazos de Sally no

pudieron con él a la primera tentativa. Cambió de postura, se puso en cuclillas en lugar de tumbada sobre el vientre, y con todas las fuerzas de

sus hombros y su pecho, y mientras Alex sujetaba y empujaba el cuerpo de Kent por detrás, consiguió auparlo. Sally se desplomó de espaldas con el niño en sus brazos y le vio los ojos abiertos y como se le caía la cabeza hacia atrás al volver a desmayarse.

Cuando Alex logró encaramarse dejándose las uñas, recogieron a los

los otros niños—. ¿No hay avisos ahí arriba?

Con Alex habría hablado de otra manera, pensó Sally. Los chicos son así. Te das la vuelta y ya están correteando por donde no deben. «Los chicos son como son.»

dijo a Sally, que había entrado con Kent mientras Alex se quedaba con

—Hay que vigilar a los chavales constantemente en ese sitio —le

otros dos niños y fueron en el coche al hospital Collingwood. Al parecer no tenía heridas internas. Las dos piernas estaban rotas. Una fractura era

limpia, así lo expresó el médico; la otra pierna estaba destrozada.

Estaba tan agradecida —a Dios, en quien no creía, y a Alex, en quien sí creía— que no se molestó.

Kent tuvo que pasar el siguiente medio año sin ir al colegio, al principio colgado de una cama de hospital que se vieron obligados a

principio colgado de una cama de hospital que se vieron obligados a alquilar. Sally traía y llevaba los deberes del colegio, que Kent terminaba en un abrir y cerrar de ojos. Después lo animaron a que continuara con trabajos especiales. Uno de ellos era «Viajes y exploraciones. Elige tu país».

—Quiero escoger el que nadie escogería.

Sally le contó algo que no le había contado nunca a nadie. Le contó cuánto la atraían las islas remotas. No las islas de Hawai, ni las Canarias,

ni las Hébridas, ni las islas griegas, adonde quería ir todo el mundo, sino las islas pequeñas y desconocidas de las que no se hablaba y a las que raramente iba nadie: Ascensión, Tristán de Acuña, las islas Chatham, la isla de Navidad, la isla Desolación y las Feroe. Kent y ella empezaron a

recoger todos los datos que pudieron encontrar sobre esos sitios, sin inventarse nada. Y sin contarle a Alex lo que estaban haciendo.

—Pensaría que estamos mal de la cabeza —decía Sally.

El principal orgullo de la isla Desolación consistía en una hortaliza de gran antigüedad, una col única. Se imaginaron ceremonias para

rendirle culto, trajes, desfiles de coles en su honor.

Y Sally le contó a su hijo que antes de que él naciera había visto en

Cuando Kent pudo volver al colegio las cosas cambiaron, por supuesto, pero aún parecía mayor para su edad, y tenía mucha paciencia con Savanna, que al crecer se había vuelto atrevida y terca, y con Peter, que siempre irrumpía en la casa como un vendaval calamitoso. Y sobre todo era muy educado con su padre; le llevaba el periódico

la televisión a los habitantes de Tristán de Acuña desembarcando en el aeropuerto de Heathrow, evacuados de su isla tras un gran terremoto. Qué extraños parecían, sumisos y dignos, como seres humanos de otro siglo. Debieron de adaptarse a Londres, más o menos, pero cuando el volcán se

de nuevo, y le retiraba la silla a la hora de cenar. «Honremos al hombre que me salvó la vida», decía a veces, o «El héroe vuelve a casa».

que había rescatado de las manos de Savanna meticulosamente doblado

Lo decía con dramatismo pero sin el menor asomo de sarcasmo. Sin embargo, eso sacaba de quicio a Alex. Kent lo sacaba de quicio, siempre había sido así, incluso antes de la tragedia del agujero.

—Ya vale —decía, y se quejaba a Sally cuando se quedaban a solas. —Dice que debías de quererlo, porque lo rescataste.

—Por Dios, si habría rescatado a cualquiera.

—No digas eso delante de él. Por favor.

aquietó quisieron regresar a casa.

padre. Decidió estudiar ciencias. Eligió las ciencias experimentales, no ciencias sociales, y ni siquiera eso suscitó la oposición de Alex. Cuanto más difícil, mejor.

Cuanto Kent empezó a ir al instituto las cosas mejoraron con su

Sin embargo, tras seis meses en la universidad Kent desapareció.

Los que lo conocían un poco —no parecía que nadie fuera realmente

amigo suyo— decían que hablaba de irse a la costa oeste. Y llegó una

carta justo cuando sus padres estaban pensando en acudir a la policía. Trabajaba en unos almacenes de Canadian Tire de un barrio al norte de

Kent se negó, le dijo que era muy feliz con el trabajo que tenía, que ganaba bastante dinero, o que pronto lo ganaría, cuando lo ascendieran. Después fue a verlo Sally, sin decírselo a Alex, y lo encontró contento y con cinco kilos más. Kent dijo que era por la cerveza. Tenía amigos.

Toronto. Alex fue a verlo para ordenarle que retomara sus estudios, pero

—Es una fase —le dijo Sally a Alex cuando le confesó la visita—. Quiere probar la independencia.

—Por mí como si se harta.

Kent no le había dicho a Sally dónde vivía, pero dio igual, porque cuando ella fue a visitarlo otra vez le dijeron que se había marchado. Le

que se lo contó— y no preguntó adonde se había ido Kent. Pensó que ya se pondría en contacto con ellos en cuanto volviera a instalarse.

Lo hizo, tres años más tarde. La carta estaba franqueada en Needles,

California, pero les decía que no se molestaran en localizarlo allí, porque

dio vergüenza —creyó ver una sonrisita de suficiencia en el empleado

solo estaba de paso. Como Blanche, decía, y Alex preguntó:
—¿Quién demonios es Blanche?

Lina broma dija Sally No tiono importancia

—Una broma —dijo Sally—. No tiene importancia. Kent no les contaba en qué trabajaba ni dónde había estado ni si

mantenía algún tipo de relaciones. No pedía disculpas por haberlos dejado tanto tiempo sin noticias ni haber preguntado por ellos, ni por su hermano y su hermana. En cambio, había llenado páginas enteras hablando de su vida. No del lado práctico de su vida, sino lo que creía que

debía hacer —lo que estaba haciendo— con ella. «Me parece tan ridículo —decía Kent— que se pretenda que una persona quede atrapada en un traje... O sea, el traje de ingeniero, de

médico, de geólogo, y luego crece la piel por encima de la ropa, o sea, que esa persona ya no se lo puede quitar. Cuando se nos da la oportunidad de explorar el mundo de la realidad interior y exterior y vivir de una forma que abarca lo espiritual y lo físico y todas las posibilidades de lo

—El sexo.
Sally estaba acostada a su lado, despierta.
—¿Qué pasa con el sexo?
—Que es lo que te lleva a ese estado del que habla. Ser esto o lo otro para poder ganarte la vida y así poderte pagar unas relaciones sexuales estables y sus consecuencias. Eso le trae sin cuidado.
—Vaya, qué romántico —dijo Sally.

—Lo fundamental nunca es muy romántico. Lo único que intento

bello y lo terrible al alcance de la humanidad, es decir, dolor y también dicha y confusión. A lo mejor os parece rimbombante esta forma de expresarme, pero una cosa a la que he aprendido a renunciar es al orgullo

—Toma drogas —dijo Alex—. Se ve de lejos. Tiene el cerebro

intelectual...»

podrido por las drogas.

En mitad de la noche añadió:

decir es que Kent no es normal.

recibido cariñosamente en él.

En la carta —o el desmadre, como la llamaba Alex— Kent también decía que había tenido más suerte que la mayoría de las personas al vivir lo que él llamaba la experiencia de la casi muerte, que le había dado una conciencia especial, y por eso debía estarle eternamente agradecido a su

padre, que había vuelto a elevarlo al mundo, y a su madre, que lo había

«Quizá renací en esos momentos.» Alex soltó un gruñido.

—No, no lo diré.

—No lo hagas —replicó Sally—. No hablas en serio.

—No lo sé. Aquella carta, en la que se despedía con cariño, fue lo último que supieron de él.

Peter entró en medicina; Savanna, en derecho.

vez, confiada después del sexo, le contó a Alex lo de las islas, aunque no su fantasía de que Kent viviera en una de ellas. Dijo que había olvidado muchos detalles que antes sabía y que buscaría todos esos sitios en la enciclopedia de donde había sacado la información. Alex dijo que

probablemente encontraría todo lo que quería saber en Internet. Seguro

A Sally empezó a interesarle la geología, lo que la sorprendió. Una

que tiene que haber algo menos críptico, dijo Sally. Él la hizo levantar de la cama, la llevó abajo y en un instante apareció ante sus ojos Tristán de Acuña, una placa verde en el Atlántico Sur, con un sinfín de datos. Sally se quedó horrorizada y se dio la vuelta, y Alex, decepcionado con ella — no es de extrañar— le preguntó por qué.

—No sé. Tengo la sensación de haberlo perdido.

importaba, que podía servirle de escala en las fotografías.

Alex le dijo que eso no servía de nada, que necesitaba hacer algo concreto. Él acababa de dejar la enseñanza y tenía pensado escribir un libro. Le hacía falta un ayudante y no podía recurrir a los estudiantes como cuando todavía estaba en la facultad. (Sally ignoraba si era verdad o no.) Le recordó a Alex que ella no sabía nada de rocas y él dijo que no

Así que Sally se convirtió en la figurita vestida de negro o de vivos colores que contrastaba con las franjas de roca del Silúrico o el Devónico. O con el gneis formado por la intensa compresión, plegado y deformado

por los choques de las placas norteamericana y del Pacífico hasta dar lugar al continente actual. Poco a poco aprendió a observar y a aplicar nuevos conocimientos, hasta que fue capaz de darse cuenta, en una calle vacía de las afueras, de que muy por debajo de sus zapatos había un cráter relleno de cascajo que nunca se vería y que nunca se había visto, porque no había ojos que pudieran verlo en el momento de su creación ni en el transcurso de la larga historia desde que se había formado, llenado, quedado oculto y perdido. Alex honraba aquellas cosas conociéndolas lo mejor que podía, y Sally lo admiraba por ello, pero era demasiado lista

para decirlo. Fueron buenos amigos durante aquellos últimos años, que

el hospital para una operación y se llevó sus mapas y sus fotografías, y el día que supuestamente iba a volver a casa murió.

Eso ocurrió en verano, y en otoño hubo un trágico incendio en

Toronto. Sally estuvo viendo el incendio un rato por la televisión. Era en un barrio que conocía, o que había conocido en la época en que estaba habitado por hippies con sus cartas del tarot, sus abalorios y sus flores de papel grandes como calabazas. Y un tiempo más tarde, cuando empezaron a transformar los restaurantes vegetarianos en tiendas de ropa de moda y restaurantes caros. Estaba desapareciendo una manzana entera de aquellos edificios del siglo XIX, y el periodista lo lamentaba y hablaba de las personas que vivían encima de las tiendas, en pisos antiguos, y que habían perdido sus hogares y habían sido arrastradas a la

ella no sabía que fueran los últimos, aunque él quizá sí. Alex ingresó en

calle para evitar el peligro.

Ninguna palabra sobre los propietarios de esos edificios, pensó Sally, que probablemente se irían de rositas con instalaciones eléctricas que no cumplían la normativa y plagas de cucarachas y chinches de las que no se quejarían los engañados o los pobres, por miedo.

En aquella época a veces sentía que Alex le hablaba mentalmente, y seguro que eso era lo que le pasaba en aquel momento. Apagó la televisión.

No más do dioz minutos más tardo sonó el teléfono. Era Sayanna

No más de diez minutos más tarde sonó el teléfono. Era Savanna.

—¿Tienes la televisión puesta, mamá? ¿Lo has visto?

—¿Quieres decir el incendio? La tenía puesta, pero la he apagado.

—No. ¿Has visto...? Lo estoy buscando..., lo he visto hace cinco

minutos. Mamá, es Kent. Ahora no lo encuentro, pero lo he visto.
—¿Está herido? Voy a encenderla. ¿Estaba herido?

—No, estaba ayudando. Llevaba una camilla, con alguien encima, no sé si muerto o herido. Pero era Kent Incluso se le notaba la coiera : Ya la

sé si muerto o herido. Pero era Kent. Incluso se le notaba la cojera. ¿Ya la has puesto?

	—Sí.
	—Vale, a ver si me tranquilizo. Seguro que ha vuelto a entrar en el
edif	ficio.
	—Pero no deberían permitir
	—Igual es médico, Joder, ahora sale el mismo viejo con el que har

hablado antes. Su familia tuvo un local durante cien años... Vamos a esperar sin quitar los ojos de la pantalla. Seguro que vuelven a enfocarlo.

No fue así. Las escenas no paraban de repetirse. Savanna volvió a llamar.

—Voy a llegar hasta el fondo. Conozco a un tío que trabaja en las noticias. Conseguiré ver esa escena otra vez. Tenemos que averiguarlo.

noticias. Conseguiré ver esa escena otra vez. Tenemos que averiguarlo. Savanna no había llegado a conocer bien a su hermano... ¿Para qué tanto follón? ¿Sentía la necesidad de una familia por la muerte de su

padre? Debería casarse, y pronto; debería tener hijos. Pero era tal su cabezonería cuando se le metía algo entre ceja y ceja... ¿Podría ser que encontrase a Kent? Su padre le había dicho cuando tenía unos diez años que era capaz de desmenuzar cualquier idea, que debía ser abogada. Y desde entonces eso decía que iba a ser.

A Sally la invadió un temblor, una añoranza, una fatiga.

Era Kent, y en una semana Savanna lo había averiguado todo sobre él. No. Corrijámoslo por averiguar todo lo que él quiso contarle. Llevaba años viviendo en Toronto. Había pasado muchas veces junto al edificio donde trabajaba Savanna y la había visto en un par de ocasiones. Una vez estuvieron casi frente a frente en un cruce. Naturalmente, ella no lo

- habría reconocido porque Kent llevaba una especie de túnica.

 —¿ De Haré Krisna?
- —Vamos, mamá, ser monje no significa ser Haré Krisna. Además, ya no lo es.
 - —Entonces, ¿qué es?
- —Dice que vive en el presente. Y yo dije, bueno, hoy en día lo hacemos todos, y él dijo que no, que se refería al presente real.

—¿Te refieres a este barucho? Porque eso era la cafetería donde le había pedido que se vieran, un barucho.

Dónde estamos ahora, había preguntado Kent, y Savanna dijo:

—Yo lo veo de otra manera —dijo Kent, y luego añadió que no le ponía ninguna pega a cómo lo veía ella, o cualquier persona.

—Qué detalle por tu parte —dijo Savanna, pero en broma, y Kent

hasta se rió. Dijo que había visto el obituario de Alex en el periódico y que pensó que estaba bien escrito, que a Alex le habrían gustado las referencias

llevó una sorpresa al ver que sí. Se preguntaba si su padre les había dicho qué nombres quería que se incluyeran antes de morir. Savanna dijo que no, que no entraba en sus planes morirse tan

geológicas. Dudaba si aparecería su nombre entre los de la familia y se

pronto. Fue el resto de la familia quien se reunió y decidió que apareciera el nombre de Kent.

—No papá —dijo Kent—. No, claro. Después preguntó por Sally.

Sally notó como si tuviera un globo inflado en el pecho.

—¿Qué dijiste?

—Le dije que estabas bien, a lo mejor un poco perdida, porque papá y tú estabais muy unidos y todavía no te había dado tiempo a acostumbrarte a estar sola. Después dijo: dile que puede venir a verme si

le apetece, y le dije que te lo preguntaría. Sally no contestó.

—Mamá, ¿sigues ahí?

—¿Te dijo cuándo o dónde?

—No. Tengo que ir a verlo dentro de una semana en el mismo sitio y ${\bf y}$

decírselo. Supongo que disfruta mangoneando. Pensé que querrías ir.

—Por supuesto. —¿No te asusta ir sola? —No seas tonta. Entonces, ¿era de verdad el hombre que viste en el incendio?

—No me dijo ni que sí ni que no, pero según la información que tengo, sí. Resulta que es muy conocido en ciertas zonas de la ciudad y por ciertas personas.

Sally recibe una nota, algo especial de por sí, puesto que la mayoría de las personas que conocía utilizaba el correo electrónico o el teléfono. Se alegró de que no fuera el teléfono. Todavía no tenía la suficiente confignza en sí misma para oír la voz de Kent. En la nota le indicaban

confianza en sí misma para oír la voz de Kent. En la nota le indicaban que dejara el coche en el aparcamiento del metro al final de la línea y que fuera en metro hasta una estación concreta adonde Kent iría a buscarla.

Sally esperaba verlo al otro lado del torniquete, pero no estaba allí.

clases que se apresuraba y empujaba. Se sintió intranquila y avergonzada. Intranquila por la aparente ausencia de Kent, y avergonzada porque tenía la misma sensación que parecía tener la gente de su país, aunque ella jamás diría lo que decían los otros. Parece que estemos en el Congo, o en la India o en Vietnam, dirían. Cualquier sitio menos Ontario. Se

Probablemente Kent quería decir que se verían fuera. Sally subió las escaleras, salió a la luz del sol y se detuvo, rodeada de gente de todas

destacaban multitud de turbantes, saris y dashikis, y Sally estaba muy a favor de aquel frufrú y de los colores vivos, pero la gente no los llevaba como atuendos extranjeros. Quienes los vestían no acababan de llegar; habían superado la fase de la mudanza. Sally se interponía en su camino.

En los escalones del edificio de un antiguo banco justo pasando la entrada del metro había varios hombres sentados, repanchigados o dormidos. Naturalmente, ya no era un banco, aunque su nombre seguía tallado en la piedra. Sally se fijó más en el nombre que en los hombres, cuyas posturas, inclinados, recostados o desmadejados, contrastaban tanto con el antiguo propósito del edificio y con las prisas de la multitud que salía del metro.

—Mamá.

Uno de los hombres de los escalones se acercó a ella sin prisas, arrastrando ligeramente una pierna. Sally se dio cuenta de que era Kent y lo esperó.

Estuvo a punto de echar a correr, pero después vio que no todos los hombres iban tan mugrientos ni parecían tan perdidos, y que algunos la miraban sin expresión amenazante ni despectiva, incluso divertidos y con cierta simpatía al ser identificada como la madre de Kent.

Kent no llevaba túnica. Vestía unos pantalones grises que le

mensaje y una chaqueta muy raída. Llevaba el pelo tan corto que apenas asomaban los rizos. Tenía bastantes canas, la cara agrietada, el cuerpo tan delgado que parecía mayor de lo que era, y le faltaban varios dientes.

No la abrazó —desde luego, ella no lo esperaba—, sino que apoyó

quedaban demasiado grandes, con cinturón, una camiseta sin ningún

ligeramente una mano en su espalda para dirigirla hacia donde tenían que ir.

—¿Sigues fumando en pipa? —preguntó Sally oliendo el aire y

recordando que Kent había empezado a fumar en pipa en el instituto.

—¿En pipa? No, no. Lo que hueles es el humo del incendio.

Nosotros ya no lo notamos. Lo malo es que hacia donde vamos se notará

más.
—¿Pasaremos por el sitio que se incendió?

—No, no. Aunque quisiéramos, no podríamos. Está todo cortado. Es demasiado peligroso. Tendrán que derribar varios edificios. No te preocupes. Donde estamos nosotros va todo bien. A más de manzana y

media del follón.

—¿El edificio donde está tu piso? —preguntó Sally, pendiente del

—Algo así. Sí. Ya verás.

«nosotros».

Kent hablaba con amabilidad y buena disposición, pero esforzándose, como si hablara por cortesía en un idioma extranjero. Y se

Sida. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?
—No —dijo Kent, aunque, desde luego, Sally no había hablado en voz alta—. Estoy bastante bien de momento. No soy VIH positivo ni nada parecido. Contraje la malaria hace años, pero está controlada. A lo mejor estoy un poco débil de momento, aunque no es nada preocupante. Nos

Y Sally pensó que Kent se estremecía levísimamente.

metemos por aquí. Estamos justo en esta manzana.

encorvaba un poco, para asegurarse de que Sally lo oía. El esfuerzo especial, el ligero sacrificio que suponía hablarle a Sally, como si estuviera haciendo una meticulosa traducción, parecía a propósito para

Al bajar una acera, Kent le rozó el brazo —quizá había dado un

que ella se diera cuenta.

pequeño traspié— y dijo:

Otra vez «nosotros».

—Perdona.

hemos llegado.

El coste.

—No soy vidente —dijo—. Lo que pasa es que comprendí que Savanna quería averiguar algo y pensé que debía tranquilizarte. Bueno, ya

Era una de esas casas con la puerta a escasos pasos de la acera.

—La verdad es que soy célibe —dijo sujetando la puerta abierta.

Había un trozo de cartón clavado en lugar de uno de los cristales.

Las tablas de suelo, sin alfombras, crujían al pisarlas. El olor era

complejo, penetrante. Naturalmente, el olor a humo de la calle se había colado dentro, donde se había mezclado con los olores de guisos antiquísimos, café quemado, retretes, vómitos, descomposición.

—Aunque «célibe» quizá no sea la palabra adecuada. Se diría que tiene algo que ver con la fuerza de voluntad. Supongo que debería decir «neutro». No lo considero un logro. No lo es.

Guió a Sally rodeando la escalera hasta la cocina. Y allí había una mujer gigantesca, de espaldas, removiendo algo en el fogón.

—Hola, Marnie —dijo Kent—. Es mi madre. ¿Puedes decirle hola a mi madre? Sally notó un cambio en el tono de voz de Kent. Una distensión, una

franqueza, quizá un respeto, distintos de la forzada ligereza con que trataba a Sally.

—Hola, Marnie —dijo Sally.

La mujer se dio media vuelta y mostró unos rasgos de muñeca apretujados en una cara carnosa como una hogaza de pan, pero sin fijar la vista.

—Marnie es nuestra cocinera esta semana —dijo Kent—. Huele bien, Marnie. —Y dirigiéndose a su madre—: Vamos a mi guarida,

¿quieres? Se adelantó unos pasos para bajar un par de escalones y adentrarse en un largo pasillo trasero. Resultaba difícil moverse por culpa de los

montones de periódicos, folletos y revistas cuidadosamente atados. —Tengo que sacar todo esto de aquí —dijo Kent—. Se lo he dicho a Steve esta mañana. Peligro de incendio. Hostias, antes solo lo decía.

Ahora sé qué significa. Hostias. Sally se había estado pregutando si Kent pertenecería a alguna orden laica, pero en ese caso seguro que no diría esto, ¿no? Claro

que podía ser una orden de una fe no cristiana. Su habitación estaba bajando unos cuantos escalones más, en el sótano. Había un catre, un desvencijado escritorio pasado de moda con casilleros, un par de sillas de respaldo recto a las que les faltaban varios

travesaños.

—Las sillas son totalmente seguras —dijo Kent—. Casi todas nuestras cosas son de la basura, pero no admito sillas en las que no te puedas sentar.

Sally se sentó, agotada.

—¿Qué eres? —preguntó—. ¿A qué te dedicas? ¿Esto es un centro de reinserción social o algo por el estilo?

—No, no tiene nada que ver. Aceptamos a cualquiera que venga.
—Incluso a mí.
—Incluso a ti —dijo Kent sin sonreír—. No nos mantiene nadie.
Reciclamos cosas que recogemos. Esos periódicos. Botellas. Sacamos un
poquito de aquí y un poquito de allá. Y nos turnamos para recaudar
dinero.
—: De la beneficencia?

—Mendigando —dijo.

—¿En la calle? —¿Dónde mejor? En la calle. Y vamos a algunos bares con los que tenemos un acuerdo, aunque sea ilegal.

—¿Tú también lo haces?

—Difícilmente podría pedir a los demás que lo hicieran si no lo hiciera yo. Eso es algo que tuve que superar. Casi todos nosotros tenemos

algo que superar. Puede ser la vergüenza. O puede ser el concepto de «mío». Cuando alguien suelta un billete de diez dólares, o aunque sea de uno, entra en juego la propiedad privada. A ver, ¿de quién es, eh? ¿Mío o

(contengamos la respiración) nuestro? Si la respuesta es normalmente la persona se lo gasta del tirón y resulta que vuelve aquí

oliendo a priva y diciendo: no sé qué me pasa hoy, no he pillado nada. O a lo mejor se empieza a sentir mal después y confiesa. O no confiesa, da igual. La gente desaparece durante días enteros, o semanas, y vuelven a presentarse aquí cuando las cosas se ponen demasiado feas. Y muchas veces los ves trabajándose la calle ellos solos, haciendo como si no te reconocieran. No vuelven. Y está bien. Podría decirse que son nuestros

titulados. Si crees en el sistema. —Kent...

—Aquí me llaman Jonás.

—¿Jonás?

—Lo elegí yo. Pensé en Lázaro, pero es demasiado dramático. Si quieres puedes llamarme Kent.

—Lo que quiero es saber qué le ha pasado a tu vida. O sea, no me
refiero tanto a estas personas
—Estas personas son mi vida.
—Ya sabía que dirías eso.
—Sí, vale, igual soy un jeta. Pero esto esto es lo que llevo
haciendo ¿siete años? Nueve. Nueve años.
Sally insistió.
—¿Y antes?
—¿Qué sé yo? ¿Antes? Antes. Los días del hombre son como la
hierba, ¿no? Cortar y meter en el horno. Escúchame. Vuelvo a verte y
enseguida empiezo a hacer tonterías. Cortar y meter en el horno no me
interesa. Vivo cada día como viene. En serio. Tú no lo comprenderías. Yo
no estoy en tu mundo, tú no estás en el mío ¿Sabes por qué quería verte
hoy?
—No. No lo había pensado. O sea, naturalmente pensaba que quizá
había llegado el momento
—Naturalmente. Cuando vi lo de la muerte de mi padre en el
periódico, naturalmente pensé, bueno, ¿dónde está el dinero? Pensé,
bueno, ella puede decírmelo.
—Lo tengo yo —dijo Sally absolutamente decepcionada pero con un
gran autocontrol—. De momento. También la casa, por si te interesa.
—Me imaginaba que probablemente sería así. Muy bien.
—Cuando yo muera, pasará a Peter y a sus hijos y a Savanna.
—Qué bonito.
—El no sabía si estabas vivo o muerto
—¿Crees que lo pido para mí? ¿Crees que soy tan imbécil de querer
el dinero para mí? Pero cometí un error al planear en qué podía
emplearlo. Ai creer que el dinero de la familia, claro que puedo
emplearlo. Esa es la tentación. Ahora me alegro, me alegro de no poder
tenerlo.
—Yo podría

—Sin embargo, el asunto es que esta casa está declarada en ruinas ... —Yo podría prestarte.

—¿Prestarme? Aquí no pedimos prestado. Aquí no utilizamos el sistema de préstamos. Perdona, tengo que controlar mi genio. ¿Tienes hambre? ¿Quieres un poco de sopa?

—No, gracias.

Cuando Kent se marchó Sally pensó en salir corriendo. Si encontrase una puerta trasera, un camino que no pasara por la cocina. Pero no podía hacerlo, porque eso significaría no volver a verlo. Y el jardín trasero de una casa como aquella, construida antes de que hubiera automóviles, no tendría salida a la calle.

puesto el reloj, pensando que a lo mejor un reloj no estaba bien visto en la vida que llevaba Kent. Y al parecer había acertado. Al menos en eso. Kent pareció un poco sorprendido o desconcertado al ver que Sally

Pasó quizá media hora hasta que volvió Kent. Sally no se había

seguía allí. —Perdona. Tenía que solucionar un asunto. Y después he hablado con Marnie. Siempre me tranquiliza.

supimos de ti. —No me lo recuerdes.

—Nos escribiste una carta —dijo Sally—. Fue lo último que

—No, la carta estaba bien. Era un buen intento de explicar lo que pensabas. —No me lo recuerdes. Por favor.

—Tratabas de comprender tu vida...

—Mi vida, mi vida, mi evolución, qué podía descubrir de mi asqueroso yo. Mis metas. Mis gilipolleces. Mi espiritualidad, mi

intelectualidad. No hay nada dentro, Sally. Te importa que te llame

Sally? Me resulta más fácil. Lo único que hay es lo de fuera, lo que haces, todos y cada uno de los momentos de tu vida. Desde que me di cuenta de eso soy feliz.

—¿Lo eres? ¿Eres feliz? —Claro. Me he librado de esas estupideces del yo. Pienso cómo puedo ayudar, y es lo único que me permito pensar. —¿Vivir en el presente? —No me importa que creas que soy superficial. No me importa que te rías de mí. —Yo no... —No me importa. Escúchame. Si piensas que voy detrás de tu dinero, pues bien. Voy detrás de tu dinero. Y también de ti. ¿No quieres una vida diferente? No estoy diciendo que te quiera, no utilizo ese lenguaje absurdo. Ni que quiera salvarte. Sabes que solamente tú puedes salvarte. Así que ¿para qué? Normalmente no intento llegar a nada hablando con la gente. Normalmente intento evitar las relaciones personales. O sea, lo hago, las evito. Relaciones. -¿Por qué tratas de no sonreír? -añadió-. ¿Porque he dicho «relaciones»? ¿Una palabra convencional? No me preocupa mi lenguaje. —Estaba pensando en Jesús —dijo Sally—. «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?» La expresión que invadió la cara de Kent era casi feroz. —¿Es que nunca te cansas, Sally? ¿No te cansas de hacerte la lista? Lo siento, no puedo seguir hablando así. Tengo cosas que hacer. —Yo también —dijo Sally. Era absolutamente falso—. Seguiremos... —No lo digas. No digas: «Seguiremos en contacto». —Quizá sigamos en contacto. ¿Te parece mejor? Sally se pierde y vuelve a encontrar el camino. De nuevo el edificio del banco. El mismo regimiento de desocupados, o quizá uno distinto. El

trayecto en metro, el aparcamiento, las llaves, la carretera, el tráfico. Después la carretera secundaria, el crepúsculo temprano, aún sin nieve, los árboles desnudos y el campo oscureciéndose.

A Sally le encanta el paisaje en esa época del año. ¿Debería

considerarse una persona indigna?

El gato se alegra de verla. Hay un par de recados de amigos en el

contestador. Calienta la porción individual de lasaña. Ultimamente compra esas raciones precocinadas y congeladas. Son bastante buenas y

no demasiado caras teniendo en cuenta que no se desperdicia nada. Toma unos sorbitos de vino durante los siete minutos de espera.

Jonás.

Sally tiembla de ira. ¿Qué se supone que tiene que hacer? ¿Volver a

la casa declarada en ruinas a fregar el linóleo y cocinar los trozos de pollo que han tirado a la basura porque se han pasado de fecha? ¿Y que le recuerden día tras día que no está a la altura de Marnie o de cualquier otra desgraciada? Todo por el privilegio de resultar útil en la vida que

otro —Kent— ha elegido.

Preferiría morirse en ese catre bajo la manta con el agujero de una quemadura.

Pero un cheque sí, puede firmar un cheque, no por una cantidad absurda. Ni domasiado grando ni domasiado poqueña. No lo utilizará para

agradecería unas sábanas limpias ni una comida recién hecha. Ni hablar.

Kent está enfermo. Se está consumiendo, quizá muriendo. No le

absurda. Ni demasiado grande ni demasiado pequeña. No lo utilizará para él, por supuesto. No dejará de despreciarla, por supuesto. Desprecio. No, eso no. Nada personal.

De todos modos, ya es algo haber acabado el día sin que haya sido un completo desastre. No lo fue, ¿verdad? Sally dijo quizá. Kent no la corrigió.

Y era posible, también, que los años fueran sus aliados, al convertirla en alguien a quien ella todavía no conocía. Ha visto la mirada en el rostro de ciertas personas..., abandonadas en islas elegidas por ellos mismos, penetrante, satisfecha.

Radicales libres

que Nita no estaba demasiado deprimida, ni demasiado sola, ni comía demasiado poco o bebía demasiado. (Había sido una bebedora de vino tan diligente que muchos olvidaban que tenía completamente prohibido beber.) Ella mantenía las distancias, sin parecer ni dignamente afligida ni anormalmente animada, ni distraída ni confundida. Decía que no necesitaba que le hicieran la compra, que se las arreglaba con lo que tenía a mano. Tenía las medicinas que le habían recetado y suficientes sellos para las cartas de agradecimiento. Sus mejores amigos probablemente sospechaban la verdad: que no se molestaba en comer mucho y que si llegaba alguna carta de pésame la tiraba a la basura. Ni siquiera había escrito a personas que vivían lejos, para evitar dichas cartas. Ni siquiera a la anterior esposa

Al principio la gente llamaba por teléfono para cerciorarse de

adelante con el no funeral como lo había hecho.

Rich le gritó que se iba al pueblo, a la ferretería. Eran como las diez de la mañana; había empezado a pintar la verja de la terraza. Es decir, estaba raspándola para pintarla y la vieja rasqueta se le rompió en las manos.

de Rich, que vivía en Atizona, ni al hermano, que vivía en Nueva Escocia y del que estaba bastante distanciado, a pesar de que ellos quizá entenderían mejor que la gente más cercana por qué había seguido

A Nita no le dio tiempo a pensar por qué tardaba Rich. Él se inclinó sobre el cartel que había en la acera, delante de la ferretería, que anunciaba cortacéspedes de oferta. No le dio tiempo ni a entrar en la tienda. Tenía ochenta y un años y buena salud, salvo una leve sordera en

tienda. Tenía ochenta y un años y buena salud, salvo una leve sordera en el oído derecho. El médico le había hecho un reconocimiento hacía solo una semana. Nita se enteraría de que el reciente reconocimiento, el

malhabladas amigas Virgie y Carol, sus íntimas, mujeres casi de su misma edad, sesenta y dos años. A los más jóvenes ese lenguaje les parecía indecoroso y ambiguo. Al principio estaban más que dispuestos a formar una pifia alrededor de Nita. No llegaron a hablar del proceso de duelo, pero Nita se temía que empezaran en cualquier momento.

certificado médico favorable, se repetía en un sorprendente número de los casos de muerte súbita con que se encontró de repente. Casi te da por

Solamente debería haber hablado en esos términos con sus

En cuanto se metió con los preparativos, todos menos los más fieles

La gente no se esperaba un funeral tradicional, pero sí les apetecía

y fiables se replegaron, naturalmente. La caja más barata, a enterrarlo de inmediato, sin ceremonia de ninguna clase. En la funeraria dieron a entender que a lo mejor era ilegal, pero Nita y Rich lo tenían muy claro. Se habían informado hacía casi un año, cuando a Nita le dieron el

diagnóstico definitivo. «¿Cómo iba yo a saber que se me iba a adelantar?»

pensar que habría que evitar tales visitas, dijo.

preferida, todos cogidos de la mano, contar anécdotas elogiosas de Rich mientras pasaban de puntillas y con humor sobre sus rarezas y sus perdonables defectos. Esas cosas que Rich decía que le daban ganas de devolver. De modo que el asunto se despachó enseguida y el revuelo y el calor

algún rito moderno. La exaltación de la vida. Escuchar su música

que la había rodeado se disiparon, si bien ella suponía que algunas personas seguirían diciendo que las tenía preocupadas. Virgie y Carol no Jo decían. Unicamente decían que era una vieja bruja y una egoísta si

pensaba diñarla antes de lo necesario. Se pasarían por su casa y la resucitarían con Grey Goose; eso decían.

Nita decía que no pensaba hacerlo, aunque sí le veía cierta lógica.

De momento su cáncer había remitido; a saber qué quería decir eso realmente. No significaba que estuviera «en regresión». O no para limite a comisquear no se queja. Lo único que deprimiría a sus amigas sería recordarles que no puede beber vino. Ni vodka.

Después de todo, de algo le había servido la radioterapia de la

siempre. Su hígado es la principal sala de operaciones y mientras ella se

primavera pasada. Ahora es pleno verano. Piensa que ya no tiene un color tan bilioso, pero a lo mejor eso solo significa que se ha acostumbrado. Se levanta temprano, se lava y se viste con lo que tenga a mano.

Pero al menos se viste y se lava, se cepilla los dientes y se arregla un poco el pelo, que ha vuelto a salirle bastante bien, canoso alrededor de la

cara y oscuro por detrás, como antes. Se pinta los labios y se oscurece las cejas, que se le han quedado muy despobladas, y por la misma

consideración de toda la vida hacia una cintura estrecha y unas caderas moderadas, comprueba los progresos que ha hecho en ese sentido, aunque sabe que la palabra adecuada para calificar todo su cuerpo en esos momentos sería «escuálido».

Se sienta en su amplio sillón de costumbre, rodeada de montones de

libros y revistas sin abrir. Da unos sorbos cautelosos a la infusión aguada que ahora sustituye al café. En su momento pensó que no podría vivir sin café, pero resulta que en realidad lo que quiere entre las manos es el tazón caliente; eso es lo que ayuda a pensar o a hacer lo que haga durante la sucesión de las horas, o de los días.

Esa casa era de Rich. La compró cuando estaba con su esposa

Bett. No iba a ser sino un sitio para los fines de semana, cerrado durante el invierno. Dos dormitorios minúsculos, una cocina adosada, a un kilómetro del pueblo. Pero al cabo de poco tiempo ya estaba

un kilómetro del pueblo. Pero al cabo de poco tiempo ya estaba trabajando en ella: aprendió carpintería, construyó un ala con dos dormitorios y dos cuartos de baño y otra para su despacho, transformó la casa original en un salón-comedor-cocina. A Bett empezó a interesarle; al principio decía que no entendía por qué había comprado semejante cuchitril, pero siempre se implicaba en las mejoras prácticas y compró

dos mandiles de carpintero a juego. Necesitaba algo a lo que dedicarse

en la vida como ayudante de carpintero y que eso los había unido más a Rich y a ella, Rich se enamoraba de Nita. Ella trabajaba en la secretaría de la universidad donde Rich daba clase de literatura medieval. La primera vez que hicieron el amor fue entre las virutas y la madera serrada de lo que llegaría a ser la habitación principal con techo arqueado. Nita se dejó las gafas de sol, no a propósito, aunque Bett, que jamás se dejaba

nada en ningún sitio, no se lo creyó. Después vino la consabida y dolorosa trifulca, tras la cual Bett se marchó a California y después a Arizona, Nita dejó su trabajo por sugerencia de la secretaría y Rich perdió la oportunidad de ser decano de letras. Él se prejubiló y vendió la casa de la ciudad. Nita no heredó el mandil de carpintero más pequeño y se dedicó a leer de buena gana sus libros en medio del desorden, a preparar cenas elementales en un hornillo, a dar largos paseos de exploración de los que volvía con desaliñados ramilletes de lirios atigrados y zanahorias silvestres que metía en latas de pintura vacías. Más adelante, cuando Rich y ella ya se habían instalado, se avergonzaba un poco al pensar en lo dispuesta que había estado a desempeñar el papel

cuando terminó y publicó el libro de cocina que le había llevado varios

Y mientras Bett le contaba a la gente que había encontrado su lugar

años. No tenían hijos.

de la mujer joven, la feliz rompehogares, la ingenua risueña y atolondrada. En realidad era una mujer —no precisamente una chica—seria, físicamente torpe, tímida, capaz de enumerar todas las reinas de Inglaterra, no solo los reyes sino también las reinas, y que se sabía de memoria la guerra de los Treinta Años, pero a quien le daba vergüenza bailar en público y que jamás aprendería a subirse a una escalera de mano, al contrario que Bett.

Su casa tiene una hilera de cedros a un lado y el terraplén de la vía

Su casa tiene una hilera de cedros a un lado y el terraplén de la vía del tren al otro. El tránsito ferroviario nunca ha sido gran cosa, y ahora pueden pasar solo un par de trenes al mes. Entre los raíles la maleza crecía profusamente. Una vez, a las puertas de la menopausia, Nita incitó

sitios donde Rich no estaba. No estaba en el cuarto de baño pequeño, donde seguían sus cosas para afeitarse y las píldoras para diversos achaques, molestos pero no graves, que Rich se negaba a tirar. Tampoco en el dormitorio del que Nita acababa de salir después de haberlo recogido. Ni en el cuarto de baño grande, al que Rich solamente entraba para bañarse. Ni en la cocina, que se babía convertido en el dominio casi

a Rich a hacer el amor allí arriba, no sobre las traviesas, naturalmente, sino en el estrecho arcén de al lado, y después bajaron exageradamente

Nita pensaba con detenimiento, cada mañana al sentarse, en los

contentos.

recogido. Ni en el cuarto de baño grande, al que Rich solamente entraba para bañarse. Ni en la cocina, que se había convertido en el dominio casi exclusivo de Rich durante el último año. Por supuesto, tampoco estaba en la terraza con la verja a medio raspar, dispuesto a atisbar en broma por la ventana, frente a la cual en otros tiempos a veces Nita fingía iniciar un *striptease*.

Ni en el despacho. Ese era el sitio donde su ausencia tenía que

establecerse con más firmeza. Al principio Nita necesitaba abrir aquella puerta y quedarse allí, contemplando los montones de papeles, el ordenador moribundo, las carpetas desbordantes, los libros que se habían quedado abiertos o boca abajo y los que se apiñaban en las estanterías.

Después empezó a conformarse con imaginarse las cosas.

Un día de estos tendría que entrar. Lo veía como una invasión. Tendría que invadir el cerebro muerto de su marido. Algo que jamás se había planteado. Rich le parecía tal pilar de eficacia y capacidad, una presencia tan enérgica y firme que siempre había creído, absurdamente, que viviría más que ella. Después, durante el último año, aquella

convicción absurda se convirtió en una certeza para los dos, o eso pensaba ella.

Primero arreglaría el almacén de abajo. En realidad era un almacén subterráneo, no un sótano. Unos tablones servían de pasarelas sobre el suelo de tierra, y las altas ventanitas estaban cubiertas de telarañas

sucias. Allí abajo no había nada que fuera a necesitar. Solamente estaban

el cuarto de baño, pero el esfuerzo de una limpieza a fondo era algo superior a sus fuerzas. Apenas era capaz de tirar un clip torcido o un imán de la nevera que hubiera perdido la fuerza de atracción, por no hablar del plato de monedas irlandesas que se habían traído Rich y ella de un viaje hacía quince años. Todo parecía haber adquirido un peso y una extrañeza

De todos modos sería más fácil empezar por allí, cien veces más

Hacía la cama y arreglaba lo que había dejado tirado en la cocina o

ventanas del tamaño de un elfo.

fácil que por el despacho.

propios.

las latas de pintura medio vacías de Rich, varias tablas de diversas longitudes que algún día podían venir bien, herramientas en buen uso o que más valía tirar. Había abierto la puerta y bajado los escalones solo en una ocasión, para ver si había alguna luz encendida y para comprobar que allí estaban los interruptores, con etiquetas al lado para que supiera cuál correspondía a qué. Cuando subió echó el cerrojo como de costumbre, por el lado de la cocina. Rich se reía de esa costumbre suya, y le preguntaba qué amenaza creía que podía entrar allí, por las paredes de piedra y las

Carol o Virgie llamaban todos los días, normalmente a la hora de cenar, cuando pensaban que a Nita la soledad debía de resultarle menos soportable. Ella decía que estaba bien, que pronto saldría de su guarida, que necesitaba tiempo, que se dedicaba a pensar y a leer. Y que comía bien y dormía.

También eso era verdad, salvo lo de leer. Se sentaba en el sillón, rodeada de libros, y no abría ninguno. Siempre había leído tanto —una de las razones por las que según Rich era la mujer adecuada para él: se sentaba a leer y lo dejaba en paz—, y ahora no aguantaba ni media página seguida.

Nita no era de los que nunca vuelven a leerse un libro. *Los hermanos Karamazov, El molino del Floss, Las alas de la paloma, La montaña mágica* una y otra vez. Cogía uno, pensando en leer un trocito concreto, y

A veces intentaba explicar el porqué a un interrogador imaginario.
—Tengo mucho que hacer.
—Es lo que dice todo el mundo. ¿Qué tienes que hacer?
—Prestar atención.

se veía incapaz de dejarlo hasta volver a tragárselo entero. También leía novela moderna. Siempre novela. Detestaba la palabra «evasión» aplicada a la ficción. Podría haber argumentado, y no solo por llevar la contraria, que la evasión era la vida real. Pero esto era demasiado

Y de repente, aunque pareciera mentira, todo aquello había

desaparecido. No solo con la muerte de Rich, sino con la inmersión en su enfermedad. Después pensó que se trataba de un cambio temporal y que resurgiría la magia cuando le retirasen ciertas medicinas y el tratamiento

importante para discutirlo.

que la dejaba agotada.

—¿A qué?

—Da igual.

metálica.

Al parecer no fue así.

—Quiero decir pensar. —¿En qué?

Una mañana, después de estar un rato sentada, pensó que hacía mucho calor. Debía levantarse y poner los ventiladores. O bien, para ser más respetuosa con el medio ambiente, podía abrir las puertas de delante

y de atrás y dejar que la brisa, si la había, entrase a la casa por la tela

Primero descorrió el cerrojo de la puerta delantera. E incluso antes de que se hubiera colado un centímetro de la luz de la mañana, vio una raya oscura que le cerraba el paso a esa luz.

Había un joven ante la puerta de tela metálica, que tenía el gancho puesto.

puesto.
—No quería asustarla —dijo—. Estaba buscando un timbre o algo. He dado un golpecito en el marco, pero supongo que no me ha oído.

—Perdone —dijo Nita. —Tendría que echarle un vistazo a su caja de fusibles. Si me dice dónde está.

Nita se apartó un poco para que el joven entrase. Tardó unos momentos en recordarlo.

—Sí. Abajo —dijo—. Voy a encender la luz para que lo vea.

Él cerró la puerta y se agachó para quitarse los zapatos. —No se preocupe —dijo Nita—. No es como si estuviera lloviendo.

-No está de más. Es una costumbre. En lugar de barro igual le

dejaba huellas de polvo. Nita entró en la cocina, incapaz de volver a sentarse hasta que aquel hombre se marchase. Le abrió la puerta mientras él subía las escaleras.

—¿Todo bien? —preguntó Nita—. ¿Lo ha encontrado? —Sí. Bien.

Nita se adelantó para acompañarlo hasta la puerta y se dio cuenta de que no oía pisadas detrás. Se volvió y lo vio de pie, en la cocina. —No tendrá por casualidad algo que pueda prepararme para comer,

¿no?

Se había producido un cambio en su voz, un estallido, con un tono ascendente, que a Nita le hizo pensar en un humorista de la televisión

imitando un gañido con acento rural. Bajo la claraboya de la cocina vio

que no era tan joven. Al abrir la puerta solamente se había fijado en un cuerpo flacucho, una cara oscura recortada contra el resplandor de la mañana. Al volver al verlo, el cuerpo era efectivamente flacucho, pero más consumido que juvenil, con una simpática caída de hombros. Tenía

la cara alargada y como gomosa, y unos ojos prominentes azul claro. Una mirada jocosa, pero persistente, como si siempre se saliera con la suya. —Es que resulta que soy diabético —dijo—. No sé si conoce a algún

diabético, pero el caso es que cuando te entra el hambre tienes que comer, o se te pone el organismo raro. Debería haber comido antes de venir, pero me entraron las prisas. ¿Le importa que me siente? —Ya se había sentado

—Claro, claro. Nita puso una medida de té en una taza, enchufó el hervidor y abrió la nevera. —No tengo gran cosa —dijo—. Unos huevos. A veces hago un huevo revuelto y le pongo salsa de tomate. ¿Le apetece? Y podría tostar unos bollos de pan inglés. —Inglés, irlandés, abisinio... Lo mismo me da. Nita cascó un par de huevos en la sartén, rompió las yemas y lo removió todo con un tenedor; después cortó un bollo y lo puso en la tostadora. Sacó un plato del aparador, lo colocó delante del hombre. Luego sacó cuchillo y tenedor del cajón de la cubertería. —Bonito plato —dijo él levantándolo como para verse la cara. Justo cuando Nita se daba la vuelta para seguir con los huevos oyó que se estrellaba contra el suelo. —Vaya por Dios —dijo él con otro tono de voz, chillón y decididamente desagradable—. Mire lo que he hecho. —No pasa nada —contestó Nita, sabiendo que sí pasaba. —Se me habrá escurrido de la mano. Nita sacó otro plato, lo dejó en la encimera hasta que las rebanadas de pan estuvieron tostadas y después puso los huevos cubiertos de salsa de tomate encima. Mientras tanto el hombre se había agachado para recoger los trozos de loza. Cogió un trozo que tenía la punta afilada. Cuando Nita dejó la comida sobre la mesa el hombre se raspó ligeramente un antebrazo con la punta. Brotaron minúsculas gotitas de sangre, al principio separadas, después formando un hilillo. —No es nada —dijo—. Solo una broma. Sé cómo hacerlo para gastar una broma. Si hubiera querido hacerlo en serio no habríamos necesitado salsa de tomate, ¿no?

a la mesa de la cocina—. ¿Tiene café?

—Tengo té. Una infusión, si le apetece.

cerca de la puerta trasera. El la agarró por un brazo como un rayo. —Usted siéntese. Quédese aquí sentada mientras yo como. Levantó el brazo ensangrentado para volver a enseñárselo. Después se hizo un bocadillo con los huevos y el pan y se lo comió de unos cuantos mordiscos. Masticaba con la boca abierta. El agua estaba hirviendo. —¿La bolsa de té está en la taza? —Sí. Bueno, es té en hebras. —No se mueva. No la quiero cerca del agua hirviendo, ¿me entiende? Echó agua en la taza. —Parece heno. ¿No tiene otra cosa? —Lo siento, No. —Deje de decir que lo siente. Si no tiene otra cosa, no tiene otra cosa. No se ha creído que venía a ver la caja de fusibles, ¿verdad? —Pues sí —dijo Nita. —Ahora ya no. -No. —¿Está asustada? Nita decidió no tomárselo como una burla sino como una pregunta en serio. —No lo sé. Supongo que estoy más sorprendida que asustada. No sé. —Hay una cosa, una cosa de la que no debe tener miedo. No voy a violarla. —No se me había ocurrido. —Nunca se sabe. —El hombre tomó un sorbo de té y torció el gesto —. Solo porque es usted una mujer vieja. Hay cada uno por ahí... Se lo harían a cualquier cosa. Niños pequeños, perros, gatos o viejas. Viejos. No son tiquismiquis. Pero yo sí. A mí solo me interesa lo normal, y con

Quedaban unos trozos en el suelo que él no había visto. Nita se dio

la vuelta, con la intención de coger la escoba, que estaba en un armario

—Lo estoy, pero gracias por decírmelo —dijo Nita.
El hombre se encogió de hombros, aunque dio la impresión de sentirse satisfecho de sí mismo.
—¿El coche de ahí enfrente es suyo?
—De mi marido.
—¿De su marido? ¿Dónde está?
—Ha muerto. Yo no sé conducir. Quiero venderlo, pero todavía no lo he hecho.
Qué estúpida, qué estúpida era por contárselo.
—¿Dos mil cuatro?
—Creo que sí. Sí.
—Por un momento he pensado que iba a engañarme con lo del marido, pero no habría funcionado. Es que lo huelo, si una mujer está

una señora agradable que me gusta y que le gusto. O sea que quédese

tranquila.

—Estaría bien que lo hubiera llenado. ¿Tiene las llaves?
—Aquí no, pero sé dónde están.
—Vale. —Empujó la silla y le dio un golpe a un trozo de loza. Se levantó, sacudió la cabeza, como sorprendido, y volvió a sentarse—.

sola. Lo sé nada más entrar en una casa. En cuanto me abren la puerta.

Instinto. ¿Y va bien? ¿Sabe el último día que lo cogió?

—El siete de junio. El día que murió.

—¿Tiene gasolina? —Supongo que sí.

sentiría mejor comiendo. Lo de ser diabético me lo he inventado.

Nita empujó su silla y el hombre se levantó de un salto.

—Usted se queda donde está. No estoy tan hecho polvo para dejarla

Estoy hecho polvo. Tengo que sentarme un momento. Pensaba que me

—Usted se queda donde está. No estoy tan hecho polvo para dejarla escapar. Es que me he pasado la noche andando.
 —Iba a por las llaves

—Iba a por las llaves.—Usted se espera hasta que yo lo diga. He venido por la vía del tren.

—Raramente pasa un tren.
—Sí. Mejor. Bajé a la cuneta al pasar por esos poblachos de catetos.

Ni un tren he visto. He venido andando hasta aquí y no he visto ni un tren.

Cuando amaneció todavía estaba bien, salvo cuando atravesaba la carretera y tuve que echar a correr. Y cuando al mirar para aquí vi la casa y el coche, pensé, ahí lo tengo. Podría haberme llevado el coche de mi

viejo, pero todavía me queda un poco de cabeza.

Nita sabía que aquel hombre quería que le preguntase qué había

hecho. También estaba segura de que cuanto menos supiera, mejor para ella.

Y de pronto, por primera vez desde que aquel hombre entró en la casa, Nita pensó en su cáncer. Pensó en cómo la liberaba, en que la

salvaba del peligro.

—¿Por qué sonríe?

—No sé. ¿Estaba sonriendo?

-Me imagino que le gusta que le cuenten cosas. ¿Quiere que le

cuente una historia?

—A lo mejor preferiría que se marchase.

—Me marcharé, pero primero le voy a contar una cosa.
Metió la mano en uno de los bolsillos traseros.

Mire Quiere ver une fete? Mire

—Mire. ¿Quiere ver una foto? Mire.Era una fotografía de tres personas, en un salón con las cortinas de

flores echadas como telón de fondo. Un hombre mayor —no viejo, tal vez de sesenta y tantos años— y una mujer más o menos de la misma edad sentados en un sofá. Una mujer más joven, enorme, en una silla de ruedas junto a un extremo del sofá un poco adelantada. El hombre ora grueso

junto a un extremo del sofá, un poco adelantada. El hombre era grueso, canoso, con los ojos entrecerrados y la boca ligeramente abierta, como si tuviera dificultades para respirar pero se esforzaba por sonreír. La mujer era mucho más menuda, llevaba el pelo teñido de oscuro, los labios

era mucho más menuda, llevaba el pelo teñido de oscuro, los labios pintados y lo que antes se llamaba una blusa de campesina, con lacitos rojos en el cuello y las muñecas. Sonreía con decisión, casi con ardor, con

los labios estirados sobre una dentadura quizá en mal estado.

Pero era la mujer más joven quien monopolizaba la fotografía.

Claramente definida y monstruosa con su vestido hawaiano de vivos colores, el pelo oscuro recogido en una serie de ricitos sobre la frente y

las mejillas desparramadas sobre el cuello. Y a pesar de la mole de carne, una expresión de cierta satisfacción y astucia.

—Son mi madre y mi padre. Y mi hermana Madelaine. La de la silla de ruedas.

»Nació rara. No pudieron hacer nada, ni los médicos ni nadie. Y comía como un cerdo. Nos tuvimos tirria desde que siempre. Era cinco

años mayor que yo y me hacía la vida imposible. Me tiraba todo lo que tenía a mano, me pegaba e intentaba atropellarme con su puta silla. Usted

perdone.

—Debió de pasarlo usted mal. Y sus padres.

—Sí, ya. Ellos miraban para otro lado y lo permitían. Es que iban a una iglesia de esas, y el predicador les decía: es un regalo de Dios. Se la llevaban a la iglesia y ella se ponía a aullar como un puto gato y ellos

decían: oh, intenta hacer música, que Dios la bendiga, me cago en...

Usted perdone otra vez.

»Así que yo no paraba mucho en casa y hacía mi vida. Vale, decía yo no tengo por qué soportar esta mierda. Hacía mi vida. Tenía trabajo

yo, no tengo por qué soportar esta mierda. Hacía mi vida. Tenía trabajo. Casi siempre tenía trabajo. Nunca me quedaba tocándome los huevos y

bebiéndome el dinero del gobierno. O sea, haciendo el zángano. Nunca le pedí ni un centavo a mi viejo. Me levantaba y me iba a poner alquitrán a un tejado a más de treinta grados o a fregar el suelo de un puto

un tejado a más de treinta grados o a fregar el suelo de un puto restaurante o de ayudante de mecánico en un garaje de mierda. Y lo hacía. Pero como no siempre estaba dispuesto a tragar quina no duraba mucho. Esa gentuza siempre anda mangoneando a la gente como yo y yo

mucho. Esa gentuza siempre anda mangoneando a la gente como yo y yo no tengo por qué tragar. Soy de una familia como es debido. Mi padre trabajó hasta que estuvo demasiado enfermo, trabajó en los autobuses. A mí no me criaron para tragar quina. Pero bueno, eso da igual. Lo que

Sabemos que aquí tuviste las cosas difíciles cuando eras joven y que si no hubieras tenido las cosas tan difíciles igual podrías haber estudiado, de modo que queremos compensarte como podamos. Así que no hace mucho estaba yo hablando con mi padre por teléfono y me dice: bueno, supongo que comprenderás el trato. Y vo digo: ¡qué trato? Y él: solo hay trato si

siempre me habían dicho mis padres es: la casa es tuya. La casa está pagada, está en buenas condiciones y es tuya. Eso es lo que me dijeron.

que comprenderás el trato. Y yo digo: ¿qué trato? Y él: solo hay trato si firmas los papeles para ocuparte de tu hermana mientras viva. La casa es tuya solo si también es su casa, me dice.

»Dios santo. Yo no sabía eso. Yo no sabía que ese fuera el trato. Yo

siempre había pensado que el trato era que cuando se murieran, ella se iría a una casa de acogida. Que no iba a ser mi casa.

»Así que le dije a mi viejo que no era así como yo lo entendía y él

me dice: está todo arreglado para que firmes, y si no quieres firmar, no tienes que hacerlo. Tu tía Rennie se pasará por aquí y estará pendiente de ti y de que cuando nosotros faltemos te atengas al acuerdo.

»Sí, claro, mi tía Rennie. Es la hermana pequeña de mi madre, un bicho de mucho cuidado.

»De todas formas me dice: ya te vigilará tu tía Rennie, y de repente

cambié de idea. Dije: bueno, supongo que las cosas son así y que es justo. De acuerdo, ¿os va bien que vaya a cenar este domingo?

»Claro, me dice. Me alegro de que te lo tomes como es debido. Tú

»Claro, me dice. Me alegro de que te lo tomes como es debido. Tú siempre te enciendes demasiado pronto, y a tu edad deberías tener un poco de sentido común.

»Qué curioso que tú digas eso, pensé yo.

»Así que allí me fui, y mamá había preparado pollo. Olía bien cuando entré en casa. Después me llega el olor de Madelaine, el mismo olor asqueroso de siempre que no sé qué es pero que ahí está aunque

olor asqueroso de siempre que no sé qué es pero que ahí está aunque mamá la lave todos los días. Pero actué muy bien. Es una ocasión especial, les dije, así que voy a hacer una foto. Les conté que tenía una cámara nueva, estupenda, que revelaba al momento y podrían ver la foto.

salón como le he enseñado a usted. Mamá dice: venga, deprisa, que tengo que volver a la cocina. Si no tardo nada, le digo. Hago la foto, y ella: venga, vamos a ver cómo hemos salido, y yo: un momento, un poco de paciencia, solo tardará un minuto. Y mientras esperan a ver cómo han salido, yo saco mi pistolita y pim, pam, pum, me los cargo. Después hice

Te ves en un pispás, ¿qué os parece? De modo que los senté a todos en el

otra foto, fui a la cocina, comí un poco de pollo y no volví a mirarlos. Pensaba que la tía Rennie estaría allí también, pero mamá dijo que tenía no sé qué en la iglesia. Me la habría cargado igual. Así que mire. Antes y después.

La cabeza del hombre estaba caída de lado, la de la mujer hacia atrás. Sus expresiones habían volado por los aires. La hermana había caído hacia delante, de modo que no se le veía la cara, solamente las enormes rodillas envueltas en tela floreada y la cabeza oscura con el poinado enrovesado y pasado de modo.

enormes rodillas envueltas en tela floreada y la cabeza oscura con el peinado enrevesado y pasado de moda.

—Podría haberme quedado allí tranquilamente una semana. Estaba tan relajado... Pero me marché al oscurecer. Me lavé bien, me terminé el

pollo y pensé que lo mejor era largarme. Estaba preparado para que la tía Rennie se presentara de un momento a otro, pero se me pasaron las ganas, y sabía que tendría que ponerme otra vez de humor para cargármela a ella. Ya no me apetecía. Es que tenía el estómago lleno, porque era un pollo grande. Me lo había comido todo en lugar de llevarme un poco porque me daba miedo que lo olieran los perros y montaran un escándalo cuando me metiera por los senderos del campo, como me figuraba que tendría que hacer. Pensé que el pollo que me había metido entre pecho y

llegué aquí.

Recorrió la cocina con la mirada.
—Supongo que no tendrá nada de beber, ¿no? Ese té es asqueroso.

espalda me duraría una semana, pero fíjese el hambre que traía cuando

—A lo mejor hay vino —dijo Nita—. No sé. Yo ya no bebo...

—A lo mejor hay vino —dijo Nita—. No se. Yo ya no bebo... —¿Es de Alcohólicos Anónimos? —No. Es que no me sienta bien.Se levantó y notó que le temblaban las piernas. Natural.

—Me he ocupado del teléfono antes de entrar —dijo el hombre—.

Es para que lo sepa. Si bebía, ¿se tranquilizaría un poco y se pondría más amable? ¿O

más odioso y bruto? ¿Cómo iba a saberlo ella? Encontró el vino sin necesidad de salir de la cocina. Rich y ella solían beber vino tinto con moderación todos los días, porque se supone que es bueno para el corazón. O malo para algo que no es bueno para el corazón. Con el miedo y la confusión no se acordaba de cómo se llamaba aquello.

Porque tenía miedo. Por supuesto. El cáncer no iba a servirle de ayuda en ese momento, de ninguna ayuda. El hecho de que fuera a morirse al cabo de un año se empeñaba en no anular el hecho de que podía morirse en aquel mismo momento.

—Oiga, este es del bueno —dijo él—. Sin tapón de rosca. ¿No tiene un sacacorchos?

Nita fue hacia un cajón, pero él se levantó de un salto y la apartó, sin demasiada brusquedad.

—No, no, ya lo cojo yo. Usted ni se acerque a este cajón. Vaya, qué

cantidad de cosas buenas hay aquí.

Puso los cuchillos en el asiento de su silla, donde Nita no pudiera alcanzarlos, y empezó a abrir la botella con el sacacorchos. A Nita no le

alcanzarlos, y empezó a abrir la botella con el sacacorchos. A Nita no le pasó inadvertido hasta qué punto podía ser perverso aquel instrumento en sus manos, pero ella no tenía la menor posibilidad de poder llegar a usarlo.

- —Solo iba a coger unos vasos —explicó, pero él dijo que no.
- —Nada de cristal. ¿No tiene de plástico?
- —No.
- —Pues tazas. Y la estoy viendo.
- Nita sacó dos tazas y dijo:
- —Para mí solo un poquito.

—¿Y eso qué significa, a ver? —Es algo del vino tinto. O los destruye porque son malos o los refuerza porque son buenos. No me acuerdo. Tomó un sorbo de vino y no le dieron ganas de vomitar, al contrario de lo que esperaba. Él bebió, de pie. —Cuidado con esos cuchillos cuando se siente —dijo Nita. —No empiece a tomarme el pelo. —Cogió los cuchillos, los metió en el cajón y se sentó—. ¿Se cree que soy tonto? ¿Se cree que estoy nervioso? Nita se arriesgó. —Solamente pienso que nunca había hecho una cosa así —dijo. —Claro que no. ¿Qué se ha creído, que soy un asesino? Sí, vale, los maté, pero no soy un asesino. —Es distinto —dijo Nita. —Hombre, claro. —Yo sé lo que es. Sé lo que es librarse de alguien que te ha ofendido. —; Ah, sí? —He hecho lo mismo que usted. —Venga ya... Empujó la silla hacia atrás pero no se levantó. —No me crea si no quiere, pero lo he hecho —afirmó Nita. —Y una mierda. ¿Cómo lo hizo? —Con veneno. —Pero ¿qué dice? ¿Que les dio ese puto té o qué? —Solo a una persona. Una mujer. Al té no le pasa nada. En teoría alarga la vida.

—Para mí también —contestó él, muy formal—. Tengo que

conducir. —Pero se llenó la taza hasta el borde—. No quiero que un

madero meta la cabeza por la ventanilla para ver cómo estoy.

—Los radicales libres —dijo Nita.

—Yo no quiero que me alarguen la vida si tengo que beber una guarrería así. Además, pueden descubrir el veneno en el cuerpo de un muerto.
—No estoy segura de que sea así con los venenos vegetales. De

todos modos, a nadie se le habría ocurrido mirar. Era una de esas chicas que tuvo fiebre reumática cuando era pequeña y lo fue arrastrando toda la vida; no podía practicar deporte ni hacer gran cosa, continuamente tenía que sentarse a descansar. Nadie se llevaría una sorpresa si se moría.

—¿A usted qué le había hecho? —Era la chica de la que se había enamorado mi marido. Iba a

dejarme para casarse con ella. Me lo había dicho. Yo lo había hecho todo por él. Estábamos arreglando esta casa juntos. Él era lo único que tenía. No habíamos tenido hijos porque él no quería. Aprendí carpintería y aunque me daba miedo subirme a las escaleras, lo hacía. Él era mi vida. Y de repente me iba a echar a patadas por esa quejica inútil que trabajaba en la secretaría. Todo aquello por lo que habíamos trabajado se lo

—¿Cómo se consigue veneno?

quedaría ella. ¿Era justo?

Había un huerto con ruibarbos desde hacía años. En las nervaduras de las hojas del ruibarbo hay veneno más que suficiente. No en los tallos. Los tallos son lo que nos comemos. Son buenos, pero las nervaduras rojas y finitas de las hojas, esas son venenosas. Yo lo sabía, aunque tengo que confesar que ignoraba la cantidad exacta que necesitaría para que fuera efectivo, así que lo que hice fue una especie de experimento. Tuve suerte

—Yo no tuve que buscarlo. Estaba en el jardín de atrás. Ahí mismo.

en Minneapolis. Podría habérsela llevado, claro, pero eran las vacaciones de verano y ella tenía que quedarse a cargo de la oficina. Otra cosa era que a lo mejor no estaba completamente sola, que podía haber otra persona. Y además, ella podría haber sospechado de mí. Tuve que suponer que ella no sabía que yo lo sabía y que seguía considerándome

en varias cosas. En primer lugar, mi marido estaba fuera, en un simposio,

confiar en que mi marido, que era de esas personas que lo dejan todo para el final, me lo habría contado a mí para ver cómo me lo tomaba pero no le habría dicho a ella que me lo había contado. Entonces, ¿por qué deshacerse de ella? A lo mejor él no se había decidido.

una amiga. La habíamos invitado a casa, nos llevábamos bien. Tuve que

»No. Habría seguido con ella de alguna manera. Y aunque no

siguiera, ella nos había envenenado la vida. Había envenenado mi vida, así que yo tenía que envenenar la suya. «Preparé dos tartaletas, una con las nervaduras venenosas y otra sin

ellas. Naturalmente, hice una señal en la que no tenía. Fui a la universidad, compré dos cafés y fui a su oficina. Estaba sola. Le dije que

tenía que ir a la ciudad y que al pasar por los jardines de la universidad había visto una panadería muy bonita que mi marido siempre elogiaba por su café y sus pasteles, de modo que entré a comprar las tartaletas y los cafés, pensando en que estaría sola cuando el resto de la gente se había ido de vacaciones y en que yo también estaba sola, con mi marido

en Minneapolis. Ella estaba encantadora, muy agradecida. Dijo que se aburría un poco y que como la cafetería estaba cerrada tenías que ir al edificio de ciencias a por café y que le ponían ácido clorhídrico. Ja, ja, qué gracia. Así que fue como una fiestecita.

—Yo el ruibarbo no puedo ni verlo —dijo el hombre—. Conmigo no habría funcionado.

—Pero con ella sí. Tuve que arriesgarme a que empezara a hacer efecto deprisa, antes de que se diera cuenta de lo que pasaba y le hicieran un lavado de estómago, pero no demasiado rápido para que no lo

relacionara conmigo. Tenía que quitarme de en medio enseguida. El edificio estaba vacío, y hasta la fecha, que yo sepa nadie me vio entrar ni salir. Naturalmente, conocía algunos atajos.

—Se cree muy lista. Se fue de rositas.

—Como usted. —Lo que yo he hecho no es tan rebuscado como lo que hizo usted.

—Hombre, claro. —Lo mío también era necesario. Salvé mi matrimonio. Mi marido comprendió que ella no le habría hecho ningún bien. Estoy casi segura de que se habría puesto enferma con él. Ella era así. Habría sido una carga para él. Y él lo comprendió. —Más vale que no haya puesto nada en los huevos esos —dijo el hombre—. Como lo haya hecho, se va a arrepentir. —Claro que no. Ni se me habría ocurrido. No es algo que haga con frecuencia. La verdad es que no sé nada de venenos. Me enteré de eso por pura casualidad. El hombre se levantó con tal brusquedad que derribó la silla en la que se sentaba. Nita observó que no quedaba mucho vino en la botella. —Necesito las llaves del coche. Nita fue incapaz de pensar por un instante. —Las llaves del coche. ¿Dónde las ha puesto? Podía ocurrir. En cuanto le diera las llaves del coche podía ocurrir. ¿Serviría de algo contarle que se estaba muriendo de cáncer? Qué estupidez. No serviría de nada. Morir de cáncer más adelante no le impediría hablar hoy. —Nadie sabe lo que le he contado —dijo—. Es usted la única persona con quien he hablado de esto. Sí que iba a remediar eso las cosas. La ventaja que había alegado probablemente le había entrado por un oído y le había salido por el otro. —No lo sabe nadie todavía —dijo el hombre, y Nita pensó: Gracias a Dios. Va por buen camino. Lo comprende. ¿O no? Quizá, gracias a Dios. —Las llaves están en la tetera azul. —¿Dónde? ¿En qué jodida tetera? —En la esquina de la encimera... Se rompió la tapa y la usábamos para guardar cosas...

—Pero para usted era necesario.

dinero antiguo de Canadian Tire, sino que unos cuantos trozos de cerámica azul se desparramaron por el suelo.

—Las del cordel rojo —dijo Nita con un hilo de voz.

El hombre se puso a dar patadas a las cosas hasta que cogió las llaves que quería.

—Bueno, ¿qué va a decir del coche? Que se lo ha vendido a un

—Cállese. Cállese o la hago callar yo bien callada. —Intentó meter

la mano en la tetera azul, pero no le cabía—. ¡Joder, joder, joder! —gritó; volcó la tetera, le dio un golpe contra la encimera, y no solo cayeron al suelo las llaves del coche, las de la casa, monedas diversas y un fajo de

desconocido, ¿no?

Nita tardó unos segundos en comprender la importancia de aquellas palabras. Cuando cayó en la cuenta, la habitación se puso a temblar.

—Gracias —dijo Nita, pero tenía la boca tan seca que no sabía si le había salido ningún sonido.

Algo debió de salirle, porque el hombre dijo:

—No me dé las gracias todavía. Tengo buena memoria —añadió—. Muy buena memoria. Y ese desconocido, no se parecerá en nada a mí. No

Acuérdese: como suelte algo, lo suelto yo. Nita seguía mirando al suelo. Sin moverse ni hablar, solo miraba el

querrá que se pongan a desenterrar cadáveres en los cementerios, ¿no?

Nita seguía mirando al suelo. Sin moverse ni hablar, solo miraba e revoltijo del suelo.

Se había marchado. Se cerró la puerta. Nita siguió sin moverse. Quería cerrar la puerta con llave pero no podía dar ni un paso. Oyó que

arrancaba el motor, después se apagó. ¿Qué pasaba? El hombre estaría tan nervioso que lo hacía todo mal. Otra vez arrancaba, volvía a arrancar y giraba. Los neumáticos en la grava. Fue temblando hasta el teléfono y

comprobó que aquel hombre había dicho la verdad; lo había cortado.

Junto al teléfono había una de las múltiples estanterías que tenían

Junto al teléfono había una de las múltiples estanterías que tenían. Aquella estaba llena sobre todo de libros viejos, libros que no se abrían desde hacía años. *La torre orgulloso*.. Albert Speer. Los libros de Rich.

Alabanza de las verduras y las frutas conocidas. Platos suculentos y elegantes y nuevas sorpresas, recopilados, probados y creados por Bett Underhill.

Cuando terminaron la cocina, Nita cometió el error de intentar

cocinar como Bett durante una temporada. Una temporada muy corta, porque resultó que Rich no quería que le recordaran todo aquel follón y ella no tenía suficiente paciencia para tanto cortar y hervir. Pero aprendió unas cuantas cosas que la sorprendieron, como las propiedades tóxicas de

Debería escribir a Bett.

Querida Bett, Rich ha muerto y yo he salvado la vida haciéndome pasar por ti.

ciertas plantas conocidas y por lo general inofensivas.

¿Qué le importa a Bett que haya salvado la vida? Solo hay una persona a la que realmente merece la pena contárselo. Rich. Rich. Ahora se da cuenta de lo que es echarlo en falta de

verdad. Como si al cielo le chuparan todo el aire. Debería ir al pueblo. Había una comisaría detrás del ayuntamiento.

Debería comprarse un teléfono móvil. Estaba tan impresionada, tan terriblemente cansada que apenas podía moverse. En primer lugar tenía que descansar.

La despertó un golpe en la puerta, que seguía abierta. Era un policía, no uno del pueblo, sino de la policía provincial de tráfico. Le preguntó si sabía dónde estaba su coche.

Nita miró hacia la grava donde lo aparcaban antes.

—Ha desaparecido —dijo—. Estaba ahí.

—¿No sabía que lo habían robado? ¿Cuándo fue la última vez que se asomó v lo vio?

—Debió de ser anoche.

—¿Estaban las llaves dentro? —Supongo que sí.

sin otros coches implicados a este lado de Wallenstein. Al conductor se le fue a la cuneta y lo destrozó. Y eso no es todo. Buscan al hombre por triple asesinato. Esas son las últimas noticias que tenemos. Asesinato en

—Tengo que decirle que ha sufrido un grave accidente. Un accidente

Mitchellston. Ha tenido suerte de no tropezarse con él. —¿Está herido?

—Muerto. Instantáneamente. Merecido se lo tiene.

Luego siguió un sermón amable pero severo. Dejarse las llaves en el

coche. Una mujer que vive sola. Nunca se sabe en los días que corren. Nunca se sabe.

Cara

Estoy convencido de que mi padre me miró, clavó los ojos en mí, me vio, una sola vez. A partir de entonces supo de sobra qué se iba a encontrar.

encontrar.

En aquellos tiempos no dejaban entrar a los padres en el resplandor del escenario donde nacían los niños ni en la habitación donde las mujeres a punto de dar a luz sofocaban sus gritos o sufrían en voz alta.

Los padres no veían a las madres hasta que las habían arreglado y estaban conscientes y bien arropadas bajo las mantas de tonos pastel en la planta, en habitaciones semiprivadas o privadas. Mi madre tenía una habitación privada, como le correspondía por su posición en la ciudad, y menos mal, en vista de cómo salieron las cosas.

No sé si fue antes o después de ver de nuevo a mi madre cuando mi

padre se asomó a la ventana de la sala de neonatos para echarme el primer vistazo. Yo diría que después, y que cuando ella oyó sus pisadas ante su puerta y a través de su habitación, advirtió la cólera que las

acompañaba sin saber todavía qué la provocaba. A fin de cuentas, le había dado un hijo varón, que me imagino que es lo que quieren todos los hombres.

Sé lo que dijo mi padre. O lo que mi madre me contó que había

Sé lo que dijo mi padre. O lo que mi madre me contó que había dicho.

—Menudo pedazo de hígado. —Y añadió—: No te creas que vas a

llevarte eso a casa. Un lado de mi cara era —es— normal. Y todo mi cuerpo era normal,

desde los hombros hasta los pies. Cincuenta y tres centímetros de largo y tres kilos ochocientos de peso: esas eran mis medidas. Un varón robusto, de piel blanca aunque probablemente todavía enrojecida por mi reciente y anodino viaje.

suficiente para que resultara intrascendente, y nunca ha dejado de ser lo primero que llama la atención si se me ve de frente o que deja pasmado si se viene por la izquierda, o sea, mi lado limpio. Es como si me hubieran tirado zumo de uva o pintura encima, un manchurrón enorme que no se divide en gotitas hasta llegar al cuello. Aunque sortea bastante bien la nariz, tras haber rociado un párpado.

primeros años de la infancia, se aclaró un tanto cuando crecí, pero no lo

El antojo de mi cara no era rojo, sino morado. Oscuro en los

estupideces perdonables que decía mi madre, con la esperanza de que llegara a gustarme a mí mismo. Y sucedió una cosa rara. Protegido como estaba, casi llegué a creerla.

Mi padre no pudo hacer nada para evitar que yo fuera a casa, por

«Te hace tan bonito y claro el blanco de ese ojo» era una de las

supuesto. Y por supuesto, mi presencia, mi existencia, provocó un terrible distanciamiento entre mi padre y mi madre. Aunque a mí me cuesta trabajo creer que no hubiera habido siempre cierto distanciamiento, al menos cierta incomprensión, o un frío desengaño.

Mi padre era hijo de un hombre sin estudios propietario de una

curtiduría y una fábrica de guantes. La prosperidad fue mermando a medida que avanzaba el siglo XX, pero la enorme casa seguía allí, con el cocinero y el jardinero. Mi padre fue a la universidad, ingresó en una hermandad, se lo pasó en grande, como se decía entonces, entró en el

negocio de los seguros cuando se hundió la fábrica de guantes.

Gozaba de tantas simpatías en la ciudad como en la universidad.

Buen golfista, excelente navegante. (No he contado que vivíamos en los

acantilados del lago Hurón, en la casa victoriana orientada al oeste que había construido mi abuelo).

En casa, la cualidad más sobresaliente de mi padre era su capacidad para el odio y el desprecio. De becho estos dos verbos a menudo iban

para el odio y el desprecio. De hecho estos dos verbos a menudo iban juntos. Odiaba y despreciaba ciertos alimentos, marcas de automóviles, música, formas de hablar y maneras de vestir, humoristas de la radio y,

Naturalmente, un ser como yo representaba un insulto con el que tenía que enfrentarse cada vez que abría la puerta de su casa. Desayunaba solo y no venía a casa a comer. Mi madre me acompañaba en esas comidas y también durante una parte de la cena; la otra parte la hacía con él. Después creo que tuvieron una pelea por eso, y se quedaba conmigo mientras yo cenaba, pero cenaba con él.

Era evidente que yo no podía contribuir a que el matrimonio fuera

Llama a las cosas por su nombre: eso decían de él.

también venía a ser admiración.

más adelante, personajes de la televisión, así como las diversas razas y clases que era costumbre odiar y despreciar (aunque quizá no tan profundamente como él) en su época. En realidad, sus opiniones no habrían encontrado oposición fuera de nuestra casa, en nuestra ciudad, con sus compañeros de vela o sus antiguos camaradas de hermandad. Era su vehemencia, creo yo, lo que provocaba un malestar que a veces

fácil.

Pero ¿cómo iban a llevarse bien? Mi madre no había ido a la universidad tuvo que pedir dipero prestado para asistir a una escuela

universidad, tuvo que pedir dinero prestado para asistir a una escuela donde en su época se preparaban los profesores. Le daba miedo la vela, era torpe con el golf, y si era guapa, como me han dicho algunas personas (resulta difícil juzgar a tu propia madre en ese sentido), su belleza no

podía ser como la que admiraba mi padre. Al hablar de ciertas mujeres decía que eran despampanantes o, años más tarde, muñecas. Mi madre no

se pintaba los labios, sus sujetadores no realzaban nada, llevaba el pelo recogido en una corona de apretadas trenzas que resaltaban su ancha frente blanca. Siempre llevaba ropa pasada de moda, un tanto informe y mayestática; era de esas mujeres a las que te podrías imaginar con un collar de finas perlas, aunque no creo que se lo pusiera nunca.

Supongo que parece que esté diciendo que quizá yo fuera un pretexto, incluso una bendición, por servirles en bandeja las riñas, un problema insoluble que los hacía regresar a sus diferencias naturales, con

años y murió tras varios meses en cama. Y no es de extrañar que mi madre lo cuidara todo ese tiempo, que lo tuviera en casa, donde, en lugar de mostrar ternura y agradecimiento, él le decía auténticas barbaridades, embarulladas por su desgracia pero siempre descifrables para ella y, al parecer, muy gratificantes para él.

bastante bien el aspecto de esa mujer, pero no su nombre. Rizos blancos, mejillas con colorete, rasgos frágiles. Un susurro lacrimoso. Me cayó mal inmediatamente. Le puse mala cara. Por entonces estaba en el segundo

En el funeral una mujer me dijo: «Tu madre es una santa». Recuerdo

fumaba y bebía demasiado, como la mayoría de sus amigos, cualquiera que fuese su situación. Tuvo un derrame cerebral a los cincuenta y tantos

Se deduce, y no es de extrañar en semejante historia, que mi padre

las que, en realidad, podían sentirse más cómodos. En todos los años que pasé en la ciudad no conocí a ningún divorciado, de modo que podía darse por supuesto que había otras parejas que llevaban vidas separadas en la misma casa, otros hombres y mujeres que habían aceptado el hecho

de que existían diferencias insalvables, una palabra o un

imperdonable, una barrera indestructible.

año de la universidad. No había ingresado en la hermandad de mi padre, o no me habían invitado a hacerlo. Iba con gente que aspiraba a ser escritores y actores y que de momento eran personas ingeniosas entregadas a perder el tiempo, despiadados críticos de la sociedad, ateos renacidos. No me inspiraban ningún respeto las personas que actuaban como santos. Y francamente, no era eso lo que pretendía mi madre. La beatería era una actitud tan ajena a ella que nunca me pidió, en ninguno

reconciliación, ni de bendición. Mi madre no era tonta. Se consagró a mí —no es la palabra que hubiéramos empleado ni

de mis viajes a casa, que entrase en la habitación de mi padre para intentar reconciliarme con él. Y yo nunca entré. No existía el concepto de

ella ni yo, pero creo que sí es la adecuada— hasta que cumplí nueve años. Ella me daba clase. Después me envió al colegio. Parecerá la fórmula de todos tenían un nombre peyorativo. Un chico con los pies especialmente apestosos que no parecía beneficiarse de la ducha diaria soportaba alegremente el mote del Peste. Yo me las arreglaba. Le escribía a mi madre cartas divertidas, y ella me contestaba más o menos de la misma manera, adoptando un ligero tono satírico con los acontecimientos de la ciudad y la iglesia —recuerdo su descripción de una pelea por la forma adecuada de cortar los emparedados para la merienda de una señora— e

la catástrofe. El chaval de cara morada mimado por la madre expuesto bruscamente a las pullas y los feroces ataques de niños despiadados. Pero no lo pasé mal, y hasta el día de hoy no estoy seguro del porqué. Era alto y fuerte para mi edad, y eso quizá me ayudó. Pero pienso que con el ambiente de nuestra casa, ese clima de mal humor, brutalidad y repulsión —a pesar de que lo crease un padre a quien apenas veía—, cualquier otro sitio podía parecer aceptable, casi tolerante, si bien de una forma negativa, no positiva. No se trataba de que la gente hiciera un esfuerzo, de que fuera amable conmigo. Me pusieron un mote, el Uvas, pero casi

Hasta el momento mi padre aparece como la fiera y mi madre como la salvadora y protectora, y creo que es así. Pero no son los únicos personajes de mi relato, y el ambiente de la casa no era el único que yo conocía. (Hablo de antes de que empezara a ir al colegio.) Lo que he llegado a considerar el Gran Drama de mi vida ya había ocurrido fuera de

incluso conseguía hablar de mi padre con humor, en vez de amargura, y

lo llamaba Su Excelencia.

esa casa.

El Gran Drama. Me avergüenza haber escrito semejante cosa. Me pregunto si parece groseramente satírico o una pesadez, pero después pienso: ¿No es natural que vea mi vida de esa manera, que hable de ella

de esa manera, teniendo en cuenta cómo acabé ganándomela?

Me hice actor. ¿Sorprendidos? Por supuesto, en la universidad iba

con gente que se movía en el teatro, y el último año dirigí una obra. Me hacían la broma clásica, que yo mismo había iniciado, sobre cómo haría

andando hacia atrás por el escenario cuando fuera necesario. Pero no hubo necesidad de tan drásticas maniobras.

En aquella época se representaban obras de teatro con regularidad en la radio nacional. Un programa especialmente ambicioso los domingos

un papel mostrando siempre al público el lado de mi cara sin la mancha y

por la noche. Adaptaciones de novelas. Shakespeare. Ibsen. Mi voz era modulable por naturaleza y con un poco de preparación mejoró. Me contrataron. Pequeños papeles al principio. Pero antes de que la

televisión diera al traste con todo aquello yo estaba en antena casi todas las semanas y mi nombre era conocido por un público fiel aunque no demasiado numeroso. Se recibían cartas de protesta por las palabrotas y las referencias al incesto (también representábamos algunas obras griegas), aunque en general no recaían sobre mí tantos reproches como se

temía mi madre cuando se arrellanaba en su sillón junto a la radio, fiel y preocupada, todos los domingos por la noche.

Después la televisión, y se acabó la interpretación, desde luego para mí. Pero mi voz me resultaba muy útil y conseguí trabajo de locutor, primero en Winnipeg, después en Toronto. Y durante los últimos años de

primero en Winnipeg, después en Toronto. Y durante los últimos años de mi vida laboral fui presentador de un programa musical ecléctico que se emitía por las tardes. Yo no hacía la selección, como creía mucha gente. Mis conocimientos de música son limitados, sin embargo, tenía mucho

Mis conocimientos de música son limitados, sin embargo, tenía mucho oficio y había logrado una personalidad radiofónica sólida, un tanto peculiar. El programa recibía muchas cartas. Nos escribían de asilos para ancianos y para ciegos, personas que tenían que recorrer regularmente distancias largas o monótonas en coche por cuestión de trabajo, amas de casa que a mediodía estaban solas cocinando o planchando y agricultores

que araban o gradaban hectáreas y hectáreas de tierra con el tractor. Gente de todo el país.

Un torrente de halagos cuando al fin me jubilé. La gente escribía diciendo que se sentían como si hubieran perdido a un amigo muy

diciendo que se sentían como si hubieran perdido a un amigo muy querido o a un miembro de la familia. Lo que trataban de decir era que

venderla y se lo notifiqué a los inquilinos. Tenía intención de vivir allí durante el tiempo que llevara arreglarla, sobre todo el jardín.

No me había sentido solo aquellos años. Aparte del público, tenía amigos. Y también estuve con mujeres. Naturalmente, algunas mujeres se especializan en hombres a quienes creen necesitados de ánimos, dispuestas a exhibirte para demostrar su generosidad. Yo estaba siempre

atento por si aparecían. La mujer a la que estuve más unido en aquellos años era una recepcionista de la emisora, una persona agradable y discreta que se había quedado sola con cuatro hijos. Teníamos el vago proyecto de irnos a vivir juntos cuando el más pequeño dejara de estar a su cargo, pero el más pequeño era una chica, a quien se le ocurrió tener un hijo sin marcharse de casa, y nuestras expectativas, nuestra aventura, se fueron desvaneciendo. Mantuvimos el contacto por correo electrónico cuando me jubilé y volví a mi antigua casa. Y de repente la noticia de que iba a casarse y a instalarse en Irlanda. Yo me llevé tal sorpresa y quizá se me bajaron tanto los humos que ni siquiera pregunté si la hija y el niño

les habían llenado cierto tiempo cinco días a la semana. Les habían llenado el tiempo sin fallar, de forma agradable, no los habían dejado a la deriva, y por eso sentían un agradecimiento sincero, molesto. Y sorprendentemente yo compartía su emoción. Debía tener cuidado con mi voz para que no se me hiciera un nudo en la garganta cuando leía algunas

No obstante, el recuerdo del programa, y de mí mismo, se

desvaneció rápidamente. Se crearon nuevas lealtades. Yo había cortado por lo sano, negándome a presidir subastas benéficas o a dar charlas nostálgicas. Mi madre había muerto, a edad avanzada, pero yo no había vendido la casa; solamente la había alquilado. Ahora estaba dispuesto a

cartas en la radio.

también se iban.

El jardín está hecho un asco, pero me siento más a gusto allí que en la casa, que si bien por fuera parece igual por dentro ha cambiado

maleza, unas hojas desordenadas y más grandes que paraguas señalan el arriate de ruibarbo plantado hace sesenta o setenta años, y se mantienen en pie media de docena de manzanos que dan unas manzanitas agusanadas de una variedad cuyo nombre no recuerdo. Las parcelas que yo despejo parecen minúsculas; sin embargo, los hierbajos y la broza que recojo van formando montones descomunales. Además, tienen que venir a recogerlos, a mis expensas. En la ciudad ya no se permiten las

De todo aquello se encargaba antes un jardinero llamado Pete. He

hogueras.

enteramente. Mi madre transformó la sala trasera en dormitorio y la antecocina en un cuarto de baño completo, y más adelante redujeron la altura de los techos y pusieron puertas baratas y papel de pared con dibujos geométricos chillones para complacer a los inquilinos. En el jardín no había habido tales cambios, solamente un gran abandono. Las viejas plantas perennes siguen creciendo sin orden ni concierto entre la

ataque de apoplejía. Trabajaba con lentitud pero con diligencia y casi siempre estaba de mal humor. Mi madre le hablaba en voz baja, respetuosamente, pero propuso —y consiguió— ciertos cambios en los arriates de flores que a él no le gustaban demasiado.

Y a mí no podía ni verme porque pasaba constantemente con mi

olvidado su apellido. Andaba arrastrando una pierna y siempre llevaba la cabeza ladeada. No sé si había tenido un accidente o había sufrido un

Y a mí no podía ni verme porque pasaba constantemente con mi triciclo por donde no debía y preparaba escondites bajo los manzanos, y porque probablemente sabía que lo llamaba Pete el Astuto entre dientes.

No sé de dónde lo sacaría. ¿De alguna historieta?

Se me acaba de ocurrir otra razón de por qué refunfuñaba contra m

Se me acaba de ocurrir otra razón de por qué refunfuñaba contra mí, y es raro que no lo haya pensado antes. Los dos teníamos defectos, éramos víctimas evidentes de una desgracia física. Aunque podría pensarse que esas personas hacen causa común, en muchos casos no es así. Quizá el uno le recuerde al otro algo que prefiere olvidar.

así. Quizá el uno le recuerde al otro algo que prefiere olvidar.

Pero no estoy seguro de que fuera así. Mi madre había llevado las

situación. Sostenía que me daba clase en casa por una dolencia bronquial y por la necesidad de protegerme de la agresión de los gérmenes que se produce en los dos primeros años de colegio. No sé si alguien la creería. Y con respecto a la hostilidad de mi padre, era algo tan extendido por puestra casa que no creo que realmente me sintiera especial por ello

cosas de tal modo que la mayor parte del tiempo yo parecía ignorar mi

nuestra casa que no creo que realmente me sintiera especial por ello. Y aun a costa de repetirme, he de decir que creo que mi madre hacía bien. La gravedad de un defecto tan visible, el acoso y el atosigamiento

podrían haberme alcanzado demasiado joven y sin tener dónde refugiarme. Ahora las cosas son diferentes, y el riesgo que correría un niño aquejado como yo sería el de un exceso de mimos y de amabilidad demasiado aparatosa, no de burlas y aislamiento. O eso me parece a mí. En aquellos tiempos gran parte de la animación, la gracia y el folclore de

la vida derivaba de la pura malevolencia, como mi madre debía de saber.

Hasta hace dos décadas —quizá más— en nuestra finca había otro edificio. Yo lo conocí como un pequeño granero o cobertizo en el que Pete guardaba sus herramientas y donde se almacenaban diversas cosas que antes nos habían servido de algo hasta que se decidiera qué hacer con

ellas. Lo derribaron poco después de que a Pete lo sustituyera una joven y dinámica pareja, Ginny y Franz, que llevaban sus modernos instrumentos en su propio camión. Luego dejaron de venir, pues se dedicaban a la horticultura, pero por entonces podían ofrecer a sus hijos quinceañeros para cortar el césped, y a mi madre ya no le interesaba hacer nada más.

«Lo he abandonado —decía—. Es increíble lo fácil que resulta abandonar las cosas.»

Volviendo al edificio —hay que ver las vueltas que le doy a este

tema—, hubo una época, antes de que se convirtiera en un almacén, en la que allí vivía gente. Había una pareja, los Bell, que eran la cocinera y ama de llaves y el jardinero y chófer de mis abuelos. Mi abuelo tenía un

ama de llaves y el jardinero y chófer de mis abuelos. Mi abuelo tenía un Packard que nunca aprendió a conducir. En mis tiempos los Bell y el Packard habían desaparecido, pero aún llamaban a ese sitio la casa de los

Durante unos años, cuando era un niño, una señora llamada Sharon Suttles tuvo alquilada la casa de los Bell. Vivía allí con su hija,

Nancy. Había venido a la ciudad con su marido, un médico que empezaba a ejercer y que al cabo de un año o así murió de septicemia. Se

empezaba a ejercer y que al cabo de un ano o así murio de septicemia. Se quedó en la ciudad con la niña, al no tener ni dinero ni familia, según decían. Eso debía de significar que no tenía a nadie que pudiera ayudarla

o que se hubiera ofrecido a alojarla. En un momento dado encontró trabajo en la compañía de seguros de mi padre y se vino a vivir a la casa de los Bell. No estoy seguro de cuándo fue. No guardo ningún recuerdo de la mudanza, ni de la casa cuando estaba vacía. En aquellos tiempos estaba pintada de un rosa grisáceo, y siempre pensé que lo había elegido

la señora Sutiles, como si no hubiera podido vivir en una casa de otro color.

Yo la llamaba señora Suttles, naturalmente, pero sabía su nombre de pila, cosa que casi nunca sabía de las otras mujeres adultas. Sharon era un nombre insólito en aquellos tiempos. E iba asociado a un himno que yo

me sabía por la catequesis de los domingos, a la que mi madre me dejaba asistir porque había una estrecha vigilancia y no había recreo. Cantábamos himnos cuya letra se proyectaba en una pantalla, y creo que incluso antes de aprender a leer la mayoría de nosotros reconocíamos los

versos por su forma cuando aparecían ante nosotros.

A la sombra del fresco arroyo de Siloam
cuán grato el lirio crece,
cuán dulce al pie de la colina el rocío
y el suspiro de la rosa de Sharon.

Bell.

No creo que de verdad hubiera una rosa en una esquina de la pantalla, y sin embargo yo la vi, la veo, de un rosa apagado, y con un halo que se trasladó al nombre de Sharon.

No quiero decir que me enamorase de Sharon Suttles. Había estado enamorado, cuando apenas había dejado de usar pañales, de una joven

tenía un abrigo con el cuello de terciopelo y una voz que parecía emparentada con el cuello del abrigo. Sharon Suttles no era como para enamorarse de ella de esa manera. No tenía la voz aterciopelada ni el menor interés en entretenerme. Era alta y muy delgada para ser la madre de alguien; ninguna curva. Tenía el pelo del color del tofe, castaño con

criada un tanto marimacho, Bessie, que me llevaba de paseo en el cochecito y me empujaba tan alto en los columpios del parque que casi me daba la vuelta. Y tiempo después, de una amiga de mi madre que

las puntas doradas, e incluso en la época de la Segunda Guerra Mundial seguía llevando melena. Se pintaba los labios de un rojo brillante que parecía muy espeso, como la boca de las estrellas de cine que yo había visto en los carteles, y por casa solía llevar un quimono, en el que creo que había unos pájaros de color claro —¿cigüeñas?— cuyas patas me recordaban a sus piernas. Pasaba mucho tiempo tumbada en el sofá, fumando, y a veces, para divertirnos o divertirse, levantaba aquellas piernas en el aire, una después de la otra, y lanzaba al aire una zapatilla con plumas. Cuando no estaba furiosa con nosotros tenía una voz ronca e indignada, no antipática, pero tampoco sensata, tierna o recriminatoria, plagada de los matices y los indicios de tristeza que yo esperaba de una

madre.

Niños tontos, nos llamaba.

«Salid de aquí y dejadme en paz, niños tontos.» Ya estaba tumbada en el sofá con un cenicero encima del estómago, mientras nosotros empujábamos a toda velocidad los cochecitos de

juguete de Nancy por el suelo. ¿Cuánta paz quería? Nancy y ella comían cosas raras a cualquier hora, y cuando entraba en la cocina a tomar algo nunca volvía con cacao o galletas integrales

para nosotros. Por otra parte, nunca le prohibió a Nancy comer directamente de la lata una sopa de verduras espesa como una crema, o

coger puñados de cereales de arroz directamente de la caja. ¿Era Sharon Suttles amante de mi padre? ¿Le había ofrecido el Mi madre hablaba de ella con afecto, y en no pocas ocasiones mencionaba la tragedia que había sufrido, con la muerte del joven esposo. Quienquiera que fuera la criada que tuviéramos, la enviaba con

frambuesas o patatas nuevas o guisantes frescos desgranados de nuestro huerto. Recuerdo sobre todo los guisantes. Recuerdo a Sharon Suttles — tumbada en el sofá— disparándolos al aire con el dedo índice y diciendo:

—Cocerlos en la cocina con agua —decía yo con sentido práctico.

tarde y terminaba temprano, para dedicarse a sus múltiples actividades deportivas. Algunos fines de semana Sharon cogía el tren de Toronto, pero siempre se llevaba a Nancy. Y cuando Nancy volvía no paraba de

En cuanto a mi padre, nunca lo vi con ella. Se iba a trabajar bastante

trabajo y la casa rosa sin pagar alquiler?

—¿Y qué hago yo ahora con esto?

—¿En serio?

hablar de las aventuras que había vivido y de los espectáculos que había visto, como el desfile de Papá Noel.

Desde luego, había momentos en los que la madre de Nancy no estaba en casa, tumbada con el quimono en el sofá, y era de suponer que en esos momentos no estaba fumando ni relajándose, sino trabajando

normalmente en la oficina de mi padre, aquel lugar legendario que yo no

trabajo y Nancy, en casa— una persona muy cascarrabias, la señora Codd, se sentaba a escuchar radionovelas, siempre dispuesta a echarnos de la cocina, donde se comía cuanto tuviera a mano. Nunca se me ocurrió pensar que, puesto que por lo general pasábamos todo el tiempo juntos,

En tales ocasiones —cuando la madre de Nancy tenía que estar en el

había visto nunca en el que, por supuesto, no sería muy bien recibido.

mi madre podría haberse ofrecido a vigilar un poco a Nancy mientras me vigilaba a mí, o haberle pedido a nuestra criada que lo hiciera, para ahorrarse contratar a la señora Codd.

Ahora tengo la impresión de que jugábamos juntos todas las horas que pasábamos despiertos, desde que yo tenía unos cinco años hasta que

nuestros escondites para protegernos de los alemanes. Lo cierto es que había una base de entrenamiento al norte de nuestra ciudad y que constantemente pasaban aviones de verdad por encima de nuestras cabezas. Una vez hubo un accidente, pero para nuestra decepción el avión que había perdido el control cayó al lago. Y por tanta relación con la guerra pudimos transformar a Pete no

tuve ocho y medio. Yo tenía medio año más que Nancy. Jugábamos sobre todo fuera; debió de ser una época lluviosa, porque recuerdo que a la madre de Nancy le molestaba que estuviéramos en casa. No debíamos acercarnos al huerto, y teníamos que intentar no pisar las flores, pero no parábamos de entrar y salir de las parcelas de frambuesos, de meternos debajo de los manzanos y en la zona completamente cubierta de maleza detrás de la casa, donde construíamos nuestros refugios antiaéreos y

solo en un enemigo local sino en un nazi, y a su cortacésped en un tanque. A veces le lanzábamos fruta desde el manzano silvestre que protegía nuestro campamento. En una ocasión se quejó a mi madre y nos costó una excursión a la playa.

A menudo mi madre llevaba a Nancy con nosotros cuando íbamos a la playa. No la del tobogán acuático, justo debajo del acantilado de

nuestra casa, sino a una más pequeña, a la que había que ir en coche, donde no había bañistas bulliciosos. Fue ella quien nos enseñó a nadar a los dos. Nancy era más audaz e imprudente que yo, lo cual me fastidiaba, y un día la empujé bajo una ola y me senté sobre su cabeza. Ella pataleó y

se debatió hasta liberarse, conteniendo el aliento. —Nancy es pequeña. Es pequeña y deberías tratarla como a una

hermanita pequeña —me reprendió mi madre. Que era precisamente lo que yo hacía. No la consideraba más débil que yo. Más menuda, sí, pero a veces eso era una ventaja. Cuando

trepábamos a los árboles ella podía colgarse como un mono de ramas que no aguantaban mi peso. Y un día, en una pelea —no recuerdo por qué nos peleábamos— me mordió el brazo con que yo la sujetaba y me hizo fulminarnos con la mirada por la ventana pronto pasamos a la añoranza y la súplica, y nos levantaron el castigo. En invierno nos dejaban toda la finca para nosotros, y construíamos

sangre. Aquella vez nos separaron, en teoría durante una semana, pero de

fuertes de nieve equipados con astillas y provistos de arsenales de bolas de nieve para disparar a quienquiera que pasara por allí. Pocas personas, ya que era una calle sin salida. Tuvimos que hacer un muñeco de nieve para poder macharlo a él.

ya que era una calle sin salida. Tuvimos que nacer un muneco de nieve para poder macharlo a él.

Si una gran tormenta nos impedía salir y nos quedábamos en mi casa, mi madre presidía la reunión. Teníamos que estar callados si mi padre guardaba cama con dolor de cabeza, entonces mi madre nos leía cuentos. *Alicia en el país de la maravillas*, eso lo recuerdo. Nancy y yo

nos poníamos tristes cuando Alicia toma la poción que la hace crecer

tanto que se queda atascada en la madriguera del conejo.

¿Y los juegos sexuales?, quizá se preguntarán. Pues sí, también había algo de eso. Recuerdo que un día de terrible calor nos escondimos en una tienda de campaña que habían montado detrás de la casa de Nancy (no tengo ni idea de por qué). Nos metimos allí a propósito para explorarnos mutuamente. La lona desprendía cierto olor erótico pero

infantil, como la ropa interior que nos quitamos. Sentimos un cosquilleo excitante que al poco se hizo molesto, y quedamos empapados en sudor, con picores y vergüenza. Cuando salimos de allí nos sentíamos más separados que nunca y extrañamente recelosos el uno del otro. No recuerdo si aquello se repitió algún día, con el mismo resultado, pero no me sorprendería lo más mínimo.

No me viene a la memoria la cara de Nancy con tanta claridad como la de su madre. Creo que su tez era, o lo sería con el tiempo, muy parecida. El pelo rubio, tornándose castaño de una forma natural, pero entonces aclarado por tanto tiempo al sol. Piel muy sonrosada, incluso rojiza. Sí. Veo sus mejillas rojas, casi como pintadas con lápices de

colores. Eso también era por pasar tanto tiempo al aire libre en verano, y

a aquella energía tan contundente.

Huelga decir que en mi casa teníamos prohibido entrar en todas las

azotando un caballo imaginario. Una vez intentamos fumar un cigarrillo que habíamos birlado del paquete de la madre Nancy. (No nos habríamos atrevido a coger más de uno.) A Nancy se le daba mejor que a mí, porque tenía más costumbre.

En el sótano también había un viejo tocador de madera, sobre el que reposaban varias latas de pintura, la mayor parte secas, y de barniz, además de una colección de brochas endurecidas, palos para remover y tableros en los que se habían probado colores o limpiado brochas. Unas

cuantas latas tenían la tapa bien apretada, y al abrirlas haciendo palanca, no sin cierta dificultad, descubrimos que había pintura que al removerla adquiría un espesor aprovechable. Dedicamos un buen rato a intentar ablandar las brochas metiéndolas en la pintura y golpeándolas después contra la madera del tocador; conseguimos ponerlo todo perdido, pero poco más. Sin embargo, una de las latas contenía trementina, que funcionaba mucho mejor. Nos pusimos a pintar con las cerdas utilizables. Yo sabía leer y escribir un poco, gracias a mi madre, y Nancy también,

habitaciones salvo en las que nos asignaban. Ni se nos ocurría ir arriba, al sótano, al salón o al comedor, pero en casa de Nancy se nos permitía entrar en todos lados, salvo donde su madre intentaba encontrar un poco de paz o donde estuviera la señora Codd, pegada a la radio. El sótano era un buen sitio adonde ir cuando incluso nosotros nos cansábamos del calor por la tarde. No había barandilla en la escalera y podíamos dar saltos cada vez más atrevidos y aterrizar en el duro suelo de tierra. Y cuando nos aburríamos subíamos a un viejo camastro y pegábamos botes,

porque había terminado segundo grado.

—No mires hasta que termine —le dije, dándole un ligero empujón.
Se me había ocurrido algo que pintar. De todos modos Nancy estaba en lo suyo, aplastando una brocha en pintura roja.

Escribí: NAZI ESTUBO EN ESTE SOTANO.

—Ya puedes mirar —dije.

Nancy se había dado la vuelta pero se estaba pasando la brocha por encima.

—Estoy ocupada —dijo.

Cuando se dio la vuelta tenía la cara generosamente embadurnada de pintura roja.

—Ahora soy como tú —dijo bajando la brocha hasta el cuello—.

Ahora soy como tú.

Parecía entusiasmada y yo pensé que se estaba burlando de mí,

aunque desbordaba de satisfacción, como si eso fuera la aspiración de toda su vida.

Tengo que intentar explicar lo que ocurrió durante los minutos siguientes.

En primer lugar, me pareció que estaba horrorosa.

Yo no creía que una parte de mi cara fuera roja, y en realidad no lo era. La mitad pigmentada era del color normal de un antojo, morado, y

como creo que ya he dicho, se ha aclarado un poco con la edad. Pero no

era así como yo me lo imaginaba. Yo creía que mi antojo era de un marrón pálido, como el pelo de un ratón.

Mi madre no había hecho nada tan absurdo ni tan dramático como proscribir los espejos en nuestra casa, aunque los espejos pueden estar colgados a una altura a la que un niño pequeño no llegue a verse. Así era en el baño. El único en el que yo veía mi reflejo fácilmente estaba en la

en el bano. El unico en el que yo veia mi reflejo facilmente estaba en la entrada principal, oscura durante el día y débilmente iluminada por la noche. De ahí debí de sacar la idea de que la mitad de mi cara era de ese color apagado, una sombra afelpada.

Esa era la idea a la que me había acostumbrado, y por eso me tomé

la pintura de Nancy como un insulto, una broma malintencionada. La empujé contra el tocador con todas mis fuerzas y eché a correr, escaleras arriba. Creo que corría para encontrar un espejo, o una persona que me dijera que Nancy estaba equivocada. Y una vez confirmado podría odiarla

Atravesé la casa corriendo —la madre de Nancy no aparecía por ninguna parte, a pesar de que era sábado— y cerré de golpe la puerta de tela metálica. Seguí corriendo por la grava, después por el sendero

a muerte. La castigaría. De momento no tenía tiempo para pensar cómo.

enlosado entre recias hileras de gladiolos. Vi a mi madre levantarse de la silla de mimbre en la que estaba sentada leyendo, en la galería de atrás de nuestra casa.

nuestra casa.
—¡Rojo no! —grité tragándome las lágrimas de ira—. ¡No soy rojo!
Mi madre bajó la escalera con expresión de asombro, aún sin

comprender qué pasaba. Después Nancy salió corriendo de su casa detrás

de mí, atónita, con la cara pintarrajeada. Mi madre lo comprendió entonces.

—¡Mal bicho de niña! —le gritó a Nancy, con una voz que nunca le había oído, una voz fuerte, enfurecida, temblorosa—. No te acerques. Ni se te ocurra. Eres una niña muy mala. No tienes educación ni respeto humano, ¿verdad? No te han enseñado que...

La madre de Nancy salió de la casa con el pelo chorreándole sobre los ojos. Llevaba una toalla en la mano.

—Joder, es que no puede una ni lavarse el pelo...

Mi madre también le chilló.

—¡No se atreva a usar ese lenguaje delante de mi hijo y de mí!

—Mira quién fue a hablar —replicó la madre de Nancy—. Tendría que oírse chillando a grito pelado...

Mi madre respiró profundamente.

—No... estoy... chillando a grito pelado. Solo quiero decirle a esa

hija suya tan cruel que no vuelva a venir a nuestra casa. Es una crueldad y una maldad burlarse de mi hijo por algo que él no puede evitar. Usted no le ha enseñado nada, no le ha enseñado modales, ni siquiera es capaz de darme las gracias cuando la llevo a la playa con posotros, ni siquiera sabe

le ha enseñado nada, no le ha enseñado modales, ni siquiera es capaz de darme las gracias cuando la llevo a la playa con nosotros, ni siquiera sabe decir por favor y gracias, y no me extraña, con una madre que se exhibe en bata...

Mi madre soltó todo esto como si en su interior corriera un torrente inagotable de rabia, de dolor, de irracionalidad. A pesar de que yo le tiraba del vestido y le decía: «No, no».

Las cosas empeoraron cuando las lágrimas le brotaron y le ahogaron

las palabras; se atragantó y se puso a temblar.

La madre de Nancy se había retirado el pelo de los ojos y seguía observando.

—Le diré una cosa —advirtió—. Como siga así, se la llevan al manicomio. ¿Es que puedo yo evitar que su marido la odie y que tenga un

hijo con la cara hecha un asco?

Mi madre se apretó la cabeza con las manos. Gritó: «¡Ay!, ¡Ay!», como devorada por el dolor. Velma, la mujer que trabajaba entonces para nosotros, había salido a la galería y dijo:

—Señora, vamos, señora. —Después alzó la voz para dirigirse a la nadre de Nancy—: ¡Y tú. largo! ¡A tu casa! ¡Desaparece!

madre de Nancy—: ¡Y tú, largo! ¡A tu casa! ¡Desaparece!
—No te preocupes, ahora mismo. Y ¿quién te has creído que eres

—No te preocupes, ahora mismo. Y ¿quién te has creído que eres para decirme lo que tengo que hacer? Y qué, ¿te gusta trabajar para una vieja bruja que está como una cabra? —Después se volvió hacia Nancy

asegurarse de que yo la oía—. Es un mocoso. Míralo, pegado a las faldas de su madre. No volverás a jugar con él. Un mocoso mimado.

—. ¿Cómo demonios voy a limpiarte eso? —Alzó de nuevo la voz para

Velma por un lado y yo por el otro, intentamos calmar a mi madre y llevarla a casa. Había dejado de armar tanto jaleo. Se enderezó y habló con una voz artificialmente alegre que podía llegar hasta la casa de

Nancy.

—Tráigame la podadera, ¿quiere, Velma? Ya que estoy aquí voy a recortar los gladiolos. Algunos están completamente mustios.

Pero cuando terminó estaban todos tirados por el sendero, mustios o lozanos; no quedaba ni uno en pie.

Todo esto debió de ocurrir un sábado, como ya he dicho, porque la

Nancy se había quedado vacía. Quizá Velma localizó a mi padre en el club, en el campo de golf o dondequiera que estuviese, y vino a casa, impaciente y grosero, pero enseguida se avino. Quiero decir que se avino a que se marcharan Nancy y su madre. No tengo ni idea de adonde se

madre de Nancy estaba en casa y Velma, que no trabajaba los domingos, sí había venido. El lunes, o quizá antes, de eso estoy seguro, la casa de

fueron. Puede que mi padre las llevara a un hotel mientras buscaba otro sitio para ellas. No creo que la madre de Nancy montara un número por tener que marcharse.

Caí en la cuenta de que no volvería a ver a Nancy muy poco a poco.

Al principio estaba enfadado con ella y no me importó. Después, cuando preguntaba por ella, mi madre debía de distraerme con una respuesta vaga, para no recordar ni recordarme la angustiosa escena. Seguro que fue entonces cuando empezó a pensar en serio en enviarme al colegio. Creo que me instalaron en Lakefield aquel mismo otoño. Probablemente mi madre sospechaba que cuando me acostumbrase a estar en un colegio de chicos el recuerdo de haber tenido una compañera de juegos se iría difuminando y me parecería algo indigno, incluso ridículo.

El día después del funeral de mi padre mi madre me sorprendió al preguntarme si la llevaría a cenar fuera (por supuesto, ella me llevaría a mí), a un restaurante a orillas del lago, a varios kilómetros de allí, donde

esperaba que no hubiera nadie conocido.

—Tengo la sensación de llevar toda la vida encerrada en esta casa —

dijo—. Necesito tomar el aire. En el restaurante miró discretamente a su alrededor y anunció que

no conocía a nadie.

—¿Te tomas una copa de vino conmigo?
¿Habíamos recorrido toda aquella distancia para que ella pudiera

beber vino en público?

Cuando llegó el vino y pedimos la cena, dijo:

—Hay algo que creo que deberías saber.

afortunada vida.

Esta puede ser una de las frases más desagradables que puede escuchar una persona. Existen muchas probabilidades de que lo que deberías saber te resulte gravoso, y de que se insinúe que otras personas han tenido que soportar la carga mientras que tú te has librado todo ese tiempo.

—¿Que mi padre no es mi verdadero padre? —dije—. ¡Yupi!

—No seas bobo. ¿Te acuerdas de tu amiguita Nancy?

La verdad es que tardé unos momentos en acordarme. Después dije: —Vagamente.

En aquella época todas las conversaciones con mi madre parecían

requerir una estrategia. Tenía que mostrarme desenfadado, gracioso, indiferente. En su rostro y su voz había un dolor latente. Nunca se quejaba de su situación, pero en las historias que me contaba había tantas personas inocentes y maltratadas, tantas atrocidades, que se suponía que yo debía volver como mínimo apesadumbrado con mis amigos y mi

Yo no estaba dispuesto a colaborar. Posiblemente lo único que mi madre quería era alguna muestra de compasión, o tal vez de ternura física. Yo no podía dársela. Era una mujer maniática, aún no maltrecha por la edad, pero yo la rehuía como si comportara un riesgo de depresión pertinaz, como un hongo contagioso. Rehuía sobre todo cualquier alusión a mi desgracia, que a mí me parecía que ella valoraba de una forma

especial, la atadura de la que yo no podía librarme, que tenía que

reconocer, que me unía a ella desde la cuna.

—Probablemente te habrías enterado si estuvieras más en casa — dijo—. Aunque ocurrió poco después de que te enviáramos al colegio.

Nancy y su madre se fueron a vivir a un apartamento propiedad de mi padre, en la plaza. Allí, una mañana, a plena luz de un día de otoño, la

madre de Nancy encontró a su hija en el cuarto de baño, empuñando una cuchilla de afeitar y cortándose una mejilla. Había sangre en el suelo y en

correr un velo, pero demasiado sangrante y sangriento para no contarlo con detalle. La madre de Nancy envolvió a su hija en una toalla y consiguió llevarla al hospital. En aquella época no había ambulancias.

Probablemente paró un coche en la plaza. ¿Por qué no llamó por teléfono a mi padre? Da igual; no lo hizo. Los cortes no eran profundos ni la pérdida de sangre demasiado grande, a pesar de las salpicaduras; no habían afectado a ningún vaso sanguíneo importante. La madre no paraba

drama conocido en la ciudad, sobre el que supuestamente había que

el lavabo y Nancy se había salpicado por todas partes. Pero no cedió en su

¿Cómo sabía mi madre todo aquello? Solo puedo creer que fue un

de reprender a la niña y de preguntarle si estaba bien de la cabeza. «A mí tenía que caerme una hija como tú», decía una y otra vez. —Si en aquellos tiempos hubiera habido trabajadores sociales, seguro que a esa pobre criatura la hubieran internado en un centro de

acogida de menores —dijo mi madre—. Era la misma mejilla. Como la

Intenté guardar silencio, fingir que no sabía de qué me estaba hablando, aunque debía decir algo.

—Tenía pintura por toda la cara.

tuya.

propósito ni dio ningún grito de dolor.

—Sí. Pero esta vez lo hizo con más cuidado. Se cortó solo una mejilla, intentando parecerse lo más posible a ti.

En esta ocasión conseguí no responder.

—Si hubiera sido chico habría sido diferente, pero para una chica es

terrible.

—Hoy en día la cirugía plástica hace cosas increíbles. —Sí, bueno. Quizá consigan hacer algo. —Un momento después añadió—: Qué sentimientos tan profundos. Los que tienen los niños.

—Lo superan. Mi madre dijo que no sabía qué había sido de ellas, ni de la madre ni nada, porque le habría horrorizado tener que contarme algo tan penoso cuando yo todavía era pequeño.

No sé si guardará alguna relación con algo, pero he de decir que mi madre cambió por completo cuando ya era muy anciana, y se volvió desvergonzada. No paraba de soltar disparates, como que mi padre babía

de la hija. También que se alegraba de que yo nunca hubiera preguntado

desvergonzada. No paraba de soltar disparates, como que mi padre había sido un magnífico amante y ella «una chica bastante mala». Sostenía que yo debería haberme casado con «esa chica que se cortó la cara» porque ninguno de los dos podría haberse sentido más orgulloso que el otro de haber hecho una buena obra. Cada uno sería igual de repulsivo que el otro, decía con sorna.

Yo estaba de acuerdo. Entonces empecé a quererla bastante.

podridas de debajo de uno de los viejos árboles. Me picó en un párpado, que se me cerró rápidamente. Fui en el coche al hospital, valiéndome del otro ojo (el hinchado era el del lado «bueno» de mi cara) y me sorprendió que me dijeran que tenía que pasar la noche ingresado. El motivo era que cuando me pusieran la inyección tendrían que vendarme los dos ojos,

para evitar que forzara el otro, con el que veía bien. Pasé lo que suelen

Hace unos días me picó una avispa mientras recogía unas manzanas

llamar una mala noche, me desperté muchas veces. Nunca hay demasiada tranquilidad en los hospitales, naturalmente, y en el poco tiempo que estuve sin ver me dio la impresión de que se me aguzaba el sentido del oído. Cuando oí unas pisadas en mi habitación supe que eran de una mujer, y me pareció que no era una enfermera. Sin embargo, cuando dijo: «Está despierto. Bien. Vengo a leerle», pensé que me había equivocado, que sí era enfermera. Estiré un brazo, creyendo que iba a leerme las

—No, no —dijo ella con su firme vocecita—. He venido a leerle un libro, si le apetece. A algunas personas les gusta. Se aburren de estar tumbadas con los ojos cerrados.

llamadas constantes vitales.

—¿Quién elige? ¿Ellas o usted? —Ellas, pero a veces yo les recuerdo algo. Intento recordarles alguna historia de la Biblia, alguna parte de la Biblia de la que se acuerden. O algún cuento de cuando eran pequeños. Siempre traigo un

—A mí me gusta la poesía.

montón de cosas.

—No parece demasiado entusiasmado.

Me di cuenta de que era verdad, y sabía por qué. He leído poesía en voz alta, por la radio, y he escuchado leer a otras voces educadas, y hay algunas formas de leer con las que me siento cómodo y otras que detesto.

—Entonces podríamos jugar a un juego —dijo ella, como si yo se lo hubiera explicado, cosa que no había hecho—. Yo le leo un par de versos, me callo y vemos si usted puede recitar el siguiente. ¿Le parece bien?

Pensé que a lo mejor era una chica muy joven, deseosa de despertar interés, de tener éxito en ese trabajo.

Le contesté que me parecía bien, pero que nada en inglés antiquo.

Le contesté que me parecía bien, pero que nada en inglés antiguo.

—«Estaba el rey en Dunfermline...» —empezó a decir, como esperando respuesta.

—«Bebiendo vino del color de la sangre…» —continué, y seguimos de buena gana. Ella leía bastante bien, aunque a una velocidad infantil, como para lucirse. Empezó a gustarme el sonido de mi voz, y de vez en cuando me permitía una pequeña fioritura teatral.

—Qué bonito —dijo ella.

—«Te mostraré dónde crecen los lirios / en las riberas de Italia...»

—¿Es «crecen» o «nacen»? —dijo—. No tengo ningún libro donde salga ese poema. Pero debería acordarme. Da igual; es precioso. Siempre

me gustó su voz por la radio.

—¿En serio? ¿Me escuchaba?

—Claro. Y mucha gente.

Dejó de apuntarme versos y yo tomé la delantera. Ya se pueden imaginar. «La playa de Dover», «Kubla Khan», «Viento del oeste», «Los

cisnes salvajes» y «Juventud condenada». Bueno, quizá no todos, y quizá no enteros.

—Está usted sofocado —dijo. Su pequeña mano se posó

rápidamente en mi boca. Y después su cara, un lado de su cara, en la mía —. Tengo que irme. Solo otro antes de marcharme. Se lo voy a poner más difícil, porque no voy a empezar por el principio.

—«Nadie largo tiempo te llorará / por ti rezará, te extrañará. / Tu

—No lo había oído nunca —dije.

—¿Seguro?

—Seguro. Usted gana. Yo había empezado a sospechar algo. Ella parecía distraída, un poco

lugar ha quedado libre...»

despertándome, con esa sensación de sorpresa e indignación que sigue a un sueño convincente. Quería dar marcha atrás y que ella pusiera su cara contra la mía. Su mejilla en la mía. Pero los sueños no son tan complacientes.

Cuando recuperé la vista y volví a casa busqué los versos con los que ella me había deiado en mi sueño. Repasé un par de antologías y no

molesta. Oí el reclamo de los gansos que sobrevolaban el hospital. En esta época del año hacen prácticas de vuelo, y después los vuelos se prolongan cada vez más hasta que un día los gansos se marchan. Estaba

que ella me había dejado en mi sueño. Repasé un par de antologías y no los encontré. Empecé a sospechar que los versos no eran de ningún poema de verdad, sino que habían sido inventados en el sueño, para confundirme.

¿Inventados por quién?

Pero más entrado el otoño, un día que estaba preparando unos libros viejos para donarlos a una venta benéfica, se me cayó un papel pardusco, con unos versos escritos a lápiz. No era la letra de mi madre y

con unos versos escritos a lápiz. No era la letra de mi madre, y difícilmente podría haber sido la de mi padre. Entonces, ¿de quién? Quienquiera que fuera había escrito el nombre del autor al final. Walter

pero era probable que hubiese visto el poema en algún momento, quizá no en ese manuscrito sino en un libro de texto, y hubiese enterrado las palabras en las profundidades de mi cerebro. ¿Y por qué? ¿Solo para que me incordiaran, o que me incordiara el fantasma de una audaz mujerniña, en un sueño?

de la Mare. Sin título. No conozco demasiado bien las obras de este autor,

que el tiempo no cure, pérdida ni traición irremediable. Bálsamo para el alma, aun si la tumba cercena al amante del amado y cuanto comparten. Mira, brilla el sol, pasado el aguacero; las flores lucen su belleza. ¡qué hermoso día! Que el amor y el deber no te inquieten. Los amigos largo tiempo olvidados quizá te esperen allí donde

No hay pesar

Nadie largo tiempo te llorará, por ti rezará, te extrañará. Tu lugar ha quedado libre, tú ya no estás.

vida y muerte todo igualan.

El poema no me deprimió. Parecía corroborar de una forma extraña la decisión que ya había tomado de no vender la casa y quedarme. Algo había ocurrido allí. En la vida tienes unos cuantos sitios, o

quizá uno solo, donde ocurrió algo, y después están todos los demás sitios.

Por supuesto, sé que si me hubiera topado con Nancy —en el metro Toronto, por ejemplo—, los dos con nuestras marcas bien reconocibles, lo más probable es que no hubiéramos pasado de una de

esas conversaciones absurdas y embarazosas, con la enumeración de detalles autobiográficos inútiles. Yo me habría fijado en la mejilla retocada, casi normal, o la cicatriz aún bien visible, pero seguramente no

habría salido en la conversación. Quizá se habría hablado de hijos. No tan improbables en el caso de Nancy, retocada o no. De nietos, del trabajo.

Quizá no tendría que haberle contado en qué consistía el mío. Asombrados, cordiales, muriéndonos de ganas de salir corriendo.

¿Creen que eso habría cambiado las cosas?

La respuesta es: naturalmente, durante cierto tiempo, y jamás.

Algunas mujeres

trágica se morían.

en la mesilla.

verano rociaban con agua las calles del pueblo donde vivía para que se posara el polvo, cuando las chicas llevaban corpiños y cancanes que se quedaban de pie en el suelo, y no se podía hacer gran cosa con enfermedades como la polio y la leucemia. Algunas personas con polio mejoraban, lisiadas o no, pero las que tenían leucemia se quedaban en la cama y tras unas semanas o unos meses de deterioro en una atmósfera

A veces me sorprendo de lo vieja que soy. Recuerdo cuando en

Por uno de esos casos me dieron mi primer trabajo, en las

vacaciones de verano, cuando tenía trece años. El señor Crozier hijo (Bruce) había regresado sano y salvo de la guerra, en la que había sido piloto de combate; había ido a la universidad a estudiar historia; se

licenció, se casó y ahora tenía leucemia. Su esposa y él habían vuelto para vivir con la madrastra de él, la vieja señora Crozier. La joven señora Crozier (Sylvia) iba dos veces a la semana a dar clase en el curso de verano de la misma universidad donde se habían conocido su marido y ella, a unos sesenta y cinco kilómetros. Me contrataron para que cuidara al señor Crozier mientras ella estaba fuera. Él estaba en cama, en el dormitorio de la esquina del piso de arriba, y todavía podía ir al baño solo. Lo único que tenía que hacer yo era llevarle agua fresca, subir y bajar las persianasy ver qué quería cuando tocaba la campanilla que tenía

Lo que solía pedir era que le cambiaran el ventilador de sitio. Le gustaba la brisa que producía pero le molestaba el ruido. Así que quería el ventilador en la habitación un rato y después en el pasillo, pero cerca de la puerta abierta.

Cuando mi madre se enteró de este detalle le extrañó que no lo

Eso demostraba lo poco que sabía de la casa de los Crozier y de las normas de la vieja señora Crozier. La tal señora andaba con bastón. Subía la escalera una sola vez con un ruido ominoso para ver a su hijastro las tardes que yo estaba allí, y supongo que no más veces las tardes que yo

hubieran instalado en el piso de abajo, donde seguramente los techos eran

-Por Dios, ¿y es que no pueden preparar uno? Aunque sea

Yo le dije que no tenían dormitorios en el piso de abajo.

más altos y habría estado más fresco.

no estaba allí. Después volvía a subir, en caso necesario, antes de acostarse. Pero la idea de preparar un dormitorio en el piso de abajo la habría escandalizado tanto como la de poner un retrete en el salón. Afortunadamente ya había un retrete abajo, detrás de la cocina, pero yo estaba segura de que si solo hubiera habido uno arriba, la señora Crozier habría subido con tanta frecuencia y esfuerzo como hubiera sido

necesario antes que ver un cambio tan radical y desconcertante.

precisamente la primera tarde que pasé allí. Yo estaba en la cocina y me quedé de piedra al oírla decir «yuju» y llamarme alegremente por mi nombre. Después, la breve llamada a la puerta, sus pisadas en la escalera de la cocina. Y la vieja Crozier saliendo ruidosamente del solarium.

así que le interesaba mucho el interior de aquella casa. Entró una vez,

Mi madre tenía pensado meterse en el negocio de las antigüedades,

Mi madre dijo que había pasado por allí para ver qué tal le iba a su hija.

—Muy bien —dijo la señora Crozier, plantada en la entrada e impidiendo que se vieran las antigüedades.

Mi madre añadió algunos comentarios inadecuados y se marchó.

Aquella noche dijo que la señora Crozier no tenía modales porque no era

más que una segunda esposa encontrada en un viaje de trabajo a Detroit, y que por eso fumaba, se teñía el pelo de un color negro como el alquitrán y se embadurnaba los labios de un carmín que parecía mermelada. Ni

siquiera era la madre del enfermo. No tenía cabeza para eso.

(En aquel momento estábamos peleadas, en esta ocasión por su visita, pero eso no viene a cuento.)

A la señora Crozier vo debía de parecerle tan entrometida y tan

frívola y creída como mi madre. La misma tarde que llegué allí entré en el salón de atrás, abrí la librería y me puse a examinar los Harvard

Classics colocados en una hilera perfecta. La mayoría de ellos me desanimaron, pero saqué uno que podía ser novela, a pesar del título en un idioma extranjero, *IPromessi Sposi*. Parecía una novela de verdad, y estaba en inglés.

Debía de tener la idea de que todos los libros eran gratis, dondequiera que los encontrases. Como el agua de una fuente pública.

dondequiera que los encontrases. Como el agua de una fuente pública. Cuando la señora Crozier me vio con el libro me preguntó de dónde

lo había sacado y qué hacía con él. De la librería, le dije, y me lo había subido para leerlo. Al parecer lo que la dejó más perpleja fue que lo

hubiera cogido en el piso de abajo pero lo hubiera llevado arriba. Me dio la impresión de que no le importaba lo de la lectura, como si semejante actividad le resultara demasiado ajena para tenerla en cuenta. Por último me dijo que si quería un libro me lo trajera de casa.

De todos modos *I Promessi Sposi* era un poco pesado. No me molestó devolverlo al estante.

Por supuesto, había libros en la habitación del enfermo. Allí leer

parecía aceptable, pero la mayoría de los textos estaban abiertos y boca abajo, como si el señor Crozier leyera un poquito de aquí y un poquito de allá y los dejara. Y los títulos no me tentaban. *La civilización puesta a prueba*. *La gran conspiración contra Rusia*.

Además mi abuela me había advertido que si podía evitarlo no tocara nada que hubiese tocado el paciente, por los gérmenes, y que siempre pusiera un paño entre mis dedos y su vaso de agua.

Mi madre decía que la leucemia no la causaban los gérmenes.

—Entonces, ¿qué? —decía mi abuela.

Los médicos no lo saben.Ya.

simplemente porque tenía estudios.

Era la joven señora Crozier quien me recogía y me llevaba a casa en su coche, a pesar de que no había más distancia que de un extremo a otro del pueblo. Era una mujer alta, delgada, rubia, de tez cambiante. A veces

tenía manchas rojizas en las mejillas, como si se hubiera rascado. Se rumoreaba que era mayor que su marido, que él había sido alumno suyo en la universidad. Mi madre decía que nadie parecía haberse parado a pensar que como él había estado en la guerra, podía haber sido alumno de su mujer sin que ella tuviera más edad. La gente se metía con ella

cuidarlo, como había prometido en la ceremonia de la boda, en lugar de ir a dar clases. Mi madre también la defendía en eso, y decía que solo eran dos tardes a la semana y que tenía que mantener su trabajo, puesto que pronto se quedaría sola. Y además ¿no creían que se volvería loca si no se libraba de la vieja de vez en cuando? Mi madre siempre defendía a las

Otra cosa que decían era que mejor sería que se quedara en casa para

Un día intenté entablar conversación con la joven señora Crozier, o sea Sylvia. Era la única licenciada universitaria que yo conocía, por no hablar de lo de ser profesora. Salvo su marido, claro, y él había dejado de contar.

mujeres que trabajaban, y mi abuela siempre la reñía por eso.

—¿Toynbee escribía libros de historia?

—¿Cómo? Ah, sí, sí.

Para ella ninguno de nosotros significaba nada, ni yo, ni sus críticos ni sus defensores. Le traíamos al fresco.

A la vieja señora Crozier lo que de verdad le importaba era su jardín. Iba a ayudarla un hombre, tan viejo como ella pero más ágil. Vivía en nuestra calle y a través de él la señora Crozier se enteró de que yo era una

y protegiéndose del sol con su gran sombrero de paja. A veces ella se sentaba en el banco y seguía haciendo comentarios y dando órdenes mientras se fumaba un cigarrillo. Al principio yo me atrevía a pasar por entre los setos perfectos para preguntar si ella o su ayudante querían un

posible candidata al empleo. En casa el hombre se limitaba a chismorrear y a cultivar hierbajos, pero aquí no paraba de limpiar, poner mantillo y trajinar, mientras la señora Crozier iba detrás de él, apoyada en su bastón

entre los setos perfectos para preguntar si ella o su ayudante querían un vaso de agua, y ella gritaba: «¡Cuidado con mis arriates!» antes de decir que no.

No llevaban flores a la casa. Se habían escapado unas cuantas amapolas que crecían libremente detrás del seto, casi en la carretera, y yo

pregunté si podía coger un ramillete para alegrar la habitación del enfermo.

—Se morirían —dijo la señora Crozier, al parecer sin darse cuenta

del doble sentido, dadas las circunstancias.

Ante ciertas sugerencias o ideas, temblaban los músculos de su cara

enjuta y llena de manchas, se le endurecían y oscurecían los ojos y se le

movía la boca como si dentro tuviera algo de sabor repugnante. Entonces a veces te dejaba clavada en el sitio, como un espino brutal.

Los dos días que yo no trabajaba no eran seguidos. Digamos que eran martes y jueves. El primer día estuve sola con el enfermo y la vieja

señora Crozier. El segundo vino alguien de quien no me habían hablado. Oí el coche en la entrada y unas pisadas que subían a todo correr las escaleras de atrás y después entraban en la cocina sin llamar. Luego alguien gritó: «¡Dorothy!»; yo no sabía que este fuera el nombre de la anciana señora Crozier. Era la voz de una mujer o una chica, tan burlona y atrevida como unas cosquillas.

Bajé corriendo las escaleras de atrás y dije:

—Creo que está en el solarium.

—¡Madre mía! ¿Quién eres tú?

Roxanne. Era joven. —Soy la masajista. No me gustaba meter la pata con una palabra que no conocía. No

Le dije quién era y lo que hacía allí, y ella me dijo que se llamaba

dije nada, pero ella vio lo que ocurría. —No sabes de qué va, ¿eh? Doy masajes. ¿Eso sí te suena?

Estaba vaciando la bolsa que llevaba. Aparecieron diversas clases de almohadillas, paños y cepillos recubiertos de velvetón.

—Voy a necesitar agua caliente para templar esto —dijo—. Puedes calentarme un poco en el hervidor.

Era una casa magnífica, pero del grifo solo salía agua fría, como en mi casa.

Al parecer me había tomado por una persona dispuesta a obedecer órdenes, y sobre todo si se daban con una voz tan persuasiva. Y tenía razón, aunque a lo mejor no se imaginaba que mi buena disposición se debía más a la curiosidad que a su encanto.

A principios de verano ya estaba morena, y su pelo cortado a lo paje tenía un brillo cobrizo, algo que hoy en día se consigue fácilmente con un frasco pero que entonces era insólito y envidiable. Ojos marrones, un hoyuelo en una mejilla, tan sonriente y burlón que por mucho que la

mirases nunca llegabas a saber si era realmente guapa ni cuántos años tenía.

Su trasero se curvaba espléndidamente hacia atrás en lugar de ensancharse hacia los lados.

Enseguida me enteré de que acababa de llegar al pueblo, de que estaba casada con el mecánico de la estación de servicio de Esso y de que tenía dos niños, uno de cuatro años y otro de dos.

—Tardé bastante en averiguar de dónde salían —dijo con un destello de complicidad en los ojos.

Se había preparado para ejercer de masajista en Hamilton, donde vivían antes, y resulta que era precisamente lo que siempre se le había —¿Doro-tú? —Está en el solarium —volví a decirle.

dado bien.

—Ya lo sé. Es para tomarle el pelo. A lo mejor no sabes nada de masajes, pero para que te den uno tienes que quitarte toda la ropa. No pasa nada si eres joven, pero cuando eres mayor, ya sabes, a veces te da vergüenza.

Se equivocaba en una cosa, al menos conmigo. En lo de que no pasa nada por quitarte la ropa cuando eres joven.

—Así que a lo mejor deberías largarte.

Aquel día subí por la escalera principal mientras Roxanne trasteaba con el agua caliente. Desde allí pude echar un vistazo por la puerta abierta del solarium, que en realidad no era tal porque las ventanas de

tres lados estaban tapadas por las enormes hojas de las catalpas. Vi a la señora Crozier tumbada en un sofá cama, boca abajo, con la cabeza vuelta hacia el otro lado de donde yo estaba, completamente desnuda. Una lonja flacucha de carne pálida. No parecía tan vieja como

en las partes del cuerpo que llevaba siempre al descubierto: los antebrazos y las manos llenas de pecas marrones y venas oscuras, las mejillas manchadas de marrón. La parte normalmente escondida de su

cuerpo era de un blanco amarillento, como la madera recién despojada de la corteza. Me senté en el escalón de arriba a escuchar el ajetreo ruidoso del

masaje. Golpes y gruñidos. Ahora la voz de Roxanne era mandona, alegre pero contundente.

—Menuda rigidez. Vaya, hombre. Voy a tener que pegarle una paliza. Es broma. Venga, a ver si nos relajamos. Aquí tiene la piel muy bonita. Aquí en la rabadilla, o como se llame. Es como el culito de un bebé. Ahora tengo que apretar un poco. Lo va a notar aquí. Es para quitar la tensión. Así me gusta.

La señora Crozier daba pequeños gritos, hacía ruiditos de protesta y

Arriba. Volví a guardar las revistas en aquel aparador que mi madre habría deseado y entré en la habitación del señor Crozier. Estaba dormido, o al menos tenía los ojos cerrados. Moví el ventilador unos centímetros, le alisé la colcha y me puse junto a la ventana a juguetear con la persiana.

gratitud. Siguieron así un rato y yo empecé a aburrirme. Volví a la lectura de unos *Canadian Home Journals* antiguos que había encontrado en un aparador del pasillo. Leí recetas y eché un vistazo a la moda de otros tiempos hasta que oí a Roxanne: «Bueno, voy a recoger esto y después

con la persiana.

Y, efectivamente, se oyó un ruido en las escaleras de atrás, la señora

Crozier con sus pisadas lentas y amenazantes apoyada en el bastón,

Roxanne corriendo delante y gritando:
—¡Cuidado, cuidado, a ver dónde está! Lo vamos a encontrar esté

donde esté. El señor Crozier había abierto los ojos. Aparte del cansancio de

costumbre, tenía una expresión un poco preocupada. Pero antes de poder fingir que se había vuelto a dormir, Roxanne irrumpió en la habitación.

—Así que aquí es donde se esconde. Acabo de decirle a su madrastra que ya era hora de que me presentara.

—¿Cómo está usted, Roxanne? —dijo el señor Crozier.
—¿Cómo sabe mi nombre?

—Todo se sabe.

vamos arriba, como usted tenía pensado».

— Menudo descarado — le dijo Roxanne a la señora Crozier, que

entró ruidosamente en la habitación.

—Deja de hacer el tonto con esa persiana —me dijo la señora

—Deja de hacer el tonto con esa persiana —me dijo la señora Crozier—. Ve a buscarme un vaso de agua fresca si quieres entretenerte.

Crozier—. Ve a buscarme un vaso de agua fresca si quieres entretenerte Fresca, no fría.

—Vaya desastre —le dijo Roxanne al señor Crozier—. ¿Quién lo ha afeitado, y cuándo?

—Ayer —dijo él—. Me las arreglo yo solo, como buenamente

—Ya me parecía a mí —dijo Roxanne. Y dirigiéndose a mí—: Ya que vas a por agua, ¿te importaría calentarme un poco? Voy a afeitarlo como es debido.

puedo.

Así fue como Roxanne empezó su segundo trabajo, una vez a la semana, después del masaje. El primer día le dijo al señor Crozier que no se preocupara.

—No voy a aporrearlo como habrá oído que le hago a Dorotu-rurú
en el piso de abajo. Antes del curso de masaje era enfermera. Bueno,
auxiliar de enfermera. De las que hacen todo el trabajo mientras las

enfermeras te mangonean. El caso es que aprendí a poner cómoda a la

gente.
¿Dorotururú? El señor Crozier sonrió, pero lo raro fue que la señora Crozier también.

Roxanne lo afeitó con destreza. Le pasó una esponja húmeda por la cara, el cuello, el torso, los brazos y las manos. Le dio la vuelta a las

sábanas, ingeniándoselas para no molestarlo, y tundió y volvió a colocar las almohadas. Hablando todo el rato, sin parar de decir tonterías y gastar

bromas.

—Es usted una mentirosa, Dorothy. Me dijo que aquí arriba había un enfermo, y al entrar he pensado: ¿dónde está el enfermo? Porque yo no

enfermo, y al entrar he pensado: ¿dónde está el enfermo? Porque yo no veo ningún enfermo.

—Entonces, ¿qué diría que soy? —dijo el señor Crozier.

—Que se está recuperando. Eso es lo que yo diría. No digo que tuviera que andar por ahí corriendo, no soy imbécil. Sé que necesita reposo. Pero digo que se está recuperando. Nadie tan enfermo como se supone que está usted tiene tan buen aspecto.

Aquella palabrería y aquel coqueteo me parecieron insultantes. El señor Crozier tenía un aspecto espantoso. Un hombre alto a quien, mientras Roxanne lo lavaba con la esponja, se le marcaban las costillas

viejo. Cuando lo atendía siempre evitaba mirarlo. Y no lo hacía porque fuera feo y estuviera enfermo, sino porque se estaba muriendo. Habría sentido la misma reticencia aunque hubiera tenido un aspecto angelical. Yo notaba la muerte en la atmósfera de

aquella casa, más densa a medida que te aproximabas a la habitación, y él

como si acabara de pasar por una época de hambruna, calvo y cuya piel parecía la de un pollo desplumado, con el cuello acecinado como el de un

estaba justo en el centro, como la hostia que los católicos guardan en un cofre de nombre tan imponente como el tabernáculo. Era el afectado, el distinto de los demás, y allí estaba Roxanne, invadiendo su territorio con sus bromas, su chulería y sus ideas para entretenerlo.

Preguntando, por ejemplo, si había un juego llamado damas chinas en la casa.

Eso quizá fuera en su segunda visita, cuando le preguntó qué hacía durante el día.

—A ratos leer. Dormir. ¿Y cómo dormía por la noche?

—Si no puedo dormir me quedo despierto. Pienso. A veces leo.

—¿Y a su mujer no le molesta?

—Duerme en el dormitorio de atrás.

—Ya. Tiene que distraerse un poco.

—¿Va usted a cantar y a bailar para mí?

Vi a la señora Crozier desviar la mirada con su sonrisa extraña,

involuntaria.

—No sea descarado —dijo Roxanne—. ¿Le gusta jugar a las cartas? —Lo detesto.

—Bueno, ¿hay damas chinas en esta casa?

La pregunta iba dirigida a la señora Crozier, que al principio dijo que no tenía ni idea y después que a lo mejor había un tablero en un cajón

del aparador del comedor.

Así que me mandaron a ver y volví con el tablero y la caja de las

fichas.

Roxanne colocó el tablero sobre las piernas del señor Crozier, y jugamos ella, él y yo; la señora Crozier dijo, supongo que en broma, que

nunca había llegado a comprender el juego y que no era capaz de mantener las fichas en su sitio. (Me sorprendió que lo dijera como un

chiste.) A veces Roxanne chillaba cuando hacía una jugada o soltaba un gruñido si alguien saltaba por encima de una de sus fichas, pero siempre con cuidado de no molestar al paciente. Mantenía el cuerpo inmóvil y colocaba las fichas como plumas. Yo intenté hacer otro tanto, porque si no ella abría mucho los ojos, a modo de advertencia. Todo sin que le

Recordé que la joven señora Crozier, Sylvia, me había dicho un día en el coche que a su marido no le gustaba que le dieran conversación. Se cansaba, y cuando estaba cansado podía ponerse irritable. Así que pensé: si en algún momento puede irritarse es ahora. Obligado a participar en un juego absurdo en su lecho de muerte, con la fiebre que se notaba incluso

Pero Sylvia debía de estar equivocada. Su marido demostraba más paciencia y cortesía de la que le conocía ella. Con las personas inferiores a él —y Roxanne sin duda lo era— actuaba con gentileza y tolerancia. Cuando quizá lo único que quisiera fuera estar allí acostado, meditando sobre los derroteros que había tomado su vida y preparándose para el

futuro.

—No se exalte, todavía no ha ganado —le dijo Roxanne mientras le secaba el sudor de la frente.

—Roxanne —dijo—. Roxanne. ¿Sabe quién se llamaba así, Roxanne?

—¿Eh? —dijo ella, y sin poderlo evitar, intervine.

—La mujer de Alejandro Magno.

desapareciera el hoyuelo.

en las sábanas.

Mi cabeza era como un nido de urraca abarrotado de datos deslumbrantes como este.

—¿Ah, sí? —dijo Roxanne—. ¿Yese quién era? Alejandro Magno...
Al mirar al señor Crozier en aquel momento me di cuenta de una

cosa, algo terrible, triste.

Le gustaba que Roxanne no lo supiera. Saltaba a la vista. Le gustaba que no lo supiera. Su ignorancia desencadenaba un placer que se derretía en su lengua, como al chupar un caramelo.

El primer día apareció en pantalones cortos, como yo, pero el día siguiente y todos los demás Roxanne llevaba un vestido de una tela rígida y brillante, verde claro. Se oía el frufrú cuando subía corriendo las

escaleras. Le llevó al señor Crozier un cojín afelpado para evitar las escaras. Nunca estaba conforme con cómo le hacían la cama y siempre se la arreglaba. Pero por mucho que refunfuñara, sus movimientos nunca molestaban al señor Crozier, y después él reconocía que estaba más cómodo.

llamaba indecentes y no permitía en mi casa, salvo cuando los contaban ciertos parientes de mi padre que prácticamente no tenían otra clase de conversación.

Esos chistes solían empezar con preguntas absurdas pero que

de adivinanzas. O de chistes. Algunos chistes eran de los que mi madre

A Roxanne nunca le faltaban recursos. A veces venía bien provista

parecían serias.

¿Conocéis el de la monja que va a comprar una picadora de carne? ¿Sabéis qué pidieron de postre el novio y la novia la noche de bodas?

Las respuestas siempre tenían doble sentido, de modo que quienquiera que contase el chiste podía fingir que se escandalizaba y acusar a sus oyentes de malpensados.

Y tras haber acostumbrado a todos a esos chistes, Roxanne pasó a una clase de chistes de cuya existencia no creo que mi madre tuviera noticia, algunos sobre sexo con ovejas, gallinas o máquinas para ordeñar.

—¿No es espantoso? —decía siempre al final. Decía que ella sabía esas cosas por su marido, que las oía en el garaje.

El hecho de que la vieja Crozier se riera por lo bajo me asombraba

tanto como los chistes. Pensé que a lo mejor no llegaba a entenderlos y que simplemente le divertía lo que decía Roxanne. La escuchaba con aquella sonrisa agria pero distraída, como si le hubieran hecho un regalo que sabía que le iba a gustar incluso antes de desenvolverlo.

El señor Crozier no se reía, pero la verdad es que nunca se reía. Enarcaba las cejas para fingir que Roxanne le parecía atrevida, aunque también simpática. Quizá lo hacía por educación, o para agradecerle todos sus esfuerzos, fueran los que fuesen.

Yo siempre me reía, para que Roxanne no me tuviera por una inocente y una mojigata.

Otra cosa que hacía, para que no decayeran los ánimos, era contarnos su vida. Había venido de visita a Toronto a ver a su hermana

mayor desde un pueblecito perdido del norte de Ontario; después

encontró trabajo en Eaton's, primero arreglando la cafetería, hasta que uno de los encargados se fijó en ella porque trabajaba deprisa y siempre estaba contenta, y de pronto se vio de dependienta en la sección de guantes. (Yo pensaba que lo contaba como si la hubiera descubierto la Warner Brothers.) Y ¿quién entró un día allí? Nada menos que Barbara Ann Scott, la estrella del patinaje, que compró un par de guantes blancos

de cabritilla largos hasta el codo.

Por aquella época la hermana de Roxanne tenía tantos novios que casi todas las noches echaba a cara o cruz con cuál iba a salir y mandaba a Roxanne que recibiera apesadumbrada a los rechazados en la puerta de

a Roxanne que recibiera apesadumbrada a los rechazados en la puerta de la pensión mientras el elegido y ella salían a hurtadillas por detrás. Roxanne decía que a lo mejor por eso se le daba tan bien cotorrear. Y al cabo de muy poco algunos de los chicos que conoció así la invitaban a salir a ella en lugar de a su hermana. No sabían qué edad tenía.

—Qué bien me lo pasé —decía.

personas muy habladoras —ciertas chicas— no por lo que dicen (las chicas), sino por lo que disfrutan al decirlo. Disfrutan de ellas mismas, con el rostro resplandeciente y la convicción de que cualquier cosa que cuenten será algo extraordinario y que aunque no lo quieran van a complacer a sus oyentes. Puede haber otras personas —personas como yo

Empecé a comprender que a la gente le gusta escuchar a ciertas

— que no lo reconozcan, pero ellas se lo pierden. Y de todos modos las personas como yo nunca formarán parte del público que buscan esas chicas. El señor Crozier permanecía recostado entre las almohadas, y todo

el mundo habría pensado que era feliz. Feliz de cerrar los ojos y dejar que Roxanne hablara, de abrirlos después y verla allí, como un conejo de chocolate la mañana de Pascua. Y de seguir con los ojos abiertos cada movimiento de sus labios de caramelo y el balanceo de su espléndido trasero.

La señora Crozier se mecía ligeramente, invadida por aquel extraño contento.

Roxanne pasaba tanto tiempo en el piso de arriba como en el de

¿cómo podía permitirse dedicarle tanto tiempo? ¿Y quién le pagaría sino la anciana señora Crozier? ¿Por qué?

abajo, dando el masaje. Yo me preguntaba si le pagarían. De no ser así,

¿Para que su hijastro fuera feliz y estuviera cómodo? Yo lo ponía en

duda. ¿Para distraerse de una forma curiosa?

Una tarde, después de que Roxanne saliera de la habitación, el señor Crozier dijo que tenía más sed de lo normal. Bajé a buscar un vaso de agua de la jarra que siempre había en la nevera. Roxanne estaba

recogiendo sus cosas para volver a casa. —No tenía intención de quedarme hasta tan tarde —dijo—. No me ¿verdad? ¿Alguna vez te ha dicho algo de mí cuando te lleva a casa? Dije que Sylvia nunca había mencionado el nombre de Roxanne, en ninguno de nuestros viajes. ¿Para qué hacerlo?

—Sí, mujer. Syl-vi-a. Ella no está muy entusiasmada conmigo,

apetecería tropezarme con la maestra esa.

Al principio no la entendí.

—Según Dorothy, Sylvia no sabe cómo tratarlo. Según Dorothy, yo lo hago mucho más feliz que ella. Eso es lo que dice Dorothy. Y no me extrañaría que se lo dijera a ella a la cara.

Pensé en cómo Sylvia corría escaleras arriba a la habitación de su marido todas las tardes cuando volvía a casa, incluso sin decirnos nada a mí o a su suegra, con el rostro enrojecido de impaciencia y desesperación. Quise contestar algo, quise defenderla de alguna manera, pero no supe cómo. Y las personas tan seguras de sí mismas como

Roxanne normalmente podían conmigo, aunque solo fuera porque no

—¿Seguro que nunca dice nada de mí? Le dije otra vez que no. —Cuando vuelve a casa está cansada.

—Ya, claro. Todo el mundo está cansado. Lo que pasa es que algunos aprenden a actuar como si no lo estuvieran.

Entonces sí que dije algo, para pararle los pies. —A mí me cae bien.

—¿Que te cae bien? —repitió Roxanne burlona.

Juguetona, me tiró con brusquedad de un mechón del flequillo que

me había cortado yo misma hacía poco.

—Deberías hacer algo como es debido con ese pelo.

Según Dorothy.

prestaban atención.

Mientras que Roxanne buscaba admiración, algo que estaba en su carácter, ¿qué quería Dorothy? Yo tenía la sensación de que andaba

deseo de tener a Roxanne, su vivacidad, en casa el doble de tiempo. Ya no era pleno verano. El agua había bajado en los pozos. Dejó de pasar el camión de riego y en algunas tiendas colocaron algo que parecían

láminas de celofán amarillo en los escaparates para evitar que se

detrás de algo raro, pero no sabía definirlo. Quizá fuera únicamente el

destiñeran los artículos. Las hojas estaban moteadas; la hierba, seca.

La vieja Crozier seguía obligando al jardinero a trabajar con la azada día tras día. Eso es lo que se hace en la temporada seca, pasar la azada

día tras día. Eso es lo que se hace en la temporada seca, pasar la azada una y otra vez para sacar la poca o mucha humedad que se pueda encontrar bajo el suelo.

Las clases de verano de la universidad acabarían tras la segunda

semana de agosto, y Sylvia estaría en casa todos los días. El señor Crozier seguía alegrándose de ver a Roxanne, pero se

quedaba dormido con frecuencia. Podía dormirse sin que se le cayera la cabeza hacia atrás, mientras Roxanne contaba un chiste o una anécdota.

Un instante después se despertaba y preguntaba dónde estaba.

—Pues aquí, dormilón. Tendría que prestarme atención. Voy a tener que zurrarle. ¿Y si le hago cosquillas?

El deterioro del señor Crozier saltaba a la vista. Tenía las mejillas hundidas, como un viejo, y la luz traspasaba la punta de sus orejas como si en lugar de carne fueran de plástico. (Entonces no lo llamábamos

Mi último día de trabajo, el día de las últimas clases de Sylvia, fue también día de masaje. Como Sylvia tenía que marcharse temprano a la universidad para asistir a una ceremonia, me acerqué andando y cuando

llegué Roxanne ya estaba allí. La vieja señora Crozier también estaba en la cocina y las dos me miraron como si hubieran olvidado que iba a ir, como si las hubiera interrumpido.

«plástico»; lo llamábamos «celuloide»).

—Los encargué especialmente —dijo la señora Crozier.

—Los encargue especialmente —dijo la senora Crozier.

Debía de referirse a los canutillos, muy tiesos, que había en una caja

de la panadería sobre la mesa. —Vale, pero ya se lo advertí —dijo Roxanne—. No puedo comer eso, de ninguna de las maneras. —Mandé a Hervey a recogerlos a la panadería. Hervey era nuestro vecino, su jardinero. —Pues que se los coma Hervey. No es broma. Me salen unas ronchas espantosas. —Yo pensaba que podíamos darnos un caprichito, algo especial, ya que es el último día que tenemos antes de que... —dijo la señora Crozier. —El último día antes de que se plantifique aquí para siempre, vale, ya lo sé. Pero eso no impedirá que me llene toda de manchas. ¿Quién se iba a plantificar allí para siempre? Sylvia. La señora Crozier llevaba una bata preciosa de seda negra con nenúfares y gansos. —Con ella no hay forma de disfrutar de nada especial. Ya lo verás —dijo. —Pues venga, vamos a empezar y aprovechar el tiempo. No se preocupe por eso, no es culpa suya. Sé que lo hizo con buena intención. —Sé que lo hizo con buena intención —repitió la señora Crozier en tono malicioso y afectado; las dos me miraron. —La jarra está donde siempre —dijo Roxanne. Saqué del frigorífico la jarra del señor Crozier. Se me pasó por la cabeza que podían ofrecerme uno de los canutillos dorados de la caja, pero al parecer a ellas no se les ocurrió. Yo me imaginaba que estaría tumbado, apoyado en las almohadas, con los ojos cerrados, pero el señor Crozier estaba completamente despierto. —Estaba esperando —dijo, y aspiró una bocanada de aire—. A que

vinieras. Quería pedirte... un favor. ¿Lo harás?

Dije que claro.

—¿Y guardarás el secreto?

Me preocupaba que me pidiera que lo ayudara a ir a la silla con orinal que había aparecido recientemente en su habitación, pero eso no tenía por qué ser un secreto.

Sí.

Me dijo que fuera al escritorio que había frente a la cama, abriera el cajoncito de la izquierda y buscara una llave.

Lo abrí v encontré una llave grande v pesada, antigua. Quería que saliera de la habitación, cerrando la puerta con llave. Que

escondiera la llave en un sitio seguro, por ejemplo en un bolsillo de mis pantalones. No tenía que contárselo a nadie.

Nadie debía saber que yo tenía la llave hasta que su mujer volviera a casa, y entonces debía dársela a ella. ¿Lo entendía? Vale.

Mientras hablaba conmigo tuvo todo el rato la cara cubierta por una

Me dio las gracias. Vale.

película de sudor y los ojos brillantes, como si tuviera fiebre. Pero eso era bastante habitual por entonces. —No debe entrar nadie.

—No debe entrar nadie —repetí.

—Ni mi madrastra ni... Roxanne. Solo mi esposa. Cerré la puerta por fuera y me guardé la llave en un bolsillo de los

pantalones, pero después me dio miedo de que se notara a través de la fina tela de algodón y bajé al salón de atrás para esconderla entre las páginas de I Promessi Sposi. Sabía que Roxanne y la señora Crozier no me oirían porque seguían con el masaje y Roxanne hablaba en su tono

profesional. —Hoy voy a tener trabajo más que suficiente con aflojarle estos

nudos.

Y oí la voz de la señora Crozier, llena de aquel reciente descontento. —... pegando más fuerte de lo normal. —No me queda más remedio. Iba hacia arriba cuando me asaltaron otros pensamientos. Si el señor Crozier había cerrado la puerta, no yo —evidentemente él quería hacer creer eso—, y yo había estado sentada en el escalón de arriba como de costumbre, tendría que haberlo oído y haber avisado a quienes estaban en la casa. Así que volví abajo y me senté en el último escalón de la escalera principal, un sitio donde podría no haber oído nada. Ese día el masaje parecía rápido y eficiente; no cabía duda de que no estaban contando chistes ni gastando bromas. Enseguida oí a Roxanne subiendo a todo correr las escaleras de atrás. Se paró. —Eh, Bruce —dijo. Bruce.

Sacudió el pomo de la puerta. —Bruce.

Después debió de acercar la boca al ojo de la cerradura, con la

momento después me dio la impresión de que rezaba. Se rindió y se puso a aporrear la puerta con los puños, no muy fuerte

esperanza de que él, pero solo él, la oyera. No distinguí bien lo que decía, aunque sí el tono suplicante. Al principio burlón; después suplicante. Un

pero sí con apremio.

Al cabo de un rato se detuvo.

para cerrarla, también puede llegar para abrirla. No pasó nada. Roxanne se asomó por encima de la barandilla y me

—Vamos —dijo con más firmeza—. Si ha llegado hasta la puerta

vio.

—¿Le has llevado el agua al señor Crozier? Dije que sí.

—¿Y no estaba la puerta cerrada ni nada?

—¿Te ha dicho algo? —Solo gracias. —Pues tiene la puerta cerrada con llave y no consigo que conteste. Oí el bastón de la señora Crozier golpeando las escaleras de atrás. —¿Qué alboroto es este? —Se ha encerrado por dentro y no consigo que me conteste. -¿Cómo que se ha encerrado por dentro? Se habrá atascado la puerta. La habrá cerrado el viento y se ha atascado. Aguel día no hacía viento. —Inténtelo usted —dijo Roxanne—. Está cerrada con llave. —No sabía yo que esta puerta tuviera llave —dijo la señora Crozier, como si no saberlo pudiera negar el hecho. Intentó abrir sin mucho empeño y añadió—: Pues sí. Parece que está cerrada con llave. El señor Crozier contaba con eso, pensé. Que no sospecharían de mí, que pensarían que él era el responsable. Y así era. —Tenemos que entrar —dijo Roxanne. Le dio una patada a la puerta. —No hagas eso —dijo la señora Crozier—. ¿Qué quieres? ¿Destrozar la puerta? De todos modos no se puede echar abajo; es de roble macizo. Todas las puertas de esta casa son de roble macizo. —Pues tendremos que llamar a la policía. Se hizo el silencio. —Podrían subir por la ventana —dijo Roxanne. La señora Crozier aspiró profundamente y habló con decisión. —No sabes lo que dices. No quiero a la policía en esta casa. No quiero que suban por mis paredes como orugas. —No sabemos qué estará haciendo ahí dentro. —Es cosa suya, ¿no? Otro silencio. De repente pasos —de Roxanne— replegándose hacia las escaleras

No.

—Sí, más vale —dijo la señora Crozier—. Más vale que te marches antes de que se te olvide de quién es esta casa.

Roxanne estaba bajando las escaleras. Un par de golpetazos de bastón fueron detrás de ella pero no siguieron bajando.

—Y ni se te ocurra ir a la policía a mis espaldas. No va a aceptar tus órdenes. Además, ¿quién da Ias órdenes aquí? Tú no, desde luego. ¿Entendido?

Al poco oí un portazo en la cocina, y a continuación el coche de Roxanne que arrancaba. A mí no me preocupaba la policía más que a la señora Crozier. La

policía en nuestro pueblo era el agente McClarty, que iba al colegio a llamarnos la atención por montar en trineo por la calle en invierno o nadar en el canal del molino en verano, cosas que seguíamos haciendo. Resultaba ridículo imaginárselo subiendo por una escalera de mano o

dándole un sermón al señor Crozier al otro lado de una puerta cerrada con llave. Le diría a Roxanne que se ocupara de sus asuntos y que no se metiera en los de los Crozier.

Sin embargo, no resultaba tan ridículo imaginarse a la señora Crozier dando órdenes, y pensé que quizá empezaría a hacerlo ahora que Roxanne —que al parecer ya no le caía bien— se había marchado. A lo

mejor la tomaba conmigo y me preguntaba si yo tenía algo que ver.

Pero ni siquiera giró el pomo de la puerta. Allí plantada, se limitó a murmurar:

—Más fuerte de lo que parece.

de atrás.

Después bajó las escaleras. El despiadado ruido de costumbre con su impasible bastón.

Esperé un rato y entonces fui a la cocina. La señora Crozier no estaba allí. Tampoco en el salón, ni en el comedor, ni en el solarium. Me armé de valor y llamé a la puerta del retrete; la abrí, y tampoco estaba paja moviéndose lentamente sobre el seto de cedro. Estaba en el jardín, en pleno calor, andando ruidosamente entre sus arriates. A mí no me preocupaba la idea que tanto inquietaba a Roxanne. No me paré a pensarlo, porque me parecía absurdo que una persona a la que

allí. Miré por la ventana de encima del fregadero y vi su sombrero de

le quedaba tan poco tiempo de vida fuera a suicidarse. No podía ocurrir. De todos modos estaba nerviosa. Me comí dos canutillos, que

seguían en la mesa de la cocina. Los comí con la esperanza de que el placer me devolviera a la normalidad, pero apenas me supieron a nada. Metí la caja en el frigorífico para no tentar a la suerte comiendo más.

La señora Crozier seguía fuera cuando Sylvia llegó a casa. Y allí se quedó. Saqué la llave de entre las páginas del libro en cuanto oí el coche y

se la di a Sylvia en cuanto entró en casa. Le conté rápidamente lo que había pasado, omitiendo la mayor parte del jaleo que se había armado. Ella tampoco habría esperado a oírlo. Subió corriendo las escaleras.

Yo me quedé abajo, por si oía algo.

Nada de nada.

Después la voz de Sylvia, sorprendida y preocupada pero en absoluto desesperada, demasiado baja para que yo pudiera distinguir lo que decía. Al cabo de unos cinco minutos bajó y dijo que era hora de llevarme a

casa. Estaba colorada, como si las manchas de las mejillas se le hubieran extendido por toda la cara, y parecía impresionada aunque incapaz de

disimular su felicidad.

A continuación: —¡Ah! ¿Dónde está mamá Crozier?

—En el jardín, creo.

—Bueno, supongo que debería hablar con ella un momento.

Después de hacerlo ya no parecía tan contenta.

—Supongo que sabes —dijo mientras sacaba el coche marcha atrás

¿verdad? Es decir, con el señor Crozier.

Dije que no.

—Creo que Roxanne sí —añadí luego.

—¿La señora Hoy? Sí. Lo siento.

Mientras bajábamos por lo que llamaban la cuesta Crozier, dijo:

—No creo que el señor Crozier lo hiciera con mala idea para

—, supongo que te imaginas que mamá Crozier está muy disgustada. No es que yo te eche la culpa a ti. Has sido muy buena y muy leal al hacer lo que te pidió el señor Crozier. No tenías miedo de que fuera a pasar nada,

asustarlas. Es que, verás, cuando estás enfermo, cuando llevas enfermo mucho tiempo, puedes llegar a no tener en cuenta los sentimientos de los demás. Te puedes volver contra la gente incluso cuando se portan bien y

hacen todo lo que pueden por ayudarte. La señora Crozier y la señora Hoy se han esforzado mucho, desde luego, pero el señor Crozier ya no quería tenerlas siempre encima. Estaba un poco harto de ellas. ¿Lo comprendes?

No parecía darse cuenta de que no paraba de sonreír mientras hablaba.

La señora Hoy.
¿Había oído yo ese apellido alguna vez?

Pronunciado con tanta delicadeza y tanto respeto, y sin embargo con infinito paternalismo.
¿Me creía lo que decía Sylvia?

Creía que era lo que él le había contado.

Volví a ver a Roxanne aquel día. La vi justo cuando Sylvia estaba hablando conmigo y descubriéndome aquel apellido nuevo. La señora Hoy.

Ella —Roxanne— estaba en su coche, parada en la primera bocacalle al final de la cuesta Crozier para vernos pasar. No me volví para mirar porque me resultaba todo demasiado confuso, mientras Sylvia me hablaba.

a lo mejor había estado dando vueltas a la manzana con el coche todo el rato desde que se marchó de casa de los Crozier. ¿Era posible?

Probablemente había reconocido el coche de Sylvia. Me habría

saber que Roxanne debía de haber vuelto para enterarse de qué pasaba. O

Sylvia no podía saber de quién era el coche, por supuesto. No podía

visto. Debió de comprender que todo iba bien, a juzgar por la amabilidad, la seriedad y la leve sonrisa con que me hablaba Sylvia.

No dobló la esquina para subir la cuesta y regresar a casa de los Crozier. No, no. Cruzó la calle —lo vi por el retrovisor— y se dirigió al

este del pueblo, donde habían construido las casas durante la guerra. Era allí donde vivía.
—Fíjate en la brisa —dijo Sylvia—. A lo mejor esas nubes nos traen

lluvia.

Las nubes eran altas y blancas, deslumbrantes; no parecían en absoluto nubes de tormenta, y la brisa se debía a que estábamos en un coche en movimiento con las ventanillas bajadas.

Comprendí bastante bien la competición que hubo entre Sylvia y

Roxanne, pero me resultaba raro pensar en el premio prácticamente inexistente, el señor Crozier, y pensar que había podido tener la voluntad de tomar una decisión, incluso de renunciar, a tales alturas de su vida. La carnalidad a las puertas de la muerte —o el verdadero amor, en realidad — eran cosas que tuve que quitarme de encima con un escalofrío.

Sylvia se llevó al señor Crozier a una casita alquilada junto al lago, donde él murió poco antes de que cayeran las hojas.

La familia Hoy se trasladó a otro sitio, como hacían frecuentemente las familias de los mecánicos.

Mi madre tuvo que luchar con una enfermedad que fue dejándola inválida y puso punto final a su sueño de montar un negocio.

Dorothy Crozier sufrió un derrame cerebral pero se recuperó, y se la recordaría por comprar caramelos de Halloween para los niños a cuyos hermanos mayores había echado de su casa.

Yo me hice mayor, y vieja.

Juego de niños

Supongo que en nuestra casa se habló del asunto, más adelante. Qué triste, qué horror. (Mi madre.) Tendría que haber habido vigilancia. ¿Dónde estaban las monitoras?

Es posible que si alguna vez pasábamos junto a la casa amarilla mi

Tendría que haber habido vigilancia. ¿Dónde estaban las monitoras? (Mi padre.)

madre dijera: «¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas del miedo que te daba? Pobrecilla».

Mi madre tenía la costumbre de mantener vivas las flaquezas de mi

lejana niñez, incluso de atesorarlas.

Cuando eres pequeño te transformas en una persona distinta todos

los años. Suele ser en otoño, cuando vuelves al colegio, ocupas tu sitio en un curso superior y dejas atrás el letargo y el desorden de las vacaciones de verano. Es entonces cuando aprecias el cambio con más nitidez.

Después no estás seguro del mes ni del año, pero los cambios continúan siempre igual. Durante mucho tiempo te desprendes del pasado con facilidad y de una forma que parece automática y adecuada. Las escenas del pasado, más que desvanecerse, dejan de tener importancia. Y entonces se produce una brusca vuelta atrás, lo que está acabado y bien acabado resurge de repente, requiere tu atención, incluso que hagas algo

Marlene y Charlene. La gente creía que éramos mellizas. En aquella época estaba de moda poner nombres que rimaran a los mellizos. Bonnie y Connie. Ronald y Donald. Y, por supuesto, nosotras —Charlene y yo—

llevábamos los sombreros iguales. Sombreros culi, así los llamaban,

al respecto, aunque salte a la vista que no se puede hacer nada.

resultara ofensivo. O «negrito» o «judiada». Tuve que llegar a la adolescencia, creo, para comprender las connotaciones. Así que teníamos esos nombres y esos sombreros, y la primera vez que pasaron lista, la monitora —la que nos caía bien, Mavis, muy alegre, aunque no nos caía tan bien como la guapa, Pauline— nos señaló y dijo:

«A ver, las mellizas» y siguió con otros nombres sin darnos tiempo a

mutuamente. Si no, una o las dos nos habríamos quitado esos gorros recién estrenados y los habríamos metido debajo de nuestros catres,

Pero antes de eso debimos de fijarnos en los sombreros y aceptarnos

desmentirla.

estábamos de campamento- se podía decir «culi» sin pensar en que

En aquella época —me refiero a la época en la que Charlene y yo

conos anchos y bajos de paja entretejida con una especie de lazo o elástico bajo la barbilla. Años después empezaron a ser algo casi cotidiano por las imágenes de la guerra de Vietnam en televisión. Hombres en bicicleta por una calle de Saigón con esos sombreros, o mujeres andando por una carretera con una aldea bombardeada al fondo.

asegurando que nuestras madres nos obligaban a llevarlos, que nosotras los odiábamos, etcétera. Aunque hubiese aceptado a Charlene, no sabía cómo hacerme amiga suya. Las niñas de nueve o diez años —era la edad media de ese grupo, si bien algunas eran un poco mayores— no hacen amigas ni se emparejan

unas chicas de mi pueblo —ninguna era muy amiga mía— a una de las cabañas donde había varios catres que nadie había solicitado y a plantar mis cosas sobre la manta marrón. De pronto oí una voz a mis espaldas: «Por favor, ¿puedo ponerme con mi hermana melliza?».

tan fácilmente como las niñas de seis o siete. Yo me limité a seguir a

Era Charlene, hablando con alguien a quien yo no conocía. El dormitorio tenía capacidad para unas veinticuatro. La chica a quien

Charlene abordó dijo: «Claro», y se fue a otro sitio.

Charlene había hablado en un tono especial. Halagador, socarrón,

pedía y no se limitaría a acceder a hacerlo. Conmigo también se arriesgó, porque, ¿no podría yo haber dicho: «No quiero que seamos mellizas» y haberme puesto a arreglar mis cosas? Pero no lo hice, por supuesto. Me sentí halagada, como ella esperaba, y la observé mientras vaciaba el contenido de su maleta con un aire tan festivo que se le cayeron varias cosas al suelo.

burlándose de sí misma y con un júbilo seductor, como un repiqueteo de campanas. Saltaba a la vista que se sentía más segura que yo. Y no solo estaba segura de que la otra chica se iría en lugar de soltarle: «Yo he llegado antes». (O, si era una chica maleducada, y algunas, a quienes les pagaban el campamento el Lions Club o la iglesia, no sus padres, lo eran, podría haber dicho: «Vete a la mierda. Yo de aquí no me muevo».) No. Charlene tenía la seguridad de que cualquiera desearía hacer lo que le

—Ya estás morena.

Lo único que se me ocurrió decirle fue:

—Yo me pongo morena enseguida —dijo ella.

La primera de nuestras diferencias. Nos aplicamos a la tarea de

descubrirlas. Ella se ponía morena; a mí me salían pecas. Las dos teníamos el pelo castaño pero el suyo era más oscuro. Ella lo tenía ondulado; yo muy abundante. Yo era un centímetro más alta; ella tenía

los tobillos y las muñecas más gruesos. Sus ojos tenían un tono más verdoso; los míos, más azulado. No nos cansábamos de inspeccionar y clasificar incluso los lunares y las pecas más visibles de nuestras

espaldas, la longitud de los segundos dedos de los pies (los míos más largos que el dedo gordo, los suyos más cortos). O de contarnos las enfermedades y los accidentes que habíamos sufrido hasta entonces, así

como los ajustes o extirpaciones a que habían sometido nuestros cuerpos.

A las dos nos habían quitado las amígdalas —una precaución normal en aquella época—, las dos habíamos pasado el sarampión y la tos ferina,

pero no habíamos tenido paperas. A mí me habían sacado un colmillo porque estaba creciendo encima de los demás dientes, y ella tenía la ventana. Y una vez situadas las singularidades y la historia de nuestros cuerpos, continuamos con los sucesos dramáticos o casi dramáticos de

nuestras familias. Ella era la pequeña y la única chica de la familia; yo, hija única. Yo tenía una tía que había muerto a consecuencia de la polio cuando todavía iba al instituto, y ella un hermano mayor en la armada. Porque estábamos en guerra, y ante la fogata del campamento canturreábamos «There'll Always Be an England», «Hearts of Oak», «Rule Britannia» y a veces «The Maple Leaf Forever». Los bombardeos,

medialuna de un pulgar deformada porque se lo había pillado con una

las batallas y los barcos hundidos eran el telón de fondo de nuestra vida, lejano y sin embargo constante. Y de vez en cuando recibíamos un golpe más de cerca, terrible pero solemne y estimulante, como cuando mataban a un chico de nuestro pueblo o nuestra calle, y la casa en la que había vivido, sin corona funeraria ni crespones, parecía adquirir un peso especial por dentro, el cumplimiento de un destino que la derribaba. Aunque no hubiera nada de particular, si acaso un coche ajeno a la casa aparcado en la acera, señal de que unos parientes o un sacerdote habían ido a acompañar a la afligida familia.

guerra y llevaba su reloj —o nosotras creíamos que era su reloj—prendido en la blusa. Nos habría gustado entristecernos y preocuparnos por ella, pero tenía una voz imperiosa y autoritaria, e incluso un nombre desagradable: Arva.

El otro telón de fondo de nuestras vidas, en el que se suponía que

Una de las monitoras del campamento había perdido a su novio en la

haría hincapié el campamento, era la religión, pero como oficialmente quien se encargaba de todo era la Iglesia Unida de Canadá, no se insistía tanto en ese tema como habría ocurrido con los baptistas, ni se le daba un tratamiento tan formal como el que le habrían dispensado los católicos o incluso los anglicanos. Los padres de la mayoría de nosotras pertenecían a la Iglesia Unida (aunque algunas de las chicas a quienes les pagaban las

la llamaban charla— después del desayuno. Incluso en la charla se hacían pocas alusiones a Dios o a Jesús y se hablaba más de la honestidad, la bondad y los pensamientos puros en nuestra vida cotidiana, y de la promesa de no beber ni fumar cuando fuéramos mayores. Nadie se oponía a este tipo de cosas ni intentaba escaparse, porque era a lo que estábamos habituadas y porque resultaba agradable sentarse en la playa bajo el sol

que empezaba a calentar, cuando aún hacía demasiado frío para querer

no se cuentan los lunares de la espalda ni comparan la longitud de los dedos de los pies, pero cuando se conocen y sienten una simpatía especial

Las mujeres mayores hacen lo mismo que Charlene y yo. A lo mejor

meterse en el agua.

vacaciones a lo mejor no pertenecían a ninguna), y al estar acostumbradas a su estilo sencillo y laico, ni siquiera nos dábamos cuenta de que se contentaban con solo las oraciones vespertinas, la bendición de la mesa antes de las comidas y la conversación especial de media hora —

y recíproca también sienten la necesidad de dar a conocer datos importantes de su vida y los grandes acontecimientos, públicos o privados, rellenando después los huecos entre medias. Si comparten esa cordialidad y ese entusiasmo es imposible que se aburran. Se reirán incluso de la trivialidad y la estupidez de lo que se cuentan, o ante la

auténtica maldad. Tiene que haber una gran confianza, por supuesto, pero esa

revelación de un terrible gesto de egoísmo, o decepción, o mezquindad o

confianza puede establecerse inmediatamente, en un instante.

Es algo que he observado. Supongo que empezó en los largos ratos alrededor de la fogata removiendo las gachas de mandioca o lo que fuera mientras los hombres tenían que privarse de la conversación en la

espesura para no poner sobre aviso a los animales salvajes. (Tengo formación de antropóloga, pero no ejerzo muy en serio.) Aunque he observado estas relaciones entre mujeres pero nunca he participado en ellas. No realmente. He fingido hacerlo porque parecía necesario, pero la defensiva.

Por lo general siento menos recelos con los hombres. No esperan

mujer de la que debía hacerme amiga siempre se lo olía y se ponía a la

tales intercambios y raramente les interesan de verdad. La intimidad a la que me refiero —con mujeres— no es erótica, ni

preerótica. Eso también lo he experimentado, antes de la pubertad. Entonces se hacen confidencias del mismo modo, probablemente contando mentiras, que pueden llevar a ciertos juegos, a cierto ardor momentáneo, con o sin excitación genital, seguidos de resentimiento,

rechazo, asco.

Charlene me habló de su hermano, pero con verdadera repugnancia.

Era el hermano que estaba en la armada. Un día entró en su habitación a

buscar el gato y él estaba haciéndoselo a su novia. No se llegaron a

enterar de que los había visto. Dijo que rebotaban mientras él subía y bajaba.

O sea, que rebotaban en la cama, dije.

No, dijo Charlene. Era la cosa de su hermano lo que rebotaba al entrar y salir. Era asqueroso. Repulsivo.

Y el trasero desnudo de su hermano, todo blanco, tenía granos.

Repulsivo.

Yo le hablé de Verna.

Hasta que cumplí los siete años mis padres vivieron en lo que se llamaba casa doble. Quizá todavía no se utilizara la palabra «adosada», y además la casa no estaba dividida en partes iguales. La abuela de Verna tenía alquiladas las habitaciones de atrás y nosotros las de delante. La

casa era alta, fea, sin adornos, y estaba pintada de amarillo. La ciudad donde vivíamos era demasiado pequeña para tener barrios diferenciados de manera significativa, pero supongo que, dentro de lo que cabe, esa casa representaba la línea divisoria entre lo aceptable y lo decididamente ruinoso. Me refiero a cómo eran las cosas justo antes de la Segunda

creo.)
Al ser profesor, mi padre tenía trabajo fijo, pero poco dinero. La calle iba decayendo detrás de nosotros entre las casas de los que no tenían

Guerra Mundial, al final de la Depresión. (Esa palabra no la conocíamos,

ni lo uno ni lo otro. La abuela de Verna debía de tener un poco de dinero, porque hablaba con desprecio de los que vivían del auxilio social. Creo que mi madre intentaba defenderlos, sin éxito, con el argumento de que ellos no tenían la culpa. Las dos mujeres no mantenían una especial

amistad pero sí una actitud cordial ante la distribución de la colada en las cuerdas.

La abuela se llamaba señora Home. De vez en cuando iba a verla un

señor, a quien mi madre se refería como el amigo de la señora Home.

No debes hablar con el amigo de la señora Home.

La verdad es que ni siquiera me dejaban jugar fuera cuando venía, así que no tenía muchas oportunidades de hablar con él. Tampoco recuerdo qué aspecto tenía, pero sí me acuerdo de su coche, azul oscuro, un Ford V-8. Me interesaban mucho los coches, probablemente porque

Y de repente vino Verna.

La señora Home decía que era su nieta, y no hay razón para suponer

nosotros no teníamos.

que no fuera cierto, pero nunca vi indicios de que hubiera una generación intermedia. No sé si la señora Home se marchó y volvió con Verna o si la trajo su amigo en el V-8. Apareció el verano antes de que yo empezara a

trajo su amigo en el V-8. Apareció el verano antes de que yo empezara a ir al colegio. No recuerdo que me dijera cómo se llamaba; no era comunicativa en el sentido normal de la palabra, y no creo que yo se lo preguntara. Desde el principio le tuve una aversión que no le había tenido a nadie. Decía que la odiaba, y mi madre preguntaba: pero ¿cómo es

posible, qué te ha hecho?

Pobrecilla.

Los niños utilizan la palabra «odiar» con diversos significados. A lo mejor quieren decir que están asustados. No que tengan miedo de que los

mayores que te cortaban el paso con su bicicleta en la acera y te gritaban de una forma tremenda. Lo que te asusta no es el daño físico —o no en mi caso, con Verna—, sino una especie de hechizo, de oscura intención. Es una sensación que tienes cuando eres muy pequeño incluso con las

vayan a agredir, como me pasaba a mí, por ejemplo, con ciertos chicos

fachadas de ciertas casas y algunos troncos de árbol, por no hablar de los sótanos llenos de moho o los armarios muy profundos.

Verna era bastante más alta que yo y no sé cuántos años mayor..., ¿dos, tres? Era flaca, de constitución tan delgada y con una cabeza tan

pequeña que me recordaba una serpiente. El pelo, fino, negro y lacio, le

caía sobre la frente. La piel de su cara me parecía tan descolorida como la portezuela de nuestra vieja tienda de campaña de lona, y sus mejillas se hinchaban como la portezuela de la tienda con el viento. Siempre tenía la vista torcida.

Pero creo que no resultaba especialmente desagradable, o eso pensaban otras personas. Mi madre incluso la consideraba guapa, o casi guapa (decía: «qué lástima, si podía ser guapa»). Según mi madre,

guapa (decía: «qué lástima, si podía ser guapa»). Según mi madre, tampoco su conducta tenía nada censurable. «Parece más pequeña de lo que es.» Una manera indirecta e inadecuada de decir que Verna no había aprendido a leer ni a escribir, a saltar a la comba ni a jugar a la pelota, y que tenía la voz ronca, sin modular, y que separaba las palabras de una forma rara, como si fueran pedazos de idioma que se le atragantaban.

Su forma de meterse conmigo y de echar a perder mis juegos solitarios era más propia de una niña mayor que de una pequeña, pero de una niña mayor sin gracia ni derechos, sin nada más que una resolución agotadora y la incapacidad de comprender que no querían saber nada de ella.

Hay que reconocer que los niños son monstruosamente convencionales, que rechazan de inmediato cualquier cosa diferente, fuera de su sitio, incontrolable. Y al ser hija única, me habían mimado (y

reñido) bastante. Era desgarbada, precoz, tímida, y estaba muy metida en

caramelos en la boca, riéndose sin ton ni son todo el rato. Todavía les tengo manía a las pastillas de menta. Como al nombre de Verna. No me recuerda la primavera, ni la hierba verde, ni guirnaldas de flores o chicas con vestidos ligeros. Me recuerda más bien un reguero persistente de baba verde, de menta.

Yo no me creía que a mi madre Verna le cayera tan bien. Pero por cierta hipocresía de su carácter, me parecía a mí, por una decisión que había tomado, a mi juicio para fastidiarme, mi madre fingía tenerle

lástima. Me decía que fuera amable. Al principio decía que Verna no se quedaría mucho tiempo y que cuando acabaran las vacaciones de verano volvería adondequiera que hubiera vivido antes. Después, cuando quedó claro que Verna no tenía adonde volver, me tranquilizaba asegurándome que nosotros nos mudaríamos pronto. Tenía que seguir siendo amable un

mis propios rituales y aversiones. Detestaba incluso la diadema de celuloide que a Verna se le escurría continuamente del pelo y las pastillas de menta con rayas verdes o rojas que no paraba de ofrecerme. La verdad es que no se limitaba a ofrecérmelas; intentaba agarrarme y meterme los

poquito más. (Lo cierto es que tardamos todo un año en mudarnos.) Al final perdió la paciencia y decía que se había llevado un chasco conmigo y que jamás habría pensado que tuviera tan mal carácter.

—¿Cómo puedes echarle la culpa a una persona por haber nacido

así? ¿Acaso tiene ella la culpa?

Para mí esto no tenía sentido. Si hubiera dispuesto de más recursos

para discutir podría haber argumentado que yo no le echaba la culpa de nada a Verna, sino que sencillamente no quería ni verla. Pero estaba claro que le echaba la culpa a ella. No dudaba que de algún modo ella era responsable. Y por mucho que dijera mi madre, hasta cierto punto coincidía con el sentir tácito de la época y el lugar en que me tocó vivir.

responsable. Y por mucho que dijera mi madre, hasta cierto punto coincidía con el sentir tácito de la época y el lugar en que me tocó vivir. Incluso los adultos sonreían, con una satisfacción incontenible y un aire de superioridad que todos parecían entender, cuando decían de alguien que era «un poco corto» o que «le faltaba un hervor». Y yo creía que, en

el fondo, a mi madre le pasaba lo mismo. Empecé a ir al colegio. Verna empezó a ir al colegio. A ella la

local y años más tarde lo demolieron. Había una esquina separada por una cerca en la que pasaban el recreo las alumnas instaladas en ese edificio. Entraban media hora más tarde que nosotros por la mañana y por la tarde salían media hora antes. No debíamos molestarlas durante el recreo, pero como ellas solían pegarse a la cerca para ver lo que pasaba en la otra zona del colegio, a veces las chicas corrían hasta allí gritando y blandiendo palos para asustarlas. Yo nunca me acercaba a esa esquina; apenas veía a

Verna. Era en casa donde todavía tenía que tratar con ella.

pusieron en una clase especial en un edificio especial, en una esquina de los jardines del colegio. En realidad era el edificio original del colegio del pueblo, pero en aquella época nadie se preocupaba por la historia

y yo fingía no saber que estaba allí. Después iba tranquilamente hasta el jardín delantero y ocupaba su posición en los escalones de la parte de la casa que me correspondía. Si yo quería entrar para ir al baño o porque tenía frío, debía pasar tan cerca que la rozaba y me arriesgaba a que ella me rozara.

Primero se plantaba en la esquina de la casa amarilla, a observarme,

No conocía a nadie capaz de quedarse más tiempo en el mismo sitio que ella, mirando la misma cosa. Por lo general mirándome a mí.

Yo tenía un columpio colgado de un arce, en el que me sentaba de cara a la casa o de cara a la calle. Es decir, o me sentaba mirando a Verna o sabía que ella me estaba mirando desde atrás y que podía venir a darme un empujón. Cosa que decidía hacer al cabo de un rato. Siempre me

empujaba torcida, pero eso no era lo peor. Lo peor era que sus dedos me apretaban la espalda. A través del abrigo y la ropa sus dedos parecían fríos hocicos. Otra cosa que hacía yo era construir casas de hojas.

Recogía con el rastrillo hojas secas del arce del columpio, las cargaba en brazadas y las tiraba al suelo y las distribuía formando la planta de una casa. Aquí el salón, ahí la cocina, allí un montón blando para la cama del

momento en que empezó a acercarse y a levantar un montón de hojas, que se desparramaban por todas partes debido a su indecisión o su torpeza. Y no las sacaba del montón de hojas que había, sino de la mismísima pared de mi casa. Las cogía, las llevaba en brazos un corto trecho y las dejaba caer —las tiraba— en medio de una de mis habitaciones ya arregladas.

Yo le gritaba que se estuviera quieta, pero ella se agachaba, recogía

dormitorio, y así todo lo demás. Yo no me había inventado ese pasatiempo; en el patio de las chicas se trazaban casas de hojas más extensas, e incluso se amueblaban un poco, en todos los recreos, hasta

bizquera y lo que a mí me parecía una expresión de perplejidad y superioridad (¿cómo podía considerarse superior?). Después llegó un

Al principio Verna se limitaba a observar lo que yo hacía, con su

que el conserje acababa por recoger y quemar las hojas.

su dispersa carga e, incapaz de sujetarla, la lanzaba aquí y allá, y cuando todas las hojas estaban en el suelo se ponía a darles patadas a lo tonto. Yo seguía gritándole que parara, pero no me hacía caso, o a lo mejor le parecía que la estaba animando. Así que yo agachaba la cabeza, me lanzaba contra ella y le daba un cabezazo en el estómago. Como yo no

llevaba sombrero, mi pelo tocaba su abrigo o su chaqueta de lana, y a mí me daba la impresión de haber rozado las cerdas de la piel de una barriga

dura y basta. Subía chillando y quejándome las escaleras de casa y cuando mi madre oía la historia, me ponía más furiosa aun al decirme: «Solo quiere jugar. No sabe cómo jugar».

El siguiente otoño nos instalamos en una casa nueva de una planta y ya no tenía que pasar por delante de la casa amarilla que tanto me

recordaba a Verna, como si la casa se hubiera apropiado de su cerrada malicia, su amenazante bizquera. La pintura amarilla me parecía el color mismo del insulto, y la puerta principal, descentrada, le daba un toque de deformidad.

Nuestra casa estaba a solo tres manzanas de la casa amarilla, cerca del colegio, pero la idea que yo tenía del tamaño y la complejidad del

hacer un recado. Yo no levanté la vista, pero me pareció oír una risita a modo de saludo o reconocimiento cuando pasamos a su lado.

La otra chica me dijo algo que me dejó horrorizada.

—Yo creía que era tu hermana —dijo.

—¿Qué?

—Bueno, como sabía que vivíais en la misma casa pensaba que teníais que ser de la misma familia. Por lo menos primas. ¿No sois primas?

-No.

pueblo aún era tal que a mí me parecía que podía librarme por completo de Verna. Me di cuenta de que no era verdad, o no del todo, cuando un día una compañera del colegio y yo nos topamos con ella en la calle principal. La madre de la una o de la otra debía de habernos mandado a

declarado en ruinas y las alumnas se trasladaron a la capilla de la Biblia, alquilada por el ayuntamiento los días de diario. Daba la casualidad de que la capilla de la Biblia estaba al otro lado de la calle, doblando la esquina, de la casa donde vivíamos mi padre, mi madre y yo. Verna podía haber ido al colegio por dos caminos, pero el que eligió pasaba por delante de nuestra casa. Y nuestra casa estaba a escasos metros de la acera, de modo que la sombra de Verna prácticamente podía proyectarse sobre nuestra puerta. Si le daba la gana podía dar patadas a las piedrecitas para que nos cayeran en el césped, y a menos que tuviéramos las

El viejo edificio en el que se impartían las clases especiales fue

Habían cambiado el horario de las clases especiales para que coincidiera con el horario del colegio normal, al menos por la mañana (las especiales seguían saliendo media hora antes por la tarde). Una vez instaladas en la capilla de la Biblia debieron de pensar que no hacía falta mantenerlas separadas de las demás de camino al colegio. Eso significaba que corría el riesgo de toparme con Verna en la calle. Yo siempre miraba

persianas bajadas podía asomarse a nuestro vestíbulo y nuestro salón.

echado el ojo. O eso creía yo. Como si hubiera un acuerdo entre nosotras que no podía describirse ni romperse. Algo que se pega, como el amor, si bien por mi parte parecía más bien verdadero odio.

Supongo que la odiaba como algunas personas detestan las serpientes, las orugas, los ratones o las babosas. Por ningún motivo aceptable. No porque pudiera causar ningún daño real sino por cómo te

en la dirección por la que ella podía venir, y si la veía volvía a toda velocidad a casa con la excusa de haber olvidado algo, o de que un zapato me estaba rozando un talón y tenía que ponerme un esparadrapo o de que se me había soltado una cinta del pelo. Yo ya no cometía la estupidez de hablar de Verna y tener que oír a mi madre decir: «Bueno, ¿y qué pasa?

¿Que qué pasaba? ¿Contaminación, infección? Verna iba bastante

limpia y estaba sana. Y cabían pocas posibilidades de que fuera a agredirme, a darme una paliza o a tirarme del pelo. Pero solo los adultos eran lo bastante imbéciles como para creer que no tenía poder. Y además, un poder dirigido concretamente contra mí. Era a mí a quien le había

¿De qué tienes miedo? ¿Es que te crees que te va a comer?».

Cuando le conté a Charlene lo de Verna ya nos habíamos adentrado en lo hondo de nuestras conversaciones, esas charlas que solo parecían interrumpirse cuando dormíamos o nadábamos. Verna no era una creación tan sólida ni tan gráficamente repugnante como el culo

granujiento y bombeante del hermano de Charlene, y recuerdo haber sido vaga al hablar del rechazo que me provocaba Verna. Pero luego la describí, y también mis sentimientos hacia ella, y no debió de salirme muy mal, porque un día, casi al final de nuestra estancia en el campamento, Charlene entró corriendo a mediodía en el comedor con la cara iluminada de horror y una extraña satisfacción.

—Está aquí. Está aquí. Esa chica. La chica espantosa. Verna. Está aquí.

las tazas en la repisa de la cocina para que se los llevaran y los fregaran las chicas a quienes les tocaba la cocina aquel día. Después nos pondríamos en fila para ir a la tienda de golosinas, que abría a la una todos los días. Charlene había ido corriendo al dormitorio a por dinero. Como era rica, pues su padre era el director de una funeraria, guardaba

descuidadamente su dinero en la funda de su almohada. Salvo para bañarme, yo no me desprendía nunca del mío. Todas las que podíamos permitírnoslo íbamos a la tienda después de comer, a comprar algo que nos quitara el sabor de los postres que detestábamos pero que siempre

Acabábamos de comer. Estábamos recogiendo y dejando los platos y

probábamos, solo para confirmar si eran tan asquerosos como esperábamos. Pudin de tapioca, blandengue manzana asada, natillas pegajosas. Cuando vi la expresión de Charlene, al principio pensé que le habían robado el dinero, pero después pensé que semejante contrariedad no habría transformado su expresión de tal manera, con aquella cara impresionada y alegre. ¿Verna? ¿Cómo podía estar allí? Era una confusión. Debía de ser viernes. Dos días más en el campamento; faltaban dos

especiales —allí también las llamaban especiales— a que pasaran el último fin de semana con nosotras. No muchas —unas veinte en total—, y no todas de mi pueblo, sino de otros cercanos. El caso es que mientras Charlene intentaba darme la noticia sonó un silbato y la monitora Arva se subió a un banco para hablarnos.

días para marcharnos. Y resulta que habían llevado un contingente de

Dijo que sabía que haríamos todo lo posible para que las visitas las nuevas campistas— se sintieran a gusto, y que habían traído sus tiendas y sus monitoras, pero que comerían, se bañarían y asistirían a la charla de la mañana con las demás. Estaba segura, añadió en su habitual tono de amonestación o reprensión, de que nos lo tomaríamos como una oportunidad de hacer nuevas amigas.

Tardaron un rato en armar las tiendas y distribuir a las nuevas

tiempo libre, la hora de descanso, compramos chocolatinas, barritas de regaliz o tofes en la tienda y fuimos a saborear las golosinas tumbadas en nuestras literas.

Charlene no paraba de decir:

campistas y sus cosas. A algunas no parecía interesarles; se pusieron a dar vueltas y tuvieron que gritarles e ir a buscarlas. Como teníamos

To de accesso a To de a

—¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta? Está aquí. No me lo puedo creer. ¿Crees que te ha seguido?

—Es probable.

—¿Crees que siempre podré esconderte como antes?

Cuando estábamos en la cola de la tienda de golosinas había agachado la cabeza y le había dicho a Charlene que se pusiera entre las especiales y yo mientras pasaban por nuestro lado. Miré a hurtadillas y

reconocí a Verna por detrás. Su cabeza colgante de serpiente.

—Deberíamos buscar algo con que disfrazarte.
Daba la impresión de que Charlene, por lo que le había contado, se

que como yo lo había descrito. Dejé que Charlene pensara lo que quisiera porque así resultaba más apasionante.

Verna no me vio inmediatamente, gracias a las complicadas maniobras que hacíamos Charlene y yo para esquivarla y quizá porque

había hecho la idea de que Verna me acosaba insistentemente. Y yo creía que era verdad, solo que el acoso había sido más sutil, más disimulado,

maniobras que hacíamos Charlene y yo para esquivarla y quizá porque estaba aturdida, como parecían estarlo la mayoría de las especiales, intentando comprender qué pintaban allí. Enseguida se las llevaron a su clase de natación, al otro extremo de la playa.

A la hora de la cena las metieron en el comedor mientras nosotras cantábamos.

Cuanto más unidos, unidos, cuanto más unidos estemos más felices seremos.

nosotras. Todas llevaban etiquetas con su nombre. Enfrente de mí había una chica llamada Mary Ellen algo, que no era de mi pueblo. Pero apenas había comenzado a alegrarme cuando vi a Verna en la mesa de al lado, más alta que sus vecinas pero por suerte sentada mirando en la misma dirección que yo, de modo que no pudo verme durante la comida.

Después las separaron con toda la intención y las colocaron entre

Era la más alta de todas ellas, y aun así no era tan alta; su presencia

no destacaba tanto como yo recordaba. Probablemente se debía a que yo había dado un estirón durante el último año, mientras que ella quizá había dejado de crecer. Después de la cena, cuando nos levantamos y recogimos los platos,

fui con la cabeza baja sin mirar hacia ella, y aun así noté que sus ojos se posaban en mí, que me reconocía, que ponía aquella sonrisita torcida tan suya y que soltaba su extraña risita gutural.

- —Te ha visto —dijo Charlene—. No mires. No mires. Yo me pongo entre tú y ella. No te pares.
 - —¿Viene hacia aquí?
 - —No. Está ahí quieta, mirándote.
 - —¿Sonríe?
 - —Algo así.
 - —No puedo mirarla. Vomitaría.

¿Me persiguió mucho durante el día y medio restantes? Charlene y yo empleábamos esa palabra, aunque la verdad es que Verna no se acercó a nosotras. «Perseguir». Tenía un tono adulto, jurídico. Vigilábamos continuamente, como si nos asediaran, o al menos a mí. Intentábamos no

perder de vista a Verna, y Charlene me informaba de su actitud y su expresión. Me arriesgué a mirarla un par de veces, cuando Charlene decía: «Venga. Ahora no se dará cuenta».

Entonces Verna me pareció un tanto alicaída, o triste,

la playa o al camino de arena que desembocaba en la carretera. Después se convocó una reunión y nos pidieron que estuviéramos pendientes de nuestras nuevas amigas, que no conocían tan bien aquel sitio. Charlene me dio un codazo en las costillas al oírlo. Naturalmente, ella no había notado ningún cambio en aquella Verna, ni que tuviera menos confianza en sí misma, ni siquiera que hubiera disminuido de tamaño, y me

informaba continuamente de su expresión astuta y malvada, de sus gestos amenazadores. Y quizá tuviera razón; quizá Verna viera en Charlene, aquella nueva amiga y guardaespaldas que tenía yo, aquella desconocida, alguna señal de que allí todo había cambiado y se había vuelto incierto, y

desconcertada, como si, igual que la mayoría de las especiales, se sintiera perdida y no acabara de comprender dónde estaba ni qué hacía allí. Algunas de ellas —pero no Verna— habían montado un alboroto cuando se escaparon al bosque de pinos, cedros y álamos del acantilado detrás de

—¿Qué les pasa? —Tiene los dedos más largos que he visto en mi vida. Podría rodearte el cuello con ellos y estrangularte. Claro que podría. ¿No sería espantoso estar con ella en una tienda de campaña por la noche?

—No me habías contado lo de sus manos —dijo Charlene.

por eso fruncía el ceño, aunque yo no lo vi.

Dije que sí. Espantoso. —Pero las que están en su tienda son demasiado tontas para darse

cuenta.

Algo cambió aquel último fin de semana; en el campamento había un ambiente completamente distinto. Nada drástico. El gong del comedor

anunció las comidas a la hora debida y lo que nos dieron de comer no mejoró ni empeoró. Dedicamos el mismo tiempo al descanso, a jugar y bañarnos. La tienda de golosinas abrió como de costumbre, y nos

reunieron para la charla igual que siempre. Pero reinaba una creciente atmósfera de inquietud y falta de atención. Se percibía incluso en las monitoras, que ya no tenían en la punta de la lengua las reprimendas ni ser campistas no existían los campistas de verdad? En parte sí. Pero en parte se debía a que se aproximaba el momento en que todo aquello acabaría, se rompería la rutina, nuestros padres irían a buscarnos para reanudar la vida de siempre, y las monitoras volverían a ser personas normales, ni siquiera profesoras. Vivíamos en un decorado que estaban a

punto de desmontar, y con él, todas las amistades, aversiones y rivalidades que habían ido creciendo durante las dos últimas semanas.

¿Sería porque al ver a las especiales pensaríamos que si ellas podían

Teatro.

las palabras de aliento de siempre y que se te quedaban mirando unos segundos como si intentaran recordar qué solían decir. Y todo parecía haber empezado con la llegada de las especiales. Su presencia había cambiado el campamento. Hasta entonces había sido un campamento de verdad, con normas, restricciones y placeres establecidos, inevitables como el colegio o cualquier aspecto de la vida de una niña, y de repente había empezado a desmoronarse, a revelar su carácter provisional.

¿Quién diría que habían sido solamente dos semanas? Nadie sabía cómo expresarlo, pero entre nosotras se extendió una especie de lasitud, de malhumor y aburrimiento, e incluso el tiempo reflejaba esa sensación. Probablemente durante las dos últimas semanas no había hecho calor y sol todos los días, pero la mayoría de nosotras sin duda nos marcharíamos con esa impresión. Y el domingo por la mañana hubo un cambio. Mientras asistíamos a las oraciones al aire libre (era lo

que hacíamos los domingos en lugar de la charla) se oscurecieron las nubes. La temperatura no varió -si acaso, aumentó-, pero en el aire flotaba lo que algunos llaman olor a tormenta. Y sin embargo, qué calma.

Las monitoras e incluso el sacerdote, que venía los domingos desde el pueblo más cercano, de vez en cuando miraban el cielo, recelosos. Cayeron unas gotas, y nada más. Cuando la ceremonia tocó a su fin

no se había desencadenado la tormenta. Las nubes se aclararon un poco, no tanto como para augurar que fuera a asomar el sol, pero sí lo postigos de la tienda de golosinas. Nuestros padres empezarían a llegar poco después de mediodía para llevarnos a casa, y el autobús vendría a por las especiales. Ya habíamos guardado la mayoría de nuestras cosas, las sábanas estaban quitadas y las ásperas mantas marrones, que siempre parecían húmedas, dobladas a los pies de cada catre.

suficiente para no tener que suspender el último baño. Después no habría almuerzo; habían cerrado la cocina tras el desayuno. No se abrirían los

El dormitorio, aunque estaba lleno de chicas, todas charlando y poniéndonos los trajes de baño, desvelaba su carácter pasajero y sombrío. Lo mismo ocurría con la playa. Daba la impresión de que había

menos arena que de costumbre, y más guijarros. Y la arena que había parecía gris, y el agua, fría, aunque en realidad estaba bastante caliente. Sin embargo, se había apagado nuestro entusiasmo por bañarnos y casi todas nos limitábamos a ir de un lado para otro. Las monitoras de natación —Pauline y la señora de mediana edad que se encargaba de las

especiales— tuvieron que llamarnos al orden batiendo palmas. —¡Vamos! ¿A qué esperáis? Es la última oportunidad que tendréis este verano.

este verano.

Había algunas buenas nadadoras, que salían disparadas hacia la plataforma. Y todas las nadadoras pasables —entre ellas Charlene y yo—

debíamos nadar hasta la plataforma al menos una vez, dar la vuelta y regresar para demostrar que éramos capaces de nadar como mínimo un par de metros por donde cubría. Pauline normalmente nadaba hasta allí de inmediato y se quedaba un rato vigilando por si alguien se encontraba en apuros y también para comprobar que todas las que tenían que nadar lo

de inmediato y se quedaba un rato vigilando por si alguien se encontraba en apuros y también para comprobar que todas las que tenían que nadar lo habían hecho. Sin embargo, aquel día habían salido menos nadadoras de lo normal hacia donde tenían que ir, e incluso Pauline, después de los primeros gritos de ánimo o impaciencia —para que todas por lo menos se

lo normal hacia donde tenían que ir, e incluso Pauline, después de los primeros gritos de ánimo o impaciencia —para que todas por lo menos se lanzaran al agua—, se limitaba a mantenerse a flote dando vueltas alrededor de la plataforma, riendo y bromeando con las nadadoras más fieles y expertas. La mayoría de nosotras seguíamos chapoteando en los

nos desplomábamos y avanzábamos un poco a braza o de espaldas sin que nadie nos dijera que nos dejáramos de tonterías. Intentábamos ver cuánto tiempo podíamos mantener los ojos abiertos debajo del agua y de repente nos lanzábamos sigilosamente la una encima de la espalda de la otra. A nuestro alrededor muchas chicas chillaban y reían haciendo lo mismo.

Algunos padres u otras personas que iban a recoger campistas habían llegado temprano, mientras nos bañábamos, y dieron a entender que no tenían tiempo que perder, de modo que estaban llamando a sus hijas para

más. Habíamos ingresado en las filas de las torpes y hacíamos el muerto,

A Charlene y a mí el agua probablemente nos llegaba al pecho, no

diciéndoles: «¿A que es divertido?».

bajíos; después nadábamos unos metros, nos poníamos de pie y nos salpicábamos unas a otras o hacíamos el muerto, como si ya no nos apeteciera nadar. La señora encargada de las especiales estaba de pie donde el agua apenas le llegaba a la cintura —la mayoría de las especiales no pasaban de donde les llegaba a las rodillas— y no se había mojado la parte superior del bañador de flores con faldita. Estaba agachada, salpicando con las manos a las niñas a su cargo, riendo y

—Mira, mira —dijo Charlene, o más bien farfulló, porque yo la había empujado debajo del agua y acababa de salir, chorreando y escupiendo.
 Miré, y era Verna que venía hacia nosotras, con un gorro de goma

que salieran del agua, lo que contribuyó al griterío y la confusión.

Miré, y era Verna que venía hacia nosotras, con un gorro de goma azul claro, golpeando el agua con sus largos dedos y sonriendo, como si de repente le hubieran restituido sus derechos sobre mí.

No he seguido en contacto con Charlene. Ni siquiera recuerdo cómo nos despedimos. Si es que nos despedimos. Tengo la idea de que nuestros respectivos padres llegaron más o menos al mismo tiempo, que nos metimos en coches distintos y nos entregamos a nuestras antiguas vidas (¿qué otra cosa podíamos hacer?). Seguro que el coche de los padres de

La boda se había celebrado en Guelph. El novio era natural de Toronto y licenciado por Osgoode Hall. Era bastante alto, o Charlene se había quedado bastante baja. Ella apenas le llegaba al hombro, incluso con el pelo recogido, apretado y brillante como un casco, al estilo de la época. El peinado hacía que su cara pareciese estrujada e insignificante, pero me dio la impresión de que llevaba los ojos muy perfilados, al estilo

de Cleopatra, y los labios pálidos. Aunque parezca grotesco, entonces era lo que gustaba. Lo único que me recordaba a Charlene de niña era el

La novia había estudiado en St. Hilda's College, en Toronto.

Charlene no era tan destartalado, ruidoso y tan inseguro como el de mis padres, pero aunque no hubiera sido así no se nos habría ocurrido hacer que nuestras dos familias se conocieran. Todo el mundo, incluso nosotras, debía de tener prisa por marcharse, por dejar atrás las continuas broncas por los objetos perdidos o por quién había encontrado a sus

Años más tarde vi un retrato de boda de Charlene, por casualidad.

Era una época en la que aún se publicaban las fotos de boda en la prensa, no solo en los pueblos, sino en las ciudades. La vi en un periódico de Toronto que estaba hojeando mientras esperaba a un amigo en una

familiares y quién no o por quién había subido al autobús.

cafetería de Bloor Street.

gracioso bultito de la barbilla.

Así que debió de estar en Toronto, asistiendo a Saint Hilda's, mientras yo estaba en la misma ciudad, asistiendo al University College. Quizá habíamos paseado al mismo tiempo por los mismos senderos o calles del campus. Y jamás coincidimos. No creía que si Charlene me hubiera visto me habría evitado. Yo no habría evitado hablar con ella. Naturalmente, yo me habría considerado una estudiante más seria al

descubrir que ella iba a Saint Hilda's. Mis amigos y yo la teníamos por una universidad para señoritas. Entonces yo hacía un posgrado de antropología. Había decidido no

casarme, pero no descartaba tener amantes. Llevaba el pelo largo y liso;

mis amigas y yo nos anticipábamos al estilo hippy. Mis recuerdos de infancia eran mucho más distantes, desvaídos y nimios de lo que parecen ahora.

Podría haber escrito a Charlene a la dirección de sus padres en

Guelph, que figuraba en el periódico, pero no lo hice. Me habría parecido el colmo de la hipocresía felicitar a una mujer por su matrimonio.

Pero ella sí me escribió, quizá quince años después. A la dirección

Pero ella sí me escribió, quizá quince años después. A la dirección de mis editores.

ver tu nombre en la revista *Macleans*. Y me fascina pensar que has escrito un libro. Todavía no lo he comprado porque hemos estado de vacaciones, pero tengo intención de hacerlo —y de leerlo— en cuanto pueda. Estaba hojeando las revistas que se habían acumulado en nuestra ausencia cuando me llamaron la atención tu fotografía y la crítica, muy interesante. Y entonces pensé que tenía que escribirte para felicitarte.

A lo mejor estás casada pero utilizas el apellido de soltera

Mi vieja amiga Marlene. Qué emoción y alegría sentí al

para escribir. A lo mejor tienes familia... Escribe y cuéntamelo todo. Desgraciadamente, yo no tengo hijos, pero siempre estoy ocupada con trabajos de voluntariado, con la jardinería y navegando con Kit (mi marido). Siempre hay algo que hacer. Actualmente colaboro con la dirección de la biblioteca y les voy a retorcer el cuello si no han pedido ya tu libro.

Mi enhorabuena otra vez. Reconozco que me sorprendió un poco, pero no demasiado, porque siempre había pensado que podías hacer algo especial.

Tampoco entonces me puse en contacto con ella. Me pareció que no tenía sentido. Al principio no me fijé en la palabra «especial» del final de la carta, pero cuando más tarde pensé en ello me dio un pequeño

palabra no significaba nada. El libro al que se refería había surgido de una tesis que intentaron disuadirme de escribir. Yo seguí adelante y escribí otra tesis, pero volví a

escalofrío. Sin embargo, me dije, y sigo creyéndolo así, que para ella la

la primera como una especie de pasatiempo en mis ratos libres. Desde entonces había colaborado en un par de libros, como se esperaba que hiciese, pero ese libro en solitario es el único que me granjeó una pequeña oleada de consideración por parte del público no especializado (y huelga decir que cierto rechazo de mis colegas). Está agotado. Se

llamaba Idiotas e ídolos, un título que hoy no pondría jamás y que incluso entonces les dio un poco de miedo a mis editores, aunque reconocieron que tenía gancho. Lo que yo intentaba investigar es la actitud de los pueblos de diversas culturas —no me atrevo a usar la palabra «primitivas» para

describirlas—, la actitud hacia las personas mental o físicamente excepcionales. Palabras como «deficientes», «discapacitadas» o

«retrasadas» habían quedado, por supuesto, relegadas al cubo de la basura, probablemente por una buena razón: no solo porque tales palabras pueden denotar una postura cruel y de superioridad, sino porque no son realmente descriptivas. Esas palabras desdeñan en gran medida lo que estas personas tienen de extraordinario, incluso de imponente, o al menos de particularmente poderoso. Y lo interesante fue descubrir cierto grado de veneración y persecución, y la atribución, no por completo errónea, de una serie de aptitudes consideradas sagradas, mágicas, peligrosas o valiosas. Aproveché lo mejor posible las investigaciones históricas y

contemporáneas y me interesé por la poesía, la narrativa y, por supuesto, las costumbres religiosas. Naturalmente, en mi profesión me criticaron por ser demasiado literaria y por haber sacado todos los datos de los libros, pero entonces no podía correr mundo; no me habían concedido ninguna beca.

Evidentemente, veía una conexión, una conexión que pensé que

que haya tenido infinidad de amantes, o que quiera considerarlos a todos amantes. Como la mayoría de las mujeres de mi edad que no han vivido un matrimonio monógamo, sé cuántos son. Dieciséis. Estoy segura de que muchas mujeres más jóvenes habrán llegado a esa cantidad antes de los treinta, o incluso antes de los veinte. (Claro que cuando recibí la carta de

Charlene debían de ser menos. Francamente, no me voy a poner a calcularlo ahora.) Tres de ellos fueron importantes, y los tres se cuentan cronológicamente entre los seis primeros. Lo que quiero decir con «importantes» es que con esos tres —bueno, no, solo con dos; el tercero significó mucho más para mí que yo para él—, con esos dos llegó el

quizá Charlene también llegaría a ver. Es curioso lo lejano y poco importante que me parecía aquello entonces; solo un punto de partida, como todo lo relacionado con la infancia. Y es que ya había recorrido el

expresión. Poco menos que «solterona», que suena tan triste y tan casto. Y sumamente improcedente en mi caso. Cuando vi la fotografía de la boda de Charlene ya no era virgen, y supongo que ella tampoco. No es

«Apellido de soltera», decía Charlene. Hacía tiempo que no oía esta

viaje, hasta la meta de la edad adulta. De la seguridad.

momento en que quieres romperte, entregar algo más que tu cuerpo, abandonarte a la seguridad de meter tu vida entera en el mismo saco que la suya.

Logré evitarlo, pero me costó.

Así que parece que no estaba totalmente convencida de esa

Así que parece que no estaba totalmente convencida de esa seguridad.

No hace mucho recibí otra carta. Me la remitían de la universidad en la que daba clase antes de jubilarme. La encontré al volver de un viaje a la Patagonia. (Me he convertido en una viajera infatigable.) Estaba

fechada más de un mes antes.

Una carta mecanografiada, circunstancia por la que el remitente se disculpaba inmediatamente.

«Mi letra es deplorable», decía, y continuaba presentándose como el marido de «su vieja amiguita de la infancia, Charlene». Añadía que sentía muchísimo tener que comunicarme malas noticias.

cáncer le había empezado en los pulmones y se había extendido al hígado. Lamentablemente, había fumado toda su vida. Le quedaba muy poco tiempo. No le había hablado de mí con frecuencia, pero cuando lo había hecho en el transcurso de los años, siempre había sido para alegrarse de mis grandes logros. Él sabía en cuánta estima me tenía y ahora, al final de su vida, parecía empeñada en verme. Le había pedido que me buscara. Quizá porque los recuerdos de la infancia son los más

Charlene estaba en el Princess Margaret Hospital de Toronto. El

Bueno, es muy probable que haya muerto, pensé.
Pero si ha muerto —así me lo planteé—, no hay ningún riesgo en ir al hospital y preguntar. Así mi conciencia o como quiera llamarse se quedaría tranquila. Escribiría una nota al marido diciéndole que desgraciadamente había estado fuera, pero que había ido lo antes posible.

No. Una nota no. Igual se presentaba de repente para darme las

importantes, decía. Los afectos de la infancia. Una fuerza sin igual.

manera distinta, lo de «grandes logros».

El Princess Margaret Hospital queda a pocas manzanas de mi edificio. Me acerqué allí un día soleado de primavera. No sé por qué no me limité a llamar por teléfono. Quizá quería pensar que había hecho

gracias. La palabra «amiguita» me molestaba. Y también, aunque de una

todos los esfuerzos posibles. En la recepción me enteré de que Charlene seguía con vida. Cuando

me preguntaron si quería verla no supe decir que no.

Subí en el ascensor pensando que siempre podía volverme antes de llagar al mostrador do enformería de la planta donde estaba Charleno. O

llegar al mostrador de enfermería de la planta donde estaba Charlene. O dar media vuelta y bajar en el siguiente ascensor. La recepcionista no se daría cuenta de que me marchaba. En realidad, no habría advertido mi

persona de la fda, y además, si se hubiera dado cuenta, ¿a quién le habría importado? Supongo que me habría avergonzado. No tanto por mi falta de sentimientos como por mi falta de fortaleza.

marcha ya que al cabo de un instante puso su atención en la siguiente

Me detuve ante el mostrador de enfermería y me dijeron el número de la habitación.

Era una habitación privada, bastante pequeña, sin aparatos

impresionantes ni flores ni globos. Al principio no vi a Charlene. Una enfermera estaba inclinada sobre una cama en la que, aparte de un montón de sábanas, no parecía haber nadie. El hígado dilatado, pensé, y

también que ojalá hubiera huido a tiempo. La enfermera se enderezó, se volvió y me sonrió. Era una mujer rechoncha de piel oscura con una voz dulce y seductora que quizá indicaba que era antillana.

—Usted es el Marlín —dijo. Había algo en aquella palabra que por lo visto le encantaba.

—Tenía tantas ganas de que viniera. Puede acercarse más.

Obedecí y vi un cuerpo hinchado, una cara afilada y estragada y un

demasiado ancha. Unos ricitos apretados —aún castaños— de unos cinco centímetros de largo en la cabeza. Ni asomo de Charlene.

cuello de pollo al que la bata del hospital le quedaba como un kilómetro

Yo ya había visto el rostro de algún moribundo. Las caras de mi padre y de mi madre, incluso la cara del hombre al que había tenido

miedo de amar. No me sorprendió. —Está durmiendo —dijo la enfermera—. Tenía tantas esperanzas de que viniera usted...

—¿No está inconsciente?

—No. Pero duerme.

Sí, lo vi en ese momento, un rastro de Charlene. ¿Qué era? Tal vez un tic, la juguetona mueca de confianza en la comisura de los labios.

La enfermera me hablaba en su tono dulce y alegre.

-No sé si la reconocerá -dijo-. Pero estaba esperando que viniera. Hay algo para usted.

—¿Se despertará?

Se encogió de hombros.

—Tenemos que ponerle inyecciones para el dolor con mucha frecuencia. —Estaba abriendo el cajón de la mesilla—. Tome. Me dijo que se lo diera a usted si era demasiado tarde para ella. No quería que se lo diera su marido. Ahora que está usted aquí, se alegrará.

Un sobre cerrado con mi nombre escrito en temblorosas mayúsculas. —El marido no —dijo la enfermera con un destello en los ojos y

luego una amplia sonrisa. ¿Se olía algo ilícito, un secreto entre mujeres, un antiguo amor?

—Vuelva mañana. ¿Quién sabe? Ya se lo diré a ella, si es posible.

Leí la nota en cuanto bajé al vestíbulo. Charlene había conseguido escribir con letra casi normal, no de forma descontrolada como en el sobre. Desde luego, quizá había escrito la nota primero y la había metido en el sobre, y después había cerrado el sobre y lo había dejado allí, pensando que me lo daría ella misma. Hasta pasado un tiempo no debió de comprender la necesidad de poner mi nombre.

> Marlene. Escribo esto por si llega un momento en que no pueda hablar. Por favor, haz lo que te pido. Por favor, ve a Guelph, a la catedral, y pregunta por el padre Hofstrader. La catedral de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Es tan grande que no hace falta el nombre. El padre Hofstrader. Él sabrá qué hacer. No se lo puedo pedir a C. y no quiero que se entere jamás. El padre H. lo sabe. Se lo he pedido y me ha dicho que es posible ayudarme. Marlene, hazlo, por favor. Muchísimas gracias. No tiene nada que ver contigo.

C. debe de ser su marido. Él no lo sabe. Claro que no lo sabe. El padre Hofstrader.

más soleados.

Nada que ver conmigo.

Yo era libre de coger la nota y tirarla toda arrugada en cuanto saliera a la calle. Y eso hice. Tiré el sobre y dejé que el viento lo arrastrara hasta la alcantarilla de University Avenue. Después me di cuenta de que la nota no estaba en el sobre; seguía en mi bolsillo.

No pensaba volver al hospital. Y no pensaba ir a Guelph.

Su marido se llamaba Kit. Entonces lo recordé. Iban a navegar.

Christopher. Kit. Christopher. C. Cuando volví al edificio de mi casa me vi bajando en el ascensor al

garaje en lugar de subir a mi apartamento. Vestida tal como iba entré en el coche, salí a la calle y me dirigí a la autopista Gardiner.

La autopista Gardiner, carretera 427, carretera 401. Era hora punta, un mal momento para salir de la ciudad. Detesto conducir así; no lo hago

a menudo y no me siento segura. Llevaba menos de medio depósito de

gasolina y encima tenía que ir al baño. En Milton podía salir de la carretera, llenar el depósito, ir al servicio y recapacitar, pensé. De momento no podía hacer más que lo que estaba haciendo; ir hacia el norte

y después al oeste. No dejé la carretera. Pasé la salida de Mississauga y después la de Milton. Vi una señal que indicaba los kilómetros que me quedaban hasta

Guelph y los traduje mentalmente a millas, como tengo que hacer siempre, y calculé que tendría suficiente gasolina. La excusa que me puse para no detenerme fue que el sol iría bajando y me molestaría más, ahora que estaba dejando atrás la neblina que cubre la ciudad incluso en los días

Cuando paré después de la salida de Guelph bajé, y fui a los servicios de señoras con las piernas rígidas y temblorosas. Luego llené el depósito de gasolina y al pagar pregunté por la catedral. No me dieron unas indicaciones muy claras pero me dijeron que estaba en una cuesta

Por supuesto, no era verdad, aunque la veía casi desde todas partes. Una serie de delicadas agujas que surgían de cuatro magníficas torres. Un edificio hermoso, cuando yo me lo esperaba simplemente grandioso.

También era grandioso, por supuesto, una catedral espléndida e imponente para una ciudad bastante pequeña (aunque alguien me dijo

más tarde que en realidad no era una catedral).

¿Sería allí donde se había casado Charlene?

muy empinada y que la encontraría desde cualquier punto del centro de la

ciudad.

comunidades protestantes. Y además, había que tener en cuenta que C. no lo sabía. A lo mejor Charlene se había convertido en secreto. Desde entonces. Al final conseguí llegar al aparcamiento de la catedral, y me quedé

allí sentada preguntándome qué debía hacer. Llevaba pantalones y chaqueta. Tenía una idea de cómo había que ir para entrar en una iglesia

Unida, en el que no había ninguna chica católica, aunque sí de diversas

No. Claro que no. La habían enviado a un campamento de la Iglesia

católica —una catedral católica— tan anticuada que no estaba segura de que mi atuendo fuera el adecuado. Intenté recordar las visitas a grandes iglesias europeas. ¿Había que llevar los brazos tapados? ¿Pañuelo en la cabeza, falda?

Qué silencio tan elevado, tan luminoso, en aquella colina. Abril, los árboles todavía sin ninguna hoja, aunque el sol seguía muy alto en el cielo. Había un pequeño montículo de nieve gris como el pavimento del aparcamiento de la iglesia.

La chaqueta que llevaba era demasiado ligera para la noche, o quizá hiciera más frío y más viento allí que en Toronto.

Podía muy bien ser que el edificio estuviera cerrado a esa hora, cerrado y vacío.

Las grandiosas puertas así lo parecían. Ni siquiera me molesté en subir la escalera para comprobarlo, porque decidí seguir a una pareja de la calle y pasaron por delante de esos escalones hacia una entrada más comoda en un lateral del edificio.

Dentro había más gente, quizá dos o tres docenas de personas, pero no daba la impresión de que se reunieran para asistir a un servicio

religioso. Estaban dispersas por los bancos, algunas arrodilladas y otras

viejas —viejas como yo— que acababan de ascender el largo tramo desde

charlando. Las mujeres que iban delante de mí metieron la mano en la pila de mármol sin siquiera mirarla y le dijeron hola —sin apenas bajar la voz— a un hombre que estaba colocando cestas sobre una mesa.

—Fuera parece que hace mucho más calor del que en realidad hace —dijo una de las mujeres, y el hombre dijo que el viento te podía echar a

volar.

Reconocí los confesonarios. Como pequeñas casas de campo o grandes casas de muñecas de estilo gótico, con muchas tallas de madera oscura, cortinas marrón oscuro. Todo lo demás resplandecía, deslumbraba. El alto techo abovedado de un azul infinitamente celeste,

las bóvedas más bajas —las que se unían con los muros rectos—decoradas con imágenes sagradas en medallones dorados. Los vitrales heridos por el sol a aquella hora del día se transformaban en columnas de joyas. Pasé discretamente por una de las naves laterales, intentando ver el altar, pero el presbiterio, que estaba en el muro occidental, era demasiado brillante para mirarlo. Sin embargo, encima de los ventanales vi ángeles pintados. Coros de ángeles, topues y puros como la luz.

pintados. Coros de ángeles, tenues y puros como la luz.

Era un lugar que imponía, pero nadie parecía abrumado por eso. Las señoras parlanchínas siguieron con su charla, en voz baja pero no en susurros. Y tras inclinar la cabeza y santiguarse con seriedad, varias

personas se arrodillaron y se pusieron a lo suyo.

Como yo debía haberme puesto a lo mío. Miré a mi alrededor, buscando a un sacerdote, pero no había ninguno a la vista. Los sacerdotes, como la otra gento, tienen su jornada laboral. Han do volver a casa

como la otra gente, tienen su jornada laboral. Han de volver a casa, sentarse en el salón, en el despacho o en la leonera, encender la televisión

Tendría que preguntar a alguien. El hombre que había dispuesto las cestas no parecía estar allí por motivos puramente personales, pero tampoco tenía aspecto de acomodador. Nadie necesitaba un acomodador. Cada cual decidía dónde sentarse —o arrodillarse— y algunos se levantaban y cambiaban de sitio, quizá porque les molestaba el desaforado resplandor del sol. Le hablé en un susurro, por la costumbre de cuando iba a una iglesia, y tuvo que pedirme que se lo repitiera. Perplejo o avergonzado, señaló temblorosamente con la cabeza uno de los

-No, no. Solo quiero hablar con un sacerdote. Me envían a hablar

El señor de las cestas desapareció por el otro extremo de la nave y

y aflojarse el alzacuellos. Servirse una copa, pensando en si tendrán algo decente para cenar. Cuando iban a la iglesia era con carácter oficial. Con

U oír en confesión. Pero entonces nunca se sabe cuándo están allí.

sus vestiduras, preparados para oficiar una ceremonia. ¿La misa?

confesonarios. Tuve que explicarme con precisión y persuasión.

con un sacerdote. El padre Hofstrader.

movimientos rápidos, con traje negro de paisano.

¿No entran y salen de sus cubículos enrejados por una puerta privada?

Me hizo señas para que lo siguiera a una habitación en la que yo no había reparado —en realidad no era una habitación; entramos por un arco, no una puerta— en la parte trasera de la iglesia. —A ver si podemos hablar aquí —dijo, y sacó una silla para mí. —Padre Hofstrader...

volvió al cabo de un ratito con un sacerdote joven y robusto de

—No, no, yo no soy el padre Hofstrader. El padre Hofstrader no está, tiene vacaciones.

Durante unos momentos no supe cómo seguir. —Haré cuanto esté en mi mano para ayudarla.

—Hay una mujer —dije—, una mujer que se está muriendo en el

Princess Margaret Hospital de Toronto...

—Sí, sí. Conocemos el Princess Margaret Hospital.

—¿Cuándo ha hablado con ella? Tuve que explicarle que no había hablado con ella, que estaba dormida, y que me había dejado una nota. —Pero ¿no sabe si es católica? El sacerdote tenía una calentura abierta en la comisura de los labios.

—Me ha pedido..., tengo una nota suya... Quiere ver al padre

—No lo sé. No sé si es católica. Es de aquí, de Guelph. Es una amiga

Debía de dolerle al hablar. —Creo que sí, pero su marido no, y no sabe que ella lo es. Ella no quiere que lo sepa.

Lo dije con la esperanza de aclarar las cosas, aun sin tener la certeza de que fuera verdad. Me daba la impresión de que el sacerdote iba a desinteresarse inmediatamente del asunto.

—El padre Hofstrader debe de saberlo —dije. —¿Y usted no ha hablado con ella?

—¿Es feligresa de esta parroquia?

a la que no veía desde hacía mucho tiempo.

medicaban continuamente y que estaba segura de que tenía momentos de lucidez. También insistí en eso porque me pareció necesario.

Le dije que estaba bajo los efectos de la medicación, pero no la

—Es que si se quiere confesar, puede acudir a los sacerdotes que hay

en el Princess Margaret. No se me ocurría qué añadir. Saqué la nota, la alisé y se la di. Vi que la letra no era tan clara como me había parecido. Era solo legible en

comparación con la del sobre. El sacerdote puso cara de agobio.

—¿Quién es C.?

—Su marido.

Hofstrader.

Me preocupaba que preguntara el apellido del marido, para ponerse en contacto con él, pero preguntó el de Charlene. Cómo se llama esta comprensible, su recado más urgente. —¿Por qué necesita al padre Hofstrader? —Creo que se trata de algo especial. —Todas las confesiones son especiales. Hizo un movimiento como para levantarse, pero yo me quedé donde estaba. Él volvió a sentarse. —El padre Hofstrader está de vacaciones, pero no se ha marchado de la ciudad. Podría llamarlo por teléfono y preguntarle, si usted se empeña. —Sí, por favor. —No me gusta tener que molestarlo. No se encuentra bien. Dije que si no se encontraba en condiciones de conducir hasta Toronto lo llevaría vo. —Podemos encargarnos de su transporte en caso necesario. Miró a su alrededor y no vio lo que quería; desprendió una pluma de su bolsillo y debió de pensar que el lado en blanco de la nota sería suficiente para escribir. —A ver si he entendido bien el nombre. Charlotte... —Charlene. ¿No me tentó tanta palabrería? ¿Ni una sola vez? Podría haberme abierto, tener la sensatez de abrirme, al vislumbrar el perdón, inmenso aunque engañoso. Pero no. Esas cosas no son para mí. Lo hecho, hecho está. A pesar de los coros de ángeles y las lágrimas de sangre.

Me quedé sentada en el coche sin pensar en encender el motor,

Me extrañó recordar el apellido, y me tranquilicé un instante porque

parecía católico. Eso significaba, claro, que quizá el católico era el marido, pero el sacerdote podía llegar a la conclusión de que el marido no era practicante, en cuyo caso el secreto de Charlene sería más

mujer, dijo.

—Charlene Sullivan.

noche, si no me veía con fuerzas para conducir. En la mayoría de los hoteles te proporcionaban un cepillo de dientes o tenían una máquina donde podías comprarlo. Sabía lo que era necesario y posible, pero de momento no me sentía con suficientes fuerzas.

considerable de la orilla del lago. Y sobre todo de nuestro campamento, de modo que las olas que provocaban no nos impidieran nadar. Pero la última mañana, aquella mañana de domingo, un par de ellas iniciaron una carrera y se acercaron trazando círculos, hasta la plataforma no, por supuesto, pero sí lo suficiente para producir olas. La plataforma se

En teoría, las lanchas a motor debían quedarse a una distancia

aunque hacía un frío tremendo. No sabía qué hacer. Es decir, sabía qué podía hacer. Llegar a la carretera e incorporarme al eterno y brillante flujo de coches en dirección a Toronto. O buscar un sitio donde pasar la

balanceó, y la voz de Pauline se alzó en un grito de reproche y consternación. Las lanchas hacían tanto ruido que los pilotos no podían oírla, y de todos modos ya habían provocado una gran ola que se deslizaba hacia la orilla y nos obligaba a la mayoría de las que estábamos en los bajíos a saltar o a caernos.

Charlene y yo perdimos el equilibrio. Estábamos de espaldas a la plataforma, porque observábamos a Verna, que se acercaba a nosotras. El

agua nos llegaba hasta las axilas, y justo en el momento en que oímos el grito de Pauline nos zarandeó y nos aupó. Podríamos haber chillado como tantas otras, primero de miedo y encantadas después, cuando volvimos a hacer pie y la ola continuó. Las siguientes olas no llegaron con tanta

fuerza, de modo que pudimos resistirlas.

En el instante en que nos caímos, Verna se lanzó hacia nosotras.

Cuando subimos con la cabeza chorreando y sacudiendo los brazos ella estaba tendida baio la superficio del agua. Había un barullo de veces y

Cuando subimos con la cabeza chorreando y sacudiendo los brazos ella estaba tendida bajo la superficie del agua. Había un barullo de voces y chillidos por todas partes, que aumentó cuando llegaron las olas más débiles y quienes no habían sufrido el primer embate fingieron que el

Podría haber sido un accidente. Como si al intentar recuperar el equilibrio nos hubiéramos agarrado a aquel objeto gomoso, grande y cercano, sin apenas darnos cuenta de lo que era ni de lo que hacíamos. Lo he pensado muy bien. Creo que nos habrían perdonado. Niñas aterrorizadas.

Sí, sí. No sabían lo que hacían.

segundo las derribaba. La cabeza de Verna no asomaba a la superficie, aunque ya no estaba inerte, sino que se movía pausadamente, ligera como una medusa. Charlene y yo teníamos las manos sobre ella, sobre el gorro

de goma.

¿Es verdad, al menos hasta cierto punto? Es verdad en el sentido de que no decidimos nada, al principio. No nos miramos para decidir hacer lo que hicimos después conscientemente. Conscientemente, porque nuestras miradas se encontraron cuando Verna intentó subir a la superficie. Su cabeza se empeñaba en subir, como una bola de masa en un estofado. El resto del cuerpo se movía débil y torpe bajo el agua, pero la

Se nos podría haber escurrido la cabeza de goma, el gorro de goma, de no haber sido por el relieve que lo hacía menos resbaladizo. Recuerdo perfectamente el color, el azul claro e insípido, pero no llegué a distinguir el dibujo —un pez, una sirena, una flor— cuyas protuberancias se me incrustaban en las palmas de las manos.

cabeza sabía lo que tenía que hacer.

Charlene y yo nos mirábamos fijamente, sin prestar atención a lo que hacían nuestras manos. Charlene tenía los ojos muy abiertos, jubilosos, y supongo que yo también. No creo que nos sintiéramos malas, triunfantes por nuestra maldad. Era más bien como si estuviéramos haciendo lo que se nos exigía, aunque parezca mentira, como si fuera el

cénit, la culminación de nuestra vida, de nuestro ser.

Habíamos ido demasiado lejos para echarnos atrás, se podría decir.

No teníamos elección. Pero juro que no elegimos nada, de ninguna manera.

Todo aquello probablemente no llevó más de dos minutos. ¿Tres? ¿O un minuto y medio?

Parece excesivo decir que las nubes amenazantes aclararon justo entonces, pero hubo un momento —quizá con la irrupción de las lanchas,

o cuando gritó Pauline, o cuando golpeó la primera ola, o cuando el objeto de goma dejó de tener voluntad propia bajo nuestras manos— en

que salió el sol, aparecieron más padres en la playa y nos llamaron a todas para que dejásemos de armar jaleo y saliéramos del agua. Se había acabado el baño. Acabado para todo el verano, para quienes no vivían cerca del lago o de las piscinas municipales. Las piscinas privadas solo existían en las revistas de cine.

Como ya he dicho, me falla la memoria y no recuerdo cuándo me

separé de Charlene y subí al coche de mis padres. Porque no importaba. A esa edad las cosas terminan. Te esperas que las cosas terminen.

Estoy segura de que no dijimos nada tan banal, insultante o

innecesario como «No se lo cuentes a nadie».

Me imagino que empezó la inquietud, pero no se propagó con tanta

rapidez como lo habría hecho de no rivalizar con otras varias tragedias. Una niña ha perdido una sandalia, una de las más pequeñas grita que se le ha metido arena en un ojo por culpa de las olas. Casi seguro que otra está

vomitando por la excitación en el agua o el barullo de las familias que llegan o el consumo demasiado apresurado de caramelos de contrabando. Y pronto, pero no inmediatamente, la angustia que lo impregnaría todo: falta alguien.

—¿Quién?

—Una de las especiales.

—Maldita sea. Era de esperar.

La señora que se ocupa de las especiales corriendo de un lado para otro, con el bañador de flores, la piel de los gruesos brazos y piernas bambolaíndose como patillas. La voz desesperada y llorosa

bamboleándose como natillas. La voz desesperada y llorosa.

Que alguien vaya a mirar en el bosque, que suba hasta el sendero,

—¿Cómo se llama?	
—Verna.	
—Un momento.	
—¿Qué pasa?	
—¿No hay algo ahí en el agua?	

que grite su nombre.

Pero creo que nosotras ya nos habíamos marchado.

Madera

desvencijadas. Ya no quedan muchas personas que hagan esa clase de trabajo, y Roy acepta más encargos de los que puede cumplir. No sabe qué hacer. Para no contratar a nadie que lo ayude se excusa diciendo que el gobierno lo obligaría a meterse en un montón de papeleos, pero en realidad podría ser que está acostumbrado a trabajar

solo —se dedica a esto desde que abandonó el ejército— y le cuesta imaginarse con alguien al lado todo el tiempo. Si su esposa Lea y él

y mesas que han perdido un travesaño o una pata o que están

Roy es tapicero y restaurador de muebles. También repara sillas

hubieran tenido un hijo, al chico quizá habría llegado a interesarle el trabajo y se habría metido con él en el taller cuando hubiera sido mayor. O incluso si hubieran tenido una hija. Durante un tiempo pensó en enseñarle el oficio a Diane, la sobrina de Lea. Cuando era pequeña siempre andaba por allí observándolo y después de casarse —de repente, a los diecisiete años— lo ayudó un poco porque su marido y ella necesitaban dinero. Pero estaba embarazada y el olor del disolvente, los

su marido no le parecía un buen trabajo para una mujer.

De modo que ahora tiene cuatro hijos y trabaja en la cocina de un asilo de ancianos. Al parecer su marido piensa que eso sí está bien.

tintes, el aceite de linaza, el barniz y los humos le producían náuseas. Por lo menos eso era lo que le decía a Roy. A su tía le contó la verdad: a

Roy tiene el taller en un cobertizo detrás de la casa. Lo calienta con una estufa de leña, y obtener el combustible para la estufa lo ha llevado a interesarse por otra cosa, algo privado pero no secreto. Es decir, lo sabe todo el mundo pero nadie sabe si piensa mucho en ello ni qué significa para él.

Cortar madera.

kilos. Cada día pasa más tiempo en el bosque cortando leña. Como resulta que es más de la que necesita, le ha dado por venderla. En muchas casas modernas tienen una chimenea en el salón y otra en el comedor y una estufa en el cuarto de estar. Y las quieren siempre encendidas, no

solo para las fiestas o en Navidad.

Tiene un camión de dos ejes, una motosierra y un hacha de tres

Cuando Roy empezó a ir al bosque Lea se preocupaba. Le preocupaba que sufriera un accidente mientras estaba allí solo, y también que descuidara el trabajo. No porque fuera a resentirse la calidad, sino por las entregas. «No puedes fallarle a la gente —decía—. Si alguien te pide una cosa para tal día, por alguna razón será.»

Lea tenía la idea de que el negocio de Roy era una obligación, algo que hacía para ayudar a la gente. Cuando subió los precios le dio vergüenza —también a él, la verdad—, y se desvivía por explicarle a la gente lo mucho que le costaban los materiales.

Mientras Lea trabajó, a Roy no le resultaba difícil irse al bosque cuando ella salía de casa y volver antes de que regresara. Lea trabajaba de recepcionista y contable en la consulta de uno de los dentistas del pueblo. Era un buen trabajo para ella, porque le gustaba hablar con la gente, y también para el dentista, porque Lea era de una familia grande y leal y a

Era un buen trabajo para ella, porque le gustaba hablar con la gente, y también para el dentista, porque Lea era de una familia grande y leal y a sus parientes no se les habría ocurrido confiar su dentadura a nadie sino a su jefe.

Esos familiares, los Bole, los Jetter y los Poole iban mucho por la

casa, o Lea por la suya. Formaban un clan que no siempre disfrutaba de la compañía mutua pero que procuraba que no les faltara. Se apiñaban veinte o treinta en una casa en Navidad o el día de Acción de Gracias, y un domingo normal y corriente podían juntarse doce para ver la televisión, cocinar y comer. A Roy le gusta ver la televisión, le gusta

charlar y le gusta comer, pero no dos cosas a la vez y mucho menos tres. Así que cuando decidían reunirse un domingo en su casa, acostumbraba a irse al cobertizo y encender un fuego con madera de quiebrahacha o

estantería de los aceites y los tintes. También tenía whisky en casa, y no era tacaño a la hora de ofrecérselo a las visitas, pero la copa que se servía cuando estaba solo en el cobertizo sabía mejor, igual que el humo olía mejor cuando no había nadie que dijera: «¿A que es una maravilla?». No bebía cuando trabajaba con los muebles ni cuando iba al bosque; solo

Que se fuera en solitario no representaba ningún problema. Los

esos domingos en que se le llenaba la casa de invitados.

manzano, ambas de aroma dulce y reconfortante, pero sobre todo la de manzano. Siempre tenía una botella de whisky de centeno a la vista, en la

formar parte de la familia y ni siquiera había aportado hijos y no era como ellos, les interesaban más bien poco. Ellos eran grandotes, comunicativos, habladores. Roy era bajo, conciso, callado. Su esposa era una mujer de trato fácil y quería a Roy tal como era, de modo que no le

parientes no se ofendían; las personas como Roy, que acababa de entrar a

reprochaba nada ni se disculpaba por él. Los dos tenían la sensación de significar más el uno para el otro, por alguna razón, que las parejas cargadas de hijos.

El invierno anterior Lea había estado enferma, con gripe y bronquitis, casi continuamente. Pensó que había cogido todos los gérmenes de la gente que iba a la consulta del dentista y dejó el trabajo. Dijo que de todos modos empezaba a cansarle un poco y que quería más tiempo para hacer cosas que siempre había deseado hacer.

Pero Roy no llegó a averiguar en qué consistían esas cosas. La fortaleza de Lea había sufrido un bajón del que no se recuperaba.

Y eso parecía haber provocado un profundo cambio en su personalidad. Las visitas la ponían nerviosa, su familia más que nadie.

Estaba demasiado cansada para charlar. No quería salir. Mantenía la casa en un estado aceptable, pero tenía que descansar entre una tarea y otra, de modo que los quehaceres más sencillos le llevaban todo el día. Dejó de interesarle la televisión, aunque la veía cuando Roy la ponía y perdió su

figura redondita y graciosa y se quedó delgada, sin curvas. El calor, el

de sus ojos marrones.

El médico le dio unas pastillas, pero ella no sabía si le servían de algo. Una de sus hermanas la llevó a un especialista en medicina holística, y la consulta costó trescientos dólares. Tampoco sabía si le

había servido de algo.

bien, asegura que sí.

brillo —lo que quiera que la hiciera guapa— desapareció de su rostro y

sus bromas y su energía. Quiere que vuelva, pero no puede hacer nada, salvo tener paciencia con aquella mujer seria y apática que a veces agita una mano delante de la cara como si le molestara una telaraña o se hubiera metido en un zarzal. Sin embargo, cuando se le pregunta si ve

Roy echa de menos a la esposa a la que estaba acostumbrado, con

Ya no conduce. Ya no dice nada de que Roy vaya al bosque.

A lo mejor se espabila, comenta Diane. (Diane es casi la única persona que sigue yendo a la casa.) O a lo mejor no.

Eso es más o menos lo que había dicho el médico, con palabras mucho más prudentes. Dice que las pastillas que le ha dado evitarán que se hunda demasiado. ¿Y qué es hundirse demasiado? ¿Cómo se sabe?,

se hunda demasiado. ¿Y qué es hundirse demasiado? ¿Cómo se sabe?, piensa Roy.

A veces encuentra un bosque que los del aserradero han talado, con

las copas de los árboles en el suelo. Y a veces encuentra uno donde ha

entrado el servicio forestal y ha marcado los árboles que a su juicio hay que quitar porque están torcidos, enfermos o no sirven para la construcción. El quiebrahacha, por ejemplo, no sirve para la construcción, y tampoco el espino ni el haya azul. Cuando da con un bosque así se pone en contacto con el agricultor o quienquiera que sea el

bosque así se pone en contacto con el agricultor o quienquiera que sea el propietario, negocian y, si llegan a un acuerdo en el pago, recoge la madera. Gran parte de esta labor se hace a finales de otoño —ahora, en noviembre o a principios de diciembre— porque es buena época para vender la leña y el mejor momento para meter el camión en el bosque.

A veces hay que atravesar los sembrados, y eso solo es posible en dos épocas del año: antes de arar y después de la cosecha. Después de la cosecha es el mejor momento, cuando la tierra se

Hoy en día los granjeros no siempre tienen un sendero bien abierto para ir hasta allí, como cuando cortaban y transportaban la madera ellos mismos.

endurece con la escarcha. Y este otoño hay más demanda de madera que nunca, y Roy ha estado saliendo dos o tres veces a la semana. Muchas personas reconocen los árboles por las hojas, la forma o el

tamaño, pero en las profundidades del bosque sin follaje Roy los conoce por la corteza. El recio tronco del quiebrahacha, esa leña pesada y fiable,

tiene una corteza marrón y erizada, pero las puntas de las ramas son lisas e indudablemente rojizas. El cerezo es el árbol más negro del bosque, y su corteza forma pintorescas laminillas. A la mayoría de las personas les sorprendería lo altos que crecen allí los cerezos: nada que ver con los cerezos de los huertos. Los manzanos se parecen más a sus colegas de

oscura como la del cerezo. El fresno es un árbol marcial de tronco con estrías longitudinales. La corteza gris del arce tiene una superficie irregular, y las sombras producen rayas negras, que en algunos casos se cruzan formando rectángulos ásperos y en otros no. Esa corteza tiene un aire de descuido reconfortante, apropiado para el arce, casero y familiar,

huerto: no demasiado altos, la corteza no tan claramente laminada ni

el árbol que imagina la mayoría de la gente cuando piensa en un árbol. Hayas y robles son otra historia; tienen algo único y dramático, aunque ninguno de los dos luce una forma tan bonita como la de los grandes olmos, que prácticamente han desaparecido. El olmo tiene la corteza gris y oscura, la piel de elefante preferida para tallar iniciales.

Esas tallas se dilatan con los años y las décadas, y de finas hendiduras de cuchillo pasan a convertirse en manchas que al final dejan las letras ilegibles, más anchas que largas. Los olmos llegan a medir treinta metros en el bosque. En los lugares

abiertos se extienden y son tan anchos como altos, pero en el bosque se

puede tener un defecto, la fibra revirada, que se manifiesta formando ondulaciones en la corteza. Eso indica que el viento fuerte lo puede romper o tirar. En cuanto a los robles, no abundan tanto en esta zona, no tanto como los olmos, aunque se distinguen fácilmente. Así como el arce parece el árbol imprescindible en el jardín trasero, el roble parece un

disparan hacia arriba, las ramas de la copa se desvían radicalmente hasta parecer cuernos de ciervo. Sin embargo, este árbol de porte tan arrogante

árbol de cuento, como si en todos los cuentos que empiezan con «Érase una vez en el bosque» este bosque estuviera lleno de robles. Las hojas dentadas, oscuras y lustrosas le dan ese aspecto, pero es igualmente legendario cuando ha perdido el follaje y se ve la corteza gruesa, como acorchada, de un negro grisáceo y de superficie intrincada, y las ramas tan enroscadas y curvadas.

lo que te haces. Cuando vas a cortar un árbol, lo primero es calcular el centro de gravedad y después cortar una cuña de setenta grados, justo debajo del centro de gravedad. Naturalmente, el lado donde se haga la cuña será hacia donde caerá el árbol. Se da un corte desde el lado

Roy piensa que ir solo a cortar árboles entraña pocos riesgos si sabes

opuesto, no para llegar hasta la cuña, sino alineado con su punto más alto. La idea consiste en atravesar el árbol, dejando al final una bisagra que es el centro mismo del peso del árbol, por donde debe caer. Lo mejor es derribarlo lejos de las demás ramas, pero a veces no hay manera de hacerlo. Si un árbol queda apoyado en las ramas de otros árboles y no se

puede meter un camión para sacarlo con una cadena, se corta el tronco en secciones desde abajo, hasta que la parte superior se desprende y cae. Cuando derribas un árbol y queda reclinado en sus propias ramas, se baja el tronco hasta el suelo cortando la madera de las ramas hasta llegar a la

que lo entorpece. Estas ramas están sometidas a presión —pueden curvarse como un arco— y el truco consiste en cortar de tal manera que el árbol ruede hacia donde no estás tú para que las ramas no te golpeen. Cuando repose tranquilamente en el suelo, se corta el tronco en leños y se

parten con el hacha.

A veces te llevas una sorpresa. Algunos bloques no se dejan partir

con el hacha; hay que ponerlos de lado y romperlos con una motosierra, y el serrín y la fibra salen en largas tiras. También hay que partir de lado la madera de algunos arces y hayas, cortar el gran bloque redondo a lo largo de los anillos de crecimiento por todas partes hasta que queda casi cuadrado y se puede acometer más fácilmente. A veces te encuentras con

madera podrida, entre cuyos anillos ha crecido un hongo. Pero por lo general la dureza de los bloques es la que esperas, mayor en el tronco que en las ramas, y mayor en los troncos anchos que han crecido en terreno más abierto que en los altos y delgados que se yerguen en medio del bosque.

Sorpresas. Aunque se puede estar preparado. Y si estás preparado, no hay ningún peligro. Antes Roy pensaba que le explicaría todo esto a su mujer. El procedimiento, las sorpresas, la identificación. Pero no se le ocurría cómo plantearlo para que a Lea le interesara. A veces pensaba que ojalá le hubiera transmitido estos conocimientos a Diane cuando era más joven. Ahora Diane ya no tenía tiempo.

Y en cierto modo los pensamientos que dedica a la madera son demasiado personales; son codiciosos y casi obsesivos. A pesar de que nunca ha sido avaricioso en otro sentido, es capaz de pasar despierto noches enteras pensando en una magnífica haya a la que quiere echar el guante, preguntándose si resultará tan provechosa como parece o si le

jugará una mala pasada. Piensa en todos los cotos del condado que no ha visto, porque se extienden detrás de las granjas, en terrenos privados. Si va por una carretera que atraviesa un bosque, no para de mover la cabeza de un lado a otro, por miedo a perderse algo. Le interesa incluso lo que no sirve a sus propósitos. Un grupo de hayas azules, por ejemplo, tan delicadas y larguiruchas que no merecen la pena. Ve las nervaduras oscuras, verticales, sesgadas sobre los troncos más claros; recordará dónde están. Le gustaría trazar un mapa mental de todos los bosques que

completamente cierto.

Un par de días después de la primera nevada está en un bosque

ve, y aunque podría justificarlo invocando razones prácticas, no sería

mirando unos árboles marcados. Tiene derecho a estar allí; ya ha hablado con el granjero, que se llama Suter.

En la linde hay un vertedero ilegal. La gente ha ido tirando basura en

En la linde hay un vertedero ilegal. La gente ha ido tirando basura en ese sitio apartado en lugar de llevarla al vertedero municipal, cuyo horario quizá no les convenga o cuya situación quizá les pilla a trasmano.

Roy ve algo que se mueve. ¿Un perro?

Y entonces el bulto se endereza y ve que es un hombre con un abrigo mugriento. Se trata de Percy Marshall, que anda rebuscando en el basurero. Antes en estos sitios se encontraban objetos de valor, botellas o vajillas viejas o incluso alguna caldera de cobre, pero ya no es tan fácil. Además, Percy no es un rebuscador experto. Se limita a detectar cualquier cosa que pueda servirle, aunque cuesta trabajo imaginarse algo útil en ese montón de envases de plástico, pantallas rotas y colchones con

el relleno salido.

Percy vive solo en una habitación de la parte trasera de una casa vacía y condenada en un cruce a unos kilómetros de allí. Anda por las carreteras, anda por la orilla de los riachuelos y por el pueblo, hablando para sí, a veces haciendo el papel de vagabundo estúpido y a veces presentándose como astuto personaje local. Lleva una vida de

desnutrición, suciedad e incomodidades por decisión propia. Intentó instalarse en el Asilo del Condado, pero no pudo soportar la rutina ni la compañía de tantas otras personas mayores. Hace mucho tiempo tuvo una granja bastante buena, pero como la vida de granjero le resultaba demasiado monótona llegó hasta lo más bajo con el contrabando, los robos chapuceros en viviendas y varias temporadas en la cárcel, y en los últimos diez años ha logrado recuperar una posición más segura con la ayuda de la pensión de vejez. Incluso han publicado su fotografía y un

artículo sobre él en el periódico del pueblo. El último de su raza. Un espíritu libre del pueblo comparte historias e ideas.

Sale del vertedero trabajosamente, como si se sintiera obligado a dar

un poco de conversación. —¿Vas a sacar los árboles esos?

—Podría ser —dice Roy.

—¿Por qué?

Piensa que a lo mejor Percy busca que le regalen un poco de leña.

—Pues más vale que te des prisa —dice Percy.

—Todo esto se lo llevan bajo contrato.

Roy no puede evitar halagarlo preguntándole qué contrato es ese. Percy es un cotilla pero no un mentiroso. Al menos con las cosas que le

interesan de verdad, como tratos, herencias, seguros, robos en viviendas y cuestiones monetarias de todas clases. Una sorpresa para quienes lo creen un vagabundo filosófico embebido en sus recuerdos de antaño. Aunque

también puede descolgarse con un poco de todo eso si es necesario. —He oído hablar de un tipo. Cuando estaba en el pueblo —dice Percy alargando el asunto—. No sé. Parece que este tipo es dueño de un aserradero, tiene un contrato con el River Inn y les va a suministrar toda

la leña que necesiten para el invierno. Una cuerda al día. Eso es lo que

queman. Una cuerda al día.

—¿Dónde has oído eso? —dice Roy.

—En la cervecería. Sí, vale, voy de vez en cuando. Nunca más de una pinta. Y esos tipos yo no sé quiénes eran, pero tampoco estaban borrachos. Hablaron de dónde estaba el bosque y seguro que es este. El de

Suter. Roy había hablado con el granjero la semana anterior y creía que el

trato estaba cerrado, que ya solo faltaba ponerse manos a la obra.

—Es un montón de leña —dice tranquilamente. —Pues sí.

- —Si tienen intención de llevársela toda necesitarán un permiso.
- —Claro. A menos que haya algo raro —dijo Percy con profunda satisfacción.
 - —No es cosa mía. Tengo trabajo de sobra.—Claro. De sobra.

Durante el camino de regreso a casa Roy no deja de pensar en lo que le han contado. Ha vendido leña al River Inn de vez en cuando, pero

le han contado. Ha vendido leña al River Inn de vez en cuando, pero deben de haber decidido contratar a un solo proveedor, y no es él.

Piensa en los problemas de sacar tanta madera cuando ya ha

empezado a nevar. Lo único que se podía hacer era sacar los troncos a campo abierto, antes de que empezara el invierno de verdad. Habría que llevárselos cuanto antes, amontonarlos, aserrarlos allí mismo y cortarlos más adelante. Y para sacarlos haría falta un bulldozer, o al menos un tractor grande. Se tendría que abrir un sendero y retirar los troncos con cadenas. Se necesitaría una cuadrilla; un par de hombres no serían

suficientes de ninguna manera. Habría que hacerlo a gran escala.

hacía él. Seguramente sería un equipo grande, alguien de fuera del condado.

Cuando habló con él Eliot Suter no le insinuó nada sobre esa oferta.

De modo que no parecía un trabajo a tiempo parcial, como lo que

Pero quizá alguien le habría propuesto algo después y decidió olvidarse del acuerdo informal a que había llegado con Roy. Decidió dejar entrar el bulldozer.

Roy pasa toda la tarde pensando en llamar por teléfono para peguntar qué ocurre, pero se imagina que si el granjero ha cambiado de idea no hay nada que hacer. Un acuerdo verbal no es necesario cumplirlo.

El granjero podía mandarlo a paseo.

Tal vez lo mejor que puede hacer Roy es actuar como si no supiera nada de lo que le ha contado Percy, como si no supiera nada del otro tipo. Entrar allí y llevarse todos los árboles que pueda lo más rápido posible,

antes de que llegue el bulldozer.

Naturalmente, siempre cabe la posibilidad de que Percy se

equivoque por completo. No es probable que se lo haya inventado para fastidiar a Roy, pero sí que lo haya entendido mal.

Sin embargo, cuanto más lo piensa más rechaza esa posibilidad. No

para de imaginarse el bulldozer y los troncos con cadenas, las grandes pilas de troncos en los campos, los hombres con motosierras. Así es como se hacen las cosas hoy en día. Al por mayor.

Esa historia lo ha afectado tanto, en parte, porque no le gusta nada el

River Inn, un hotel a orillas del río Peregrine. Está construido sobre las ruinas de un viejo molino no lejos del cruce donde vive Percy Marshall. En realidad el hotel es el propietario del terreno en que vive Percy y de la casa que ocupa. Tenían pensado derribar la casa, pero resulta que a los huéspedes del hotel, que no tienen gran cosa que hacer, les gusta bajar por la carretera a hacer fotos del edificio abandonado, del viejo

escarificador y del carromato boca abajo que hay al lado, de la bomba inservible y de Percy, cuando se deja fotografiar. Algunos huéspedes lo dibujan. Vienen incluso de Ottawa y Montreal y sin duda creen que están en un lugar remoto.

Los del pueblo van al hotel con ocasión de una comida o una cena especiales. Lea fue una vez, con el dentista y su esposa y la higienista y

su marido. Roy no quiso ir. Dijo que no quería una comida que costaba un ojo de la cara, aunque lo pagara otro. Pero no sabe exactamente qué tiene contra ellos. No está en contra de la idea de que la gente se gaste el dinero con la esperanza de divertirse, ni de que otras personas ganen dinero a costa de quienes quieren gastarlo. Cierto que las antigüedades del hotel habían sido restauradas y tapizadas por otros artesanos —gente

del hotel habían sido restauradas y tapizadas por otros artesanos —gente que no era de allí—, pero si se lo hubieran pedido a él probablemente se habría negado, alegando que tenía demasiado trabajo. Cuando Lea le preguntó qué creía que pasaba con el hotel, lo único que se le ocurrió decir fue que cuando Diane había pedido trabajo allí de camarera la

Unos esnobs y unos aprovechados. Están construyendo edificios nuevos que fingen ser una tienda y una ópera antiguos solo para impresionar a los demás. Queman leña para impresionar. Una cuerda al día. Y ahora un obrero con un bulldozer nivelará el bosque como si se tratara de un maizal. Justo el comportamiento prepotente que sería de esperar, el abuso que cualquiera sabe que podrían cometer. Le cuenta a Lea lo que ha oído. Sigue contándole cosas —por rutina —, pero ya está tan acostumbrado a que no le preste atención de verdad que apenas se da cuenta de si responde o no. En esta ocasión Lea repite lo que él ha dicho. —Es igual. Ya tienes suficiente trabajo. Roy contaba con esto, tanto si Lea estaba bien como si no. Que no entendiera nada. Pero ¿no es eso lo que les pasa a las esposas —y probablemente también a los maridos— en el cincuenta por ciento de los casos? A la mañana siguiente trabaja un rato con una mesa de alas abatibles. Tiene intención de pasar todo el día en el cobertizo y terminar un par de encargos atrasados. Hacia mediodía oye el ruidoso silenciador del coche de Diane y se asoma a la ventana. Habrá venido para llevar a Lea a la reflexóloga (cree que a Lea le va bien y Lea no se opone). Pero va hacia el cobertizo, no hacia la casa. —¿Qué tal? —dice. —¿Qué tal? —¿Mucha faena? —Como siempre —dice Roy—. ¿Quieres trabajo? Es su saludo rutinario. —Ya tengo. Oye, a lo que he venido es a pedirte un favor. Quiero

habían rechazado, diciendo que estaba demasiado gorda.

—Y lo estaba —dijo Lea—. Lo está. Ella misma lo reconoce.

Es verdad, pero Roy sigue pensando que esa gente son unos esnobs.

me apaño con él en el coche. Se ha hecho demasiado grande para el coche. No me hace ninguna gracia tener que pedírtelo.

Roy dice que no se preocupe.

que me dejes el camión. Mañana, para llevar a Tiger al veterinario. No

Tiger al veterinario, piensa. Eso les va a salir caro.

—¿No ibas a usar el camión? —pregunta Diane—. O sea, ¿puedes ir

en el coche?

Naturalmento Poy tenía intención do ir al bosque al día siguiento

Naturalmente, Roy tenía intención de ir al bosque al día siguiente, siempre y cuando hubiera acabado ya los encargos. Llega a la conclusión de que tendrá que ir esa tarde.

—Te llenaré el depósito —dice Diane.

Así que otra cosa que deberá hacer es acordarse de llenarlo él, para

que no tenga que hacerlo a Diane. Está a punto de decir: «Pues quiero ir allí porque ha surgido algo en lo que no puedo parar de pensar...», pero Diane ya ha salido a buscar a Los

Diane ya ha salido a buscar a Lea. En cuanto se pierden de vista y limpia las cosas sube al camión y va

interrogando a Percy, luego llega a la conclusión de que no serviría de nada. Tales muestras de interés podrían tentar a Percy a inventarse cosas. Piensa en volver a hablar con el granjero pero decide no hacerlo por las mismas razones que la noche anterior.

hasta donde estuvo el día anterior. Piensa en pararse y seguir

Aparca el camión en el sendero que lleva al bosque. El sendero se borra enseguida y Roy lo abandona incluso antes. Se pone a dar vueltas,

mirando los árboles, que parecen igual que el día anterior, sin indicios de ser cómplices de ningún plan hostil. Ha llevado la motosierra y el hacha, y tiene la sensación de que debe darse prisa. Si aparece alguien por allí, si alguien lo aborda, dirá que tiene permiso del granjero y que no sabe nada de otro trato. Dirá además que tiene intención de seguir cortando árboles a menos que el granjero le diga personalmente que se marche. Si eso

de otro trato. Dirá además que tiene intención de seguir cortando árboles a menos que el granjero le diga personalmente que se marche. Si eso llega a ocurrir, tendrá que irse, por supuesto, pero no es muy probable que ocurra, porque Suter, un hombre robusto, tiene una cadera mal y no le

da por andar mucho por su finca.
—... ninguna autoridad... —dice Roy hablando consigo mismo como Percy Marshall—. Quiero verlo por escrito.

del terreno que lo rodea. Roy siempre ha pensado que se debe a que los árboles caen, arrastran la tierra con las raíces y allí se quedan,

Está hablanda son al descenacida al que

Está hablando con el desconocido al que no ha visto jamás. El suelo de cualquier bosque suele ser más agreste que la superficie

pudriéndose. En el sitio donde han estado pudriéndose se amontona la tierra; donde las raíces la han arrancado quedan hoyos. Pero ha leído en alguna parte —hace poco, y le gustaría recordar dónde— que es por lo que ocurrió hace mucho tiempo, después del período glaciar, cuando el hielo que se formó entre los estratos de tierra los empujó hacia arriba, configurando extraños montículos, como ocurre actualmente en las regiones árticas. Allí donde no se ha despejado y trabajado el terreno permanecen los montículos.

Lo que le ocurre entonces a Roy es lo más corriente y al mismo

tiempo lo más increíble. Es lo que le podría ocurrir a cualquier soñador despistado que caminara por el monte, a cualquier turista que contemplara boquiabierto la naturaleza, a alguien que pensara que el bosque es una especie de parque para pasear tranquilamente. A alguien que llevara zapatos ligeros en lugar de botas y no se molestara en fijarse un poco por dónde pisa. A Roy no le ha pasado nunca en los cientos de veces que ha andado por el bosque; ni siquiera ha estado a punto de

pasarle nunca.

Lleva un rato cayendo una fina nieve que deja la tierra y las hojas muertas resbaladizas. Un pie se escurre y se tuerce y el otro se hunde en la broza cubierta de nieve hasta el suelo, que está más abajo de lo que

la broza cubierta de nieve hasta el suelo, que está más abajo de lo que Roy pensaba. Es decir, pisa sin cuidado —casi se cae— en un sitio por el que habría que pasar con cautela, vigilando, y que convendría evitar si cerca hubiera otro mejor. Aun así, ¿qué ocurre? No se cae de golpe como

motosierra del cuerpo y tira el hacha, pero no con bastante fuerza: el mango le da un buen golpe en la rodilla de la pierna torcida. Aunque la sierra lo ha arrastrado hacia ella, al menos no se ha caído encima.

Ha notado cómo descendía casi a cámara lenta, dándose cuenta de ello y sin poder evitarlo. Podría haberse roto una costilla, pero no ha sido así. Y el mango del hacha podría haber saltado y haberle golpeado en la cara, pero tampoco. Podría haberse hecho un tajo en la pierna. Piensa en todas esas posibilidades sin ningún alivio inmediato, como si aún no estuviera seguro de que no han ocurrido. Porque el modo en que ha empozado todo aquello la forma de resbalar picar la broza y carr ha sido.

si hubiera tropezado con una madriguera de marmota. Pierde el equilibrio, pero se tambalea muy a su pesar, al borde de la incredulidad, y se cae con el pie que ha resbalado atrapado bajo la otra pierna. Aparta la

estuviera seguro de que no han ocurrido. Porque el modo en que ha empezado todo aquello, la forma de resbalar, pisar la broza y caer ha sido tan ridicula, tan torpe y tan inverosímil que podría haber tenido las consecuencias más absurdas.

Comienza a levantarse. Le duelen las dos rodillas, una por el golpe del mango y la otra porque ha chocado con fuerza contra el suelo. Se agarra al tronco de un cerezo joven —con el que podría haberse machacado la cabeza— y se aúpa poco a poco. Prueba a descargar el peso

del cuerpo sobre un pie y con el otro, el que ha resbalado y se ha torcido, apenas toca el suelo. Enseguida lo intentará con ese. Se inclina para recoger la sierra y está a punto de caerse de bruces otra vez. Siente una

explosión de dolor desde el pie hasta el cráneo. Se olvida de la sierra, se endereza, sin saber bien dónde ha empezado el dolor. Ese pie... ¿se ha apoyado en él al inclinarse? El dolor ha retrocedido hacia el tobillo. Estira la pierna cuanto puede y se la examina; después pone el pie con cuidado en el suelo, trata de sostener el peso del cuerpo. Siente un dolor increíble. No se puede creer que vaya a seguir así, que el dolor vaya a vencerlo. El tobillo debe de estar algo más que torcido; debe de ser un esguince. ¿Se lo habrá roto? Con la bota no parece distinto del otro, aún digno de confianza.

de allí. Y lo intenta una y otra vez, sin resultado. No puede apoyar el peso en el pie. Debe de haberse roto. Un tobillo roto..., una lesión leve, desde luego, lo que les pasa a las ancianitas cuando resbalan en el hielo. Ha tenido suerte. Un tobillo roto, una lesión leve. Sin embargo, no puede dar un paso. No puede andar.

Sabe que tendrá que aguantar. Tendrá que acostumbrarse para salir

Lo que al fin comprende es que para volver al camión tendrá que

abandonar el hacha y la motosierra y andar a gatas. Se agacha tan suavemente como puede y se arrastra hasta las huellas de sus pisadas, que empiezan a llenarse de nieve. Se acuerda de comprobar que el bolsillo donde lleva las llaves está cerrado con cremallera. Se deshace de la gorra

—la visera le impide ver— y la deja allí tirada. Le cae la nieve sobre la cabeza descubierta, pero no hace tanto frío. Una vez que acepta ir a cuatro patas como medio de locomoción, no va tan mal, es decir, no es imposible, aunque le cuesta trabajo apoyándose en las manos y la rodilla

buena. Va con cuidado, reptando por la broza y sorteando los arbolillos, por el terreno desigual. Aun cuando llega a una pendiente por la que podría dejarse caer no se atreve; tiene que proteger la pierna lesionada. Se alegra de no haber pasado por ningún sitio enlodado y también se alegra de no haber esperado más para empezar a retroceder; la nieve arrecia y sus huellas están casi borradas. Sin ese rastro le resultaría difícil

La situación, que al principio veía tan irreal, empieza a parecerle más natural. Avanzando con la ayuda de las manos, los codos y una rodilla, rozando el suelo, comprobando si un tronco está podrido y después apoyándose en el vientre, llenándose las manos de hojas podridas, tierra y nieve —no puede llevar los guantes, no puede agarrarse bien ni palpar las cosas del suelo sino con las manos desnudas, frías y

saber, desde el suelo, si va por buen camino.

podridas, tierra y nieve —no puede llevar los guantes, no puede agarrarse bien ni palpar las cosas del suelo sino con las manos desnudas, frías y llenas de rasguños—, ya nada le sorprende. Deja de pensar en el hacha y la sierra que ha dejado atrás, aunque al principio le costara alejarse de ellas. Apenas piensa en cómo ocurrió el accidente. Ha ocurrido y ya está.

Ya no le parece ni increíble ni raro.

Tiene que remontar un terraplén bastante pronunciado, y cuando

calienta las manos metiéndolas en el chaquetón, una después de la otra. Por alguna razón se pone a pensar en Diane, con su chaquetón de esquí rojo tan poco favorecedor, y llega a la conclusión de que su vida es su vida, de que no sirve de mucho preocuparse por ella. Y piensa en su mujer, que finge reírse ante el televisor. En su silencio. Al menos ella

llega arriba se toma un respiro, aliviado por haber avanzado tanto. Se

está a salvo, segura, no deambulando por esas carreteras como una refugiada. Pueden pasar cosas peores, piensa. Mucho peores.

Empieza a subir la cuesta, clavando los codos y la rodilla dolorida

pero más o menos útil allí donde puede. Sigue subiendo; aprieta los dientes como si así pudiera evitar resbalar hacia abajo; se aferra a cualquier raíz al descubierto o tallo medianamente resistente que encuentra. A veces se escurre, se suelta, pero consigue pararse y empieza a trepar poco a poco. No levanta la cabeza para calcular cuánto le falta por recorrer. Si finge que la pendiente no tiene fin, llegar arriba será una

especie de incentivo, una sorpresa.

Tarda un buen rato, pero finalmente alcanza terreno llano y por entre los árboles y la nieve ve el camión. El camión, el viejo Mazda rojo, un amigo viejo y fiel, esperándolo como un milagro. Ya en terreno llano recupera la confianza en sí mismo y se pone de rodillas, sirviéndose con cautela de la pierna herida; se alza tembloroso sobre la pierna buena, arrastrando la otra, tambaleándose como un borracho. Intenta andar a la

peso sobre la pierna herida, con delicadeza, y comprende que el dolor podría hacerle perder el conocimiento.

Vuelve a desplomarse y se pone a andar a gatas, pero en lugar de acercarse al camión por entre los árboles va torciendo en ángulo recto

pata coja. Nada; así perdería el equilibrio. Intenta descargar un poco de

acercarse al camión por entre los árboles va torciendo en ángulo recto hacia donde sabe que está el sendero. Una vez allí avanza más rápido, reptando sobre los surcos endurecidos, el barro que se ha deshelado con

había tenido que seguir antes, de modo que casi se siente mareado. Ve el camión. Mirándolo a él, esperándolo.

Será capaz de conducir. Qué suerte haberse hecho daño en la pierna

el sol pero que empieza a helarse otra vez. Es una crueldad para la rodilla y las palmas de las manos, aunque mucho más fácil que el camino que

izquierda. Ahora que ha pasado lo peor, lo asaltan un montón de preguntas fastidiosas, aparte de cierto alivio. ¿Quién irá a recoger la sierra y el hacha, cómo va a explicar dónde están? ¿Cuánto tardará en cubrirlas la nieve? ¿Cuándo podrá volver a andar?

ánimos mirando el camión. Vuelve a pararse para descansar y calentarse las manos. Ya podría ponerse los guantes, pero ¿por qué estropearlos?

Un pájaro grande alza el vuelo cerca de él y Roy estira el cuello para

Es inútil. Aparta estos pensamientos, levanta la cabeza para cobrar

ver qué es. Cree que un halcón, pero podría ser un águila. Si es un águila, ¿le habrá echado el ojo, pensando en la suerte que tiene, al ver que está herido?

Espera a que vuelva volando en círculos para saber qué es por la forma de planear, y por las alas.

Y mientras tanto, mientras espera y se fija en las alas del ave —es un águila—, va comprendiendo de una forma completamente distinta la historia que la preocupa desde hace veinticuatro horas

historia que le preocupa desde hace veinticuatro horas. El camión se mueve. ¿Cuándo ha arrancado? ¿Mientras Roy observaba el pájaro? Al principio es solo un ligero movimiento, un

observaba el pajaro? Al principio es solo un ligero movimiento, un temblorcilio sobre los surcos; podría tratarse de una alucinación. Pero oye el motor. Está en marcha. ¿Se habrá metido alguien mientras él estaba distraído o había alguien esperando todo el tiempo? Desde luego la ha carrada y tiena las llavas. Vialva a palar el baleilla con la

estaba distraído o había alguien esperando todo el tiempo? Desde luego lo ha cerrado, y tiene las llaves. Vuelve a palpar el bolsillo, con la cremallera cerrada. Alguien le está robando el camión delante de sus narices, y sin las llaves. Chilla y grita, agachado como está, como si fuera a servir de algo. Pero el camión no está retrocediendo para dar la vuelta;

se acerca a él dando tumbos, y la persona que va al volante toca el claxon,

Roy ve quién es. La única persona que tiene el otro juego de llaves. La única persona que podía ser. Lea. Intenta trabajosamente descargar el peso sobre la pierna buena. Lea salta del camión, corre hacia él y lo sujeta. —Acabo de caerme —le dice Roy jadeando—. Es la mayor tontería que he hecho en mi vida. Después piensa en preguntarle cómo ha llegado hasta allí. —Pues no he venido volando —dice ella. Ha venido en el coche, dice —habla como si nunca hubiera dejado de conducir—, ha venido en el coche, pero lo ha dejado en la carretera. —Es demasiado ligero para este sendero —dice—. Y he pensado que a lo mejor me quedaba atascada. Pero no, porque el barro está duro. Vi el camión. Así que vine hasta aquí andando, lo abrí y entré. Supuse que volverías pronto, al ver que estaba nevando. Pero lo que no podía imaginarme es que ibas a volver a cuatro patas. El paseo, o quizá el frío, le ha iluminado la cara y le ha agudizado la voz. Se agacha y examina el pie de Roy; dice que cree que está hinchado. —Podría haber sido peor —dice Roy. Lea dice que esta ha sido la única vez que no estaba preocupada. La única vez que no lo estaba y debería haberlo estado. (Roy no se toma la molestia de decirle que no ha mostrado preocupación por nada desde hace meses.) No había tenido ningún presentimiento. —Venía a contártelo —dice—, porque no podía esperar más para

no a modo de aviso, sino de saludo, mientras reduce la velocidad.

—¿Qué se te ocurrió?
—Ah, eso —dice Lea—. Bueno, no sé qué pensarás tú. Puedo contártelo más tarde. Tenemos que arreglarte ese tobillo.

contártelo. Lo que se me ocurrió cuando esa mujer me estaba dando el

masaje. Y de repente te veo a gatas. Y pienso: Ay, Dios mío.

contártelo más tarde. Tenemos que arreglarte ese tobillo. ¿Qué se te ocurrió? Percy no existe. Percy oyó algo pero no sobre unos desconocidos que sacaron el permiso para cortar árboles. Lo que había oído era sobre Roy.

—Porque ese viejo de Eliot Suter es un bocazas. Conozco a esa

familia, la mujer era la hermana de Annie Poole. Anda por ahí soltando lo del trato que ha hecho, venga a exagerar, y ¿qué pasa? El River Inn, para que no falte, y encima cien cuerdas al día. Uno que mientras bebe cerveza escucha a otro que bebe cerveza y ya la hemos liado. Y tú tienes una

especie de contrato, o sea, un acuerdo...

ganar mucho dinero.

—A lo mejor es una tontería... —dice Roy.

—Ya sabía yo que ibas a decir eso, pero si lo piensas...

Lo que se le ocurrió a Lea es que el equipo del que ha oído hablar

—A lo mejor es una tontería, pero es lo mismo que se me ha ocurrido a mí hace cinco minutos.
Y así es. Es lo que le vino a la cabeza mientras contemplaba el águila.
—Pues ya ves —dice Lea, riendo satisfecha—. La que se monta con

cualquier cosa remotamente relacionada con el hotel. Una historia de

Eso era, piensa Roy. De quien hablaban era de él. Todo el follón por él.

No vendrá el bulldozer, no se juntarán los hombres de las

motosierras. El fresno, el arce, el haya, el quiebrahachas, el cerezo, todo a salvo y para él. Todo a salvo, de momento.

Lea jadea por el esfuerzo de sujetar a Roy, pero es capaz de decir:

—Los genios pensamos igual.

No es momento para hablar del cambio que ha experimentado, como tampoco gritarías para felicitar a alguien que está encaramado a una

escalera de mano.

Roy se ha dado un golpe en el pie al izarse —y ser izado— hasta el asiento del pasaiero del camión. Se queia y el queido es distinto que si

asiento del pasajero del camión. Se queja, y el quejido es distinto que si hubiera estado solo. No es que quiera dramatizar el dolor, sino que lo expresa así ante su mujer. O se lo ofrece a su mujer. Porque sabe que no se siente como

pensaba que se sentiría si ella recuperase la vitalidad. Y el ruido que hace podría ser para disimular esa carencia, o para disculparla. Por supuesto es natural mostrarse cauto, pues no sabe si va a durar o si es flor de un día.

Pero aunque durase, aunque fuera bien, hay algo más. Una pérdida que enturbia la ganancia. Una pérdida que le avergonzaría reconocer si tuviera fuerzas.

La oscuridad y la nieve son demasiado densas para distinguir nada más allá de los primeros árboles. Roy ya ha estado allí a esa hora, cuando cae la oscuridad a principios del invierno. Pero ahora presta atención,

nota algo en el bosque que cree haber pasado por alto en las otras ocasiones. Qué caótico es, qué profundo y secreto. No se trata de un árbol después de otro, son todos los árboles juntos, instigándose y secundándose unos a otros, entretejiéndose en un solo cuerpo. Una transformación, a tus espaldas.

entra y sale hasta que casi lo atrapa. Pero no lo consigue. Es una palabra altisonante, que parece siniestra aunque indiferente. —Me he dejado el hacha —dice mecánicamente—. Me he dejado la

El bosque tiene otro nombre, un nombre que le ronda la cabeza, que

sierra.

—Bueno, ¿y qué? Ya encontraremos a alguien que vaya a buscarlas.

—Y el coche. ¿Te lo llevas tú y me dejas que yo coja el camión?

—¿Te has vuelto loco?

Lea habla distraída, porque está dando marcha atrás para llevar el camión hasta el cruce. Poco a poco, pero no demasiado, pegando botes

entre los surcos pero sin desviarse del sendero. Roy no está acostumbrado a los espejos retrovisores desde ese ángulo; baja la ventanilla y asoma la cabeza mientras la nieve le da en la cara. No solo para ver qué hace Lea,

sino para intentar despejar el cálido atontamiento que lo invade.

—Despacio —dice—. Eso es. Despacio. Muy bien. Vas muy bien.

Vas muy bien. Mientras habla Lea dice algo sobre el hospital.

—... que te echen un vistazo. Lo primero es lo primero.

Que Roy sepa, Lea nunca había conducido el camión. Es

extraordinario lo bien que se le da.

«Foresta». Esa es la palabra. Aunque no es una palabra nada extraña, lo más seguro es que Roy no la haya usado nunca. De una seriedad que normalmente a él lo echaría para atrás.

normalmente a él lo echaría para atrás.

—La foresta abandonada —dice, como si eso pusiera fin a algo.

Demasiada felicidad

Muchas personas que no han estudiado matemáticas las confunden con la aritmética y las consideran una ciencia seca y árida. Lo cierto es que esta ciencia requiere mucha imaginación.

Sofía Kovalevski

1

El primer día de enero del año 1891 una mujer menuda y un hombre

corpulento andan por el Viejo Cementerio de Génova. Los dos rondan los cuarenta años. La mujer tiene la cabeza grande, como un niño, con una mata de pelo oscuro y rizado y una expresión preocupada, un poco suplicante. Su rostro empieza a parecer ajado. El hombre es inmenso. Pesa ciento veinticinco kilos, repartidos por un cuerpo enorme; como es ruso a menudo lo llaman oso, y también cosaco. En estos momentos está

agachado sobre unas lápidas, escribiendo en un cuaderno, recopilando inscripciones y tratando de descifrar abreviaturas que no comprende de inmediato, a pesar de que habla ruso, francés, inglés e italiano y comprende el latín clásico y medieval. Sus conocimientos son tan

dilatados como su físico, y aunque su especialidad es el derecho administrativo, es capaz de disertar sobre el desarrollo de las instituciones políticas contemporáneas de Estados

Unidos, las peculiaridades de la sociedad en Rusia y en Occidente y las leyes y costumbres de los imperios antiguos. Pero no es un pedante.

las leyes y costumbres de los imperios antiguos. Pero no es un pedante. Es ocurrente y goza de muchas simpatías, se siente a sus anchas en ambientes muy distintos y puede llevar una vida sumamente cómoda gracias a sus propiedades cerca de Jarkov. Sin embargo, tiene prohibido ocupar un puesto académico en Rusia, por ser liberal.

Su nombre le pega mucho. Maksim. Maksim Maksimovich

La mujer que lo acompaña también es una Kovalevski. Estuvo casada con un primo lejano de él, pero ahora es viuda. Le habla en tono de broma.

Kovalevski.

—Sabes que uno de los dos va a morir —le dice—. Uno de los dos morirá este año.

Sin prestarle demasiada atención, él le pregunta:

—¿ Y eso por qué?

—Porque hemos estado en un cementerio el primer día de Año Nuevo.

—En efecto.
—Todavía hay unas cuantas cosas que tú no sabes —añade ella con voz coqueta pero inquieta—. Yo las sabía antes de los ocho años.

—Las chicas pasan más tiempo con las cocineras y los chicos con los mozos de cuadra... Supongo que es por eso.

—¿Y los chicos de las cuadras no saben nada de la muerte? —No mucho. Se concentran en otras cosas.

Ese día hay nieve pero es blanda. Donde pisan dejan huellas negras, derretidas.

Se conocieron en 1888. Él había ido a Estocolmo para asesorar sobre la fundación de una escuela de ciencias sociales. Su nacionalidad común, que llegaba hasta un apellido común, habría cruzado sus caminos aunque no hubiera existido una atracción especial. Ella habría tenido la

responsabilidad de acompañar y hacerse cargo de un correligionario liberal a quien no acogían en su propio país.

Pero no resultó en absoluto una obligación. Cayeron el uno en brazos del otro como si de verdad hubieran sido parientes que no se veían desde

del otro como si de verdad hubieran sido parientes que no se veían desde hacía tiempo. A continuación un torrente de bromas y preguntas, una comprensión inmediata, una exuberante algarabía en ruso, como si las lenguas de Europa occidental fueran endebles jaulas puramente formales las convenciones de Estocolmo. Él se quedaba hasta tarde en el apartamento de ella. Ella iba sola a almorzar con él en su hotel. Cuando él se hirió una pierna por culpa de un percance en el hielo, ella lo ayudaba a bañarse y vestirse, y no solo eso: se lo contó a la gente. Entonces estaba tan segura de sí misma, y sobre todo de él... Escribió una descripción de Maksim, sacada de De Musset, y se la envió a una amiga.

en las que llevaban demasiado tiempo confinados, o míseras sustitutas de la verdadera habla humana. También su conducta desbordó muy pronto

Indignantemente ingenuo, mas muy displicente. Terriblemente sincero, y tan astuto al mismo tiempo. Y al final decía: «Y encima, un verdadero ruso; eso es».

Es muy alegre, y al mismo tiempo muy sombrío,

sumamente gracioso y sin embargo tan afectado.

vecino desagradable, excelente camarada,

Maksim el Gordo, lo llamaba ella por entonces.

«Nunca he sentido tal tentación de escribir novela romántica como con Maksim el Gordo.» Y: «Ocupa demasiado sitio, en el diván y en mi cabeza. En su presencia me resulta del todo imposible pensar en otra cosa

que no sea él». Esto ocurría precisamente cuando tendría que haber estado trabajando noche y día, preparando la memoria para el premio Bordin.

«No solo estoy descuidando las Funciones, sino también las Integrales Elípticas e incluso mi Cuerpo Rígido», bromeaba con su colega, el matemático Mittag-Leffler, quien convenció a Maksim de que había

llegado el momento de que fuera a Upsala a dar conferencias durante una temporada. Sofía lo apartó con gran esfuerzo de sus pensamientos, dejó de fantasear, volvió a centrarse en el movimiento de los cuerpos rígidos y en la solución del llamado problema de la sirena mediante las funciones principio también ella se dejó seducir, fascinada por las luces y el champán. El vértigo de los halagos, el deslumbramiento y los besamanos recubrían con una gruesa capa ciertas realidades, realidades fastidiosas pero inmutables. La realidad de que jamás le ofrecerían un trabajo digno de su talento, de que tendría mucha suerte si le tocaba dar clase en una escuela femenina de provincias. Y mientras ella disfrutaba, Maksim se disponía a desaparecer. Ni una sola palabra sobre el verdadero porqué,

solo los artículos que tenía que escribir, lo mucho que necesitaba la paz y

Lo que los echó a perder fue el premio Bordin. Eso creía Sofía. Al

zeta con dos variables independientes. Trabajaba apresurada pero feliz, porque en el fondo seguía pensando en él. Cuando regresó, ella estaba agotada, aunque pletórica. Dos triunfos: su trabajo listo para una última revisión y una presentación anónima; su amante gruñón pero alegre, entusiasta tras regresar del destierro y, según todos los indicios, decidido

a convertirla en la mujer de su vida, o eso pensaba ella.

la tranquilidad de Beaulieu.

Maksim se sentía relegado. Un hombre que no estaba acostumbrado a ser relegado, que probablemente jamás había acudido a ningún salón, a ninguna recepción, desde que era adulto, donde hubiera ocurrido tal cosa. Y tampoco ocurría en París. No era que él se sintiese invisible allí, donde Sofía acaparaba la atención, sino que lo de él se daba por supuesto. Un hombre de consolidada valía y reputación permutable, con cierto volumen corporal e intelectual, unido a un ingenio agudo, una habilidad y

un encanto masculinos. En cambio, ella era una absoluta novedad, un bicho raro delicioso, la mujer con talento artístico y timidez femenina, encantadora, y sin embargo con una mente pertrechada de una forma nada convencional bajo sus rizos. Él le escribió desde Beaulieu, frío y desabrido, pidiendo disculpas y

rechazando el ofrecimiento de Sofía de ir a verlo una vez hubiera pasado

fulgurante fama, volver con sus amigos, que de repente no significaban nada para ella. Volver con sus alumnos, que significaban algo más, pero solo cuando se presentaba ante ellos transformada en matemática, la parte de su personalidad que, cosa rara, aún era accesible.

Y al final de la carta, una frase terrible: «Si te amara, habría escrito

El fin de todo. Volver de París con su premio y su chocante y

todo aquel trajín. Había una señora que se alojaba en su casa a quien de ninguna manera podía presentarla, decía él. Esa señora estaba pasando por grandes dificultades y en aquellos momentos requería toda su atención. Sofía debía regresar a Suecia, decía; sería feliz donde la esperaban sus amigos. Sus alumnos la necesitaban, y también su hijita. ¿Un golpe bajo, la insinuación, que Sofía ya había oído, de que no era

Y volver con su Fufu, supuestamente desatendida pero tremendamente dichosa. En Estocolmo todo se lo recordaba.

una buena madre?)

de otra manera.»

Estaba en la misma habitación, con los muebles trasladados a costa de un gasto disparatado desde la otra orilla del mar Báltico. El mismo diván frente a ella que hacía poco había soportado con entereza la mole

de Maksim. Y encima la suya, cuando él la tomaba diestramente entre sus

brazos. A pesar de su tamaño, él jamás había sido torpe como amante.

El mismo damasco rojo, en el que se habían sentado invitados ilustres y no tan ilustres cuando estaba en su antiguo hogar, ya perdido.

Quizá se hubiera sentado en él Fiodor Dostoievski, en su lamentable estado nervioso, deslumbrado por Aniuta, su hermana. Y por supuesto, Sofía, la hija que tanto dejaba que desear a ojos de su madre, la hija

siempre molesta. La misma vieja vitrina, también traída desde su casa de Palibino, con los retratos de sus abuelos incrustados, pintados sobre porcelana.

Los abuelos Shubert. Ningún consuelo por esa parte. Él de uniforme, ella con un vestido de fiesta, tan absurdamente satisfechos de sí mismos. Habían conseguido lo que querían, suponía Sofía, y por quienes no eran tan intrigantes o tan afortunados solo sentían desprecio.

—¿Sabías que soy medio alemana? —le había dicho Sofia a Maksim.
—Por supuesto. ¿Cómo si no podrías ser tal prodigio de

laboriosidad, y tener la cabeza tan llena de números míticos?
Si te amara.
Fufu le trajo un plato de mermelada y le pidió que jugara a un juego

de cartas infantil.

—Déjame en paz. ¿Es que no puedes dejarme en paz?

Pero bien mirado Sofía no era de las que se hundían para siempre. Se

—Déjame en paz. ¿Es que no puedes dejarme en paz? Más adelante enjugó las lágrimas de la niña y le pidió perdón.

desenfadadas que al hablar con desenvoltura de placeres frívolos — patinar, montar a caballo— e interesarse por la política rusa y francesa podían bastar para tranquilizar a Maksim, e incluso para hacerle sentir que su advertencia había sido cruel e innecesaria. Logró arrancarle otra invitación, y se marchó a Beaulieu en cuanto terminó sus clases, en

tragó el orgullo e hizo acopio de sus recursos; escribió cartas

verano.

Días placenteros. También malentendidos, como los llamaba ella.

(Con el tiempo lo cambiaría por «conversaciones».) Rachas de frialdad,

rupturas, rupturas a medias, repentina cordialidad. Un accidentado viaje por Europa, durante el que se presentaron abierta y escandalosamente como amantes.

Sofía pensaba a veces si Maksim iría con otras mujeres. Ella jugueteaba con la idea de casarse con un alemán que la cortejaba. Pero el alemán era demasiado quisquilloso y ella sospechaba que quería un ama de casa. Además, no estaba enamorada de él. Cada vez que el hombre

la sangre.

Cuando se enteró de aquel honorable cortejo, Maksim dijo que lo mejor sería que se casara con él. Siempre y cuando ella pudiera sentirse a gusto con lo que él le ofrecía, añadió. Al decirlo fingió referirse al dinero.

pronunciaba sus concisas palabras de amor en alemán, a ella se le helaba

Por supuesto, lo de sentirse a gusto con sus riquezas era una broma. Sentirse a gusto con una tibia y cortés oferta de sentimientos, que descartara las decepciones y los alborotos que casi siempre provocaba ella..., eso era un asunto completamente distinto.

Sofía se refugió en el tono burlón, dejando que Maksim pensara que

ella no creía que sus palabras fueran en serio, y no tomaron ninguna decisión. Pero al volver a Estocolmo se consideraba una imbécil. Y le contó por carta a Julia, antes de ir al sur en Navidad, que no sabía si iba camino de la felicidad o de la amargura. Se refería a que le diría que ella iba en serio y averiguaría si él también. Estaba preparada para la

camino de la felicidad o de la amargura. Se refería a que le diría que ella iba en serio y averiguaría si él también. Estaba preparada para la decepción más humillante.

Se libró de eso. Al fin y al cabo, Maksim era un caballero y cumplió su palabra. Se casarían en primavera. Una vez decidido, se sintieron más a gusto el uno con el otro que al principio. Sofía se portaba bien, sin

enfados ni arrebatos. Él esperaba cierto decoro, pero no el decoro del ama

de casa. Jamás se opondría a que fumara, a sus interminables tazas de té y a su apasionamiento político, como quizá haría un marido sueco. Y a ella no le desagradaba comprobar que cuando a él le fastidiaba la gota podía ser tan irracional, irritante y egocéntrico como ella. Al fin y al cabo, eran compatriotas. Y se sentía culpable y aburrida con los suecos, tan racionales, los únicos en Europa dispuestos a contratar a una matemática para su nueva universidad. Su ciudad era demasiado limpia, demasiado pulcra, sus fiestas demasiado comedidas. Una vez que llegaban a la conclusión de que cierta forma de actuar era la correcta la seguían hasta el final, sin las veladas de discusión, estimulantes y probablemente peligrosas, que se prolongaban sin fin en San Petersburgo o París.

la investigación, no la enseñanza. Se alegraría de que tuviera algo que la absorbiera, aunque ella sospechaba que las matemáticas no le parecían banales pero sí un tanto accesorias. ¿Cómo iba a pensar un profesor de derecho y sociología?

Maksim no se entrometería en el verdadero trabajo de Sofía, que era

El tiempo es más cálido en Niza, unos días más tarde, cuando Maksim la acompaña al tren.

—¿Cómo voy a irme, cómo voy a dejar este aire tan suave? —Ah, pero te están esperando tu mesa y tus ecuaciones

diferenciales. En primavera serás incapaz de apartarte de ellas. —¿Tú crees? No debe pensar..., no debe pensar que él está insinuándole que ojalá

no se casen en primavera. Sofía ya ha enviado una carta a Julia, diciéndole que, después de

todo, va a ser feliz. Después de todo, felicidad. Felicidad. En el andén un gato negro se les cruza en diagonal. Sofía detesta los

gatos, especialmente los negros, pero no dice nada y refrena un

estremecimiento. Y como para recompensarla por su autocontrol, Maksim anuncia que irá con ella hasta Cannes, si le parece bien. Ella apenas puede responder, por lo agradecida que está, además de por la funesta presión del llanto. Llorar en público es algo que a Maksim le parece despreciable. (Y cree que tampoco tiene por qué soportarlo en

privado.) Sofía logra reprimir las lágrimas, y cuando llegan a Cannes, él la envuelve en sus amplias ropas, de buen corte, con su olor a virilidad, una mezcla de aroma de animales con pelo y de tabaco caro. La besa con

decoro pero pasa rápidamente la lengua por sus labios, recordatorio de íntimas ansias. Naturalmente, ella no le ha recordado que su trabajo trataba de la todo en ella —le ha dicho su amiga Marie Mendelson—. Cuando sale una mujer, se lleva todo lo que ha ocurrido allí.» Al menos ahora tiene tiempo de descubrir que sufre un resfriado de garganta. Sofía espera que, si Maksim lo ha pillado también, no sospeche

«Recuerda que cuando un hombre sale de una habitación, se lo deja

teoría de las ecuaciones diferenciales parciales, ni que lo terminó hace tiempo. Pasa la primera hora de su solitario viaje como suele pasar el primer rato tras separarse de él: sopesando las señales de afecto y las de

enfado, las de indiferencia y las de una pasión con ciertas reticencias.

de ella. Como es un soltero con salud de hierro, considera el menor contagio un insulto, y para él la mala ventilación o un aliento fétido son agresiones personales. En ciertos sentidos es un malcriado, francamente. Malcriado y, aunque parezca mentira, envidioso. Hace algún tiempo

le contó a Sofía por carta que habían empezado a atribuirle a ella ciertos escritos suyos, por la coincidencia de apellidos. Había recibido una carta de un agente literario de París, que se dirigía a él como «Estimada señora».

matemática, decía. Qué decepción para el parisiense que él no fuera ninguna de las dos cosas. Un simple erudito, y hombre. Una broma estupenda, desde luego.

Por desgracia, había olvidado que ella era novelista además de

Sofía se queda dormida antes de que enciendan las luces del tren.

Sus últimos pensamientos de vigilia —pensamientos desagradables—

son para Victor Jaclard, el esposo de su hermana muerta, a quien tiene

pensado ir a ver en París. En realidad es a su joven sobrino, Urey, el hijo

de su hermana, a quien está deseando ver, y el chico vive con su padre. Siempre recuerda a Urey tal y como era a los cinco o seis años de edad,

angelicalmente rubio, confiado y cariñoso, pero de temperamento nada parecido al de su madre, Aniuta.

Se ve en un confuso sueño con Aniuta, con la Aniuta de mucho antes

cuerpo despedazado de su amante por ciertas marcas que solo ella conoce. Por alguna razón ha llegado a este tren y le lee las páginas a Sofía, que no tiene ánimos para explicarle cómo han cambiado las cosas y qué ha ocurrido desde los tiempos de la habitación de la torre. Al despertarse, Sofía piensa en que todo aquello era cierto —la

obsesión de Aniuta con la historia medieval, especialmente con la de Inglaterra— y en que un buen día aquello desapareció, velos incluidos, como si nunca hubiera existido, y en su lugar surgió una Aniuta seria y

de la aparición de Urey y Jaclard. La Aniuta soltera, de pelo dorado, hermosa y de mal genio, en la finca familiar de Palibino, donde está decorando su habitación de la torre con iconos ortodoxos y quejándose de que no son los objetos religiosos propios de la Europa medieval. Ha leído una novela de Bulwer-Lytton y se ha cubierto de velos para imitar a Edith Cuello de Cisne, la amante de Harold de Hastings. Tiene pensado escribir ella también una novela sobre Edith y ya ha terminado unas cuantas páginas donde describe la escena en que la heroína ha de identificar el

ancladas en el presente, que escribía sobre una joven que a instancias de sus padres y por motivos convencionales rechaza a un joven investigador que muere. Tras su muerte, ella comprende que lo ama y no tiene otra opción que seguirlo a la tumba. Envió en secreto el relato a una revista dirigida por Fiodor

Dostoievski, y lo publicaron.

Su padre se indignó.

—Si ahora vendes tus relatos, ¿cuánto tardarás en venderte a ti

misma? En medio de la confusión entró en escena el propio Fiodor, que se

portó fatal en una fiesta pero aplacó a la madre de Aniuta con una visita privada y acabó por pedir a Aniuta en matrimonio. La firme oposición del padre casi convenció a Aniuta de aceptar, de fugarse. Pero a fin de cuentas, también apreciaba su propia celebridad, y quizá tuvo la juntas en París. Jaclard, el amante de Aniuta —todavía no su marido—, ha sustituido a Harold de Hastings y a Fiodor el novelista como héroe, y además Jaclard es un auténtico héroe, aunque maleducado (se vanagloria de sus orígenes campesinos) e infiel desde el principio. Está luchando en las afueras de París, y Aniuta teme que lo maten, porque es muy valiente. En el sueño de Sofía, Aniuta ha ido a buscarlo, pero las calles por las que

deambula llorando y gritando su nombre son de San Petersburgo, no de París, y Sofía se queda en un enorme hospital parisiense lleno de

premonición de que debería sacrificarla, con Fiodor, de modo que lo rechazó. Él la convirtió en la Aglia de su novela *El idiota* y se casó con

Sofía vuelve a adormilarse, se sumerge en otro sueño en el que

Aniuta y ella son jóvenes pero no tanto como en Palibino, y están

una joven taquígrafa.

soldados muertos y civiles ensangrentados, y uno de los muertos es su marido, Vladimir. Huye de todas aquellas víctimas, buscando a Maksim, que está a salvo en el hotel Splendide. Maksim la sacará de todo aquello.

Se despierta. Llueve y está oscuro, y no está sola en el compartimento. Hay una joven desaliñada sentada junto a la puerta, con una carpeta de dibujo. Sofía teme haber gritado en sueños, pero lo más

una carpeta de dibujo. Sofía teme haber gritado en sueños, pero lo más probable es que no lo haya hecho, porque la chica está durmiendo plácidamente.

Si la chica hubiera estado despierta, quizá Sofía le habría dicho:

«Perdone, estaba soñando con 1871. Yo estaba allá, en París; mi hermana estaba enamorada de un comunero. Lo capturaron y podrían haberlo matado o enviado a Nueva Caledonia, pero conseguimos sacarlo. Lo hizo mi esposo. Mi esposo, Vladimir, que no era comunero y lo único que quería era ver los fósiles del Jardín des Plantes».

La chica se habría aburrido. A lo mejor habría sido cortés, aunque de todos modos habría dado la sensación de que para ella todo aquello había sucedido antes del destierro de Adán y Eva. Seguramente ni siquiera era francesa. Las chicas francesas que se podían permitir viajar en segunda

no solían ir solas. ¿Quizá norteamericana? Era sorprendentemente cierto que Vladimir pudo pasar algunos de

quienes consideraban contrarrevolucionarias, y las iban a sustituir las esposas y camaradas de los comuneros. Las mujeres normales y corrientes maldecían las sustituciones porque no sabían ni poner un vendaje y los heridos morían, aunque la mayoría habría muerto de todos modos. Además de las heridas de guerra había que enfrentarse a las enfermedades. Se decía que la gente comía perros y ratas.

aquellos días en el Jardin des Plantes. Y falso que lo hubieran matado. En medio del caos estaba cimentando su única y auténtica vocación, la de paleontólogo. Y también era cierto que Aniuta llevó a Sofía a un hospital en el que habían despedido a todas las enfermeras profesionales, a

Jaclard y sus revolucionarios lucharon durante diez semanas. Tras la derrota encarcelaron a Jaclard en Versalles, en una celda subterránea.

Habían matado a varios hombres porque los habían confundido con él. O eso se contaba. En aquella época el general, padre de Aniuta y Sofía, había llegado

de Rusia. A Aniuta la habían llevado a Heidelberg, donde tuvo que guardar reposo. Sofía volvió a Berlín y al estudio de las matemáticas, pero Vladimir se quedó, y abandonó sus mamíferos terciarios para, en connivencia con el general, liberar a Jaclard. Lo lograron gracias a la osadía y el soborno. Jaclard iba a ser trasladado bajo la custodia de un

soldado a una cárcel de París, y pasaría por cierta calle donde habría una muchedumbre que acudía a una exposición. Vladimir se lo llevaría mientras el guardia miraba para otro lado; le habían pagado para que lo hiciera. Y aún bajo su protección, Vladimir lo arrastraría por entre la multitud hasta un cuarto donde encontraría ropa de paisano; después lo

llevaría a la estación de ferrocarril y, provisto del pasaporte de Vladimir,

Jaclard huiría a Suiza.

Lo lograron. Jaclard no se molestó en enviar de vuelta el pasaporte hasta que

Aniuta se reunió con él; fue ella quien lo devolvió. No se reembolsó ninguna cantidad de dinero.

Sofía envió sendas notas desde su hotel de París a Marie Mendelson

y Jules Poincaré. La criada de Marie respondió que su señora estaba en Polonia. Ella contestó diciendo que podría necesitar la ayuda de su amiga, en primavera, para «escoger el traje adecuado para el acontecimiento que el mundo podría considerar el más importante en la vida de una mujer». Añadía entre paréntesis que el mundo de la moda y ella «seguían manteniendo unas relaciones bastante confusas».

Poincaré llegó a una hora de la mañana excepcionalmente temprana

y de inmediato empezó a quejarse de la conducta del matemático

Weierstrass, antiguo mentor de Sofía, que había formado parte del jurado en la entrega de un reciente premio de matemáticas instituido por el rey de Suecia. Le habían concedido el premio a Poincaré, pero Weierstrass consideró conveniente anunciar que existían posibles errores en su trabajo —el de Poincaré— que a él, Weierstrass, no le habían dado tiempo para investigar. Había enviado una carta con sus dudas y anotaciones al rey (como si semejante personaje supiera algo sobre el tema), y había hecho ciertas declaraciones indicando que Poincaré sería más valorado en el futuro por los aspectos negativos de su trabajo que por

los positivos.

Sofía lo calmó diciéndole que iría a ver a Weierstrass y le plantearía el asunto. Fingió no saber nada al respecto, aunque le había escrito una carta tomándole el pelo a su antiguo profesor.

«Estoy segura de que al rey le ha quitado gran parte de su real sueño la información que usted le ha remitido. Piense en la inquietud que habrá despertado en la regia mente, hasta la fecha tan felizmente ignorante de

despertado en la regia mente, hasta la fecha tan felizmente ignorante de las matemáticas. Espero por su bien que no se arrepienta de su generosidad...»

—Al fin y al cabo —le dijo a Jules—, al fin y al cabo tú tienes el premio y lo tendrás para siempre.

Jules le dio la razón, y añadió que su nombre seguiría brillando cuando el de Weierstrass hubiera caído en el olvido.

Todos v cada uno de nosotros caeremos en el olvido, pensó Sofia,

pero no lo dijo, por la delicada sensibilidad de los hombres en estas cuestiones, sobre todo de los hombres jóvenes.

Se despidió de él a mediodía y fue a ver a Jaclard y Urey. Vivían en una zona pobre de la ciudad. Tuvo que atravesar un patio con ropa tendida —había cesado la lluvia, aunque el día seguía oscuro— y subir una escalera exterior larga y un tanto resbaladiza. Jaclard gritó que la

puerta no tenía el pestillo echado, y al entrar, Sofia se lo encontró sentado en una caja puesta boca abajo, sacándole brillo a unas botas. No se levantó para saludarla, y cuando ella empezó a quitarse la capa, Jaclard le

dijo: —Será mejor que no. La estufa no se enciende hasta la noche.

Le señaló el único sillón, grasiento y desvencijado. Era peor de lo que Sofia se imaginaba. No estaba Urey; no había esperado a verla. Había dos cosas que ella quería averiguar sobre Urey. ¿Se parecía

más a Aniuta y a la rama rusa de su familia? Y ¿había crecido? Cuando cumplió los quince, el año anterior, en Odesa, no aparentaba más de doce.

Enseguida descubrió que las cosas habían tomado un cariz que restaba importancia a tales preocupaciones.

—¿Y Urey? —preguntó.

—Ha salido.

—¿Está en el colegio?

—Es posible. Sé poco de él. Y cuanto más sé, menos me importa.

Sofia pensó en tranquilizarlo y sacar el tema a colación más adelante. Le preguntó por su salud —la de Jaclard—, y él le contestó que estaba mal de los pulmones. Dijo que no había llegado a recuperarse de aquel invierno de 1871, del hambre y las noches al raso. Sofia no deber de comer, para poder combatir—, pero dijo, benévola, que había estado pensando en aquella época mientras iba en el tren. Había estado pensando en Vladimir y en el rescate, que parecía sacado de una ópera cómica.

No fue una comedia ni una ópera, dijo él, pero se animó hablando de

eso. Mentó a los hombres a los que habían matado al confundirlos con él, y de la desesperada batalla entre el 20 y el 30 de mayo. Cuando al fin lo

recordaba que los combatientes hubieran pasado hambre —tenían el

capturaron, había terminado la época de las ejecuciones sumarias; sin embargo, él seguía creyendo que moriría tras su ridículo juicio. Solo Dios sabía cómo había logrado escapar. Y no es que creyera en Dios, añadió, como hacía siempre.

Siempre. Y cada vez que contaba la historia, el papel de Vladimir —

y del dinero del general— se empequeñecía. Tampoco mencionaba el pasaporte. Lo que contaba era la valentía de Jaclard, su destreza. A medida que hablaba parecía más entregado a su público.

Aún se recordaba su nombre. Aún se contaba su historia.

Y siguió hablando, contando historias ya conocidas. Se levantó y cogió una caja de caudales de debajo de la cama. Allí estaba el preciado papel, el papel que ordenaba su salida de Rusia, cuando estaba en San Petersburgo con Aniuta tras la época de la Comuna. Tenía que leerlo de principio a fin.

Excelentísimo señor Konstantin Petrovich:

Me apresuro a comunicaros que el francés Jaclard, miembro de la antigua Comuna, mientras vivió en París se mantuvo continuamente en contacto con representantes del Partido Revolucionario del Proletariado Polaco y el judío Karl Mendelson, y gracias a la vinculación con Rusia por mediación de su esposa participó en el traslado de las cartas de Mendelson a Varsovia. Es amigo de muchos y destacados radicales

motivo por el cual, ante mi insistencia, el ministro decidió enviarlo fuera de las fronteras de nuestro imperio.

Fue recuperando el entusiasmo a medida que leía, y Sofia recordó que antes se burlaba y bromeaba, y que ella, e incluso Vladimir, se sentían en cierto modo honrados de que los tuviera en cuenta, aunque fuera como público.

—Qué lástima —dijo Jaclard—. Es una lástima que la información

franceses. Desde San Petersburgo Jaclard mandó a París noticias por completo falsas y dañinas sobre los asuntos políticos rusos y tras el primero de marzo y la tentativa contra el zar esta información traspasó los límites de la paciencia,

—Que lastima —dijo Jaclard—. Es una lastima que la información sea incompleta. No menciona que me eligieron los marxistas de la Internacional de Lyon para representarlos en París.

En aquel momento entró Urey. Su padre siguió hablando.

—Era un secreto, por supuesto. Oficialmente me pusieron en el

habitación, con una seriedad gozosa, descontrolada—. Fue en Lyon donde nos enteramos de que habían capturado al sobrino de Bonaparte, más pintarrajeado que una puta.

Comité de Seguridad Pública de Lyon. —Iba de acá para allá por la

Urey saludó a su tía con la cabeza, se quitó la chaqueta —saltaba a la vista que no notaba el frío— y se sentó en la caja para reanudar la tarea que había empezado su padre con las botas.

que había empezado su padre con las botas.

Sí. Se parecía a Aniuta. Pero era con la Aniuta de la última época con quien tenía parecido. La caída de párpados cansada y sombría, la

mueca de escepticismo —que en él era desdén— de los gruesos labios. No había ni rastro de la muchacha de peío dorado ansiosa de peligro, de merecida fama, con arrebatadas invectivas. Urey no debía de guardar ningún recuerdo de aquel ser; solo el de una mujer enferma, asmática,

con cáncer, un bulto informe proclamando su deseo de morir.

Jaclard la había amado al principio, quizá, en la medida en que él era

al hablar que sus palabras se convertían en un balbuceo. Un héroe agotado por su lucha, un hombre que había sacrificado su juventud; así podía presentarse, no sin causar impresión. Y en cierto modo era verdad. Era físicamente valiente, tenía ideales, había nacido pastor y sabía lo que significaba ser despreciado.

Y también Sofía lo despreciaba en aquellos momentos.

La habitación era un desastre, pero al mirarla con detenimiento se notaba que la habían limpiado lo mejor posible. Había unos cuantos

capaz de amar. A Jaclard le constaba el amor de Aniuta. En la carta ingenua o simplemente arrogante dirigida al padre de Aniuta, en la que le explicaba su decisión de casarse con ella, decía que le parecía injusto abandonar a una mujer que le profesaba tanto cariño. Nunca había renunciado a otras mujeres, ni siquiera al principio de la relación, cuando Aniuta estaba enloquecida por él. Y por supuesto, tampoco durante el matrimonio. Sofia suponía que las mujeres aún lo encontraban atractivo, a pesar de la barba descuidada y canosa y de que a veces se exaltaba tanto

le pasó por la cabeza que Jaclard aún podría tener una mujer a su lado. Él estaba hablando de Clemenceau, comentando que mantenían buenas relaciones. Ya se había puesto a tono para presumir de la amistad con un hombre a quien Sofia habría esperado que Jaclard acusara de estar pagado por el Ministerio de Asuntos Exteriores británico (aunque ella no

cacharros de cocina colgados de clavos en la pared. Le habían sacado brillo a la estufa apagada, así como al fondo de los cacharros. A Sofía se

creía que fuera verdad).

Sofia lo distrajo elogiando lo ordenada que estaba la habitación.

Jaclard miró a su alrededor, sorprendido ante el cambio de tema, y sonrió lentamente, con renovado afán de venganza.

—Estoy casado con una persona que se encarga de mi bienestar. Me alegro de poder decir que es una señora francesa. No es tan charlatana ni tan vaga como las rusas. Es culta; fue institutriz, pero la despidieron por sus simpatías políticas. Siento no poder presentártela. Es pobre pero

decente y sigue importándole su buen nombre. —Ya —dijo Sofia levantándose—. Tenía pensado decirte que yo también vuelvo a casarme. Con un caballero ruso. —Había oído que andabas con Maksim Maksimovich. No sabía nada de boda. Sofia estaba tiritando tras tanto rato sentada con aquel frío. Se

dirigió a Urey en el tono más alegre que pudo. —¿Vienes con tu anciana tía a la estación? No he renido ocasión de hablar contigo.

—Espero no haberte ofendido —dijo Jaclard maliciosamente—. Siempre he creído que hay que decir la verdad. —En absoluto.

Urey se puso la chaqueta y Sofia se dio cuenta de que le quedaba grande. Probablemente la habían comprado en un mercadillo de segunda mano. Había crecido, pero no era más alto que ella. Sin duda no se había alimentado como era debido en una época importante de su vida. Su madre era alta, y Jaclard seguía siéndolo.

Urey se puso a hablar antes de llegar al final de las escaleras. Recogió la maleta de Sofia inmediatamente, sin que ella se lo pidiera. —Es tan tacaño que ni siquiera enciende el fuego para ti. Hay leña

Aunque al principio no parecía demasiado dispuesto a acompañarla,

en la caja, ella ha traído un poco esta mañana. Es más fea que un demonio, por eso no quiere que la conozcas.

—No deberías hablar así de las mujeres.

—¿Y por qué no, si quieren ser iguales?

—Supongo que debería decir «de las personas». Pero no quiero hablar de ella ni de tu padre. Quiero hablar de ti. ¿Qué tal te va con los estudios?

—Los detesto.

—No puedes detestarlo todo.

—¿Por qué no? No es nada raro detestarlo todo.

—¿Puedes hablar en ruso conmigo?
—Es un idioma primitivo. ¿Por qué no hablas tú mejor en francés? Él dice que tienes un acento primitivo. Dice que también mi madre tenía un acento primitivo. Los rusos son primitivos.

—Yo tengo mis propias ideas. Caminaron un rato en silencio.

—¿Eso también lo dice él?

—París es un poco deprimente en esta época del año —dijo Sofia—. ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasamos aquel verano en Sévres? Hablábamos de todo. Fufu todavía te recuerda y habla de ti. Se acuerda de cuánto deseabas venir a vivir con nosotros.

—Eso era cosas de chiquillo. Entonces yo no pensaba de forma realista.

—¿Y ahora sí? ¿Has pensado en un trabajo para toda la vida? —Sí.

Por el tono satisfecho y sarcástico de su voz, Sofia no le preguntó en

qué iba a consistir, pero él se lo dijo.
—Voy a trabajar anunciando las paradas del ómnibus. Estuve trabajando en eso en Navidad, pero él vino y me obligó a volver. Cuando

cumpla un año más, ya no podrá obligarme.

—A lo mejor no siempre te conformarás con anunciar las paradas.

—¿Por qué no? Es algo muy útil. Es necesario siempre. Lo que no es necesario son las matemáticas, o eso me parece a mí.

Sofía guardó silencio.

—No sentiría respeto por mí mismo siendo profesor temáticas. —Estaban subiendo al andén—. Ganar premios y

matemáticas. —Estaban subiendo al andén—. Ganar premios y un montón de dinero por cosas que nadie entiende y que no le importan a nadie y que no sirven para nada.

—Gracias por llevarme la maleta.

Le dio algo de dinero, aunque no tanto como tenía intención. Él lo cogió con una desagradable sonrisa, como diciendo: te creías que iba a ser demasiado orgulloso, ¿no? Después le dio las gracias

apresuradamente, como en contra de su voluntad. Sofia lo observó mientras se alejaba y pensó que posiblemente no

llevaría a un mundo completamente nuevo, justo y sólido.

un banco y dejó caer la cabeza. Podía dormir un ratito.

que tuviera la edad que tenía ahora ella y ella llevara mucho tiempo muerta.

3

Sofia llegó media hora antes que el tren. Quería una taza de té y unas pastillas para la garganta, pero no se sentía con fuerzas para ponerse a hacer cola ni hablar en francés. Por muy bien que te las arregles cuando

tienes buena salud, basta un ligero decaimiento o el presagio de una enfermedad para volver al refugio de la lengua de la infancia. Se sentó en

Más que un ratito. Habían pasado quince minutos según el reloj de la

sentir cierto cariño por su tía Sofía, aunque probablemente no sería hasta

Quizá Urey cambiaría de rumbo; quién sabe. Incluso quizá llegaría a

volvería a verlo. El hijo de Aniuta, bien mirado, cuánto se parecía a Aniuta. A Aniuta dando al traste con casi todas las comidas familiares con sus altivas diatribas. A Aniuta recorriendo los senderos del jardín, llena de desdén por su vida de entonces y de fe en un destino que la

alrededor, y carritos con equipaje yendo y viniendo.

Mientras corría hacia el tren vio a un hombre con un gorro de piel como el de Maksim. Un hombre corpulento, con abrigo oscuro. Aunque no le vio la cara mientras el hombre se aleiaba de ella sus anchos

estación. Se había formado una muchedumbre, había un gran ajetreo a su

no le vio la cara mientras el hombre se alejaba de ella, sus anchos hombros y su forma cortés pero decidida de abrirse paso le recordaron vivamente a Maksim.

Un carro cargado hasta los topes pasó entre ellos y el hombre

desapareció.

No podía ser Maksim, por supuesto. ¿Qué podría estar haciendo en París? ¿A qué tren o cita tenía que acudir con tanta prisa? A Sofia le

París? ¿A qué tren o cita tenía que acudir con tanta prisa? A Sofia le empezó a latir el corazón de manera desagradable cuando subió al tren y

femeninos. Maksim había dejado claro en aquella otra ocasión que Sofia no tenía ningún derecho, que no ejercía ningún control sobre él. Lo que sin duda significaba que él pensaba que ahora sí lo tenía y le parecería indigno engañarla. Y cuando creyó verlo, Sofia acababa de despertarse de un sueño

encontró su asiento junto a una ventanilla. Era lógico que hubiera otras mujeres en la vida de Maksim. Por ejemplo, la mujer a quien no podía presentarla cuando se negó a invitarla a Beaulieu. Pero Sofia estaba convencida de que no era hombre de complicaciones escabrosas. Y mucho menos dispuesto a ataques de celos, reprimendas y llantos

malsano, enfermizo. Había tenido una alucinación.

El tren fue encajándose con los traqueteos y crujidos de costumbre y lentamente salió de debajo del techo de la estación.

Cómo le gustaba antes París. No el París de la Comuna, donde había estado a las órdenes exaltadas y en ocasiones incomprensibles de Aniuta, sino el París que había visto después, en la plenitud de su vida adulta, cuando conoció a matemáticos y pensadores políticos. En París no existían cosas como el aburrimiento, el esnobismo o el engaño,

pregonaba entonces.

Después le concedieron el premio Bordin, le besaron la mano y le ofrecieron flores y discursos en las salas más espléndidamente iluminadas. Pero a la hora de darle trabajo le habían cerrado las puertas. Ni se les ocurría contratarla, como jamás habrían contratado a un chimpancé amaestrado. Las esposas de los grandes

científicos preferían no conocerla y no la invitaban a sus casas. Las esposas eran las vigilantes de las barricadas, el ejército invisible e implacable. Sus maridos se encogían de hombros con tristeza ante las prohibiciones, pero las acataban. Unos hombres que hacían pedazos

viejas ideas seguían sometidos a unas mujeres en cuya cabeza solo tenían cabida la necesidad de los corsés ajustados, las tarjetas de visita y unas conversaciones que te llenaban la garganta de una especie de niebla Tenía que poner fin a esa letanía de rencores. Las mujeres casadas de Estocolmo la invitaban a sus casas, a las fiestas más importantes y a

perfumada.

encima.

su hija. Sofia podía ser una rareza, pero una rareza que ellas aceptaban. Como si fuera un loro políglota o uno de esos prodigios capaz de decir sin vacilación ni aparente reflexión que cierta fecha del siglo XIV caía en martes.

las cenas íntimas. La elogiaban y se sentían orgullosas de ella. Acogían a

sin vacilación ni aparente reflexión que cierta fecha del siglo XIV caia en martes.

No, no era justo. La respetaban por lo que hacía, y muchas de ellas estaban convencidas de que debía haber más mujeres que hicieran cosas

como aquellas y de que algún día sería así. Entonces, ¿por qué se aburría con ellas y echaba en falta las largas veladas y las conversaciones raras? ¿Por qué le molestaba que vistieran como las esposas de los clérigos o

como gitanas?

Estaba de un humor de perros, a causa de Jaclard, Urey y la mujer respetable a la que no podían presentar. Y del dolor de garganta y los ligeros escalofríos, sin duda síntomas del resfriado que se le venía

De todos modos, también ella sería una mujer casada dentro de poco, y encima, la esposa de un hombre rico, inteligente y competente.

Ha llegado el carrito del té. Eso le aliviará la garganta, pero piensa que ojalá fuera té ruso. La lluvia empezó a caer poco después de que salieran de París y ahora se ha transformado en nieve. Sofia prefiere la

nieve a la lluvia, los campos blancos a la tierra oscura y empapada, como cualquier ruso. Y donde hay nieve la mayoría de la gente reconoce la presencia del invierno y toma algo más que medidas deslavazadas para mantener sus casas caldeadas. Piensa en la casa de los Weierstrass, donde dormirá esta noche. El profesor y sus hermanas se niegan a que vaya a un hotel.

Su casa siempre es cómoda, con alfombras oscuras, gruesas cortinas con flecos y profundos sillones. La vida allí sigue un ritual: está

escrito, y elogia escrupulosamente a la persona que lo ha desairado).

Las hermanas, Clara y Elise, se sobresaltaron el primer día que Sofia entró en el salón camino del despacho. La doncella que la había dejado entrar no estaba acostumbrada a hacer distinciones, porque quienes vivían en la casa llevaban una vida muy retirada, y también porque

algunos estudiantes que iban allí eran desastrados y descorteses, de modo

consagrada al estudio, sobre todo al estudio de las matemáticas. Los alumnos, por lo general mal vestidos, tímidos, cruzan el salón de uno en uno para ir al despacho. Las dos hermanas solteras del profesor los saludan amablemente al pasar, sin esperar respuesta. Se dedican a tejer, remendar o hacer ganchillo. Saben que su hermano tiene un cerebro prodigioso, que es un gran hombre, pero también que necesita cierta cantidad de ciruelas al día, debido a su trabajo sedentario, que no le puede rozar la piel ni la lana más delicada, porque le sale sarpullido, que se siente herido cuando un colega no reconoce sus méritos en un artículo publicado (si bien él finge no darse cuenta, en las conversaciones y por

que no se podían aplicar las exigencias de la mayoría de las casas respetables. Aun así, a la doncella le vaciló un poco la voz antes de dejar entrar a aquella mujer menuda, cuyo rostro quedaba casi del todo oculto por un sombrero oscuro, que se movía asustada, como una mendiga avergonzada. Las hermanas no pudieron determinar su verdadera edad, pero llegaron a la conclusión, después de dejarla pasar al despacho, de que podía ser la madre de un alumno que iba a regatear o a suplicar por los honorarios.

—Dios mío, Dios mío —dijo Clara, la más animada de las dos a la

Charlotte Corday?

Se lo contaron a Sofia más adelante, cuando ya era amiga suya. Y Elisa añadió secamente:

hora de hacer conjeturas—. ¿Qué tenemos aquí? —pensamos—. ¿Una

—Por suerte, nuestro hermano no se estaba bañando. Y nosotras no pudimos levantarnos para protegerlo, porque estábamos liadas en esas

interminables bufandas. Entonces tejían bufandas para los soldados del frente. Era 1870,

estudiante que no daba la talla.

viaje de estudios a París. Tan abismados estaban en otras dimensiones, en siglos remotos, tan escasa atención prestaban al mundo en el que vivían que apenas habían oído hablar de una guerra contemporánea. Weierstrass ignoraba tanto como sus hermanas la edad y la misión de Sofia. Más adelante le dijo que la creyó una pobre institutriz que quería utilizar su nombre para asegurar que las matemáticas eran uno de

antes de que Sofia y Vladimir iniciaran lo que pretendían que fuera su

sus conocimientos. Pensó que tenía que reñir a la criada y a sus hermanas por haber consentido que lo interrumpieran, pero como era un hombre educado y amable, en lugar de despedirla inmediatamente le explicó que solo admitía estudiantes avanzados, con títulos académicos reconocidos, y que en aquellos momentos tenía más de los que podía atender. Como Sofia seguía de pie —temblando— delante de él, con aquel sombrero ridículo protegiéndole la cara y aferrada al chal, recordó el método, o el truco, que había utilizado en un par de ocasiones para desanimar a un

—Lo que sí puedo hacer en su caso es plantearle una serie de problemas y pedirle que los resuelva y me los traiga dentro de una semana a partir de hoy —le dijo—. Si me satisface el resultado, volveremos a hablar.

Al cabo de una semana se había olvidado por completo de ella. Por supuesto, no esperaba volver a verla. Cuando Sofia entró en su despacho no la reconoció, quizá porque había prescindido de la capa que ocultaba su esbelta figura. Debía de sentirse más audaz, o puede que hubiera

cambiado el tiempo. No recordaba el sombrero —sus hermanas sí—, pero no se fijaba mucho en los complementos de la indumentaria femenina. Sin embargo, cuando Sofia sacó los papeles del bolso y los dejó sobre la mesa, la recordó; suspiró y se puso las gafas.

Grande fue su sorpresa —también se lo dijo un tiempo más tarde—

—Siéntese —dijo—. Y explíqueme cómo ha llegado a estas soluciones, todos los pasos seguidos.

Sofia empezó a hablar, inclinada hacia delante; el sombrero de tela blanda le cayó sobre los ojos; se lo quitó y lo dejó tirado en el suelo. Quedaron al descubierto sus rizos, sus brillantes ojos, su juventud y su temblorosa fogosidad.

al ver que todos y cada uno de los problemas estaban resueltos, y algunos de una forma totalmente original. Pero siguió sospechando de ella, pensando que debía de haber presentado el trabajo de otro, tal vez un

hermano o un amante que se escondía por motivos políticos.

—Sí —dijo él—. Sí. Sí. Sí. Hablaba reflexiva, lentamente, tratando de disimular lo mejor

posible su asombro, sobre todo ante las soluciones cuyo método discrepaba del suyo con suma brillantez.

Sofia lo desconcertó en muchos sentidos. Era tan frágil, tan joven y

tan apasionada... Se sintió obligado a calmarla, a tratarla con cuidado, a dejar que aprendiera a refrenar los fuegos de artificio de su cerebro.

Llevaba toda la vida —a Weierstrass le costó decirlo, como tuvo que

reconocer, siempre receloso del excesivo entusiasmo—, llevaba toda la

vida esperando a que un alumno así entrase en su habitación. Un alumno que lo cuestionase por completo, que no solo fuera capaz de seguir las elucubraciones de su mente, sino quizá de volar incluso más lejos. Debía tener cuidado y no decir lo que realmente pensaba, que en la mente de un

matemático de primer orden hay sin duda algo parecido a la intuición, una llamarada que revele lo que siempre ha estado allí. Riguroso, meticuloso, así hay que ser, aunque así también ha de ser el gran poeta.

Cuando al fin se armó de valor para decirle todo esto a Sofia, también le dijo que había quienes torcerían el gesto ante la palabra «poeta» relacionada con la ciencia matemática. Y otros que saltarían de alegría ante la idea, para defender el desorden y la laxitud de su propio pensamiento.

del tren era cada vez más espesa a medida que avanzaban hacia el este. Era un tren de segunda clase, bastante espartano en comparación con el que había tomado en Cannes. No había vagón restaurante, pero en el

Como era de esperar, la capa de nieve que se veía por las ventanillas

carrito del té servían panecillos fríos, algunos rellenos de diversas salchichas con especias. Compró uno relleno de queso del tamaño de media bota y pensó que jamás se lo terminaría, pero lo hizo al cabo de un rato. Después sacé su librito de Hoine, para que la avadara a baser aflorar

rato. Después sacó su librito de Heine, para que la ayudara a hacer aflorar la lengua alemana a la superficie de su mente.

Cada vez que levantaba los ojos hacia la ventanilla le daba la

impresión de que nevaba más copiosamente, y a veces el tren reducía la velocidad, hasta casi detenerse. A ese paso, tendrían suerte si llegaban a

Berlín a medianoche. Deseó no haberse dejado convencer para ir a la casa de la calle Potsdam en lugar de a un hotel.

«Al pobre William le vendrá tan bien tenerte bajo el mismo techo una noche... Aún piensa que eres la niña que apareció en nuestra puerta, a pesar de que respeta enormemente tus logros y se enorgullece de tus

Y cuando llamaba al timbre ya era después de medianoche. Apareció Clara, en bata, pues había mandado a la sirvienta a la cama. Su hermano —lo dijo casi en un susurro— se había despertado con el ruido del coche de alguiler y Elise había ido a ponerlo cómodo y a asegurarle que vería a

grandes éxitos.»

de alquiler y Elise había ido a ponerlo cómodo y a asegurarle que vería a Sofía por la mañana.

Las palabras «ponerlo cómodo» no auguraban nada bueno para Sofía. En las cartas de las hermanas solo so aludía a cierta fatiga. V las

Sofia. En las cartas de las hermanas solo se aludía a cierta fatiga. Y las cartas de Weierstrass no contenían novedades de tipo personal, sino que estaban plagadas de detalles sobre Poincaré y su obligación —la de Weierstrass— para con las matemáticas, aclarándole las cosas al rey de Suecia.

Al oír a la anciana bajar la voz con aquel dejo de compasión o temor

hasta que Clara la llevó a su habitación.

Cuando trabajaba con Weierstrass, Sofia vivía en un apartamento pequeño y oscuro, la mayor parte del tiempo con su amiga Julia, que estudiaba química. No asistían a conciertos ni al teatro; tenían unos ingresos modestos y su trabajo las absorbía por completo. Julia iba a un

laboratorio privado donde disfrutaba de privilegios difíciles de conseguir para una mujer. Sofía pasaba un día tras otro ante su mesa, algunos sin

Pero había agua caliente en la jarra de su cuarto, había pan y

mantequilla en su mesilla. Mientras se desvestía oyó susurros ligeramente agitados en el corredor de arriba. Podrían haber sido comentarios sobre el estado del hermano, sobre ella o sobre la ausencia de acompañamiento para el pan con mantequilla, que quizá nadie observó

unos ojos apagados, con viejos brazos temblorosos.

al hablar de su hermano, al percibir los olores de aquella casa, en otro tiempo familiares y reconfortantes, pero aquella noche un poco rancios y deprimentes, Sofía pensó que quizá no fuera muy indicado adoptar el tono ligero de antes, pues ella no solo había llevado allí aire fresco, sino el bullicio del éxito, un dinamismo del que ella no era consciente y que podía molestar e intimidar un poco. Ella, a quien antes recibían con abrazos y saludable alegría (una de las sorpresas que deparaban las hermanas: lo joviales y convencionales que podían ser a un tiempo), también fue acogida con abrazos en esta ocasión, pero con lágrimas en

levantarse de la silla hasta que tenía que encender la lámpara. Entonces se estiraba y caminaba muy, muy deprisa de un extremo del apartamento al otro —un recorrido muy corto—, y a veces echaba a correr y hablaba en voz alta, soltando tonterías, de modo que cualquiera que no la conociese tan bien como Julia se habría preguntado si estaba en su sano

juicio.

La mente de Weierstrass, y en esta época también la de Sofia, se centraba en las funciones elípticas y abelianas y en la teoría de las

invitaban de buena gana, porque el profesor le dedicaba las tardes— era como una pariente joven, una protegida entusiasta.

Cuando iba Julia, también la invitaban, y a las dos muchachas les servían carne asada, puré de patatas y postres ligeros, exquisitos, que desbarataban sus ideas sobre la cocina alemana. Después de cenar se

funciones analíticas basada en su representación como una serie infinita. La teoría que llevaba el nombre de Weierstrass sostenía que toda secuencia acotada infinita de números reales contiene una sucesión convergente. Por entonces Sofia iba por detrás de Weierstrass, después lo cuestionó y durante una temporada incluso se le adelantó, de modo que pasaron de ser profesor y alumna a colegas, y ella servía en muchas ocasiones de catalizador de las investigaciones de Weierstrass. Pero esta relación tardó en desarrollarse, y en la cena de los domingos —a la que la

sentaban junto a la chimenea y escuchaban a Elise leer en voz alta. Leía con energía y expresividad las novelas del escritor suizo Conrad Ferdinand Meyer. La literatura era la diversión de la semana, tras tanto tejer y remendar.

En Navidad siempre había un árbol para Sofia y Julia, a pesar de que

los Weierstrass llevaban años sin molestarse en ponerlo. También había bombones, envueltos en papel reluciente, bizcocho de frutas y manzanas asadas. Para las niñas, como decían ellos.

Pero muy pronto hubo una sorpresa inquietante.

muchacha tímida e inexperta, tenía marido. Durante las primeras semanas de clase, antes de que llegara Julia, los sábados por la noche iba a recogerla a la puerta de la casa un joven a quien ella no presentó a la familia Weierstrass, que lo tomó por un criado. Era alto, sin gracia, con barba rala y rojiza pariz larga y ropa astrosa. En realidad si los

La sorpresa consistió en que Sofia, que parecía la viva imagen de la

barba rala y rojiza, nariz larga y ropa astrosa. En realidad, si los Weierstrass hubieran tenido más mundo, se habrían dado cuenta de que ninguna familia noble que se preciara —sabían que la de Sofía lo era—

Vladimir Kovalevski y que estaba casada con él. Estudiaba en Viena y París, aunque era licenciado en derecho y había intentado abrirse camino en Rusia como editor de libros de texto. Era varios años mayor que ella.

Casi tan sorprendente como esto fue que Sofía se lo anunciara a

Fue tiempo después cuando Sofía les comunicó que se llamaba

habría tenido un criado tan desaliñado y que, por consiguiente, tenía que

Después llegó Julia, y el joven desapareció.

Weierstrass y no a las hermanas. En aquella casa eran ellas quienes mantenían algún contacto con la vida, aunque fuera solo con la vida de sus criados y la lectura de obras de ficción contemporáneas. Pero Sofia no había sido la predilecta de su madre ni de su institutriz. El trato con el

general no siempre había sido satisfactorio, pero Sofia lo respetaba y pensaba que quizá también él a ella. Por eso recurrió al hombre de la

familia para una confidencia importante.

Comprendió que Weierstrass debió de sentirse incómodo, no mientras estaba hablando con él, sino cuando tuvo que contárselo a sus hermanas. Porque había algo más que el hecho de que Sofia estuviera

casada. Estaba bien y legalmente casada, pero era un matrimonio blanco, algo de lo que él jamás había oído hablar, y sus hermanas tampoco. Marido y mujer no solo no vivían en el mismo sitio, sino que no vivían juntos. No solo no se habían casado por los motivos universalmente aceptados, sino que estaban obligados por su promesa a no vivir jamás así, a jamás...

—¿Consumar?

ser un amigo.

Quizá fuese Clara quien lo dijera. Con coraje, incluso con impaciencia, para pasar el mal trago enseguida.

Sí. Y los jóvenes, las jóvenes, que querían estudiar en el extranjero se veían obligadasa mantener este engaño porque una mujer rusa soltera no podía abandonar el país sin el consentimiento de sus padres. Los

padres de Julia eran lo suficientemente avanzados para dejarla marchar,

Qué ley tan bárbara.

fueran anarquistas. ¿Quién sabe?

pero los de Sofia no.

Sofia.

Sí. Rusa. Pero algunas jóvenes solucionaban el problema con la ayuda de hombres jóvenes muy idealistas y comprensivos. Quizá también

Fue la hermana mayor de Sofia quien localizó a uno de esos jóvenes, y una amiga suya y ella prepararon un encuentro con él.

Quizá tuvieran motivos políticos más que intelectuales. Sabe Dios

por qué llevaron a Sofía, a quien no le apasionaba la política y no se sentía preparada para semejante empresa. Pero el joven examinó a las dos muchachas mayores —a pesar de su seriedad, una de las hermanas, la

llamada Aniuta, no podía ocultar su belleza— y dijo que no. No, no deseo cumplir este contrato con ninguna de ustedes, estimables señoritas, pero

sí accedería con su hermana más joven. —Posiblemente pensó que las mayores causarían conflictos —quizá fuera Elise quien lo dijera, con una experiencia que le venía de tanto leer

novelas—, sobre todo la más guapa. Se enamoró de nuestra pequeña

En teoría en este asunto no interviene el amor, podría haberle recordado Clara. Sofia acepta la propuesta. Vladimir va a visitar al general para

pedirle la mano de su hija menor. El general es cortés, consciente de que el joven es de buena familia, si bien hasta la fecha no ha destacado en nada especial, pero dice que Sofia es demasiado joven. ¿Sabe siquiera ella de sus intenciones?

Sí, dijo Sofia, y añadió que estaba enamorada de él.

El general dijo que no podían dejarse llevar por sus sentimientos, que debían pasar cierto tiempo, un tiempo considerable, conociéndose en

Palibino. (Entonces estaban en San Petersburgo.) Las cosas quedaron paralizadas. Vladimir jamás causaría buena impresión. No se esforzaba lo suficiente por disimular sus ideas radicales invitado a un diplomático, a varios profesores de universidad, a camaradas del general de la Escuela de Artillería. Sofia logró escabullirse en medio del bullicio.

Salió sola a las calles de San Petersburgo, por las que nunca había

ido sin un criado o una hermana. Fue al alojamiento de Vladimir, en una

Un buen día sus padres iban a dar una cena importante. Habían

y vestía mal, como a propósito. El general confiaba en que cuanto más

tratase Sofia a su pretendiente, menos querría casarse con él.

Pero Sofía tenía sus propios planes.

zona de la ciudad donde vivían los estudiantes pobres. Le abrieron la puerta inmediatamente, y en cuanto estuvo dentro se sentó a escribir una carta a su padre.

Querido padre:

He venido a casa de Vladimir y aquí voy a quedarme. Te ruego que no sigas oponiéndote a nuestro matrimonio.

Todos se habían sentado a la mesa antes de que se notara la ausencia de Sofia. Una criada encontró su habitación vacía. Cuando le preguntaron a Aniuta por su hermana, contestó sonrojada que no sabía nada. Para

esconder el rostro dejó caer la servilleta.

Al general le entregaron una nota. Se disculpó y salió de la habitación. Sofia y Vladimir pronto iban a oír sus airados pasos ante la puerta de la casa. Les ordenó a su comprometida hija y al hombre por el

puerta de la casa. Les ordenó a su comprometida hija y al hombre por el que estaba dispuesta a perder su honor que lo acompañaran. Fueron a casa, sin que ninguno de los tres pronunciara una sola palabra, y el general dijo ante la mesa:

—Permítanme que les presente a mi futuro yerno, Vladimir Kovalevski.

De modo que fue aceptado. Sofia rebosaba de alegría, no por casarse con Vladimir, por supuesto, sino por complacer a Aniuta rompiendo una lanza en favor de la emancipación de las mujeres rusas. Se celebró una

lanza en favor de la emancipación de las mujeres rusas. Se celebró una boda tan espléndida como convencional en Palibino, y los recién casados se fueron a vivir bajo el mismo techo en San Petersburgo. Una vez desbrozado el camino, se marcharon al extranjero y no

pero después de que llegaran allí Aniuta y su amiga Zanna, y también Julia —las cuatro mujeres teóricamente bajo su protección— ya no quedó sitio para él. Weierstrass no reveló a las mujeres que había mantenido

siguieron viviendo bajo el mismo techo. Sofia en Heidelberg y después en Berlín, Vladimir en Munich. Él iba a Heidelberg siempre que podía,

correspondencia con la esposa del general. Le había escrito una carta cuando Sofia volvió de Suiza (en realidad de París) con un aspecto tal de agotamiento y fragilidad que se preocupó por su salud. La madre le

respondió, comunicándole que era París, en tan peligrosos momentos, el responsable de la situación de su hija. Pero parecía menos contrariada por la agitación política con que se habían encontrado sus hijas que por el descubrimiento de que una de ellas había vivido abiertamente con un hombre antes de casarse, y la otra, casada como es debido, en realidad no

vivía con su marido. De modo que, en contra de su voluntad, Weierstrass se vio obligado a ser el confidente de la madre antes que el de la hija. Y desde luego, no se lo contó a Sofia hasta que su madre murió. Pero cuando al fin se lo contó, también le dijo que Clara y Elise le

habían preguntado inmediatamente qué debían hacer. Esa parecía ser la manera de las mujeres, había dicho él, de dar por

sentado que había que hacer algo.

Él había respondido con severidad: «Nada».

Por la mañana Sofia sacó un vestido limpio pero arrugado de la maleta —nunca llegaría a aprender a hacer como es debido el equipaje—, se arregló los rizos del pelo lo mejor que pudo para ocultar unos mechones grises y bajó al oír los ruidos de una casa en plena actividad.

Su sitio era el único que seguía con la vajilla dispuesta en la mesa del comedor. Elise le trajo el café y el primer desayuno alemán que Sofia andaban mal de dinero. El damasco y los visillos estaban deslucidos, y hacía tiempo que no habían sacado brillo al cuchillo y al tenedor que estaba utilizando. Por la puerta abierta que daba al salón se veía a una muchacha de aspecto zafio limpiando la chimenea y levantando nubes de polvo. Elise miró hacia allí, como para pedirle que cerrase la puerta; se

levantó y la cerró ella. Volvió a la mesa sonrojada y cabizbaja, y Sofia preguntó, de manera precipitada, por no decir descortés, qué enfermedad

—Es el corazón débil por un lado, y la neumonía que tuvo en otoño,

tomó en aquella casa: lonchas de fiambre y queso y pan con una gruesa capa de mantequilla. Dijo que Clara estaba arriba, preparando a su

aprendió y lo hace bastante bien. Resulta que es la que tiene aptitudes de

enfermera. Es una suerte que una de nosotras las tenga.

—Al principio venía un barbero —dijo—. Pero después Clara

Incluso antes de que lo dijera, Sofia se había dado cuenta de que

que al parecer no puede superar. Además, tiene un tumor en los órganos generativos —respondió Elise, bajando la voz pero con franqueza, como las mujeres alemanas. Clara apareció en el umbral de la puerta.

—Te está esperando.

tenía herr Weierstrass.

hermano para ver a Sofia.

Sofía subió las escaleras pensando no en el profesor, sino en aquellas dos mujeres que lo habían convertido en el centro de sus vidas.

Tejiendo bufandas, remendando la ropa blanca, preparando los postres y las conservas que no se podían confiar a una criada. Honrando como su hermano a la Iglesia católica —una religión fría y aburrida en opinión de

sin asomo de descontento.

Yo me volvería loca, pensó.

Incluso siendo profesora, me volvería loca. Los estudiantes tienen mentes mediocres, por lo general. Solo se les pueden inculcar los

Sofia—, y todo sin un solo momento de rebelión, al menos en apariencia,

modelos más comunes, más evidentes.

No se habría atrevido a reconocer esto para sus adentros antes de Maksim.

Entró en el dormitorio sonriendo por la suerte que tenía, por la libertad que la aguardaba, por el que pronto sería su esposo.

—Ah, por fin estás aquí —dijo Weierstrass, hablando trabajosamente y con voz débil—. La niña traviesa... Ya pensábamos que nos habías abandonado. ¿Vas camino de París otra vez, a divertirte?

—Vuelvo de París —respondió Sofia—. Voy camino de Estocolmo. París no estaba nada divertido. Más deprimente, imposible.

Le tendió las manos para que se las besara, una después de la otra.

—Entonces, ¿Aniuta está enferma?

—Ha muerto, *mein liebe* profesor.

sufriendo por muchos motivos.

—¿Murió en la cárcel?
—No, no. Eso fue hace tiempo. En esa época no estaba en la cárcel,
pero su marido sí. Murió de neumonía, aunque llevaba mucho tiempo

—Vaya, neumonía. Yo también la pasé. De todos modos, tuvo que ser muy triste para ti.

—Mi corazón nunca se curará, pero tengo algo bueno que contarle, algo alegre. Voy a casarme en primavera.

—¿Vas a divorciarte del geólogo? No me extraña. Tendrías que haberlo hecho hace tiempo. Sin embargo, un divorcio siempre es

desagradable.

—Él también ha muerto. Y era paleontólogo. Es una nueva

disciplina, muy interesante. Descubren cosas a través de los fósiles.

—Sí, ahora lo recuerdo. He oído hablar de esa disciplina. Así que

murió joven. Yo no deseaba que se interpusiera en tu camino, pero sinceramente, tampoco quería que muriese. ¿Estuvo enfermo mucho tiempo?

empo? —Podría decirse que sí. Debe de recordar que lo dejé y usted me

—En Estocolmo, ¿verdad? Lo dejaste. Bien. Así tenía que ser.
—Sí, pero ya ha pasado y voy a casarme con un hombre que lleva el
mismo apellido pero que no es pariente cercano suyo, y además es un tipo
de hombre completamente distinto.
—Entonces, ¿es ruso? ¿También interpreta los fósiles?
—No, en absoluto. Es profesor de derecho. Es muy activo y de muy
buen carácter, menos cuando está bajo de moral. Lo traeré para que lo
conozca, y ya verá.
—Lo recibiremos con mucho gusto —dijo Weierstrass—. Pondrá fin
a tu trabajo —añadió con tristeza.
—En absoluto, en absoluto. No quiere eso. Pero dejaré de dar clase;
seré libre. Y viviré en un clima maravilloso, en el sur de Francia, y tendré
muy buena salud y trabajaré más.
—Ya veremos.
-Mein Liebe -dijo Sofia Le ordeno que sea feliz por mí. Se lo
ordeno.
—Debo de parecer muy viejo —dijo él—. Y he llevado una vida
muy reposada. Mi carácter no es tan polifacético como el tuyo. Me llevé
una gran sorpresa al enterarme de que escribías novelas.
—No le gustó la idea.
—Te equivocas. Me gustaron tus recuerdos. Muy agradables de
leer.
—Ese libro no es realmente una novela. No le gustaría el que he
escrito ahora. A veces ni siquiera me gusta a mí. Es sobre una chica más
interesada por la política que por el amor. Da igual. No tendrá que leerlo.
Los censores rusos no permitirán que se publique y el mundo exterior lo
rechazará porque es muy ruso.
—En general no soy muy aficionado a las novelas.
—¿Son para mujeres?
—Francamente, a veces me olvido de que eres una mujer. Pienso en
•

recomendó a Mittag-Leffler, ¿no?

ti como... como...
—¿Como qué?

-¿Como que:

—Como un regalo para mí, solo para mí.

Sofia se inclinó y le besó la blanca frente. Contuvo las lágrimas hasta que se despidió de las hermanas y abandonó la casa.

almidonadas que Clara debía de haberle colocado detrás de la cabeza aquella misma mañana. Quizá ya se las habría quitado, dejando que se desplomara sobre las de abajo, más usadas y blandas. Quizá se hubiera quedado dormido inmediatamente, agotado por la conversación. Debió de

Nunca volveré a verlo, se dijo.

Pensó en la cara de Weierstrass, blanca como las almohadas recién

pensar que era la última vez que se veían y tenía que saber que a ella le rondaba la misma idea, pero no podía saber —era la vergüenza, el secreto de Sofía— lo serena, lo libre que se sentía, a pesar de las lágrimas, más libre a cada paso que la alejaba de aquella casa.
¿Podía considerarse la vida de Weierstrass mucho más plena que la de sus hermanas?, pensó.

Su nombre perduraría un tiempo en los libros de texto. Y entre los matemáticos. No tanto como si hubiera puesto mayor empeño en ganarse la fama en lugar de limitarse a destacar en su selecto y perseverante círculo. Le importaba más su trabajo que su nombre, mientras que a muchos de sus colegas les preocupaban ambos por igual.

Sofia no debería haber mencionado el hecho de que escribía. Simple frivolidad para Weierstrass. Había escrito los recuerdos de su vida en Palibino en una oleada de amor por todo lo perdido, cosas de las que ya había desesperado y también cosas en su momento muy apreciadas. Lo había escrito lejos de su hogar, cuando aquel hogar y su hermana habían desaparecido. Y *Muchacha nihilista* había brotado del dolor por su país.

desaparecido. Y *Muchacha nihilista* había brotado del dolor por su país, un estallido de patriotismo, tal vez con la sensación de no haberles prestado demasiada atención, entre las matemáticas y su vida tumultuosa.

original. Bastaba que se negaran a publicar un libro en Rusia para que despertara tales elogios entre los exiliados políticos, como bien sabía Sofia. *Las hermanas Raevski* —los recuerdos— le gustaba más, a pesar de que el censor le había dado el visto bueno, y algunos críticos lo rechazaban por nostálgico.

4

Sofia ya le había fallado a Weierstrass en una ocasión. Le falló cuando ella obtuvo sus primeros éxitos. Era verdad, aunque él jamás lo

comentó. Sofia les dio la espalda a él y a las matemáticas; ni siquiera contestó a sus cartas. Se fue a su casa de Palibino en el verano de 1874, con su título académico guardado en un estuche de terciopelo, y lo dejó

Dolor por su país, sí. Pero en cierto sentido había escrito ese relato

en homenaje a Aniuta. Era la historia de una joven que renuncia a la posibilidad de una vida normal para casarse con un prisionero político exiliado en Siberia. De este modo hacía que la vida del prisionero, su castigo, se suavizara hasta cierto punto en el sur de Siberia en lugar del norte, como era la norma para los hombres acompañados por sus esposas. El relato recibiría elogios de los rusos desterrados que pudieran leer el

en un baúl, donde quedaría en el olvido durante meses, incluso años.

El olor de los henares y los pinares, los días de verano, cálidos y dorados, y las largas y brillantes noches del norte de Rusia la embriagaban. Había meriendas en el campo y representaciones teatrales de aficionados, bailes, cumpleaños, visitas de viejos amigos, y estaba la presencia de Aniuta, feliz con su hijo de un año. Vladimir también estaba

allí, y en el distendido ambiente veraniego, con el calor, el vino y las largas y animadas cenas, el baile y las canciones, resultó natural ceder

ante él, consagrarlo, tras tanto tiempo, no solo como esposo, sino también como amante.

Sofia no lo hizo porque se hubiera enamorado de él. Le estaba agradecida, y había llegado a convencerse de que en la vida real no existía un sentimiento como el amor. Pensó que a los dos les haría más

a disposición, frívolos y serios. Weierstrass le rogó a Sofia, por carta, que no abandonase el mundo de las matemáticas. Se encargó de que su tesis

se publicara en Crelles Journal, para matemáticos. Ella apenas le echó un

diversiones. Cenas, teatros, recepciones y todos los periódicos y revistas

En otoño fueron a San Petersburgo, y allí continuaron las grandes

felices acceder a lo que él quería, y así fue durante una temporada.

vistazo. Weierstrass le pidió que dedicara una semana —solo una semana — a pulir su trabajo sobre los anillos de Saturno para que también pudiera publicarse. A Sofia no le interesó lo más mínimo. Tenía demasiadas cosas que hacer, entregada a fiestas continuas que celebraban onomásticas, títulos de la corte y estrenos de óperas y ballets, pero en realidad, lo que parecían celebrar era la vida misma.

Estaba aprendiendo, con bastante retraso, lo que muchas personas de su entorno parecían saber desde la infancia: que la vida puede ser plena sin grandes éxitos. Podía rebosar de actividades que no te dejaran exhausta. Adquirir lo necesario para una vida cómoda y después llevar

una vida pública y social de entretenimiento te evita el aburrimiento e incluso la ociosidad, y al final del día tienes la sensación de haber hecho exactamente lo que complace a todo el mundo. Sin necesidad de

angustiarse.

Salvo en el asunto de cómo conseguir dinero.

quienes pudieron. Los padres de Sofia murieron al cabo de poco tiempo, y el matrimonio invirtió la herencia en unos baños públicos anexos a un invernadero, una panadería y una lavandería. Tenían magníficos proyectos. Pero en San Petersburgo hacía más frío de lo habitual, y ni siquiera los baños de vapor tentaban a la gente. Los constructores y también otras personas los engañaron, el mercado se volvió inestable, y en lugar de construir unos cimientos que sustentaran sus vidas fueron

Vladimir recuperó su negocio editorial. Pidieron dinero prestado a

aumentando sus deudas. Y actuar como cualquier otra pareja de casados dio los dispendiosos suficiente. El negocio editorial estaba prácticamente en la ruina.

Entonces asesinaron al zar, el clima político empezó a ser preocupante, y Vladimir comenzó una época de tan profunda melancolía que no podía ni trabajar ni pensar.

Weierstrass se había enterado de la muerte de los padres de Sofia, y para mitigar un poco el dolor de la muchacha, según sus propias palabras, le envió información sobre su nuevo sistema de integrales, excelente. Sin

embargo, en lugar de volver a las matemáticas, a Sofía le dio por escribir crítica teatral y artículos científicos de divulgación para los periódicos. Era una forma de emplear su talento de forma más rentable, menos molesta para los otros y menos agotadora para ella que las matemáticas.

resultados de costumbre. Sofia tuvo una niña. Le pusieron el nombre de la madre, pero la llamaban Fufu. Fufu tenía niñera, ama de cría y sus propias habitaciones. La familia contrató también a una cocinera y una criada. Vladimir le compraba vestidos de moda a Sofia y regalos preciosos a su hija. Tenía la licenciatura por Jena y había conseguido el puesto de ayudante de catedrático en San Petersburgo, pero no era

La familia Kovalevski se trasladó a Moscú, con la esperanza de que cambiase su suerte.

Vladimir se recuperó, pero no se sintió capaz de volver a la

enseñanza. Encontró otra oportunidad de hacer negocios cuando le ofrecieron un puesto en una empresa que producía nafta. Los dueños de la empresa eran los hermanos Ragosin, que tenían una refinería y un castillo moderno en el Volga. El puesto dependía de que Vladimir invirtiese cierta cantidad de dinero, que pidió prestado.

Pero esta vez Sofia intuyó los problemas. No les caía bien a los Ragosin, y los hermanos no le caían bien a ella. Vladimir estaba cada día más en sus manos. Son los hombres nuevos, decía; no se andan con tonterías. Estaba distante, se daba aires de dureza y superioridad. Dime el

nombre de una mujer verdaderamente importante, decía. Alguna que haya influido de verdad en el mundo, salvo seduciendo o asesinando hombres.

Alexander, el hermano de Vladimir, diciéndole que Vladimir había mordido el anzuelo de los Ragosin tan deprisa que parecía estar tentando al destino para que le asestara otro golpe. Sin embargo, escribió a su marido, ofreciéndose a volver. La respuesta de Vladimir no fue favorable.

vieja amiga Julia y se marchó a Alemania. Escribió una carta a

Reanudó la correspondencia con Weierstrass. Dejó a Fufu con su

Se vieron una vez más, en París. Sofia vivía allí modestamente,

Son congénitamente retrógradas y egocéntricas, y si encuentran alguna idea, cualquier idea decente a la que dedicarse, se ponen histéricas y la

destrozan con su soberbia.

Hablas como los Ragosin, decía Sofia.

mientras Weierstrass intentaba encontrarle trabajo. Volvía a estar sumergida en los problemas matemáticos, como las personas que conocía. Vladimir a estas alturas desconfiaba de los Ragosin, aunque se había comprometido hasta tal punto que no podía echarse atrás. No

obstante, hablaba de ir a Estados Unidos. Y fue, pero volvió.

En el otoño de 1882 le escribió una carta a su hermano diciéndole que había comprendido que era una persona absolutamente despreciable. En noviembre le anunció la bancarrota de los Ragosin. Temía que

intentaran implicarlo en ciertas actividades delictivas. En Navidad vio a Fufu, que estaba en Odesa con la familia del hermano de Vladimir. Se alegró de que se acordase de él, y de que estuviera sana y fuera

inteligente. Después redactó cartas de despedida para Julia, su hermano y varios amigos, pero no para Sofia. También escribió una para los tribunales, explicando algunas de sus intervenciones en el asunto de los Ragosin.

Esperó un poco más. Fue en abril cuando se ató una bolsa a la cabeza e inhaló cloroformo.

En París, Sofia se encerró en su habitación y se negó a comer. Concentró sus pensamientos en rechazar los alimentos para no sentir lo que sentía.

Al final la alimentaron por la fuerza, y se quedó dormida. Cuando despertó se sentía profundamente avergonzada de su conducta. Pidió papel y lápiz para seguir trabajando en un problema. No quedaba dinero. Weierstrass le escribió una carta donde le pedía

que se fuera a vivir con él como una hermana más. Pero siguió tocando todas las teclas hasta que al fin obtuvo una respuesta de su antiguo alumno y amigo Mittag-Leffler, en Suecia. La Universidad de Estocolmo,

recién inaugurada, accedió a ser la primera universidad europea en contratar a una profesora de matemáticas.

Sofia recogió a su hija en Odesa y la llevó a vivir con Julia. Estaba furiosa con los Ragosin. En la carta que le escribió al hermano de Vladimir los llamaba «granujas astutos y peligrosos». Convenció al magistrado a cargo de la causa de que declarase que todas las pruebas

demostraban que Vladimir había sido crédulo pero honrado.

mundo había comentado y criticado. Hizo el viaje desde San Petersburgo por mar. El barco se adentró en un crepúsculo estremecedor. Se acabaron las tonterías, pensó. Voy a llevar una vida como es debido.

emprender viaje hacia su nuevo puesto de trabajo en Suecia, que todo el

Después volvió a tomar un tren de Moscú a San Petersburgo para

Aún no había conocido a Maksim. Ni le habían dado el premio Bordin.

5

Sofia salió de Berlín a primera hora de la tarde, poco después de darle a Weierstrass el último y triste adiós, pero aliviada. El tren era viejo y lento, aunque limpio, y llevaba buena calefacción, como era de

esperar de cualquier tren alemán. A medio camino, el hombre que estaba sentado enfrente de ella abrió un periódico y le ofreció cualquier sección que le apeteciera leer.

Sofia le dio las gracias y lo rechazó.

El señaló con la cabeza la ventanilla y la fina nieve que la azotaba.

—En fin —dijo—. ¿Qué se puede esperar?

Quizá habría notado que no tenía acento alemán. A Sofia no le importó que le hablara ni que llegara a semejante conclusión. Era mucho más joven que ella, iba bastante bien vestido y se mostraba deferente sin propasarse. Sofia tenía la sensación de haberlo conocido o visto en alguna parte, pero eso ocurre a menudo cuando viajas. —A Copenhague —dijo—. Y después a Estocolmo. Yo encontraré nieve más densa. —Yo me quedaré en Rostock —dijo él, quizá para convencerla de que no iba a meterse en una larga conversación—. ¿Le gusta Estocolmo? —Detesto Estocolmo en esta época del año. Lo detesto. Sofia se sorprendió a sí misma, pero él sonrió encantado y se puso a hablar en ruso. —Perdone —dijo—. Yo tenía razón. Ahora soy yo quien le habla como un extranjero, pero es que estudié en Rusia una temporada. En San Petersburgo. —¿Ha reconocido mi acento ruso? —No estaba seguro, hasta que ha dicho lo de Estocolmo. —¿Todos los rusos detestan Estocolmo? —No, no, pero dicen que detestan. Que detestan, que aman. —No debería haberlo dicho. Los suecos se han portado muy bien conmigo. Te enseñan cosas... En ese momento el hombre movió la cabeza, riendo. —En serio —dijo Sofia—. A mí me han enseñado a patinar... —Seguro. ¿No aprendió a patinar en Rusia? —Allí no son..., no se empeñan tanto en enseñarte cosas como los suecos. —En Bornholm tampoco —dijo él—. Ahora vivo en Bornholm. Los daneses no son... tan insistentes. Esa es la palabra. Pero claro, en Bornholm ni siquiera somos daneses. Decimos que no lo somos.

—Desde luego —contestó Sofia.

—¿Va más lejos de Rostock?

fuera de lugar pedirle que le mirase la garganta, que le dolía mucho. Llegó a la conclusión de que sí. El dijo que le esperaba un viaje largo y probablemente muy movido

Era médico, en la isla de Bornholm. Sofia se preguntó si estaría

en el transbordador, después de cruzar la frontera danesa.

Los de Bornholm no se consideraban daneses, dijo; se consideraban vikingos dominados por la Liga Hanseática en el siglo XVI. Tenían una historia violenta; tomaban prisioneros. ¿Sabía ella algo del malvado conde de Bothwell? Algunos decían que había muerto en Bornholm, sin

embargo, en Sealand decían que murió allí. —Asesinó al marido de la reina de Escocia y se casó con ella. Pero murió encadenado, loco.

—María, reina de los escoceses —dijo Sofia—. Sí, algo he oído.

Y era verdad, porque la reina escocesa había sido una de las primeras heroínas de Aniuta.

—Ah, perdone. Estoy diciendo tonterías. —¿Que le perdone? ¿Qué tengo que perdonarle?

El hombre se sonrojó. Dijo: —Sé quién es usted.

Al principio no se había dado cuenta, dijo, pero lo supo con certeza cuando Sofia empezó a hablar en ruso.

—Es usted la profesora. He leído un artículo sobre usted en una revista. También había una fotografía, pero parecía mucho mayor de lo

que es. Lamento molestarla, no he podido evitarlo. -Parezco mucho más seria en la fotografía porque pienso que la

gente no se fiaría de mí si sonriera —dijo Sofia—. ¿No pasa lo mismo con los médicos?

—Puede ser. No estoy acostumbrado a que me fotografíen.

Había crecido un pequeño obstáculo entre ellos; dependía de Sofia que él se sintiera cómodo. Todo iba mejor antes de que él se lo dijera.

Sofia volvió al tema de Bornholm. Era abrupta y escarpada, explicó él, no

suave y ondulada como Dinamarca. La gente iba allí por el paisaje y el aire limpio. Si en alguna ocasión deseaba ir, sería un honor para él acompañarla. —Hay una roca azul rarísima —dijo—. Se llama mármol azul. La

rompen en pedazos y los pulen para que las señoras se los pongan como un collar. Si deseara tener uno...

Hablaba como un tonto porque quería decir algo pero no podía. Sofia

se dio cuenta. Se aproximaban a Rostock. El médico estaba cada vez más nervioso.

Sofia temía que le pidiera que estampara su firma en un papel o un libro. Raramente le ocurría, pero siempre la entristecía, sin saber por qué. —Escúcheme, por favor —dijo el médico—. Tengo que decirle una

cosa. En teoría no se debería hablar de ello. Por favor. Cuando vaya a Suecia, no pase por Copenhague. Por favor. No se asuste. Estoy

completamente en mis cabales. —No estoy asustada —replicó Sofia. Aunque sí lo estaba un poco. —Debe ir por el otro lado, por las islas danesas. Cambie el billete en

—¿Puedo preguntarle por qué? ¿Está embrujada Copenhague?

la estación.

De repente tuvo la seguridad de que le iba a hablar de una

conspiración, de una bomba. Así que ¿era anarquista? —En Copenhague hay viruela. Una epidemia. Ha salido mucha gente

de la ciudad, pero las autoridades están intentando mantenerlo en secreto. Tienen miedo de que cunda el pánico o de que alguien intente incendiar los edificios del gobierno. El problema son los finlandeses. La gente dice que la han llevado los finlandeses. No quieren un levantamiento contra los refugiados finlandeses, ni contra el gobierno por haberlos dejado

entrar. El tren se detuvo y Sofia se levantó para revisar sus maletas.

—Prométamelo. No me deje aquí sin habérmelo prometido.

—De acuerdo —dijo Sofia—. Se lo prometo.

—Tomará el transbordador hasta Gedser. Iría con usted a cambiar el billete, pero tengo que seguir hasta Rutgen. —Se lo prometo.

¿No tenía ese hombre algo de Vladimir? El Vladimir de la primera

atenciones constantes, implorantes, humildes, obstinadas. El médico le tendió la mano y Sofia le dio la suya para que se la estrechara, pero esa no era la única intención del hombre. Le puso una

época. No por sus rasgos, sino por sus atenciones suplicantes. Sus

pastillita en la palma y le dijo: —Esto le permitirá descansar un poco si se le hace pesado el viaje.

Tendré que hablar con alguna autoridad sobre esa epidemia de viruela, decidió Sofia.

Pero no lo hizo. Al hombre que le cambió el billete le fastidió tener

que hacer algo tan complicado y se habría enfadado todavía más si Sofia hubiera cambiado de idea. Al principio parecía que no respondía a ningún idioma salvo el danés tal y como lo hablaban los demás pasajeros, pero cuando terminó la operación con Sofia le dijo en alemán que el viaje duraría mucho más, que si lo entendía. Entonces Sofia cayó en la cuenta de que aún estaban en Alemania y de que aquel hombre quizá no supiera

nada de Copenhague... ¿En qué había estado pensando? El hombre añadió con pesar que estaba nevando en las islas.

El pequeño transbordador alemán de Gedser llevaba buena calefacción, pero había que sentarse en bancos de listones de madera.

Sofia estuvo a punto de tomarse la pastilla, pensando que el médico se

refería a los asientos como aquellos al decir que el viaje podía resultar pesado, pero decidió guardarla por si se mareaba. En el tren al que subió había asientos de segunda clase normales,

pero muy deteriorados. Hacía mucho frío, pues solo había una estufa humeante prácticamente inútil en un extremo del vagón.

El revisor era más amable que el vendedor de billetes y no tenía

alemán— si era verdad que había enfermedades en Copenhague. El revisor contestó que no, que aquel tren no iba a Copenhague. Al parecer, las palabras «tren» y «Copenhague» eran las únicas que

tanta prisa. Cuando estuvo segura de que ya estaban en territorio danés, Sofia le preguntó en sueco —pensó que se parecía más al danés que el

sabía en sueco.

Por supuesto, en aquel tren no había compartimentos; solo los dos vagones con bancos de madera. Algunos pasajeros se habían llevado almohadas y mantas y capas para abrigarse. No miraron a Sofia, y mucho

menos intentaron hablar con ella. ¿De qué les habría servido? Ella no los

habría comprendido ni habría podido contestar.

Tampoco había vagón para tomar el té. Empezaron a abrir paquetes envueltos en papel aceitado, a sacar emparedados fríos. Gruesas rebanadas de pan, queso de olor fuerte, lonchas de tocino frío, algún que otro arenque. Una mujer sacó un tenedor de un bolsillo entre los pliegues

de su ropa y se puso a comer col en vinagre de un tarro. A Sofia le hizo

pensar en su casa, en Rusia. Pero no son campesinos rusos. Ninguno de ellos es charlatán, ni está borracho, ni se ríe. Van tiesos como escobas. Incluso la grasa que les recubre los huesos está tiesa, es digna, grasa luterana. Sofia no sabe nada

de ellos. Pero pensándolo bien, ¿qué sabía ella de los campesinos rusos, los campesinos de Palibino? Siempre representaban un papel ante sus

superiores. Salvo quizá en una ocasión, el domingo en que todos los siervos y

sus amos tuvieron que ir a la iglesia a oír la proclama. Después la madre de Sofia se quedó destrozada, y no paraba de llorar y gemir: «¿Qué será de nosotros ahora? ¿Qué será de mis pobres hijos?». El general la llevó a su despacho para consolarla. Aniuta se sentó a leer uno de sus libros, y su hermano pequeño, Fiodor, empezó a jugar con sus tacos de madera. Sofia

se puso a dar vueltas y entró en la cocina, donde los siervos de la casa y

aclamaron. Qué amables son, pensó Sofia, aunque comprendió que los aplausos eran una especie de broma.

Enseguida apareció la institutriz con expresión nublada y se la llevó.

Después las cosas siguieron más o menos como siempre.

Jaclard le había dicho a Aniuta que jamás sería una verdadera revolucionaria, que solo servía para sacarles dinero a los criminales de sus padres. En cuanto a Sofia y Vladimir (Vladimir, que lo había

rescatado de la policía), eran unos parásitos engreídos que chupaban de

Un poco más allá se detiene el tren y les dicen que bajen. Al menos

también muchos siervos del campo comían tortitas y se divertían, pero con solemnidad, como si celebrasen una onomástica. Un anciano cuyo único trabajo consistía en barrer el patio se rió y la llamó «pequeña ama». «Ha venido la pequeña ama, a desearnos buena suerte.» Algunos la

El olor de la col y el arenque le da náuseas.

no hacen ningún comentario sobre la situación.

sus despreciables estudios.

eso es lo que supone Sofia, por el rugido del revisor y los cuerpos reacios pero obedientes que se levantan pesadamente. Se quedan en la nieve, que les llega hasta las rodillas, sin pueblo ni andén a la vista y rodeados de suaves colinas blancas que surgen en medio de la nieve, que ahora cae liviana. Delante del tren unos hombres retiran con palas la nieve que se ha acumulado en una vía en trinchera. Sofia se mueve un poco para evitar que se le congelen los pies en las finas botas, adecuadas para las calles de una ciudad pero no para allí. Los demás pasajeros se quedan inmóviles y

Al cabo de media hora, quizá solo de quince minutos, la vía queda despejada y los pasajeros vuelven a encaramarse al tren. Para ellos, igual que para Sofia, debe de ser un misterio por qué han tenido que salir en lugar de esperar en sus asientos, pero por supuesto nadie se queja. Siguen adelante, cortando la oscuridad, y algo que no es nieve azota las ventanillas. Un ruido perverso: cellisca.

vuelven a ordenar que salga todo el mundo. No por una acumulación de nieve, esta vez. Los suben en manada a un bote, un pequeño transbordador que los adentra en unas aguas negras. A Sofia le duele tanto la garganta que está segura de que no podría hablar si tuviera que hacerlo.

No tiene ni idea de cuánto dura la travesía. Cuando atracan, tienen

Luego las débiles luces de una aldea, y algunos pasajeros que se

levantan, se abrigan metódicamente, recogen su equipaje, bajan del tren con dificultad y desaparecen. Reanudan el viaje, aunque poco después

que entrar en un cobertizo de tres paredes, con poco sitio para resguardarse y ningún banco. Llega un tren tras una espera que Sofia no puede calcular. Y cuando llega, qué agradecida está ella, a pesar de que no tiene más calefacción que el primero y sí los mismos bancos de madera. Da la impresión de que el agradecimiento por las escasas comodidades depende de los suplicios por los que haya habido que pasar antes de consequirlas el y no es deprimento aco cormón? Lo gustaría

comodidades depende de los suplicios por los que haya habido que pasar antes de conseguirlas. ¿Y no es deprimente ese sermón?, le gustaría decirle a alguien.

Al cabo de un rato se detienen en un pueblo más grande en cuya estación hay cantina. Sofía está demasiado cansada para bajar y abrirse paso hasta allí como hacen otros pasajeros, que vuelven con humeantes

tazas de café. Pero la mujer que ha comido col trae dos tazas, y resulta

que una es para Sofia. Ella le sonríe y hace cuanto puede por expresar su gratitud. La mujer asiente con la cabeza como si tantos aspavientos fueran innecesarios, incluso impropios, pero sigue allí de pie hasta que Sofia saca las monedas danesas que le ha dado el vendedor de billetes. Con un gruñido, la mujer coge dos con sus dedos húmedos y enmitonados. Lo que vale el café, probablemente. Por el detalle, y por el transporte, no le cobra. Así son las cosas. La mujer vuelve a su asiento

sin pronunciar palabra.

Han entrado nuevos pasajeros. Una mujer con un niño de unos cuatro años, con un lado de la cara vendado y un brazo en cabestrillo. Un

regazo de su madre, que extiende parte de su mantón sobre el cuerpo de la criatura. No lo hace con especial ternura y desvelo, sino de un forma un tanto automática. Ha pasado algo malo y le ha caído encima otra preocupación; eso es todo. Y los hijos esperando en casa, y quizá otro en el vientre.

Es terrible, piensa Sofía. Es terrible la suerte de las mujeres. Y ¿qué

accidente, visita a un hospital rural. Un agujero en la venda deja a^ descubierto un ojo triste y oscuro. El niño apoya la mejilla sana en el

diría esa mujer si Sofía le hablase de las nuevas batallas, de la lucha de las mujeres por el voto y por poder trabajar en las universidades? Quizá diría: pero si no es ese el deseo de Dios. Y si Sofía le rogase librarse de aquel Dios y aguzar la mente, sin duda la miraría con cierta lástima y terquedad, y diría agotada: y entonces, sin Dios, ¿cómo vamos a aguantar esta vida?

Vuelven a cruzar las aguas negras, ahora por un largo puente, y se

ver el reloj a la salida de la estación, iluminado por el tren. Supone que debe de ser cerca de medianoche, pero solo son las diez pasadas.

Está pensando en Maksim. ¿Cogerá un tren como aquel alguna vez en su vida? Se imagina su cabeza cómodamente apoyada en el ancho

detienen en otro pueblo donde se bajan la mujer y el niño. Sofia ha perdido el interés, no mira para ver si hay alguien esperándolos; intenta

hombro de Maksim, aunque la verdad es que a él eso no le gustaría, en público. Su abrigo de tela de excelente calidad, cara, con olor a dinero y comodidad. Las cosas buenas que cree tener el derecho de esperar y el deber de mantener, a pesar de ser un liberal no bienvenido en su propio

país. Esa prodigiosa confianza que tiene, que tenía el padre de Sofia, que notas cuando te acurrucas como una niña pequeña en sus brazos y quieres estar así toda la vida. Es más placentero si te quieren, naturalmente, pero reconforta aunque se trate solo de un pacto antiguo y noble que sellaron en su día, de un vínculo creado por la necesidad, más que por el entusiasmo, de protegerte.

has beneficiado en algunos casos y en otros no.

Y de pronto lo vio, a Maksim, no protegiéndola, sino andando a zancadas por la estación de París como correspondía a un hombre con vida privada.

Vladimir no era un cobarde —solo había que fijarse en cómo había

rescatado a Jaclard—, pero no tenía la seguridad propia de los hombres. Por eso pudo ofrecerle a Sofia una igualdad que los demás no le ofrecían y por eso nunca pudo ofrecerle un calor y una protección envolventes. Después, ya cercano el final, cuando cayó bajo la influencia de los Ragosin y cambió su conducta —desesperado y creyendo que podría

Les contrariaría que los tacharan de dóciles, y sin embargo en cierto

sentido lo son. Se someten a la conducta viril. Se someten a la conducta viril con todos los riesgos y crueldades que comporta, sus complicadas cargas y sus engaños deliberados. Sus normas, de las que como mujer te

Su imponente gorro, su elegante seguridad. Eso no había ocurrido. No era Maksim. Seguro que no.

=00 110 110010 00m11100 110 010 1101011111 0 08m10 que 110

salvarse imitando a otros—, empezó a tratarla de forma arrogante, poco convincente, incluso ridicula. Entonces le dio una excusa para despreciarlo, pero quizá lo había despreciado siempre. Tanto si la idolatraba como si la insultaba, a ella le resultaba imposible amarlo.

aun odiándolo, Aniuta estaba enamorada de él. Qué pensamientos tan feos e irritantes podían aflorar si no los

Como Aniuta amaba a Jaclard. Jaclard era egoísta, cruel e infiel, y

mantenías a raya.

Cuando cerró los ojos creyó verlo —a Vladimir— sentado en un banco enfrente de ella, pero no es Vladimir: es el médico de Bornholm.

banco enfrente de ella, pero no es Vladimir; es el médico de Bornholm, es solo su recuerdo del médico de Bornholm, insistente y angustiado, que se introdujo en su vida de una forma tan insólita y humilde.

Llegó el momento —seguramente cerca de medianoche— en que tuvieron que abandonar aquel tren. Habían alcanzado la frontera de que la verdadera frontera estaría más allá, en el Kattegat. Y después el último transbordador, que los esperaba, grande y con aspecto acogedor, con multitud de luces brillantes. Y apareció un mozo

Dinamarca, Helsingborg. La frontera terrestre, al menos; Sofia suponía

que llevó el equipaje de Sofia a bordo, le dio las gracias por sus monedas danesas y desapareció apresuradamente. Después ella le enseñó el billete al oficial de a bordo, que le habló en sueco. Le aseguró que enlazarían al otro lado con el tren de Estocolmo. Sofia no tendría que pasar el resto de la noche en una sala de espera.

—Me siento como si hubiera vuelto a la civilización —le dijo Sofia.

Él la miró con cierto recelo. Sofia tenía la voz ronca, a pesar de que el café le había aliviado la garganta. Es solo porque este hombre es sueco, pensó Sofia. A los suecos no les hace falta sonreír ni intercambiar comentarios. Se puede ser cortés sin necesidad de esas cosas.

La travesía resultó un poco movida, pero Sofia no se mareó. Aunque se acordó de la pastilla, no le hizo falta. Y el barco debía de llevar calefacción, porque algunas personas se habían quitado la capa superior de su ropa de invierno. Sin embargo, ella seguía tiritando. Quizá fuera normal, con tanto frío como había acumulado en el cuerpo durante el

viaje por Dinamarca. Lo había almacenado, el frío, y al fin podría

El tren para Estocolmo estaba esperando, como le habían prometido, en el concurrido puerto de Helsingborg, mucho más grande y animado

que su primo hermano y casi homónimo del otro lado del estrecho. Aunque los suecos no sonrían, la información que te dan es correcta. Un mozo cogió las maletas de Sofía y las sostuvo mientras ella buscaba unas monedas en el bolso. Sacó un buen puñado y se las puso al hombre en la

mano, pensando que eran danesas; ya no iba a necesitarlas.

Eran danesas. Él se las devolvió y dijo en sueco:

—No sirven.

expulsarlo con la tiritona.

—Es lo único que tengo —replicó Sofía, y se dio cuenta de dos cosas. Estaba mejor de la garganta y no tenía dinero sueco.

El mozo dejó las maletas en el suelo y se marchó. Dinero francés, dinero alemán, dinero danés. Sofia se había olvidado

del sueco.

El tren soltaba vapor, los pasajeros subían mientras Sofia seguía allí con su dilema. No podía cargar con las maletas, pero si no las cargaba

con su dilema. No podía cargar con las maletas, pero si no las cargaba tendría que dejarlas.

Agarró las diversas correas y achó a correr. Corrió tambaleándose y

Agarró las diversas correas y echó a correr. Corrió tambaleándose y jadeando, con dolor en el pecho y bajo los brazos y las maletas golpeándole las piernas. Había que subir escaleras. Si se paraba para recuperar el aliento llegaría tarde. Subió los escalones. Con lágrimas de

autocompasión suplicó que el tren no se fuera.

Y no se fue. No hasta que el revisor, al asomarse para cerrar la puerta, cogió a Sofia por un brazo y logró aferrar también las maletas y auparlo todo.

Salvada, Sofia se puso a toser. Intentó expulsar algo del pecho con la tos. Expulsar el dolor del pecho. El dolor y la tensión de la garganta. Pero tuvo que seguir al revisor al compartimento, riéndose, triunfal, entre los accesos de tos. El revisor vio que en un compartimento había varias personas sentadas y llevó a Sofia a otro vacío.

—Tenía usted razón. Ponerme donde no debo. Dar la lata —dijo Sofia, radiante—. No tenía dinero. Dinero sueco. De todas clases menos sueco. He tenido que correr. No creía que fuera a poder...

El revisor le dijo que se sentara y se tranquilizara. Salió y volvió sin tardanza con un vaso de agua. Mientras bebía, ella pensó en la pastilla que le habían dado y se la tomó con el último sorbo. Se le calmó la tos.

—No debe hacer esas cosas —dijo el revisor—. Mire cómo respira.

Le va a reventar el pecho.

Los suecos eran muy francos, además de reservados y puntuales.

—Espere —dijo Sofia. Porque había algo más que aclarar, le parecía casi que si no lo aclaraba el tren no podría llevarla a su destino—. Espere un momento. ¿Sabe algo de...? ¿Sabe si hay viruela? En Copenhague.
—No lo creo —respondió el revisor. Se despidió con una inclinación

de cabeza, rígida pero cortés, y se marchó.

—Gracias Gracias —contestó ella en voz bien alta cuando salió el

—Gracias. Gracias —contestó ella en voz bien alta cuando salió el revisor.

Sofía no se ha emborrachado en su vida. Si ha tomado alguna

medicación que pudiera aturdiría se ha quedado dormida antes de que su cerebro se alterase, por eso no tiene nada con que comparar la extraordinaria sensación —el cambio en la percepción— que serpentea en su interior en esos momentos. Al principio le pareció simple alivio, la magnífica aunque absurda sensación de ser una privilegiada por haber logrado cargar con las maletas y llegar corriendo al tren. Después sobrevivió al golpe de tos y a la presión que sentía en el corazón y se olvidó casi de la garganta.

recobrando su estado normal, y continuar aligerándose y renovándose y resoplando, casi cómicamente, para abrirle camino. Incluso la epidemia en Copenhague podía convertirse en la peste de una balada, en parte de un antiguo relato. Como su propia vida, con sus contratiempos y sus penas transformándose en simples imaginaciones. Hechos e ideas iban adquiriendo un perfil nuevo visto a través de las láminas de una

Pero hay algo más, como si su corazón pudiera seguir dilatándose,

inteligencia despejada, con una óptica diferente.

Esto le trajo a la memoria una experiencia. Fue la primera vez que se tropezó con la trigonometría, cuando tenía doce años. El profesor Tirtov, un vecino de Palibino, babía deiado un texto escrito.

Tirtov, un vecino de Palibino, había dejado un texto escrito recientemente, pensando que podría interesarle al padre de Sofia, el general, por sus conocimientos de artillería. Sofia lo encontró en el

absoluto, ni con artículos, ni premios, ni colegas ni diplomas.

El revisor la despertó un poco antes de que el tren llegara a Estocolmo. Sofia preguntó:

—¿A qué día estamos?

—Viernes.

natural, como la aurora boreal. No estaban mezcladas con nada en

Entonces no se llevó una gran sorpresa, pero sí una intensa alegría. Esos descubrimientos eran posibles. Las matemáticas eran un don

despacho y por casualidad lo abrió por el capítulo que trataba de óptica. Empezó a leerlo, a observar los diagramas, y llegó a la conclusión de que pronto sería capaz de entenderlo. Nunca había oído hablar de senos ni de cosenos, pero sustituyendo la cuerda de un arco por el seno, y gracias a la feliz circunstancia de que en los ángulos pequeños casi coinciden, pudo

introducirse en aquel lenguaje nuevo y gozoso.

—Bien. Bien. Voy a poder dar mi conferencia.

—Cuide su salud, señora.

A las dos Sofia estaba tras el atril y dio la conferencia con soltura y coherencia, sin dolores ni toses. El delicado zumbido que le recorría el cuerpo, como por un cable, no le afectó la voz. Y la garganta parecía curada. Cuando acabó se fue a casa, se cambió de vestido y tomó un coche para ir a la recepción a la que estaba invitada en casa de los

Gulden. Estaba de buen humor y habló animadamente de sus

impresiones de Italia y el sur de Francia, pero no del viaje de vuelta a Suecia. Después salió de la habitación sin disculparse y se fue. Tenía la cabeza demasiado llena de ideas excepcionales y brillantes para seguir hablando con la gente.

Ya reinaba la oscuridad, caía la nieve, sin viento; las farolas,

agrandadas como bolas de Navidad. Miró a su alrededor en busca de un coche de alquiler y no vio ninguno. Pasaba un ómnibus y le hizo señas con la mano. El conductor le comunicó que no era una parada regular.

—Pero se ha parado —replicó Sofia sin darle importancia.
Como no conocía bien las calles de Estocolmo, tardó un rato en

darse cuenta de que iba en la dirección que no debía. Se lo explicó riendo al conductor, que la dejó bajar. Tuvo que volver a casa andando, con el vestido de fiesta y la capa y los zapatos, demasiado finos. Las aceras estaban prodigiosamente silenciosas y blancas. Tuvo que recorrer como

estaban prodigiosamente silenciosas y blancas. Tuvo que recorrer como un kilómetro y medio, pero descubrió encantada que al menos conocía el camino. Aunque llevaba los pies empapados no tenía frío. Pensó que sería porque no hacía viento y por el embeleso de su mente y su cuerpo, del que nunca había tenido conciencia y con el que sin duda podía contar a partir de entonces. Quizá no sea muy original, pero la ciudad parecía

tenía. También fue él, y durante la larga visita Sofia le habló con gran excitación del nuevo estudio matemático que estaba preparando. Era el más ambicioso, el más importante y más hermoso que había investigado hasta entonces.

El médico pensaba que lo que tenía mal eran los riñones y le dio un

Mittag-Leffler pidiéndole que le enviara a su médico, ya que ella no

Al día siguiente se quedó en la cama y envió una nota a su colega

medicamento.
—Se me ha olvidado preguntárselo —dijo Sofia cuando el médico se hubo marchado.

—¿El qué? —dijo Mittag-Leffler.

—¿Hay una epidemia? En Copenhague.

sacada de un cuento de hadas.

—Está soñando —dijo Mittag-Leffler con dulzura—. ¿Quién se lo

ha contado?

—Un hombre notable —respondió Sofia. Y añadió—: No, quiero

decir amable. Un hombre amable. —Movió las manos, como si intentara dar forma a algo que encajara mejor que las palabras—. Este sueco que hablo...

—Espere a estar mejor para hablar. Sofia sonrió y después pareció entristecerse.

—Mi marido.

gustaría que viniera? Sofia negó con la cabeza. Dijo:

—El no. Bothwell. No, no, no —añadió atropelladamente—. El otro. —Debe descansar.

Habían ido Teresa Gulden y su hija Else, y también Ellen Key. Iban

—¿Su prometido? Ah, todavía no es su marido. Estoy de broma. ¿Le

a turnarse para cuidarla. Después de que Mittag-Leffler se marchara, Sofia durmió un rato. Cuando se despertó volvía a estar locuaz, pero no mencionó a ningún marido. Habló de su novela y del libro de recuerdos de su juventud en Palibino. Dijo que ahora podía hacer algo mejor y se puso a describir la idea que tenía para un nuevo relato. Se embrolló y se echó a reír porque no lo explicaba con claridad. Había un movimiento hacia delante y hacia atrás, dijo, había un pulso en la vida. Tenía la

esperanza de que en esa novela descubriría qué pasaba. Algo oculto.

Inventado, pero no. ¿Qué querría decir con aquellas palabras? Se rió.

completamente nuevas, dijo, pero al mismo tiempo tan naturales y evidentes que no podía evitar reírse.

Desbordaba de ideas de una amplitud y una importancia

El domingo estaba peor. Apenas podía hablar, pero se empeñó en ver a Fufu con el vestido que se iba a poner para una fiesta infantil.

Era un traje de gitana, y Fufu bailó con él alrededor de la cama de su madre.

El lunes Sofia le pidió a Teresa Gulden que cuidara de Fufu. Aquella noche se sintió mejor y fue una enfermera para que Teresa y Ellen descansaran.

De madrugada se despertó. Despertaron a Teresa y Ellen, que levantaron a Fufu de la cama para que pudiera ver a su madre viva una

Teresa creyó oír que decía: «Demasiada felicidad».

vez más. Sofía pudo hablar un poco.

neumonía le había destrozado por completo los pulmones y que el corazón presentaba una dolencia que arrastraba desde hacía varios años. Como todo el mundo se esperaba, el cerebro tenía un gran tamaño.

El médico de Bornholm se enteró de su muerte por el periódico y no le sorprendió. De vez en cuando tenía presentimientos, alarmantes para

Murió alrededor de las cuatro. La autopsia demostró que la

alguien de su profesión, y no siempre fiables. Pensaba que evitar Copenhague podría protegerla. Se preguntó si habría tomado la droga que le había dado y si le habría proporcionado el alivio que le proporcionaba a él cuando lo necesitaba.

Sofia Kovalevski fue enterrada en el entonces llamado Cementerio Nuevo, en Estocolmo, a las tres de la tarde de un día apacible y frío en el que el aliento de los dolientes y los curiosos formaba nubes en el aire helado.

Weierstrass envió una corona de laurel. Les había dicho a sus hermanas que sabía que no volvería a ver a Sofia.

Vivió seis años más.

Maksim acudió desde Beaulieu, en respuesta al telegrama que Mittag-Leffler le envió antes de la muerte de Sofia. Llegó a tiempo para hablar en el funeral, en francés, refiriéndose a ella un poco como si hubiera sido una profesora a la que conocía, y dio las gracias a la nación

sueca en nombre de Rusia por haberle ofrecido a Sofia la oportunidad de ganarse la vida como matemática (aplicar sus conocimientos de una forma meritoria, dijo).

Maksim no se casó. Se le permitió regresar a su patria al cabo de

cierto tiempo para dar clase en San Petersburgo. Fundó el Partido para la Reforma Democrática en Rusia y adoptó una postura favorable a la monarquía constitucional. Los zaristas lo consideraban demasiado liberal. En cambio, Lenin lo denunció por reaccionario.

Fufu ejerció la medicina en la Unión Soviética, donde murió a mediados de la década de 1950. No le interesaban las matemáticas, decía.

Hay un cráter en la luna que lleva el nombre de Sofia.

Agradecimientos

la Britannica. La combinación de novelista y matemática despertó inmediatamente mi interés y empecé a leer cuanto encontraba sobre ella. Un libro me cautivó más que los demás, y por eso he de dejar constancia de mi infinita gratitud, de mi deuda para con el autor de Little Sparrow: A Portrait of Sophia Kovalevsky (Ohio

Descubrí a Sofia Kovalevski un día mientras buscaba otra cosa

Nina, descendiente colateral de Sofia, que me proporcionaron cantidades ingentes de textos traducidos del ruso, entre ellos parte de los diarios de Sofia, cartas y otros escritos.

University Press, Athens, Ohio, 1983), Don H. Kennedy, y su esposa,

He limitado mi relato a los días que desembocaron en la muerte de Sofía, con escenas retrospectivas de su vida anterior, pero animo a

quienes pueda interesarles a que lean el libro de Kennedy, que ofrece

muchos tesoros históricos y matemáticos.

Alice Munro

Clinton, Ontario, Canadá junio de 2009